









Digitized by the Internet Archive in 2014

EL PERENNE MILAGRO GUADALUPANO

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Pajas de Jacal (Novela típica) 1943 Francia del Mundo (Estudio) 1947 Tintas de por Acá (Poemas) 1950 Puntas de Flecha (Pensamientos) 1a. Edición 1950 2a. Edición 1957

Francia Está Así (Relato) 1951 La Carroña (Cuentos Económico-Sociales) 1952 Ensavo Sobre el Periodismo, 1953 Frases, S. A. (Pensamientos) 1957

Ediciones agotadas.

Inédito:

Y los Hombres Tuvieron Alas (Novela de Fantasía)

El Compañero de Camino

En Preparación:

Los Salvajes Están en la Ciudad. Los Problemas de Juan Sánchez. Cajita de Pensamientos La Experiencia Más Terrible de la Vida Los Corazones Sangrantes Este Mundo sin Dios. Psicoanálisis del Mexicano.

JESUS DAVID JAQUEZ

EL PERENNE MILAGRO GUADALUPANO

(LA VIRGEN DE JUAN DIEGO)

EDICIONES BOTAS México, D. F. 1961 Primera edición, 1961 1560 ejemplares en papel Tablet. 340 """, Novela. 100 """, Rotocuché. Total: 2,000 ejemplares.

> Derechos reservados conforme a la ley © 1961 Ediciones Botas. Juste Sierra No. 52. México.

Impreso y hecho en México Printed and made in México

Invocación - Dedicatoria:

"Vergine bella, che di sol vestita, coronata di stelle, al sommo Sole piacesti si che 'n te sua luce ascose, Amor mi spinge a dir di te parole; ma non so incominciar senza tua aita e di Colui che amando in te si posse, invoco Lei che ben sempre rispose chi la chiamo con fede."

PETRARCA (Canzone alla Vergine)

Virgen hermosa, que de sol vestida, coronada de estrellas, al Sol sumo de tal modo, agradaste, que su fuego dignóse en Ti esconder,
Amor me mueve a hablar de tu belleza; mas no puedo empezar sin tu socorro y el de Aquel que amoroso en Ti Encarnara, y por eso os invoco, ya que siempre al que os llama con fe dais fiel respuesta.

(Traducción de J. D. J.)



MOTIVACION

"El primer deber que nos impone un beneficio tan singular como el que debemos a Dios por habernos dado la celestial Imagen de María Inmaculada de Guadalupe, "Madre del Dios Verdadero", es el de conocerlo, para más estimarlo, agradecerlo y pagarlo".

México 12 de abril de 1931.

LEOPOLDO RUIZ Arzobispo de Morelia. Delegado Apostólico.

El hecho más extraordinario de la historia mexicana entera, es el de la aparición guadalupana; no sólo es extraordinario, sino extranatural, es decir, sobrenatural. Los acreyentes pueden discutir este aserto, los católicos no. Deben creerlo, so pena de hacerse sospechosos, no sólo de acatolicidad, sino aun de antimexicanismo. Lo primero, porque, aun no siendo estrictamente un dogma de fe, es sin embargo, un legado de fe en un hecho divino patente —más delante diré también que perdurante— al cual todo buen católico debe dar su adhesión. Tanto más, que lo acredita la historia y no hay en todo él cosa alguna que se oponga a la razón y por tanto, a una fe razonable e instruída. Lo segundo, porque la Guadalupana, hecho histórico imposible de desvincular de los fastos mexicanos al tra-

vés de más de cuatro siglos, los ilustra y vivifica y los eleva a planos de grandeza, presidiendo la espiritualidad, la civilización y aun la epopeya mexicanas. Y también, porque el hecho guadalupano es núcleo de unión entre todos los hijos de la tierra azteca.

Empero, existe —y no de ahora— una triste ignorancia y un indisculpable olvido de este gran hecho. Que lo ignore el rústico y el indígena alejado de todo medio de conocerlo, puede ser explicable. Pero que gentes cultas, sedicentes católicos, lo ignoren o lo desdeñen, es imperdonable.

Yo pienso pues, que los que creemos y los que amamos, no debemos desentendernos de esta lamentable ignorancia, antes bien poner un granito de arena o una chispita de luz, para hacerlo saber de quienes no saben o no quieren saber. Estos últimos son acaso los más necesitados.

Y este último pensamiento, que una lamentable experiencia ha elevado en mi espíritu a convicción y a deseo de cooperar a la verdad y a la luz, es lo que ha motivado este esfuerzo. Haga la Guadalupana, si es para su gloria, que cristalice y llene su finalidad.

Jesús David Jaquez.

INTRODUCCION

Este libro no dice: inicia a decir. No narra: bal-bucea. Silabea lo impronunciable o murmulla lo in-audible.

Arranca de un punto y de un hecho y ensaya ascensiones hacia zonas no alcanzables, si no es por la fe y por el amor. Pero intentarlo al menos, algo es.

El punto: la Colina del Tepeyac; el hecho, la mañanita del 9 de diciembre de 1531: ¡Juan Diego, la Virgen Morena de la tilma indígena: María!

¡Qué tema! ¿Osadía querer meterlo en letras a mi modo y por mi mano? Quizá. Pero es una osadía de creyente, una osadía filial de fe y de amor. Sea ello mi disculpa, si alguna cabe.

Pero yo arranco de ese punto como el avión de su pista, en ruta hacia miríficos azules incaptables: el azul del regio manto de la Señora. Aspirar a ellos es aspirar al ideal, aspirar a la estrella de luz. Esto es lo noble, lo espiritual; no alcanzarlos, es lo humano, lo cautivo de la materia. Mas quien ahora aspire, un día llegará, no importa que sea tras la jornada de esta vida, esto es, después de haber recorrido la pista, como el avión, cuyo elemento no es la pista misma sino el azul.

Por eso este libro inicia apenas a decir. Al acabar la última página, el autor habrá terminado su tarea, pero la idea debe seguir su vuelo. Y esto no toca ya sino al espíritu de todo lector y de todo mexicano guadalupano. Y todo guadalupano debe ser, por el mismo hecho, guadalupanista por el estudio, por la propagación: el bien es de suyo difusivo. El máximo bien mexicano es Ella: difundámoslo.

* * *

Intentando adentrarme, del brazo del lector, en este tema apasionante, debo confesar mi temor. Porque el tema es sublime e insospechadamente grandioso, como todo aquello que roza los imponderables linderos de lo sobrenatural. Se tiene la impresión de un horizonte cósmico, ilímite y más aún: una infinitud en espacio, en elevación, en profundidad: lo sobrenatural es la manifestación del Eterno y El pone en ello su marca infinita, su huella de omnipotencia que rebasa totalmente las cosas naturales y las leyes del Universo visible y cognoscible.

De ahí mi temor. No soy teólogo ni místico, ni miraculógrafo ni historiador y ni escritor siquiera. Simplemente escribidor... Por lo tanto, en todas las aseveraciones aquí contenidas, que rocen al dogma, me someto a la autoridad de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana: en estos terrenos, sólo ella tiene palabra firme. Lo hago también en cuanto al calificativo de milagroso y a los hechos considerados como milagros. Igualmente en lo que se refiere al dictado de santidad que aplico a Juan Diego. Por ello, mis afirmaciones únicamente tienen el valor de la afirmación humana y el respaldo de los hechos, cuya calificación sólo la

Iglesia puede dar oficialmente. A su criterio infalible me remito.

Por lo que hace a datos, fechas, documentos del terreno histórico, éstos quedan sujetos al mejor saber y entender de los sabios y expertos en esta ciencia.

Por último: la finalidad toda de este trabajo es bien clara: fomentar el conocimiento y el afán de estudio de los guadalupanistas, de lo que debe derivar más fé y más amor a la Virgen del Tepeyac. Y también, cooperar a esclarecer la empolvada, olvidada figura histórica y la fisonomía espiritual del manso vidente del Tepeyac, para que se dé impulso a una canonización deseada de muchos y que dará gloria a la Guadalupana, al Catolicismo y a México.

CAPITULO 1

LO PERENNE DEL HECHO Y LO INAPREHENSIBLE POR LA HISTORIA

"Adentrarse en el estudio del milagro guadalupano es hundirse en un océano de luz en el que a cada paso se hacen nuevos y cada vez más maravillosos descubrimientos."

ALFONSO MARCUE GONZALEZ.

Hay hechos que la historia no alcanza a captar. Por demasiado sutiles o por demasiado trascendentales. Más comúnmente, por demasiado sublimes. Porque la Historia es la narración de hechos humanos, el referir prolijo de las contingencias de la vida en cuanto seres humanos intervinieron en ellas: donde no hay hombres, no hay historia. Pero no versa acerca de lo sobrenatural, acerca de lo extraterreno, salvo en sus aspectos exteriores visibles o tangibles, como no puede versar ninguna ciencia humana, puesto que rebasa su ámbito y excede a su limitada capacidad de aprehensión. Las ciencias de este mundo son de los hombres y sólo la ciencia divina es de Dios.

¿Dice acaso la Historia de cómo fue en lo hondo de la eternidad el movimiento de la voluntad divina para formular el "fiat lux"? ¿de cómo el Creador tenía in mente desde siempre y amaba en potencia y por modo inconcebible su obra a realizar? ¿de la esencia misma y la trascendencia hasta el fin de los tiempos, del drama primero del hombre en el paraíso terrenal? ¿de lo íntimo y profundo y grandioso del ideal divino en la gesta de la Redención? De estas cosas, debemos reconocerlo humildemente, con humildad a un tiempo humana y cristiana, la Historia no sabe nada, al menos por sí sola.

Hay asimismo un hecho que, si bien histórico en todo el sentido ordinario del vocablo, tiene aspectos suprahistóricos: éstos no se acometen por el cronista, por el recopilador de acontecimientos temporales, por el hurgador de archivos ni por el mero historiógrafo, sin que esto sea en modo alguno pretender restar méritos a su meritísima labor. Pero lo alto, lo sublime, lo trascendental de ese suceso, está más allá de los ámbitos del arte historiográfico: pertenece a la fe, pertenece al amor y es con fe y con amor y con comprensión de la teología, como se ha de acometer, en forma, por lo demás, meramente intentativa: alcanzar su plenitud, desentrañar plenamente su contenido, cosa es de iluminados o de santos y eso, en la medida de la revelación divina que de lo alto se les concediere; no de simples humanos escasos de luces, como desde luego, quien ahora escribe; mejor dicho, quien, como ya expresé, intenta apenas escribir: levantar levemente la punta del velo del misterio y atisbar con amorosa audacia, algo de lo que, con ayuda de ajenas y mejores luces, pueda captar y lo que otros le han mostrado: las primeras chispitas de una inmensa luz:

Pues bien: el hecho guadalupano cae dentro de esa esfera de lo incaptable con los solos recursos e instrumentos humanos. Ellos son el dedo que señala, mas el ojo que ve, exige una luz: esa luz es la fe. Dije "el hecho guadalupano" y no el suceso guadalupano, pero no. El suceso guadalupano es del dominio de la historia y ésta ya lo recogió, siglos ha. Pero el hecho no es de su dominio, porque sigue en hecho, no ha terminado, no tiene ciclo cerrable a la vista: es perdurable.

Así considerada, la aparición guadalupana fue un suceso, pero sigue siendo un hecho: lo es hoy, lo será aún mañana. Tiene un carácter de perennidad, como que tiene un sello que es el sello de Dios y como que siendo una fuente y un aura y una realidad, como fuente sobrenatural, tiene que seguir manando, como aura refrescando y como realidad persistiendo; si cesara, se extinguirían sus efectos. Y esto es quizá lo que la Providencia planeó al realizar el hecho: que continuara indefinidamente siendo un hecho, que no terminara, que no prescribiera, espiritualmente hablando. Y aun materialmente. Porque las obras de Dios son espíritu y verdad, pero están encaminadas a los hombres y éstos somos materia y como tal, necesitamos los signos exteriores para poder percibir lo extramaterial Dice la filosofía escolástica que "nada hay en el intelecto que primero no haya estado en los sentidos". Esta es la condición humana y ésta nuestra naturaleza corporal. Por ello Dios exterioriza su acción hacia los hombres, por medio de elementos materiales, perceptibles por nuestros sentidos y éstos, al captarlos, los transmiten a la mente; es entonces cuando el espíritu desmaterializa, por decirlo así, las percepciones sensoriales y extrae de ellas la idea, que es un movimiento espiritual. En tanto pues, el signo permanece, su captación, transmitida al cerebro y elevada en la mente a la categoría de idea, actualiza el hecho y lo mantiene dentro de nuestro ámbito de comprensión. Si quitais el signo, desapareciendo la percepción, quedaría sólo el recuerdo. Pero el recuerdo es esencialmente algo perteneciente al pasado,

algo marchito y que se esfuma en la lejanía del tiempo ido; no tiene la fuerza de la cosa actual, no es de suyo operante, no convence ni mueve ya, sino en la débil forma romántica y evocativa.

Acaso no se haya insistido lo bastante en este aspecto, el aspecto hecho, el aspecto perennidad. Historias de la aparición quadalupana hay muchas y bien escritas. Pero todas, como historias que son, narran el acontecimiento, subrayan sus circunstancias, su autenticidad, su valor histórico y aun invitan al consenso de la voluntad y a la devoción filial de los creyentes. Mas versan sustancialmente sobre el suceso, marginando el hecho, asumen obligadamente una forma retrospectiva, como tomando toda su fuerza del memorable suceso histórico, pero sin subrayar como es deseable, su proyección hasta el hoy y hasta el devenir, sin deletrear bastantemente el mensaje como en plena actualidad, menor acaso en lo histórico que en 1531, mayor acaso en la trascendencia en 1961. Y en esto hay que insistir: en la perennidad. Porque lo contingente es el hombre y lo perenne es el espíritu y porque el hombre pasa, pero Dios permanece. Y con Dios, lo que es de Dios: la Virgen, las almas.

El hecho guadalupano cae pues dentro de la esfera de la plena actualidad, no mirado desde su aspecto humano de suceso histórico, sino desde su aspecto divino de hecho sobrenatural que se continúa materializando o sensibilizando, por decirlo así, en ese signo divino persistente, que es la sagrada tilma de Juan Diego. Es "de hecho un hecho" y seguirá siéndolo mientras exista el milagroso ayate y mientras haya un alma creyente sobre la haz de México o del Mundo.

Es conveniente insistir en que hay hechos que se prolongan más allá de su propia contingencia histórica en el tiempo y en el espacio, porque su propia sustancia contiene un germen de grandor que en el tiempo no cabe, como no cabe un día en un minuto. Por eso se proyectan actuales, perennes, vivientes, en el espació y en el evo: ad aevum et ultra.

Bien, mas ¿dónde está el hecho? ¡Que dónde está! Entrad a la Basílica, mirad hacia el altar mayor, al fondo, a lo alto y con el pensamiento dirigido a fondo y a lo alto: ¿qué veis? ¡El hecho! Volved ahora la vista atrás, hacia la nave: ¿qué veis? ¡El hecho, sencillamente! Arriba el hecho es la tilma; abajo, algún pobre indito que ora y llora y mira -él también sabe bien a dónde ha de mirar- hacia el altar. Y ese hecho, o sea el hecho en sí, que es el milagro perdurante aún, y la fe en el milagro, o sea una faceta, una luz refleja del milagro mismo, eso es "el hecho", porque tiene la plena actualidad de que aconteció hoy y de que seguirá aconteciendo mañana: no recula en ningún ayer, no se hace materia histórica, no se esfuma; se mantiene en la actualidad de cada minuto de los que nosotros mismos estamos viviendo hasta el momento: el hecho y ¡qué hecho!

Las grandes cosas de Dios son realizadas de la manera más simple y, podríamos decir, la más breve, y son expresadas también con las menos palabras. La palabra retrocede ante el gesto de la Divinidad, enmudeciendo como poseída de respeto. Acá, entre los hombres, las grandes emociones son mudas, como mudos son los grandes amores. No se dicen, no se expresan: se sienten. A lo sumo, se comprenden. Y esto es más que ser dichos. En cierto sentido, lo expresó así Sor Juana Inés de la Cruz: dicha que es dicha, no es dicha". Lo dijo en el sentido de negación, pero también podemos tomarlo, a contrario sensu, en el sentido de afirmación y sigue teniendo validez.

El Evangelio se muestra así: dice pocas palabras y aun éstas, casi siempre se hacen más pocas a medida que se acercan más al anotamiento de un gran hecho. Pocas palabras da para la Encarnación, para la fundación de la Iglesia, para la Eucaristía, para la sustancia misma de la Redención. Pero nos da las suficientes. Porque el Evangelio, siendo historia, es más que histórico y porque no fue escrito para divertimiento de curiosos ni para satisfacción de eruditos, sino para la cimentación de la fe. Del Evangelio dice genialmente Ernest Hello, que tiene los siglos por comentadores y hasta que tiene a los siglos por comentario. Dice bien.

El hecho guadalupano nos fue originalmente narrado con bien cortas palabras, con bien breve y discreto relato. Y el epicentro humano de todo el Juan Diego, el mensajero, era de pocas palabras. Porque era indio y el indio es callado e introspectivo, y porque era humilde. El humilde casi siempre habla poco, lo preciso sólo, sobre todo si es cristiano y si es sencillo. Ser sencillo es ser más apto para la palabra, para el mensaje de Dios. No hay peligro de que se superpongar las palabras de la soberbia o de la sabiduría humana que son vanas, que son fofas, ante las del Verbo, que es el único que, en última instancia, tiene la palabra. todas las palabras y hasta —y esto es de fe— la última palabra.

Así todos los hechos sobrenaturales, todos los milagros, todas las apariciones. Se diría que la palabra de Dios, que es la obra de Dios, porque Dios es el Verbo, es reacia, casi refractaria a la artificiosa, a la quebradiza, a la mistificable y efímera palabra de los hombres. Cuando Cristo resucitó, no dijo nada y pocas fueron las palabras dichas en torno a El y en torno a tal

hecho, de primerísima magnitud. Y ni siquiera nadie lo vió resucitar, porque Dios rehuye las exterioridades, porque no es afecto a espectacularismos. La Resurrección no fue vista por nadie, porque nadie debía verla: era cosa de Dios solo. Si hubiese sido vista. habría sido un acontecimiento de ojos humanos, un hecho materia de relato histórico, nada más. Que es histórico, no puede discutirse, so pena de impiedad. Pero no en el sentido que los humanos damos a lo histórico, sino en el sentido que le da, permítasenos la expresión, Dios mismo. En rigor, pertenece a algo que trasciende lo histórico, para situarse en lo permanente, en lo esencial, ya que lo histórico, humanamente hablando, es necesariamente fugaz y transitorio. El hecho histórico de la Resurrección de Jesús traspasa de un vuelo divino todo esto; lo supera, y por ello se inserta en pleno ambiente divino, en el espíritu de Dios mismo, en quien no hay historia, porque no hay tiempo: ni pasado ni porvenir, porque Dios es todo presente y lo será por la eternidad, como lo fue antes de toda historia humana y aun de toda historia angélica. De Dios sólo puede decirse una palabra: ES v nada más.

Por eso dice sabiamente la teología que Dios es un acto purísimo, es decir, que en El no hay, no puede haber, pasado ni futuro, sino todo es actual. Pasado y futuro son cosas esenciales al tiempo y Dios es la eternidad. Son contingencias humanas propias de nuestro actual estado imperfecto y Dios está por encima de lo contingente y de lo humano. Acto purísimo, eterna actualidad: ¡qué misterio! ¡El misterio del Eterno!

Qué difícil, qué arduo resulta para la mente humana compaginar esta inserción de lo temporal en lo eterno, de lo contigente en lo esencial. Pero hay que intentar algo, necesariamente incompleto y fallo, balbuciente y limitado si hemos de vislumbrar siquiera una cosa que tanto necesitamos: la comprensión, al menos con nuestra mente de niños de pecho, de lo más visible, de lo más captable de la acción de Dios sobre sus criaturas. Esto sólo es la vida y la vida cristiana, principalmente.

Volvamos al hecho guadalupano. Aceptemos que mucho de lo antes considerado, puede serle aplicado, como que cae dentro de la órbita de lo sobrenatural, en la esfera de Dios actuando desde su eternidad de EL SER, en lo contigente y eventual de lo humano, que apenas si es en cuanto Dios lo hace ser y lo sostiene.

La aparición guadalupana entra pues, plenamente, dentro de estas altas esferas. Y no podía ser de otro modo, puesto que se trata de un hecho de Dios, de una obra a perennidad, en favor del hombre y realizada por medio de su Creatura Maestra, de su obra más perfecta, que es María. ¡María! Ella también, siendo como es, únicamente humana, está dentro del ámbito de la perennidad. En cierto modo, de la eternidad. En la mente de Dios fue concebida ab aeterno, porque desde lo más recóndito de su eternidad, Dios, atrevámonos a decir, la preveía. Como preveía la creación del hombre, su caída y su inevitable, necesaria redención.

María, al hollar con su virgíneo pie la áspera roca del Tepeyac, vino no sólo a traer el más exquisitamente dulce mensaje marial que el mundo haya recibido jamás, sino que vino a traer la acción de Dios al pajo mundo tan urgido de ella: a esa Nueva España apenas en inicio de cristianización.

La acción de Dios: es decir, un hecho de Dios misno. Y los hechos de Dios tienen un nombre que la cristiandad repite con frecuencia cada vez que se da cuenta de que han superado, de que han trascendido el orden natural del mundo. Ese nombre es "milagro".

No todos los milagros, apresurémonos a declararlo, tienen un carácter igual y no todos son permanentes. Las apariciones de la Señora del Cielo en el Tepeyad fueron cada una, de un breve rato. Dios tiene una infinita variedad de modos en su acción, adaptados asombrosamente a la finalidad que su sabiduría busca en cada hecho y a las circunstancias de acá abajo en que éste se efectúa.

Así, entre las más célebres apariciones marianas, séame permitido tomar otra, tanto por su trascendencia, como por su carácter universal y también por sus íntimas analogías con la del Tepeyac: la de la línmaculada Concepción de Lourdes, en Francia. Las analogías y las diferencias entre uno y otros hecho, ayudarán a ilustrar éste como aquel, no perdiendo de vista esa "variedad de modos" en la acción de Dios, de que acabo de hablar.

Lo mismo en Lourdes, donde las apariciones de la Señora a Bernadette fueron dieciocho, que en el Tepeyac, donde fueron cuatro, no contando la de Juan Bernardino, que fue complementaria, podríamos decir que no se efectuó en el Tepeyac, sino en la casa del tío moribundo ni la del Obispado, que no fue ya aparición personal, sino en imagen, las apariciones de la Reina del Cielo, extraterrenas en sí mismas, fueron sin embargo transitorias. Una vez desaparecida la Señora de la mirada del vidente, nada quedó por el momento, salvo la iluminación de gloria celestial en el alma de uno y otro bienaventurado. Pero exterior y tangiblemente, nada subsistió por el momento.

Pero no debía ser así, según la Providencia de Dios.

Por ello y precisamente por ello, para que la maravilla celestial no se esfumara con la vida del vidente y para que no quedara su acción santificante y gloriosa circunscrita al alma de éste durante su vida terrenal, es por lo que la Señora del Cielo, conjugando misteriosa y maravillosamente su voluntad con la del Omnipotente, dejó algo en permanencia a fin de que se perpetuara entre los hombres esa gracia traída por Ella a la tierra.

Esa gracia en permanencia, ese don y favor perdurante, en Lourdes fue la fuente milagrosa brotada bajo los morenos dedos de la iluminada pastorcilla. En el Tepeyac, fue el retrato "dedicado" a nosotros, los hijos de esta tierra y a todos sus amadores, por extensión. He aquí en estas dos apariciones, aparte del hecho mismo de la venida al mundo de la Reina Celestial, otro milagro más: el que perdura hasta nuestros días en la forma más adecuada y necesaria a una tierra y a otra, a un pueblo y al otro, a unas necesidades y circunstancias y a otras; fuente y tilma: milagros que se perpetúan.

La Virginal Señora no se ha vuelto a aparecer en Lourdes en forma ostensible y conocida de todos; tampoco lo ha vuelto a hacer en el Tepeyac. En uno y otro caso son posibles las apariciones privadas a una alma privilegiada, pero éstas, en el supuesto admisible de que hayan acaecido, son de dominio privado espiritual: la Iglesia no ha dicho nada sobre el particular ni el pueblo las ha conocido. He ahí pues, bien claramente, el milagro temporal; pero he ahí también, el milagro perdurante.

La milagrosa fuente de la gruta de Massabielle sigue manando sus aguas milagrosas (122,000 litros diarios jamás agotados) y por medio de esas aguas completamente naturales en apariencia, Dios verifica los milagros de las curaciones. Se calculan ya cerca de 8,000 en poco más de un siglo: las apariciones lourdesas fueron en 1858. De esta cifra impresionante, sólo unos cuántos milagros han sido reconocidos oficialmente por la Iglesia, para no dar pábulo a supercherías o a acusaciones de superficialidad o de mentira.

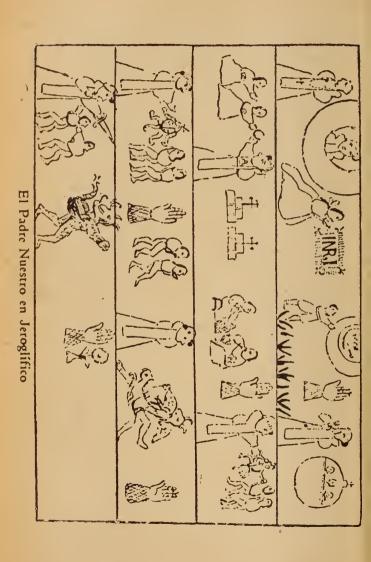
Acá, la milagrosa tilma del hijo de Cuautitlán lleva 429 años de existencia. Esa existencia misma, en las condiciones que luego anotaremos, difícilmente sería explicable en lo natural. Pero hay algo más. Dije que la Señora de los cielos nos dejó su retrato y jun retrato dedicado! Dedicado y con su firma. La firma de Dios, séame tolerado el decirlo, es el milagro. Y la Madre de Dios bien puso esa firma en su retrato, bajo la voluntad del Señor: la firma del milagro. Esto es lo que hace tan asombrosa la imagen del Tepeyac: el milagro. Si éste no hubiera existido, a buen seguro que tantas generaciones y tantos millones de creyentes irían a postrarse aún, llenos de fe y de amor, ante el altar mayor marmóreo de nuestra Basílica Nacional: probablemente no. Probablemente no habría podido florecer durante más de cuatro siglos un guadalupanismo impresionante en nuestro pueblo, como impresionantes son las manifestaciones religiosas de la linda poblacioncita pirenáica.

Pero el milagro está aquí, como está allá, bajo distinta forma, pero con idéntica autoridad sobrenatural: la firma de Dios, como me he atrevido a decir.

Todo este trabajo está encaminado a expresar la evidencia de la perennidad del milagro; por eso, en este primer capítulo, sólo debo afirmar que el milagro guadalupano consiste en que la santa imagen es, sin lenguaje hiperbólico ni exaltatorio, sino verista y nada

más, una imagen viviente. No sólo por la sobrenaturalidad de su origen, de su impresión, sino por los aspectos maravillosos que esa imagen ostenta apenas se
la comienza a estudiar: una imagen con vivencia sobrenatural, sin que esto quiera decir, entiéndase bien, que
la tilma es la Señora misma, su persona, no. Es única
y solamente su retrato, su imagen. Pero como es una
imagen realizada por obra divina, tiene, como es lógico
pensar, características divinas, es decir, milagrosas. Y
esas características únicas en tela, pintura o imagen alguna de este mundo, son las que le dan precisamente
su unicidad extraordinaria y milagrosa.

Es largo sin duda de deletrear este hecho que considero medular en toda la obra de la Virgen de Guadalupe, en toda su historia y en lo que sobrepasa a la historia, como antes expuse. Pero ¡qué estudio tan maravilloso, qué tema tan venerable, qué asombro ante cada detalle, cada observación y cada descubrimiento que se hace, con paciencia, con lealtad y hasta con la ayuda de la ciencia, en la tilma quadalupana!



CAPITULO 2

PANORAMA CULTURAL Y RELIGIOSO DE LA ERA PREGUADALUPANA Y SUS PROYECCIONES

"El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido, no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores del México actual."

IGNACIO M. ALTAMIRANO (Tradiciones y costumbres de México)

Tomemos una fecha casi del último cuarto del siglo XV: el año de 1474. En el imperio mexicano reinaba el cruel emperador Ahuízotl, tío de Moctezuma Xocoyotzin. Diez años hacía que había muerto Moctezuma Ilhuïcamina (flechador del cielo) y que se habían extinguido las glorias de ese monarca indiano, otrora famoso. El pueblo azteca estaba sumido en pleno paganismo: se adoraban los ídolos, se hacían bárbaros sacrificios humanos, había ignorancia, miseria y esclavitud.

Y faltaban aún 18 años para que Cristóbal Colón descubriera la tierra americana, un 12 de octubre de 1492. Castilla y León predominaban en España e Isabel la Católica no había llegado aún al trono con Fernando.

Cuautitlán: una población importante del Imperio, acaso más importante, para sus tiempos, que el Cuautitlán de hoy y más populosa. Era además, cuna de próceres indianos y aun lugar de origen de hombres de sangre real.

Alli y en el año dicho, sin que se sepan día ni mes, nace un niño indio. En oscura ceremonia pagana se le impone un nombre, como a todos los hombres: Cuautlatóhuac, vocablo náhuatl que significa "el que habla como águila". Otros dicen Cuautlatoatzin o Cuatitlatoatzin. Pero estas diferencias, comprensibles dada la lejanía del tiempo, la diferencia de idioma y sobre todo, la ausencia de una escritura fonética, ya que en Anáhuac imperaba la escritura ideográfica que iba culminando hacia la jeroglifica, tienen una importancia sólo relativa. Remmy Simeón, sabio francés autor de un excelente diccionario náhuatl, afirma que el idioma mexicano o náhuatl estaba, a la llegada de los conquistadores, en un proceso de derivación hacia la escritura fonética; la guerra de conquista y la furia destructora de los españoles capitaneados por Hernán Cortés, detuvo este proceso, como detuvo todo el desarrollo de la civilización azteca, muy avanzada en algunos aspectos, superior a la occidental en otros y con acusados rasgos de terrible barbarie en no pocos, sobré todo en lo religioso: la idolatría y los sacrificios humanos.

Sobre las discrepancias en cuanto a la correcta grafía y la consiguiente pronunciación del nombre de Cuautlatóhuac, toca a investigadores curiosos y a nahuatlacas expertos discutir. Se ha observado no obstante con buen criterio, que la forma Cuautlatoatzin posible deformación de Cuautlatóhuac, contiene la terminación tzin, o sea la forma gramatical del reverencial azteca: forma reverencial por cierto única entre las lenguas, pues se aglutina al nombre como posposición, formando un todo con él. Los aztecas no decían, v. g. Cuauhtémoc, pues era una falta de respeto al soberano, sino Cuautemotzin, que los primeros españoles, entre ellos el cronista Bernal Díaz del Castillo entendieron con torpe oído, Guatimuza.

En el nombre de Cuautlatoátzin creen algunos encontrar una huella de descendencia honrosa para el niño azteca de Cuautitlán, tanto más que, como ya dije y aseveran varios escritores, Cuautitlán era pueblo de prosapia: de ahí quizá surgieron los "Caballeros Aquilas" y los "Caballeros Tigres", guerreros distinguidos del Imperio, El reverencial tzin del futuro Juan Diego. podría tener así una explicación, aunque de todos modos, de mera validez conjetural, puesto que no tenemos (ni habremos seguramente de tener en lo futuro) prueba alguna de prosapia real en la genealogía juandieguina. Recordando que José y María eran de la estirpe real de David, vienen deseos de aplicar a nuestro indio una analogía y hacerlo lejano descendiente de reyes; pero toda la comparación claudica, pues José y María tenían qué ser de la descendencia de David para que se cumplieran las Escrituras que vaticinaban un Mesías de la casa y de la sangre de David, aquel "Rey según el corazón de Dios". En Juan Diego, no cabe la comparación en buen sentido común.

Sin embargo, bien pudiera ser que el indio elegido por la Virgen Madre de Dios para ser su mensajero, fuese de antemano un hombre acreditado por su origen noble, para que pudiese hacer fe y dar respaldo humano entre sus compatriotas, al futuro prodigio; nada pugna en buena lógica a esta suposición.

Que el tzin reverencial, denotador de prosapia o autoridad moral le fuese aplicado a su nombre des-

pués de las apariciones, no es muy creíble. Se sabe en cambio, que sus compatriotas lo solían apellidar "el peregrino", sin duda en razón de sus cotidianos viajes de Cuautitlán a la primera Ermita del Tepeyac, para dedicar todo el día al servicio y culto de la Señora, regresando cada noche a su pueblo. Parece que esto acontecía al menos durante las primeras semanas o meses después de las apariciones.

La significación de "el que habla como águila", que traduce del vocablo náhuatl el nombre pagano de Juan Diego, puede hoy aparecernos emblemática, simbólica, acaso hasta semiprofética. Da lugar a consideraciones religiosas o místicas, pero nada más que consideraciones. Además, a partir de su bautismo en el año de 1524, habiéndole sido impuesto el nombre de Juan Diego, es seguro que el nombre pagano se desvaneció, no sólo en su mente, sino en la denominación que le daban sus coterráneos bautizados, a quienes los frailes franciscanos que fueron los primeros evangelizadores de Anáhuac, deben sin duda haber inculcado muy bien el deber que les incumbía como cristianos de llamarse y hacerse llamar por su nuevo nombre, inclusive porque éste podría servir para diferenciarlos de los no evangelizados ni bautizados.

Pese a las suposiciones con viso de algún fundamento, sobre la alcurnia de Juan Diego, en la época de su cristianización no era sino un pobre macehual, como si dijéramos hoy peón, cargador, mozo o labriego perteneciente llanamente a la plebe, al pueblo. Y tampoco se cuenta con dato alguno para súponer visicitudes o peripecias que lo hubiesen abajado a su modesta, quizás mísera condición.

En suma, salvo la fecha de su nacimiento, por maravilla llegada hasta nosotros, nada hay en la vida

pagánica del elegido, sino tinieblas e ignorancia histórica. Y ni siquiera después, como que no existe —y quizá no existió nunca— su partida o acta de bautismo. Es posible que haya sido bautizado "en montón", colectivamente con otros pobres indios recién sacados de sus tinieblas idolátricas a la luz de la verdad cristiana. Sobre esto hay algo que hablar posteriormente.

Pero el panorama general de los tiempos del Juan Diego prequadalupano, durante todos los años anteriores a su evangelización, que suman medio siglo, sí nos es conocido. El Anáhuac, como toda la América poblada, en toda su latitud y su longitud, vivía en plena gentilidad. La idolatría imperaba, con todas sus tenebrosidades, con todas sus falsedades, con todas sus supersticiones y fanatismos, del uno al otro confin del Continente y sus islas. El sol era adorado por los incas, un "gran espíritu" confuso, inconcretado y vago, por las tribus nómadas de Norteamérica, las que creían que ese "gran espíritu" recompensaría en un más allá impreciso a los querreros valientes, después de su muerte, regalándoles para sus correrías praderas inmensas, prodigas en caza y arcos y flechas a su antojo. En Anáhuac Huitzilopoxtli campaba por sus respetos, con otros dioses secundarios. Por innúmeras regiones de América han sido descubiertos ídolos groseros, pirámides y templos y vestigios de cultos idolátricos muy varios.

La casta guerrera imperaba en general sobre los pueblos: el militarismo primitivo de aquellos tiempos bárbaros, similar en esencia al militarismo de los siglos modernos. Y castas sacerdotales usufructuaban el respeto y veneración populares, con todo su cortejo de supersticiones, fanatismos y fraudes, bajo caciques o reyezuelos o aun emperadores faustuosos, como en Mé-

xico, oprimiendo a las masas con sus despotismos, exacciones y tiranía moral.

En Anáhuac, la vieja leyenda de Quetzacoatl, da tante del siglo XII, no era más que eso: una leyenda Los sabios hacían memoria de que ese personaje misterioso, blanco y barbado, había llegado de lejanatierras trayendo una cultura mejor y una religión más elevada, que había vaticinado la venida de hombres blancos y barbados como él, desde Oriente y... se había ido...

Las disquisiciones del Rey de Texcoco, Netzahual cóyotl, el filósofo-poeta que había llegado a atisbar la existencia de un Dios inmaterial muy por encima de los groseros ídolos, no eran del dominio del pueblo Además, sólo eran filosofías teologizantes, junto cor cantos a la brevedad y miseria de la vida terrenal, pero no constituían una religión ni menos eran mantenidas con un culto. Estos vislumbres espirituales y estos atisbos de verdad, eran por tanto, completamente inoperantes, a más de muy poco conocidos.

Dentro de éste triste marco se fue desenvolviendo la vida infantil y juvenil de nuestro indio y en las mismas condiciones había llegado a la plena madurez de la vida hasta las cercanías de 1524.

No se sabe nada tampoco de la época en que Juan Diego abandonó el celibato, ni siquiera el nombre indígena de su mujer, la futura María Lucía; todo lo que se diga y se ha dicho sobre esto, no pasa de meras suposiciones. elucubraciones y deducciones probables más bien de orden moral, que histórico.

Sin embargo, la importancia de estas indagaciones decrece considerablemente ante la eminencia y calidad de los sucesos ulteriores, de los que, en contraste con

la ignorancia biográfica anterior, hay muy claros datos, al menos en lo sustancial de los días de las apariciones.

Pero una cosa sí resalta: que la situación social, económica, cultural y política de los tiempos preguadalupanos, era por todos conceptos lamentable. En lo político, un Estado que en realidad no era institucional ni mucho menos, pues lo constituía el monarca absoluto y que gobernaba a su albedrío, con su corte, sus parientes y allegados, sus dignatarios, guerreros y sacerdotes, acaparando en su persona las dignidades y atribuciones de éstos.

En lo religioso, ya lo hemos dicho y es uno de los aspectos más resaltantes: la idolatría, los sacerdotes respetados pero temidos, los brujos, hechiceros, curanderos y demás formas burdas del gran fraude espiritual; una carencia absoluta de fe y hasta de creencias, como no fueran las oscuras ideas incoherentes, teñidas de temores vagos a dioses imaginados según las pasiones humanas: vengativos, crueles, exigentes, arbitrarios. Ninguna fe, en el sentido filosófico, anímico y humano de la palabra, puede surgir de una trama de falsedades y tinieblas. Había culto a esos dioses hijos a un tiempo de la ignorancia y la flagueza humanas y del buen aprovechamiento de Satanás. Pero ese culto. era un ritual y un formulismo vacuos, sin consenso claro de la voluntad, sin amor del corazón, sin razón aparente, sino sólo por hábitos ancestrales y por los dictados de un uso social-religioso compelente y que no era conveniente abandonar ni menos repudiar. Hay otro aspecto más terrible aún en este terreno.

Muchos modernos pueden sonreír, pero el demonio existe, como ha sido constante creencia firme de la Iglesia, la que se basa para ello en la Sagrada Escritura y la tradición. La historia del demonio y su ac-

tuación en el mundo y entre los hombres, o mejor dicho, contra los hombres, data nada menos que del paraíso terrenal y su serpiente. Es materia de fe y el Evangelio a cada paso nos lo muestra poseyendo a infelices seres humanos, tentando a los buenos y hasta atreviéndose con el mismo Jesucristo, cuya calidad divina quizá sospechaba y trataba de poner en claro. Léanse en el Evangelio las tentaciones que el Hijo de Dios resistió después de su ayuno en el desierto, de parte del maldito ansioso de saber con quién tenía que habérselas en aquel Hombre Justo por excelencia.

Nuestros abuelos creian en el demonio y le achacaban más de lo que es razonable: espantos, travesuras, sustos à lôs mortales, malaventuras de la vida, eran atribuídas al diablo. Modernamente, las gentes suelen sonreir y hasta reir françamente de estas cosas. Se ven en estas dos actitudes, la de los antiguos y la de los contemporáneos, los dos extremos. El justo medio y en él, la verdad, lo tiene la Iglesia, la que no ha variado en nada sustancial su creencia al respecto. El demonio existe. Bossuet, el gran obispo y orador francés, en su siglo XVII escribió un admirable sermón sobre el demonio. Más modernamente el abate también francés, Monnin, ha hablado rectamente sobre él a propósito de la vida del santo Cura de Ars. A la fecha, ya se han escrito doctos tratados sobre "demonología", lo que no es ninguna ciencia teológica o religiosa nueva, sino la esencia de las constantes creencias de la catolicidad, del Evangelio y de la Iglesia, sobre este punto, aunque ahora organizadas, racionalizadas y puestas en lenguaje moderno y a la altura de la moderna mentalidad.

Pues bien: el demonio usufructuaba ampliamente todas las prácticas, todas las idolatrías, todas las su-

persticiones de los pueblos americanos antes de la llegada del cristianismo. Es común sentir de la teología que los ídolos son objeto de adoración diabólica, en razón a que en ellos el hombre adora a una criatura suplantando a Dios; no importa para el caso que esa criatura sea una escultura tosca en madera o piedra hecha por un artífice rudo, fanático o fanatizado, o un ser viviente, como un buey o cósmico, como el sol o la luna: la esencia de la idolatría es siempre la misma: la adoración a una criatura, suplantando al ser único que debe ser adorado: el Ser Supremo.

Por cierto que la frase que como epígrafe he puesto encabezando este capítulo, contiene un error, si bien sólo de forma ignorante y de uso necio: Ignacio Manuel Altamirano, poeta y escritor notable, abogado y general de los liberales del pasado siglo, incurre en él al decir implicitamente cómo, en su sentir, la Guadalupana es prenda y garantía de perdurancia para México y su pueblo. El célebre hombre de letras, en esa frase dice: "El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac..." Y es oportuno rectificar el error, a sabiendas de que seguramente es más de forma que de fondo, más de ignorancia del significado de las palabras y de contagio de ésta ignorancia tan común, que de torcida intención. A la Virgen no se la adora: solamente se adora a Dios. A la Virgen se la venera, se la honra, se la ama, se le rinden homenajes de devoción y de filialidad, pero no se la puede ni se la debe adorar. El homenaje de adoración, o sea el rendimiento absoluto total e incondicional del ser humano a su Creador, sólo a El se le tributa.

El culto a los ídolos, falseado y falseante, se denomina idolatría y es indigno de todo ser racional, mayormente de un creyente. El culto único y de rendimiento

total, como antes dije, se tributa única y exclusivamente a Dios. El culto a los santos y a los ángeles, es de nominado por los teólogos como culto de dulía; la teología, que es la ciencia de Dios y la ciencia sagrada de la Iglesia, clasifica este culto en un grado inferior al de latría, o sea de adoración, exclusivo y absoluto del Ser Sumo. El culto que tributamos a la Virger es de hiperdulía, un grado, diríamos, superior al que se da a los santos, pero distinto necesariamente de la latría o adoración a Dios.

Puede pensarse que éstas son distinciones, clasificaciones y minucias teológicas y que la teología no es
ciencia popular aprendida por todo fiel cristiano. Esto
es un error, por lo menos, de apreciación. Y ya que
la ignorancia religiosa es tan pavorosa y común, no es
fuera de lugar aclarar estos puntos en un libro que
trata sobre la Santísima Virgen y su culto.

Dejando a un lado las denominaciones técnico-teológicas, que desde luego están basadas en la verdac revelada y divina, y reducidas a ciencia organizada todo crevente debe entender en su sustancia que la criatura debe adorar a Dios Creador y sólo a El; que un culto de naturaleza diferente, relacionado obligadamente y hasta obligatoriamente con el primero, debe ser rendido a la Virgen, criatura humana como nos otros, aunque exenta de pecado, llena de gracia y predilecta de Dios, y que un culto inferior aún, se rinde a los santos, seres humanos de nuestra misma naturaleza y aun de nuestras mismas debilidades, pero elevados por sus virtudes y por la gracia de Dios, a un grado de heroísmo que amerita el respeto venerativo de los fieles. Esta es la verdad clara y sustancial de la cuestión. Volvamos ahora a nuestro tema.

La situación histórico-económica de los tiempos gen-

tiles que Juan Diego vivió en los dos primeros tercios de su vida, o al menos antes de su bautismo, era igualmente deprimente y miserable. Cierto es que en el Imperio Azteca estaba instituído, al modo de aquellos tiempos, el calpulli antecesor del ejido revolucionario actual y seguramente tan inestable y pobre como el de hoy o más, y que existía el derecho de propiedad, pero ello no obsta para que la situación del pueblo en general, de la masa o plebe, fuese misérrima por todos conceptos. El trabajo era rudo, la producción escasa, los instrumentos y ayudas materiales, raros. No había bestias de carga, los animales domésticos eran pocos y nada productivos; prueba es que Fray Juan de Zumárraga, condolido, hizo traer el burro de España y que el caballo, la vaca y otros ganados, fueron también de importación europea. Y tampoco había abundancia de herramientas para el trabajo: palas, picos, arados y otros enseres, vinieron en los primeros tiempos, de allende el mar. Los métodos de cultivo agrícola y las artesanías eran sumamente primitivos. De todo esto resultaba la pobreza, la dureza de toda faena y la esclavitud del trabajo mismo.

es

Ue

0-

ad

ue

1

Y sin embargo, los antiguos códices, entre ellos el Mendocino, nos presentan cosas admirables, tanto en la destreza para los trabajos manuales, en el arte e inspiración de los artesanos y artistas indígenas, como en algunos aspectos de las costumbres, superiores a los usos sociales y familiares de muchos otros países: el respeto al anciano, el honor al padre, la sujeción a los mayores de la familia, el recato y educación imbuído a los jóvenes, la obediencia, las buenas maneras, la modestia, hasta el pudor... Cosas admirables que indican la buena calidad moral escondida en el fondo de la sangre india, la pasta de excelente clase humana de

aquel pueblo, su fino sentido de las virtudes naturales y de las consideraciones sociales y familiares. Y todo ello, en un mundo corroído por el pecado, por la poligamia y por otros vicios degradantes.

En este mundo extraño y apenas descriptible para nosotros, mexicanos de 1960, vivía y se movía el mensajero admirable de la aparición guadalupana. Flor de fango o ejemplar limpio de las mejores virtudes naturales del azteca de esos tiempos negros y en ciertos aspectos morales, hasta paradójicos que hoy arduamente tratan de reconstruir para saboreo de estudiosos indigenistas, nuestros modernos sabios y arqueólogos.

Juan Diego vivía en ese mundo como cualquier otro indio de su condición. Iba a los tianguis, ejecutaba labores de artesanía y filatura, de trabajo rural y de exigencias domésticas, tanto familiares como personales asistía a las celebraciones, presenciaba los ritos, hablaba, conversaba, se movía en su ambiente pobre y primitivo.

De aquellos siglos oscuros ha recibido nuestro país un legado también extraño y algo paradójico: la sencillez de alma congénita de todos los indígenas mientras no los contagia de sus vicios la civilización; la simpatía y el sentimiento de lo bello en el arte autóctono: alfarería, hilandería, bordados y otras artes, cierto grato y natural fondo de humanitarismo y un gran sentido de hospitalidad, el respeto a los mayores viviente aún en las comunidades indígenas no modernizadas; y también los aspectos brutales, la embriaguez, el espectáculo sangriento, los últimos residuos del complejo de Huitzilo poxtli.

En resumen: mezcla de bien y de mal, como en todo hombre y como en toda raza, pero con salientes cualidades primitivas denunciadoras de la bondad natural que el Hacedor puso en los hombres, pero oscurecidas y malversadas por sucesivas y superpuestas civilizaciones.



Estatuilla esculpida en alabastro representando a Juan Diego, hecha por un artista indio en el siglo XVI. Esta pieza demuestra la veneración del pueblo al vidente del Tepeyac, desde aquellos tiempos. Museo Guadalupano de la Basílica.

CAPITULO 3

CONATO DE RECONSTRUCCION DE LA FISONOMIA ESPIRITUAL DEL JUAN DIEGO PREGUADALUPANO

"Ya que Dios mismo no es reconocido al través de las magnificencias de su creación, se ha reservado en su misericordia hacer, fuera del curso usual de la naturaleza, no ya obras más grandes en si mismas, sino obras desacostumbradas, por las cuales despierta la atención de los hombres y se muestra más fácilmente a ellos."

> SAN AGUSTIN, (Célebre Padre de la Iglesia)

La figura de Juan Diego, el mensajero de la Virgen María, surge casi repentinamente del fondo de las oscuridades del paganismo americano, brilla por brevisimo lapso de tiempo (del 9 al 12 de diciembre de 1531) como un fulgor reflejo del que la Señora de los Cielos trajo a las entenebridas tierras de Anáhuac y casi inmediatamente se esfuma de nuevo, quedando tan sólo como silueta de trasfondo y dejando un trazo leve y sutil en el que apenas unos breves datos nos recuerdan todavía su existencia.

Muchos otros santos y siervos de Dios brotaron igualmente de las oscuridades del gentilismo. Así Ma-

teo el publicano, así Pablo de Tarso, así Dionisio el Areopagita, así mil más en todos los siglos del cristianismo y en todas las latitudes.

Juan Diego fue también de esos: de los convertidos, de los que habían pasado la mayor —aunque no la mejor— parte de su vida, alejados de la gran verdad de la vida. Hay en esto dos cosas: las circunstancias y la situación real del mundo, y los ocultos designios de Dios,

Esas circunstancias de la situación cultural y moral del pagánico mundo indígena antes de ser conquistado por el cristianismo, han sido estudiadas por infinidad de sabios arqueólogos, paleógrafos e historiadores, pero hay otro aspecto que hace a nuestro caso.

Millones de almas, muchas de ellas buenas y sencillas, vegetaron la vida entera en esa oscuridad. Aún en nuestros días, la civilización cristiana no ha llegado a un gran número de regiones del mundo, en Oceanía, en Asia, en Africa, en América misma; los esfuerzos de la cristiandad, de la Iglesia, a lo largo de veinte siglos, no han alcanzado aún a iluminar a muchos millones de seres candidatos a la verdad. ¿Por qué?

Esta interrogante es a la verdad terrible. Se ocurren en el acto las explicaciones humanas, condensables en aquella frase de Jesucristo mismo en su vida mortal: "la miés es mucha y los operarios pocos; rogad pues al señor de las miés que envíe operarios a su campo". Los católicos no hemos de seguro rogado suficientemente al Señor de las miés. Vienen luego las explicaciones materiales: distancias, climas, latitudes, problemas de idiomas, escasez de vocaciones misioneras, falta de medios materiales, sobre todo pecuniarios para emprender amplias labores evangelizadoras, etc. Estas son las

explicaciones humanas. La realidad lamentable, ya la dijo el Señor: "La miés es mucha y los operarios pocos".

Pero la terrible interrogante sigue en pie: ¿Por qué Dios ha permitido y sigue permitiendo que tantos millones de almas languidezcan en la gentilidad? Por la misma razón que permitió que Juan Diego viviera medio siglo sin un conocimiento del verdadero Dios. ¿Y cuál es la razón suprema de ésto? La respuesta es única: los secretos designios de Dios, el arcano del Altísimo, al que todos los seres humanos juntos no tenemos el menor derecho a formular interrogaciones.

San Agustín sin embargo, como uno de los grandes Padres de la Iglesia, afirma que Dios no permitiría el mal en el mundo, si no fuese El capaz en su sabiduría y en su omnipotencia, de extraer bienes hasta del mismo mal. De esta afirmación elevada, algo ha captado la cristiana sensatez de nuestros antepasados que repetían la sentencia, admirable en su fondo, de que "Dios sabe escribir derecho con renglones torcidos". Es la interpretación popular de una afirmación de índole teológica: la contenida en el pensamiento precitado, del célebre Obispo de Hipona.

Si a la consideración del católico contemporáneo el espectáculo del paganismo existente aún en la tierra se presenta como un cuadro lamentable, precisamente a ese católico de nuestros días debe parecerle más doloroso aún, el espectáculo del moderno paganismo que pulula, que impera en el seno mismo de nuestra civilización, prohijado justamente por ella, es decir, por sus desviaciones —su máxima desviación consiste en su descristianización— lo mismo en México que en Nueva Esa descristianización, esa paganización, con harta frecuencia integral de la vida en millones de gentes civi-

lizadas y aun de sedicentes católicos, es lo que yo llamo, en lenguaje moderno, "catolicismo epidérmico" es decir, superficial, aparente, infundamentado por falta de instrucción religiosa y que forma la lacra más terrible y la más peligrosa de eso que genéricamente llamamos "el espíritu modernista".

Claro que de ello no tiene la culpa la religión misma: si el catolicismo no ha alcanzado a hacer buenos y observantes a todos los católicos, no es por falta de fuerza moral, sino de observancia cordial. Porque esos millones de sedicentes católicos, muchas veces católicos tan sólo porque fueron bautizados o porque en su hondo subconsciente guardan dormida alguna lejana noción de la religión a la que pertenecen o quizá tan sólo, de que pertenecen, siquiera nominalmente a una religión, son incomparablemente más culpables que los pobres jibaros, papúes, hotentotes, indostanos o budistas a los que no se les puede exigir que crean, cuando nadie los ha invitado aún a ello.

No rehuyamos de ninguna manera el problema, va que nos incumbe y que nos toca tan de cerca. Tan de cerca, que no hay hombre de bien ni gente alguna sensata que no lamente la inmoralidad, la licenciosidad, la voracidad, la falsía que imperan en esas sociedades que se llaman a sí mismas cristianas, pero que no practican el catolicismo.

En esta práctica del catolicismo hay una infinita gama de actitudes mentales: desde el que dice creer y no cree en nada, aunque se titula católico, el que piensa que creer en Dios es bastante, el que no tiene el menor interés en enterarse de lo que afirma creer, el que opina que para ser católico basta guardar allá en sus muy adentros algunos retazos del lejano y olvidado catecismo, el que reduce su catolicidad a las solas prácticas

exteriores, más o menos mal y exterioristamente realizadas -no cumplidas-, el que formalmente juzga que eso de la religión es bueno para beatas o ratones de sacristía, el que considera la religión sólo como un recurso para la hora de la muerte, el que practica más o menos exactamente asistiendo a los ritos y ceremonias, sin importarle la fe del corazón, el que asegura con estúpida suficiencia que la religión no tiene por qué ser estudiada, pues son mucho más importantes, prácticas y sobre todo productivas la electrónica, la ciencia nuclear, la química orgánica o el estudio de la estratósfera, la ionósfera y los sputniks, etc. Una gama infinita de necedades, ignorancias, indiferencias y hasta formales desprecios. He aquí a los jibaros y polinesios de la selva, muchas veces muy cultos y con cargos de gerentes, altos militares, funcionarios, directores, catedráticos, profesores, escritores, profesionistas, intelectuales, etc.

En México mismo, en la gran urbe el porcentaje de los bautizados y de los sedicentes católicos (los católicos epidérmicos), es altísimo; pero ¿cuál es el porcentaje de los católicos reales, practicantes verdaderos y que poseen siquiera las verdades esenciales de la religión, firmes e incontaminadas? Y queda todavía el incontable número de los que piensan o sienten falsamente que la religión es una especie de sentimiento romántico o dulzón, bueno para "ambientar" ciertas ceremonias o fiestas sacras o para mover hacia una que otra ocasión de rezo sincero, sobre todo en la iglesia.

Estas gentes que, en todas las variedades tan someramente enumeradas, suman millones y dan porcentajes que nos asustarían si pudiéramos conocerlos, ignoran que la fe es no sólo la creencia teórica y la piedad sensiblera, sino la práctica moral consiguiente a esa creencia; es decir, los Diez Mandamientos y el Credo; que la religión católica es precisamente sencilla, clara, terminante y sin complicaciones, a diferencia de muchas falsas religiones. La religión es Dios, el alma y el lazo que los une; de esto derivan dogmas, mandamientos, culto, conducta moral. La religión informa todas las actividades de la vida y preside todas las actitudes del espíritu y del corazón; porque no esareligión de muertos, sino de vivos y porque es religión de hombres, no de cobardes o claudicantes: ésta es la verdad.

Ante este espectáculo tristísimo del paganismo moderno y civilizado, ¿qué es el espectáculo de los gentiles e idólatras de la Micronesia, Nueva Zelandia Tasmania o Islas de la Sociedad? Un juego de inocentes.

Ahora tenemos, desde uno de sus meros aspectos humanos, la explicación histórico-sociológica, bosquejada apenas, del paganismo de los tiempos preguadalupanos. Pero retornemos a nuestro tema.

Cincuenta años de vida en el gentilismo deben haber dejado un rastro muy superficial en el alma de Juan Diego. Ya dije antes que el paganismo, la idolatría, como falsos, incoherentes, irracionales y mendaces, no son aptos para engendrar fe alguna, menos una creencia organizada y mucho menos pueden penetrar francamente al corazón y calentarlo e informarlo con una sensación de realidad espiritual digna de ser plenamente poseída y observada.

Desde el punto de vista de esta consideración, que hace recordar que las tinieblas por sí mismas no pueden jamás producir luz ni el frío engendrar calor, es muy probable que el alma de Juan Diego no haya sido movida jamás por la influencia idolátrica, no obstante que

le rodeó desde su infancia. Mejor que rodeó, deberíamos probablemente decir que le sofocó.

Aun cuando casi toda la luz que sobre la figura de Juan Diego pueda arrojarse, proceda del hecho de la aparición quadalupana y aun cuando las únicas noticias de ciencia cierta que sobre esa figura egregia tenemos. procedan de los relatos contemporáneos más o menos próximos del gran suceso y de las tradiciones y leyendas llegadas hasta nuestros días, el simple Relato de Valeriano, tantas veces apellidado "el evangelio de las apariciones", arroja ya una luz bien clara y nos provecta una silueta de contornos parcos, sí, pero perfectamente definidos, del venerable vidente del Tepeyac. Al reflejar así con parca nitidez, esa silueta, nos dan una especie de "retroluz" o de aclaración de la personalidad del admirable indito, que alumbra en gran manera un buen trecho de su pasado preguadalupano. Pero hay aún otro aspecto: el aspecto divino, el aspecto predestinación.

La predestinación de las almas: he ahí uno de los grandes arcanos de Dios. Muy brevemente lo toco, sólo de temor de errar en terrenos tan delicados, tan profundamente teológicos y misteriosos, en los que sólo espíritus verdaderamente doctos, inteligencias sabias y debidamente puestas bajo las disciplinas de las ciencias sagradas, pueden aventurarse con confianza.

Sin embargo, ante mi comprensible miedo al error, me remito tan sólo a las grandes verdades reveladas, de orden dogmático, únicas que, creo yo, nos pueden dar seguridad sobre la cuestión.

Es absolutamente indiscutible que Dios creó al hombre y a todos los hombres, sin que a esta verdad obsten las leyes naturales de la generación, porque esas leyes, tienen también como autor supremo, al Creador de la vida y del universo. Por tanto, Dios creó a las almas. Y las creó para su gloria y para la felicidad personal de ellas mismas. He ahí, de modo genérico pero universal, la predestinación. Toda alma que es creada por Dios en cada cuerpo humano, está predestinada por El a glorificarle y a gozar de la vida eterna. Esto es de fe. Y tan lo es, que el misterio de la Redención humana, responde a esta verdad: Cristo se hizo hombre, solamente como el único medio de satisfacer a la justicia divina por la deuda de la humanidad. Esa deuda fue el pecado original de Adán y Eva, transmitido espiritualmente al través de todas las generaciones, a todos los hombres y fue también el cúmulo inmenso de pecados de todos los hombres, de cada uno en lo personal, insatisfacible por el hombre mismo: misterios admirables y misericordiosos de la economía y la política divinas.

Si pues Dios predestinó a toda alma sin excepción, a la vida eterna y a la glorificación de su Creador, también predestina a cada una de las almas a este doble y admirable fin. Lo segundo no podría explicar, se sin lo primero y la predestinación toda de la humanidad como raza, no tendría validez ni justificación sin la predestinación de cada alma en particular.

Juan Diego pues, como ser humano, como alma creada por Dios, estuvo también predestinado a la gloria de Dios y a la vida eterna personal suya. Esto es inconcuso. Insisto en ello por recordar que durante los primeros tiempos de la dominación o al menos de la conquista española hubo hombres blancos y barbados que sostuvieron que el indio no era ser humano como ellos. Y fue necesaria una expresa declaración pontificia —creo que una bula— para erradicar tan inicuo error. Claro que el mismo sólo tenía una razón, por

cierto, la razón de la sinrazón: tener un pretexto especioso para poder vejar al indio, explotarlo y hasta matarlo si así convenía a los intereses de algunos de los conquistadores. El Papa romano defendió a la pobre raza sojuzgada desde el primer momento, contra tal iniquidad.

Bien, pero, además de la predestinación general, digamos, de todas las almas creadas por Dios, ¿tuvo nuestro héroe alguna predestinación especial, con mira a la misión que el cielo le tenía asignada? Se podría responder con otra pregunta:

¿Sabía Dios que Juan Diego iba a ser un día el mensajero terrenal de la Virgen, Hija predilecta de Dios y Madre suya en cuanto Dios se hizo carne y habitó entre nosotros? ¿Sabía la importancia y la trascendencia de esa misión, lo que la misma significaría para toda una raza, la elevación de dicha misión y las cualidades requeridas en el mensajero para que pudiera llenar su cometido de acuerdo con el querer de Dios mismo, y hasta con el deseo expreso —y expresado—de la Señora de los Cielos? ¿Sí o no? Responded.

Claro que sabía todo esto y mucho más. Ahora bien: Dios es un Ser infinitamente grande, infinitamente perfecto, infinitamente sabio, infinitamente providente y previsor; todas estas calidades son inherentes a la perfección absoluta del Ser Divino. Y ese Ser Divino, por el mismo hecho de serlo, es también infinitamente bueno, esto es, infinitamente comprensivo, compasivo, misericordioso. Adunando todas estas cualidades, como teológica y aun filosóficamente tienen que ser adunadas la consecuencia lógica es que cuando Dios hace una obra, la hace bien. Bien en cuanto al objetivo, en cuanto a la forma, en cuanto a la ejecución, en cuanto a la cristalización o realización

plena de ella y bien por lo tanto, en cuanto a los medios. Porque Dios para obrar en lo temporal, en lo humano, tiene que valerse de medios. No porque los necesite El, sino, entiéndase rectamente, porque los necesitamos nosotros. Este es el orden natural que El ha establecido y jamás la humanidad podrá hacer cambiar ese orden que es el orden de Dios. Permitidme un ejemplo.

¿Puede Dios en una fracción de segundo sanar de cualquiera dolencia a los miles de enfermos que acuden a Lourdes, a la venerada Gruta de Massabielle, todos los días desde hace 102 años? ¿Sí o no?

Y sin embargo, no lo hace sino cuando le place: no con todos los enfermos, ni en todas las ocasiones. ¿Por qué? La respuesta absoluta es: Porque no place así a su soberana voluntad. Pero hay también una respuesta humana. No lo hace sino en determinadas condiciones y bajo determinados medios: la invocación sincera a la Virgen Santísima de Lourdes, la fe y veneración a Ella en ese lugar santo, el agua milagrosa -esa agua que en sí misma no tienen cualidad ninguna curativa - aplicada al enfermo, el viaje, la permanencia, la imploración, el sufrimiento previo, hasta el agotamiento de los medios curativos naturales de la ciencia y el desahucio, etc. ¡Por qué? Ya dijimos que porque no le place. ¿Pero por qué no le place, siendo su bondad infinita y tan grande, tan inagotable también la benevolencia de la Inmaculada Concepción? Probablemente porque no conviene así, en su providencia inescrutable, sino en determinados casos. He ahí pues la acción de Dios acomodada a la sabiduría divina y a la necesidad, conveniencia y capacidad de los humanos. No podemos decir más.

Pues bien: en el caso de la aparición de la Santa

Virgen en el Tepeyac, Dios, según su manera de obrar, "su política", diríamos, se valió de un medio. Como esa acción celestial era entre hombres y en favor de los hombres, se valió de un hombre. Y como era especialmente para pobres, para desvalidos, para sufrientes y necesitados e "injusticiados" de la humanidad, se valió de un ser de esos mismos; y como era para los inditos, especialmente, se valió de un indito. Es decir—y esto es lo admirable siempre en la acción de Dios—se valió del instrumento más adecuado, no según la previsión humana, sino según la previsión divina, de la que la humana discrepa tan frecuentemente. Y a veces tan sustancialmente.

He ahí pues la predestinación de Juan Diego hasta donde nos es dable exponerla, dentro de la verdad católica y dentro del dogma cristiano indiscutible e intorcible en sí.

Es por lo demás lógico pensar que si Dios tenía reservado a Juan. Diego para una misión, lo prepara para ella y lo preparara no al modo humano, como ya he observado, sino al modo divino. Ese modo divino generalmente es un misterio para nosotros, pero como misterio debemos acatarlo y respetarlo. Posteriormente, admirarlo.

Y la esencia de esa preparación divina en el alma del elegido, tenía que ser espiritual. Por eso es razonable creer que Juan Diego, no ya el preguadalupano, sino hasta el anterior a la cristianización, tuviese, infundidas por Dios, ya a nativitate, ya desde la época de su vida en que debía empezar la sagrada y misteriosa acción de Dios para con el elegido, aquellas virtudes y cualidades espirituales y naturales, apropiadas para su futuro cometido.

Ernest Hello, en su admirable obra "Fisonomías de

Santos", explica que no todos los santos son iguales, como no todos los hombres son idénticos, como si fuesen fabricados en serie y bajo un rígido molde standarizador, y dice que "muchos santos son muchos hombres y no hay sino una sola Iglesia". Esto es exacto y es humano. Cada santo es diferente en su naturaleza humana, en su carácter humano, en la forma de su santificación, en la calidad, cantidad, forma y variedad de las gracias sobrenaturales que recibe, en el fin especial divino de esas gracias, en la manera con que el santo las emplea: una maravillosa e infinita variedad dentro de una absoluta unidad.

Sin embargo, hay rasgos comunes a todos los santos y aun a todos los elegidos. La santidad supone obligadamente la caridad o amor de Dios, el amor al prójimo, la fe ardiente, la humildad, muy frecuentemente aun la sencillez, a la que no se oponen por cierto ni el talento ni la sabiduría misma. Jesús mismo, que es la verdad infalible, no sólo reunió en su persona humana todas estas cualidades en el grado más eminente y que deja atrás a todos los santos, sino que trazó sencilla y terminantemente el camino de la perfección, es decir, de la santidad: "Si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres y luego, ven y sígueme."

He ahí la fórmula plena e indiscutible de la santidad. La renunciación a sí mismo y a los bienes innecesarios y el seguimiento de Jesucristo.

Pero en medio de estos rasgos comunes esenciales a todo santo, hay también rasgos particulares determinantes de la personalidad de cada uno y también rasgos especiales pero comunes al género de su misión. Porque un santo tiene una misión en mayor grado que cualquiera simple alma fiel: la misión de glorificar a Dios y de

atraerle almas a su derredor, es decir, una misión de misionero espiritual, en cierto modo.

Y se ha observado y Hello lo hace notar bien, que la sencillez de alma, la simplicidad y la humildad suma y natural, suelen ser las características de aquellos santos, de aquellos elegidos y predestinados àl milagro. Los santos que vulgarmente suelen ser considerados como más milagrosos, fueron precisamente los más sencillos, los más simples de alma. Ahí está Francisco de Asís, ahí está Antonio de Padua, ahí está el mismo Simón Pedro, el pescador y tantos otros.

Y es también frecuente que los grandes videntes destinados por Dios a la transmisión de un mensaje suyo a los hombres, a los pueblos, sean almas sencillas. Sencilla y llena de simplicidad era Bernardita Soubirous, la mozuela más pobre del lugar, sencillos y simples de alma fueron Francisco y Jacinta Martos, ya fallecidos, y Lucía Dos Santos, viviente aún en un convento de Portugal, covidentes todos tres, siendo niños, y niños pobres y simples de alma, de la aparición de la Santísima Virgen en Cova Leiría - Fátima-, el 13-de mayo de 1917-; sencillos fueron igualmente los pequeños campesinos franceses de la aparición de la Señora en la Salette... Y sencillo y simple de alma fue el humilde indito del Tepeyac. Tanto él como Bernardita, como Lucía Dos Santos y Jacinta y Francisco Martos, eran portadores de un mensaje de Dios por conducto de la Virgen María. Y hay una interesantísima coincidencia en el hecho de que estos grandes mensajes del Cielo a la humanidad, hayan tenido todos -y son los más trascendentales y significativos de los siglos últimos, incluyendo el siglo XVI con la aparición del Tepeyac - como mensajeros, a pobres personas humildes desdeñadas, infantiles de edad y sobre

todo de alma. Ya dije en el primer capítulo que la sen cillez es condición para la transmisión de la palabra de Dios.

Juan Diego debe haber sido por naturaleza, un alma sencilla, un alma ingenua. Estos rasgos campean en toda su actuación desde el primero hasta el último mo mento de las apariciones, y aun después, se prolongar con claridad. Y precisamente la sencillez, la simplici dad, hasta la ingenuidad como de niño, son cualidade características de todos los indígenas de nuestro Alti plano, mientras el roce con los civilizados y su malicia no los han maleado y desnaturalizado. Mientras se con servan como primitiva y racialmente fueron, es decir en tanto que se conservan naturales, permanecen sien do ellos, idénticos a sí mismos; candorosos, ingenuos dóciles.

Juan Diego tuvo indudablemente estas cualidade y es altamente razonable creer y hasta sostener, basán donos en argumentos a posteriori, pero muy lógicamen te fundamentados, que tuvo dichas calidades en grad eminente. Se desprende así, de la misma manera que s desprende olor a rosa de una rosa, del admirable Rela to de Valeriano, que todo él es sencillo, candoroso oliente a "Fioretti" de San Francisco de Asís y hast a Evangelio: menos autorizado desde luego que éste pues no es revelación divina propiamente; más inge nuo, natural y espontáneo, que el librito franciscano pia doso que no es, con todo, sino un pequeño poema mis tico a la mansedumbre y sencillez admirable del Pove rello de Asís. Todas las actitudes, todas las accione todas las palabras de Juan Diego consignadas en es Relato de Valeriano que no ha sido apreciado ni difur dido entre los mexicanos como lo merece, respiran sim plicidad y candor de alma, como más delante expondré detenidamente.

A propósito de Juan Diego vienen a la mente de una manera muy fuerte y espontánea, las palabras sagradas de Jesús: "Nisi efficiamini sicut parvuli..." "si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos". Niños debemos ser, espiritualmente, todos los creyentes para merecer la recompensa prometida por el Señor; niños por la inocencia, conservada o rehecha a base de oración, penitencia y fe, niños por la sencillez candorosa e ingenua, niños por la consiguiente ausencia de malicia, de segundo o secreto pensamiento, por la llaneza y amabilidad y por la buena voluntad: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

¡Si toda la actuación de nuestro encantador indito es justamente de una infantilidad admirable, sin que ello quiera decir que se descartan la prudencia, el raciocinio, la inteligencia, ¡hasta un buen grado de elocuencia! ¡y la postura varonil que denuncia a todo un hombre, moralmente hablando! Y físicamente también, como pronto diré.

Juan Diego, precisamente por esa sencillez de corazón y por una especial providencia de Dios, en la que, repito, es muy aceptable creer, se conservó bueno, sencillo y noble en medio de todas las tinieblas, embustes y torpezas de la idolatría y perversión humanas que lo rodeaban, más para asfixiarlo, que para-contaminarlo.

Juan Diego debe quizá algunas veces haber sentido cierta especie de asco moral hacia los groseros ídolos y los brutales ritos y holocaustos a ellos ofrecidos, aun cuando algunos historiadores han afirmado que en la región de Cuautitlán no eran acostumbrados los sacri-

ficios humanos, sino sólo ofrendas u holocaustos de animales y frutos del campo.

Por su bondad y nobleza humana, debe haber sido también preservado, supuesta, como dije que debemos suponerla, una especial providencia divina preservatriz, de los contagios más peligrosos para un alma: los contagios de la lujuria. Nos enseña Ripalda que los enemigos del alma son tres: mundo, demonio y carne. ¿Sabemos hasta qué punto Juan Diego tuvo que defenderse, con ese instinto natural en las almas puras, y ser defendido por la protección divina a su futuro héroe, a su mensajero y embajador exclusivo, como después expresamente le dijo la Señora del cielo, contra estas tres formas de la contaminación espiritual?

El demonio, ya lo dije, campaba por sus respetos al través del grosero culto a los ídolos; el mundo lo rodeaba, felizmente no muy de cerca, pues no frecuentaba las clases dominantes en Cuautitlán, los señores prominentes, los guerreros, los sacerdotes idólatras: su condición de humilde macehual lo protegía contra el mundo, al mantenerlo uncido a los rudos trabajos manuales que, como imperativos para el logro de su diario sustento, lo traían ocupado totalmente en la labor corporal. Juan Diego fue simple trabajador manual, como José de Nazaret, como joh! admiración, Jesús mismo: "faber et filius fabri", que dice el Evangelio refiriéndose a Jesucristo y a su padre nutricio, según de ellos opinaban sus coterráneos: artesano e hijo de artesano. Miles de santos han sido también trabajadores manuales, como la mayoría de los apóstoles, que fueron pescadores, como después San Isidro Labrador, el bienaventurado Sebastián de Aparicio, mexicano, aunque nacido en España, pero que en México vivió, se santificó y actuó trazando caminos e introduciendo la carreta

en tiempos coloniales (su cuerpo reposa en la Iglesia de San Francisco, en Puebla), como San Crispín zapatero, como Santa Bernardita Soubirous. En la Sagrada Biblia vemos constantemente santos dedicados a las primitivas labores y el pastoreo y la pesca ocupan alto lugar en los anales de los tiempos biblicos; el Rey David, profeta, salmista y gran santo del Antiguo Testamento, ¿qué era sino un pastorcillo humilde apacentando en el valle del Hebrón, las ovejas de su padre Isaí? Y Siendo pastorcillo, el profeta Samuel lo ungió en nombre de Jehová como Rey de Israel.

El trabajo manual, acaso por humilde y por mantener la mente sosegada y en un silencio que permite hacer oír internamente la voz de Dios, parece haber tenido siempre una especial bendición de El; es posible que esa bendición o predilección prevengan, desde los tiempos evangélicos, del hecho de que Cristo Jesús se dedicó a él por espacio de veinte o más años: faber, artesano, que dice el Evangelio sin que se sepa con rigor qué clase de artesanía: muy probablemente la de carpintero, como ha sido creencia constante de la cristiandad.

En cuanto al tercer enemigo del alma, la carne, bien puede Dios haber protegido también muy particularmente a quien iba a ser su siervo y embajador especial de la Madre de Dios: la gracia divina obra como le place y cuándo y dónde le place, como su espíritu, que sopla dónde y cuándo quiere, según entiendo que está escrito.

Además, hay una natural propensión entre las almas verdaderamente buenas y sencillas, hacia la pureza. Si bien las inquietudes de la carne están dentro de nosotros mismos, muchas veces son la malicia y la imaginación las que las despiertan. Hay pueblos racial-

mente lúbricos y otros más equilibrados en este delicado terreno. Si los mexicanos actuales generalmente somos proclives a este vicio, a causa de nuestra naturaleza impetuosa, ardiente, a nuestra cabeza y sangre caliente, según afirman algunos -y también a causa de nuestra muy sutil y despierta malicia-, no así el indigena simple ni tampoco el indigena del siglo XV. Todavía en algunas comunidades indias de la actualidad, en lugares apartados y como casos excepcionales, se ven ejemplos de sencilla continencia. No hace mucho tiempo que un médico rural de nuestro México Central, narraba el caso de un matrimonio de campesinos indígenas, admirable en este terreno, por simple inocencia infantil. El médico calificaba el caso con acritud sensualista y en un terreno crudamente materialista: yo lo califico de admirable.

No se sabe en qué fecha casó Juan Diego con la futura María Lucia, cuyo nombre gentil antes de su bautismo, se ignora en absoluto. Pero es seguro, dadas las calidades mencionadas y dado lo delicado, casi espiritual, lo dulce y romántico, como hoy diríamos, del alma del futuro elegido, que Juan Diego casó por inocente simpatía, por atractivo espiritual, por amor: no ese sensual y burdo que hoy corre en el mundo moderno que a veces lo encubre hipócritamente bajo el mistificante título de "romance", como cuando dice elegantemente, del sucio concubinato de un astro y una estrella de cine, que "están viviendo un romance", sino con sencillo amor casto y primitivo de buena ley. Algo nos sugiere en este sentido, al menos como argumento negativo, pero sintomático de mi opinión, el hecho de que ese matrimonio no haya tenido descendencia.

Afirman algunos guadalupanistas, entre ellos el licenciado Primo Feliciano Velázquez, que Juan Diego y María Lucía vivieron y murieron vírgenes; don Francisco de Florencia y otros, más conservadoramente, sólo se limitan a mencionar su castidad de vida "al menos, dicen, desde que oyeron a uno de los primeros ministros de la evangelización", o sea uno de aquellos apostólicos franciscanos venidos en los primeros tiempos a la Nueva España, hablar sobre lo mucho que agrada a Dios y a su Santísima Madre, la virtud de la pureza, sermón que los movió a una santa castidad aun dentro de su matrimonio.

Si el argumento de tipo meramente negativo de su falta de descendencia puede tener alguna fuerza, si bien relativa pero insinuante, hay otro argumento, pero de tipo moral o mejor, místico: la reiterada observación de que las grandes apariciones de la Virgen María han sido siempre hechas a los más puros, a personas virginales. Hay una como secreta analogía en esto: la Virgen María, la pureza suma, ama como natural, como instintivamente, la pureza de aquellos a quienes su Hijo destina para una especial predilección. Cabe recordar que también sobre Francisco de Asís llegó a discutirse el mismo asunto. Por ese motivo de la sagrada virginidad de la que es llamada y se llamó a sí misma en el Tepeyac, "la siempre Virgen María, Madre de Dios", no considero errada la suposición de la perfecta pureza, aun conyugal, del por lo demás sencillo y limpio matrimonio de Juan Diego y su consorte. Si el Señor Jesús dijo "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios", nada obsta para pensar piadosamente, que los limpios de corazón y de cuerpo, es decir los puros y virginales, sean los destinados a ver esa gloria de Dios que es su Virginal Madre, aun desde esta vida y con sus ojos aún de carne, como la vió Juan Diego, y como la vió también, ese

otro covidente más olvidado todavía y más marginado: Juan Bernardino, su anciano tío.

Pero todo el panorama espiritual de esa alma encantadora de Juan Diego, comienza ya a aclararse en cuanto llega el día de su bautismo. Sobre la especial y oculta preservación que de sus virtudes naturales había ejercido la Providencia, viene ahora la infusión de las tres virtudes teologales mediante el bautismo, dador ante todo, de fe. El rito católico de ese Sacramento salvador lo dice claro. ¿Qué pides a la Iglesia de Dios? El bautismo, la fe. "¿Quid petis ab Ecclesia Dei? Fidem." El bautizando, por sí o por sus padrinos llega al dintel del templo pidiendo la fe. El sacerdote le da el bautismo, luego con él le da la fe, según se desprende del diálogo ritual mencionado.

Juan Diego, y con él su mujer, recibieron en el Sacramento la fe, la esperanza y la caridad, como virtudes infusas, en semilla para que a su tiempo florezcan; v cómo florecieron en el alma cándida de Juanito! Es de fe cristiana que el bautismo borra el pecado original y cualquiera otro si lo hubiere, según explica Ripalda. Esto es lo que simboliza el lienzo blanco con que ceremonialmente es cubierta la cabeza del bautizado, como la llama del cirio simboliza la fe. Juan Diego salió de las aguas lustrales con una credencial auténtica de fe y de las demás virtudes cristianas; si algún contagio, seguramente apenas acusable, de paganismo y sus pecados, tenía acaso, allí salió su alma limpia como un lirio; y alma lilial fue desde entonces hasta su muerte cabe la ermita del Tepeyac. Aquí es donde se desvanecen todas las dudas y donde se borran todos los sospechables residuos de paganidad. Después del bautismo de Juan Diego, ni hablar de ello.

Viene ahora otro punto, esta vez de historia, que

parece querer ensombrecer la fisonomía espiritual de nuestro bendito indio: la no existencia de su partida o acta de bautizo. Monseñor José de Jesús Manriquez y Zárate, Obispo de Huejutla, en su excelente librito "Quién fue Juan Diego", admite, como todos, la inexistencia del acta de bautizo de nuestro héroe; es muy admisible, no que se haya perdido, sino que jamás haya sido extendida, escrita: lo explican y justifican las circunstancias del tiempo. Si los franciscanos, que eran muy pocos en 1524, fecha la más probable del bautizo de Juan Diego, apenas se daban abasto a bautizar, pese a que aún no llegaba la gran masa de aborígenes a dejarse cristianizar, menos se darían abasto si hubieran tenido que redactar las actas o partidas correspondientes, en tiempos de escasos escribanos y escasos capacitados para escribir debidamente tales documentos.

Monseñor Manriquez y Zárate, con buen criterio, afirma que la no existencia de tal documento, no prueba que Juan Diego no haya sido bautizado y que por tanto, tal carencia de dicho testimonio, no es hoy día obstáculo formal para la introducción, ante la Sagrada Congregación de Ritos, de su proceso de beatificación. Tiene razón, inclusive en terrenos canónicos y de formalismos y leyes que presiden las prácticas procesales y beatificatorias del citado tribunal romano. Pero hay otro argumento, por cierto doble y poco aprovechado hasta la fecha por los historiadores y aun por los escasísimos panegiristas del venturoso vidente del Tepeyac.

¿Cómo o de dónde se trocó el nombre pagano de Cuautlatóhuac, sea cual fuere su correcta grafía, en el nombre auténticamente cristiano de Juan Diego? El nombre pagano de nuestro héroe nos suena hoy a mera reminiscencia histórica, en tanto que el nombre de Juan Diego es plenamente conocido y usado desde la primera

mención de nuestro hombre. Sólo el bautismo explica bastantemente esta mudanza de nombre.

Además, hubo una persona de especial autoridad que lo usó desde el primer momento, para llamar a nuestro indígena; esta persona fue nada menos que la Virgen del Tepeyac, cuyas primeras palabras dirigidas en vocativo al vidente, fueron precisamente estas: "Juanito, Juan Dieguito"; "Juantzin, Juan Diegotzin", que dice a la letra el original náhuatl del Relato de Valeriano.

¿Cómo iba a llamar la Señora a su siervo por ese nombre, por cierto repetido y con la fórmula tzin, reverencial, como ya expuse y además denotadora de cariño y predilección, si el humilde macehual no se llamaba así? ¿Por qué no le dijo: "Cuautlatoatzin"? Sencillamente porque ya no se llamaba así. Y he aquí mis dos argumentos complementándose y explicándose uno al otro y reforzados a parte ante y a parte post. Y es claro que si la Señora del cielo, tan tenedora en cuenta de la Iglesia y sus ministros, como que lo mandó ante todo a ver al obispo, envió el recado único al obispo y produjo una señal, conforme a los deseos generales del obispo, llamó a Juan Diego por su nombre cristiano y bautismal, como ya argumenté, es porque tuvo en cuenta que ese era su nombre válido y sancionado por la Iglesia mediante el Sacramento. Y recuérdese que también la Señora en Lourdes envió a Bernardita "a decir a los sacerdotes que quería una iglesia y que deseaba que fueran las multitudes". La Virgen María nos da ejemplo de dar su lugar a los ministros de Dios y a no salvar los trámites debidos humana y divinamente. ¿Son apodícticos estos argumentos?

Entramos ya a la nueva fase de la vida de nuestro gran hombre, bajo una nueva luz que sustituye a las inseguridades y dudas anteriores: su vida cristiana. Comienza aquí quizá la grande preparación espiritual, ya más directa, del elegido de la Virgen.

Juan Diego cristiano, nos inspira naturalmente más confianza y seguridad que el Juan Diego pagano de cincuenta años anteriores. Y este Juan Diego cristiano se revela, bajo esa "retroluz" de que, falto de mejor término hice uso, con nueva y embellecedora claridad. Pero aún estamos dentro de su etapa preguadalupana.

Retrocedamos pues un poco, con ayuda de esa claridad, hacia los últimos días paganos que nuestro héroe vivió.

Juan Diego era un hombre bueno, como ya expuse. Sencillo, pobre y laborioso -no se sabe que haya habido santos holgazanes— trabajaba en su solar, probablemente con su tío, el futuro Juan Bernardino, y con su mujer. La historia nos ha dejado llegar dos o tres noticias dispersas, como esos pecios o botellas conteniendo el mensaje de un náufrago, que la marea arroja a veces a alguna lejana costa solitaria. Quiere la leyenda que las madres indígenas de Cuautitlán hayan dicho frecuentemente a sus hijos: "Ojalá llegues, a ser un hombre como Juan Diego". Admitiendo esto antes de su evangelización, deben haber dicho "como Cuautlatóhuac". Y dentro de este supuesto, ese Cuautlatóhuac que todavía se nos antoja extraño y que no acabamos de asimilar ni comprender, debe haber sido un hombre sumamente bueno, un hombre verdaderamente ejemplar.

Posible es que haya tenido un padre y, sobre todo una madre, que lo hayan educado en la ley natural, en la rectitud, el respeto, la obediencia, la laboriosidad: las madres aztecas educaban a sus hijos, a su modo, pues no tenían otro; muchas madres actuales no educan ni tienen modo alguno y por eso sus hijos son lo que son.

Dice un Padre de la Iglesia que "el alma humana es naturalmente cristiana". Dice muy bien. Cuautlatóhuac, alma humana plena de naturalidad, debe haber sido naturalmente cristiano y creo que esta consideración es muy importante. Si Cuautlatóhuac no conocía aún a Dios, quizá lo presentía, casi lo intuía. De esto hay ejemplos en algunas vidas de santos y de convertidos. Y no sin fundamento, puesto que el salmista dice: "Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos". Cuautlatóhuac, introspectivo y contemplativo natural, como indígena, puede haber tenido un lampo de claridad espiritual del Ser Sumo. Además, no olvidemos que era un preelegido. Pertenecía al alma de la Iglesia, antes de pertenecer a su cuerpo, porque la Iglesia no tenía cuerpo aún en aquel Anáhuac todavía no evangelizado. El cuerpo místico de la Iglesia, que es, dicen los teólogos y los místicos, el Cuerpo Místico de Cristo, lo trajeron tiempo después y por cierto a pie, tras haber cruzado procelosos mares, los primeros apostólicos evangelizadores de la naciente Nueva España. Gracias a esa gesta providencial, nosotros hoy pertenecemos también al cuerpo de la Iglesia, si bien nos separamos de su alma cada vez que violamos la Ley de Dios: ese catolicismo epidérmico de que antes hablé, es del cuerpo, pero nunca puede ser del alma de la Iglesia, a menos que vuelva en si. Y el alma es lo que vale, no el cuerpo precisamente. ¿Queréis saber lo que vale nuestro cuerpo? Id a un cementerio y abrid un sepulcro: he ahi nuestro cuerpo. ¿Queréis saber lo que es nuestra alma? Entregaos, mientras llega la hora, a la meditación espiritual de las cosas de allá arriba, de la vida eterna. Pero como somos por hoy, compuesto de cuerpo y alma, ambos tienen importancia y ningún creyente puede lícitamente permanecer fuera del cuerpo de la Iglesia, pues quedaría automáticamente también, fuera de su alma. Así igualmente sucede en nuestra naturaleza mortal.

Frances Parkinson Keyes, norteamericana, nos da en su simpático libro "The Grace of Guadalupe", un poético cuadro de Juan Diego y su mujer, consagrados a sus humildes ocupaciones puebleriegas; nos pinta al marido en sus habituales faenas domésticas y a María Lucía tejiendo, bordando, tiñendo el ixtle de sus ropas... In cuadro bello y de vida simple e idílica en el rústico Cuautitlán indiano.

Pero un día, a los oídos de ese pueblerino pacífico y manso, llegaron extrañas noticias: raros y maravillosos hombres blancos y barbados -los anunciados legendariamente por Quetzalcoatl- habían hecho su aparición en México-Tenoxtitlan. Venían encaramados en extraños monstruos de largas patas, piafantes y relinchantes y cubiertos de hermosos arneses y gualdrapas de fuertes colores. Los hombres iban revestidos de metal luciente, esgrimían lanzas con puntas que no eran de pedernal y apuntaban contra el indio con unos hierros que vomitaban trueno, fuego y humo. Y venían encoraginados, bravos, buscando guerra, y al son de ello, incendiaban, saqueaban, robaban, tomaban los víveres de grado o por fuerza, mataban indios y violaban a sus doncellas: horrísono cuadro para un pueblerino de alma pacífica, blanca y meditativa.

De Cuautitlán a Tenoxtitlán la distancia no es grande: poco más de dos docenas de nuestros kilómetros de hoy; y ya desde entonces, como desde siempre, las noticias tenían pies; ¡y hasta alas! Y comenzaron a llegar noticias cada vez más claras y pavorosas, de la guerra y de la depredación. Todo daba a entender que todo un mundo y todo un modo de vivir expiraba, y se

echaba encima otro mundo distinto, harto fiero en sus comienzos: el destino, los hados, los dioses quizá así lo ordenaban. ¿Cómo y con qué espíritu recibiría Cuautlatóhuac tales primeros informes? Quizá tan sólo con azoro natural, con extrañeza admirativa, con explicable inquietud. Quizá temió por su tío, por su solarcillo, por su jacal y sobre todo, por su dulce y buena compañera cuyo nombre indio me duele no saber.

Bien pronto Cuautlatóhuac pudo comprobar por si mismo la veracidad de las extrañas noticias. Sus ojos estupefactos deben haber contemplado por encima de las piedras de su tecorral, un día cualquiera mientras partía leña, daba maíz a las pípilas, limpiaba pencas de nopal o maceraba pencas de maguey para preparar el ixtle, a los advenedizos monstruos. Acaso los vió con ojos llenos de azoro desde la honda verdura de alguna milpa y su primer movimiento instintivo debe haber sido el de esconderse entre sus largas y sonantes hojas.

Y con ojos inmensamente abiertos, tensos hasta cansarse, debe haber visto cómo las gastaban esos hombres traídos hasta su terruño por quién sabe qué incomprensible fatalismo. Los vió entrar a su Cuautitlán, derribar altares y adoratorios, quebrar y despedazar y patear los ídolos venerandos en su fealdad, con furia iconoclasta que su simple mentalidad no podía sin duda entender sino con algo de terror religioso, como quien presencia una profanación. El no podía entonces sospechar que algún tiempo después le sería develado el misterio y explicado aquel temible proceder.

Y los guerreros fueron dispersados o muertos y los señores domeñados y las riquezas entradas a saco: los hombres blancos traían sed insaciable de oro, Y Tenoxtitlán fue incendiado y demolido literalmente tras muy largas semanas de asedio, y cayó prisionero el gran

Tlatoani Cuauhtemotzin y lo hicieron tributario, perdonándole la vida con otros grandes del imperio y los blancos se asentaron bien en la tierra conquistada, la tierra azteca, la suya, y lentamente las bocas de fuego se fueron silenciando y los incendios apagándose y dejó de haber guerra y furia devastadoras.

El alma azorada y pávida del indito quedó teñida de asombro inexplicado, de extraños, subconscientes e incoherentes ¿por qué? incontestados. Los dioses de piedra yacían ya por tierra, rotos y además, los dioses nunca se habían apiadado de los hombres. ¿A quién preguntar, a quién recurrir en busca de apaciquamiento anímico? El alma del indio, como la de todos sus compatriotas se hundió en nostalgia meditativa y larga, silenciosa y un poco hosca. Hoy, después de casi cuatro siglos y medio, esa nostalgia mansa y muda sigue aposentada aferrándose tenazmente en el alma indígena y todas las prédicas pseudocivilizadoras, emancipatorias y falsamente incorporatorias "del indio a la civilización", no han alcanzado a disiparla. Ni hay traza de que lo hagan. ¿Cuándo la política y ménos aún la simple y baja e interesada politiquería ha redimido a un pueblo? Ni lo hará jamás: no tiene fuerza, ni siguiera intención sincera ni menos espíritu.

Pero luego a poco fueron llegando otros hombres blancos, aunque bien diferentes. No portaban lanzas ni esos nunca vistos instrumentos que escupían lumbre, trueno y humo, no lucían penachos en las cabezas ni se protegían con corazas, yelmos ni escudos. Llevaban largas ropas pobres, sandalias como los huaraches indios, sonreían y buscaban fraternizar con el indio: le hablaban, trataban de aprender su idioma dulce y cantarino, se acomedían a curar sus heridas y dolencias y amparaban a los "chilpayates" y a las huérfanas y a

los viejos: eran hombres buenos: demasiado buenos para poder ser comparados en nada con los rudos guerreros blancos, los "cactzopini", los que talonean, según la significación náhuatl de esa palabra simple y llana convertida con el tiempo en el injuriante gachupín: los frailes nunca fueron "cactzopini", nunca taloneaban espoleando un caballo: ellos no tenían caballos, pues eran tan pobres como el indio empobrecido por la conquista, o acaso más. Y no buscaban oro, buscaban amistad: lágrimas qué enjugar, dolores qué mitigar, tinieblas qué aclarar. El fraile se hizo amar desde el primer día. Y el indio al verlo, no decía azorado: "Cactzopini", decía "Motoliñía", es decir, pobrecito.

Y por eso, bien pronto, aunque aún con timidez, pues las experiencias de la etapa de la conquista bélica y de los siglos de idolatría no podían ser borrados tan prestamente, los indios se fueron acercando al fraile, al franciscano. Primero de lejos, ocasionalmente; después, poco a poco, un tanto más, hasta dejarse prender en las redes de la palabra: el Evangelio se abría paso, "los caminos del Señor se preparaban", si bien aún muy trabajosamente y en escaso número de almas. Pero ya era algo.

Es seguro que Juan Diego fue uno de los primeros catequizados, junto con su mujer. Seguramente también con su tío. Fue edificado Tlaltelolco, comenzó a darse misión y doctrina y nuestro indio bien pronto fue un catecúmeno, con su mujer. Puede creerse que también con el tío, si bien por otra parte éste, como viejo, puede muy bien haber sido más rehacio a la nueva doctrina: es muy suponible.

En 1524, aunque con incertidumbre de fecha, que otros ponen un poco antes, un año no más, Juan Diego, buen sabedor ya del Credo, Mandamientos, Oraciones

y Sacramentos, recibe con su compañera el primero de ellos: la gran puerta franca a la verdad: el bautizo. Se asegura que fue ese Motolinía compadecido por los indios, quien derramó el agua lustral sobre la cabeza del catecúmeno: no es dato seguro si bien probable.

Juan Diego cristiano, se dedicó desde inmediatamente a ser buen cristiano, como había sido ya antes buen hombre, buen trabajador, buen ciudadano y buen marido: era y había sido siempre integralmente bueno. Y empezó a hacer largas y constantes caminatas desde su pueblo, al convento e iglesia de Santiago Tialtelolco. A la misma Virgen María se lo explicó así, en su lenguaje llano y lleno de verdad. Juan Diego empezó a ser el "peregrino" de que otro perdido retazo de historia, o más bien de tradición, nos habla después, como de pasada.

Muchos días de la semana sin duda, dejaba su solar, su jacal, su tecorral y sólo o acompañado de su María Lucía, cosa que ahora rememorativamente me place más, venía a Tlaltelolco a "seguir las cosas divinas, que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor" como textualmente se lo dijo a la siempre Virgen María. Madre de Dios, en el Tepeyac. El no conocía quizá el pasaje evangélico en que Jesucristo dice a Marta y a Magdalena: "Una sola cosa es necesaria", pero la practicaba, con su ardor de neófito. Porque, como bien dijo siglos después el Cura de Ars. San Juan Bautista María Vianney, "aquellos que son iluminados por el Espíritu Santo, saben mucho más que los letrados". Palabras que, por lo demás, no son sino eco de las palabras divinas del Salvador culando. dijo en sus últimos días, según narra el Evangelista: "Gracias te doy, oh! Padre, porque escondiste estas

cosas de los sabios y los soberbios y las revelaste a los h'umildes y pobrecitos".

Juan Diego, el neófito, sabía más de la religión, esa "única cosa necesaria", como dijo el Señor, que muchos millones de católicos de hoy, ricos y pretenciosos que pasean por la Avenida Juárez, Madero o San Juan de Letrán, sabiendo todo de todo, pero nada en realidad de eso "único necesario" que para todos nosotros dijo el Maestro de Galilea, a cuya palabra nos hacemos tan elegantemente —¡pobrecitos de nosotros, ay!— disimulados.

Entre las cosas que Juan Diego tiene forzosamente que haber aprendido con su memoria, su intelecto y su corazón, como son un Dios único, espiritual e infinito, un pecado original fatal para la especie humana, una Encarnación, una Redención, una Iglesia, sin duda que aprendió muy primariamente a saber de la siempre Virgen María. Admirativamente y con gozo espiritual, él que era puro, acaso virginal, supo de una Señora más pura aún y sin mancha alguna, y que es Madre espiritual de todos nosotros: revelación consoladora para una pobre alma melancólica y colectivamente entristecida y adolorida por su sometimiento in virga ferrea, con vara de hierro, por los indomables hispanos, junto con todos los de su raza abronzada.

Hay una especie de intuición admirable en este primer conocimiento de la Virgen María por toda alma casta. Si el conocimiento de Jesucristo, esencial en absoluto, reviste caracteres de grandeza majestuosa, como que es Dios y Hombre, y engendra respeto amable pero viril, el primer conocimiento de la Virgen es suave, lilial, exquisitamente femenino, con una feminidad espiritual única en nuestra religión.

No puede uno eximirse de pensar con lógica y

cristiana espontaneidad, que Juan Diego amó a la Señora del cielo apenas tuvo noticia de ella. La amó y la amó bien y largamente. Se hizo su devoto, su admirador y servidor. Esto se prueba a parte ante por el carácter esencialmente marial de su vocación divina. de su predestinación para mensajero y embajador de la Señora, y a parte Post por su conducta, históricamente certificada y abonada. El sábado es el día de la semana dedicado devotamente por la Iglesia al culto de la Virgen y cada sábado Juan Diego hacía los veintitantos rudos kilómetros entre su Cuautitlán y Tlaltelolco, "su casa", como expresamente lo dijo a Ella misma en el Tepeyac. Venía a dos cosas: a seguir aprendiendo, perfeccionándose en la doctrina cristiana y a oír la misa sabatina, misa marial en la devoción católica

Hay cosas que la historia no alcanza a captar, dije al principio. La Historia no captó, por sutil, el detalle ni la noticia de los largos ratos en que Juan Diego de rodillas, debe haber permanecido contemplando aquella imagen traída de España por los franciscanos y puesta en lugar de honor en el altar de Tlaltelolco: la imagen de Nuestra Señora. ¡Cómo pensaría en ella, cómo la invocaría, cómo se encomendaría a Ella y le reiteraría su adhesión filial y se santiguaría larga y devotamente, con sus dedos toscos y aún no muy diestros para hacer la señal de la cruz ante la "Virgencita"!

Mas nos queda aún el último aspecto del Juan Diego preguadalupano: el aspecto dolor. Bien debe haber él sufrido durante la guerra de conquista y el subsiguiente duro y terminante sometimiento a la fiera raza guerrera y aventurera de los primeros conquistadores cortesianos. Pero a este sufrimiento general, poco personalizado aún, ya que su pobreza de macehual olvidado por insignificante, no lo había tocado sino genéricamente, la providencia, en sus fines ocultos y no escrutables por el hombre, agregó el sufrimiento personal, el verdadero, el que certeramente toca de muerte al corazón: Juan Diego quedó viudo.

La dulce y buena María Lucía que amorosamente nos pinta otra mujer, Frances Parkinson Keyes; la hacendosa, la limpia, la solicita, modelo de ama de casa pobre y modelo de esposa de un pobre, fue atacada por la fiebre; probablemente por la que los indios llamaban la fiebre cocolixtli y un día triste, acaso una noche inmensamente triste, la amable compañera de la vida del próximo vidente, cerró los ojos y, confortada por la religión y acompañada del llanto, quedo pero inagotable del buen Juan Diego, pasó a mejor vida; a mucho mejor vida que la pobre e incolora de su viaje por este mundo mísero.

El dolor es la marca de Dios, o mejor, de la obra de Dios sobre un alma: no hay santo que no haya sido alcanzado por esta prueba divina. Es más: muchas veces, cuando Dios quiere llamar la atención a un alma distraída, suele hablarle con esta voz, cruda al principio, rectificadora, purificadora y espiritualizadora en final de cuentas. Y Juan Diego recibió este llamado de Dios, que es el dolor, hacia una mayor perfección y caridad. Acaso aquí comienza ya la preparación inmediata y directa del ya muy pronto embajador de la Señora.

Sepultada cristianamente su Máría Lucía, no sabemos —tampoco la Historia alcanzó a captar— de las interminables infinitas horas de soledad helada, oliente a difunto, de la tristeza intensiva, del dolor lacerante e insoltable, enroscado como serpiente de anillos

fatales y estrujantes, al corazón del pobre y buen indito. ¿Quién iba a ocuparse del dolor de viudez de un indio, por santo que hubiese sido, en aquellos tiempos? ¿Ni en estos ni en ningunos?

¿Quién iba a dedicar una palabra a la pobre habitación muerta y entenebrecida, con olor a cirio, a copal y a zempasúchil, la flor de los difuntos, en un desdeñable barrio de la caída Cuautitlán?

De estas cosas el mundo no sabe nada. Pero sabe Dios, que es el único que cuenta. El mundo, dador de muchos dolores, no quiere saber nada de ellos; sabe causarlos, pero nunca curarlos. No hay en todo este mundo bálsamo ni lenitivo para la aflicción. El mundo. sobre todo el moderno, es alérgico al dolor y no fabrica analgésicos para él, como no sean los comerciales que salen de un laboratorio industrial contra un dolor corporal. De los dolores del alma y del corazón, el mundo no entiende ni comprende nada. Es notable v casi paradójico que va que el mundo no sabe comprender el dolor, los que sufrimos seamos generalmente los que mejor podemos comprender el mundo. Pero no el espíritu del mundo, que nos es hostil. Non pro mundo rogo, dijo Jesús con frase teñida ya de tristeza en la vispera de su sacrificio: "yo no ruego por el mundo"; es decir, por la mundanalidad, por el espíritu del mundo, Por ese, ni siquiera se puede rogar. Porque se puede orar por el pecador, pero nunca por el pecado: es imposible.

Ved ahí a Juan Diego vagando por su solar solo, por su tecorral abandonado, por su milpa cuyo susurro le sonaba trïste; a veces acaso yéndose a las lomas y los cerros y los lugares solitarios a dar rienda suelta a sus lágrimas. Lágrimas de hombre que el mundo no veía ni era capaz de ver, pero que conmovían al cielo

y que venían a ser como perlas con las que iba comprando el alto precio de su entrada al goce de la futura celestial visión, mucho más rica y fuerte que todos los dolores humanos. Los ángeles pueden haberse arrodillado, si los ángeles se arrodillan espiritualmente, ante aquellas lágrimas legítimas de hombre. Dice por ahí un decir que "cuando los hombres lloran, los ángeles se arrodillan". Espíritu celestes, incapaces de sufrir, son sin embargo más capaces de compadecer, que todos los hombres.

Y Juan Diego, empujado severa pero suavemente, como es la acción de Dios, por el dolor, se refugió en la religión, consuelo único de los sufrientes de este mundo. La mano de Dios se acercaba a él.

No hay santo sin dolor, no hay santidad sin sufrimiento. Es la prueba de fuego de Dios para con sus elegidos. Y no tan sólo para los santos: para toda alma cristiana que El quiere salvar para sí. Este pensamiento es consolador para toda alma. Ilorosa.

Díganlo los ascetas, díganlo los místicos, que lo saben por el doble conocimiento de su ciencia y de su experiencia humana personal. Yo no sé qué tan cerca esté el dolor del milagro, qué relación de antecedencia o preparación haya entre aquél y éste, pero sí sé que el dolor es un signo de Dios y una terapéutica de Dios: la única que resulta "indicada" y eficiente, dada nuestra mísera condición humana, frágil, distraída, egoísta. Y de todos modos, las vidas de todos los santos, las vidas de todas las almas pías, llevaron siempre el signo del dolor. Juan Dieguito no podía ser la excepción.

La obra lenta y exteriormente invisible e impalpable de la santificación del vidente ya muy próximo, se apresura y se acrisola con esta prueba del fuego ineludible para todos los que son o van a ser de Dios. Juan Diego sufriente, nos resulta más claramente encaminado hacia la santidad. Un poco más y vendría el consuelo, el inefable consuelo de lo alto. Pero hasta en medio de él, el héroe debía de sufrir. Por algo se humilló y lloró a los pies de su prelado, entre la segunda y la tercera aparición. Y también sufrió entre la primera y la segunda, cuando vió o creyó ver fracasada su cara misión. Y sufrió también antes de la última, por la inminencia de la muerte de su tío, único refugio y consuelo humano que le quedaba en su desamparo de pobre indito desvalido y pueblerino.

Yo creo por lo menos, que cuando el dolor se encarniza, Dios está cerca. La vida de Juan Diego parece corroborarlo.



La Cruz de Cuautitlán, ante la cual se arrodilló Juan Diego. Fue construida, según Manuel Orozco y Berra, en 1525. Tiene todos los atributos de la Pasión tallados admirablemente en cantera. Es una de las más bellas de la República.

CAPITULO 4

ULTIMOS PREPARATIVOS DIVINOS PARA EL MILAGRO Y SU ECLOSION

"Yo concibo claramente que si las muchedumbres fuesen capaces del estudio, el razonamiento podría ser el camino hacia la verdad. Pero ya que las necesidades de la vida y la misma flaqueza humana vuelven impracticable este medio, ¿es posible imaginar otro más seguro que aquel que ha escogido Jesús: el milagro?"

ORIGENES
_(Epistola contra Celso.)

Para actuar sobre los hombres, Dios no necesita medios, procedimientos ni preparativos, pero los necesitamos nosotros: ya antes lo dije. Es nuestra condición mortal, nuestra miseria proveniente de la precaria situación en que nos dejara natural y extranaturalmente el pecado original, nuestro triste conocimiento trabado, desde Adán y Eva, con el árbol y el fruto de la ciencia del bien y del mal, en donde desde la madre de todos los vivientes —que de entonces sustancialmente comenzamos a ser murientes— hasta el último de los nacidos de mujer, salvo dos: Jesús y su virginal Madre, aprendimos casi todo lo del mal y nada o casi nada de lo del bien; es todo esto lo que hace que Dios, que en todo momento tiene muy en considera-

ción nuestra flaqueza, ponga en juego sus medios, con la debida preparación y al través de los humanamente necesarios procedimientos.

Pero es muy de notarse que los procedimientos y preparativos y medios de Dios, no son los de los hombres, sino otros muy distintos. Y hasta aparentemente, muy opuestos. Dios obra así, porque El lo sabe todo; nosotros pensamos de otro modo, porque nosotros no sabemos nada, como no sea nuestra triste ciencia del mal, que tan cara nos ha resultado y nos seguirá resultando, pero en la que no cejamos, amontonando pecado sobre pecado personal y propio, como si no hubiera sido bastante el pecado heredado de nuestros primeros padres, no imputable por cierto a nosotros, pero que no por ello cesa de pesar sobre nuestra naturaleza. Es por eso que Dios, que no puede ser injusto ni en un ápice, nos proporcionó por sí mismo y de sí mismo, un redentor: el Verbo, que es El mismo, dentro del misterio de su Trinidad, inescrutable por los tiempos de los tiempos a nuestra escasa mente. Oh felix culpa, exclama ante tamaño remedio a la desgracia colectiva de la estirpe de Adán, la sabia y santa Iglesia.

¿Hubiera mente alguna humana imaginado que el instrumento primero para la redención de la caída estirpe, fuese una pobrísima y desconocida jovencita de la modesta y desdeñada aldea de Nazaret? De cierto que no. ¡Y hubiera podido imaginar mente alguna de prelado, capitán, oidor de la naciente Nueva España, que para evangelizar y civilizar a millones de indios derrotados y dispersos y llenos aún de idolatrías, supersticiones y miserias morales, el instrumento indicado, el más apto, el más seguro y eficiente fuese justamente uno de esos pobres indios y tomado para mayor aparente contradicción, de entre los más pobres,

insignificantes e inadecuados para ser tenidos en cuenta? Es también seguro que no.

Pero Dios no piensa con nuestra microscópica y cerrada mentalidad. Y por ello la Virgen de Guadalupe no se apareció ante Cortés, Alvarado o Sandoval, ni ante el obispo, el prior, el abad, la dama hispana de prosapia ni siquiera ante Cuauhtémoc o uno de sus mejores hombres, ex-guerreros y ahora aliados del Conquistador.

El 9 de diciembre de 1531, a la hora del alba, cuando México entero aún dormía, nadie hubiera imaginado ni en sueños, que ya la obra de Dios estaba en marcha. Ni Juan Diego mismo lo sabía, con ser él el conducto mismo y el instrumento; Y sin embargo...

La visperà había sido un viernes 8 de diciembre. Aun cuando faltaban tres siglos más veintitrés años para que el dogma de fe de la Concepción Inmaculada de María fuese definido "ex catedra" por Pío IX (lumen in coelo). la ciudad de México había celebrado con pompa religiosa una fiesta en honor de esa advocación de la Señora del cielo. Sabido es que fue siempre lema franciscano, inscrito habitualmente en sus conventos, sostener este blanco misterio marial, aun antes de su incorporación como verdad obligatoria a creer. por la Iglesia. Lo cual de paso comprueba una vez más que la Iglesia, el Papado, no inventa dogmas a placer, como nuevas marcas industriales; simplemente recoge la creencia constante, firme, sostenida y fundamentada de la cristiandad, y la erige, dada la ocasión, en dogma de fe. Lo mismo ha hecho, muy en nuestros tiempos, con la Asunción de la Virgen, también sabida, creida y reverenciada por la cristiandad, nada menos que desde los tiempos apostólicos.

Pues bien: aquel 8 de diciembre de 1531, la cristiandad hispana de esta tierra recién de España, y al-

gunos pocos cientos de indios ya conversos, bajo los auspicios franciscanos, celebraron dicha conmemoración religiosa. Quieren algunos escritores piadosos que este hecho haya inclinado a la Señora del cielo a descender de una vez a la tierra azteca, como correspondiendo al agasajo católico. Bien está como creencia piadosa. Pero no son los sucesos del tiempo los que actúan sobre la eternidad, sino más bien viceversa, pues que Dios sabe cómo y cuándo van a tener lugar los hechos humanos, con ochocientos quintillones de años de antelación, que es una forma de decir que los conoce, hasta en sus mínimos detalles, desde siempre: ab aeterno.

Y sin embargo, puede haber cierta validez en la piadosa idea coincidencial: no se premia, en lógica buena, una acción loable, sino hasta que ha sido realizada.

Sea como fuere, la hora había llegado, era el 9 de diciembre dicho. Parece que bien poco antes, se habían registrado aún ciertos actos atropellatorios y de conculcación entre los indios, por parte de algunos inhonestos o crueles capitanes de la conquista. Mas no queramos compaginar la historia humana con los fastos divinos. Ya expuse que no hay que pensar con tal lógica. La lógica divina sólo Dios la sabe y la pone por obra independientemente de nuestras previsiones o conclusiones.

Juan Diego, sin sospecharlo siquiera, estaba ya maduro. En la lista de presente de Dios, su nombre había sonado, si vale hablar así. Y la aparición vino, justa en su momento. El milagro fue obrado por el Eterno, con la admirable y gustosísima colaboración de la Madre Divina del Verbo: Mater Dei et Mater gratiae. La que es medianera de todas las gracias, vino a la tierra como gentil y gozosa portadora de una muy grande y trascendente. Bien es Ella llamada por la Iglesia, en

la letanía lauretana, "Causa de nuestra alegría". Y al venir Ella, vino con Ella el buen querer de Dios; porque la Celestial Señora no puede esencialmente querer nada que no sea querer y voluntad del Altísimo.

El relato cándido, lilial y diáfano de las apariciones, mejor que nadie después, lo hace otro indio, a quien sin duda Dios también debe haber asistido en algún modo: Antonio Valeriano. Yo me limito a subrayar, a hacer comentario, a intentar adentrarme en lo humanamente perceptible de esa maravilla aún no bastantemente explorada por la mente humana creyente y respetuosa, la que jamás agotará el tema, como en atinada frase dijo a quien ahora escribe, el estimable y asiduo guadalupanista don Alfonso Marcué González.

Debe ser católicamente comprensible que las apariciones de la Virgen hayan venido siendo mucho más frecuentes a los hombres, que las de Jesucristo Nuestro Señor mismo. Ello quizá se explique, salvo mejor y más autorizada opinión, porque la Señora es la medianera de todas las gracias a los mortales, y quizá también por eso que antes apunté sobre la especial sensibilidad espiritual de las almas, hacia la Virgen María, por su calidad de mero ser humano, por su feminidad santísima, por su mismo carácter de Madre, auxilio y consolación de los cristianos. Acá en lo meramente humano la madre siempre puede influenciar mejor al hijo que el padre; tiene más dulzura, más tino, más fina sensibilidad de insinuación. Claro está que la comparación es apenas tolerable desde su punto de vista humano, pues no hay cualidad alguna que la Señora Celestial tenga, que no le provenga de Dios, fuente única de toda cualidad, de toda bondad y de toda belleza y que en El se encuentran en grado infinito y en la criatura no.

Pero plugo al Altísimo proceder así porque a Ella

la tiene encargada, sobre todo desde el momento en que, Hombre y Dios, estaba clevado en la cruz por nosotros, de velar por nosotros como madre: "Madre, he ahí a tu hijo", dijo indicando a Juan, el apóstol amado, en cuya persona ve la Iglesia representados a todos nosotros, los fieles católicos.

Hay un detalle entre otros, qué observar: la gloriosa Señora se apareció en la cumbre de un cerrillo sin importancia alguna. Arido, agreste, sin belleza ni significación. En su falda había habido una aldehuela azteca, datante de algo así como 1223 y desaparecida desde 1245. En la fecha de las apariciones, ni rastros quedaban del va olvidado pueblecillo de Tepeyácac, ni moraba nadie en sus poco atractivas inmediaciones. En cambio, en su altura había existido un adoratorio idolátrico, por cierto a una diosa imaginada por los aztecas y denominada "Tonantzin", que significa "nuestra madre". Ese ídolo, cuya figura más probable se conserva en los dibujos de viejos códices precortesia. nos y que es evidentemente femenina, había sido derribado y destruído por los conquistadores, no sin el disgusto de los falsos adoradores de entonces y de los asiduos arqueologistas de ahora que, aun comprendiendo la necesidad conquistatoria, política y civilizadora que forzosamente tuvo que mover la mano furiosamente iconoclasta de los nuevos civilizadores, lamentán no poder estudiar el histórico-mitológico monigote, como hacen -y hacen bien - con el calendario azteca y la repugnantemente evocadora Piedra de los Sacrificios, cuyo gran valor arqueológico nadie deja de comprender y hasta estimar. Pero todo esto pertenece a un pasado histórico y nosotros estamos, en todo lo sustancial de este libro, en un pleno presente, en cuya contemplación sólo retromiramos, para estudiar el origen, para afianzar más el hilo conductor que nos permite captar el hecho entero desde sus preliminares y su eclosión, hasta su plena florescencia en nuestros días y hasta los venideros. Porque la milagrosa tilma fue de ayer, es de hoy y será de todo el futuro y el milagro en ella puesto, en ella indisolublemente junto y conjugado, también fue, es y será, aparte de toda fecha cronológica, de toda etapa histórica, bañado y saturado de perennidad emocionante y bendita para siempre.

El Tepeyácac preguadalupano era un sitio inatractivo; casi indeseable. Y aquí una coincidencia más: la gruta de Massabielle, que el 11 de febrero de 1858 se iluminó, como el Tepeyácac, de celestes resplandores extraterrenos, era también un lugar no grato. Tiradero de basuras, rincón más que suburbano, cueva penumbrosa donde los aldeanos de la regioncita de Bigorre no gustaban de penetrar, imbuídos de cierto supersticioso temor ante los rumores de quién sabe qué desagradables "diableries", era un sitio marginado. Fátima (Cova de Leiria), en Portugal, La Salette, en lo abrupto del centro montañoso de Francia, no eran tampoco sitios bellos. Pero ni Oporto, ni la Costa Azul, ni la bucólica y linda Normandía, ni el eglógico, virgiliano Xochimilco, ni el esmeraldino Pátzcuaro, fueron los sitios de elección para la topografía de lo sobrenatural: fueron, por no sabemos ni quizá sabremos por ahora qué razones de lo alto, sitios tristes y abandonados y hasta sitios de histórico resabio demoníaco. Quizá la que vino a aplastar la cabeza de la serpiente, quisolo así para consagrar y regenerar viejos realmos del enemigo eterno de ella, de todas las mujeres y de todos los hijos de mujer.

Sobre la espinosa, desolada y agria roca tepeyacense, la Reina del Cielo aparece. Y aparece de pie, en la actitud más gallardamente humana, la actitud de señorío, de dominio activo y de dinamismo potencial



Antiquisimo retrato de Juan Diego, del siglo XVII. — (El original, en una hoja de papel castellano, se conserva en la Biblioteca de la Universidad de John Brown, en la ciudad de Providence, Rhode Island, EE. UU.)

y dispuesto, como el caminante que va a partir. O como el que habla a otros brevemente y sólo cosas esenciales. Todas las apariciones guadalupanas fueron en esta posición. Y también lo fueron —todas las dieciocho—, las de Lourdes, en la oquedad de la cueva de Massabielle, y también las de La Salette y las de Fátima. La soberana permanece de pie, los súbditos son los que se arrodillan: así debe ser.

Sin embargo, en el Tepeyac Ella camina: "La vió bajar de la cumbre del cerrillo y que estuvo mirando hacia donde antes él la veía; salió a su encuentro a un lado del cerro..." Bajada divina cuya áspera ruta no supimos luego después localizar y venerar. Pero hay más.

Aun cuando el relato principe de las apariciones no lo consigna, afirmase y creo que lo sostiene la tradición, que esa salida al encuentro de Juan Diego por la Señora, fue en las inmediaciones de un manantial de aguas aluminosas, adonde posteriormente fue construído un templo: El Pocito, que sustancialmente nada tiene que ver con las apariciones, sobre todo si lo desvinculamos de la descendente ruta mencionada v de la que luego diré. Como nada tiene qué ver ni nunca me lo he podido explicar razonablemente, la Capilla de las Rosas, erigida tiempo después por una piedad loable pero ajena a los hechos y los lugares, mayormente cuando de sobra sabemos que el sitio a donde Juan Diego fue a cortar las rosas de milagrería, fue la cumbre del Tepeyac. Bien está la devoción y bien la piedad, mayormente cuando erige templos, pero deben ser siempre razonadas y concordes con los hechos reales, no falseadoras ni desorientadoras en lo material.

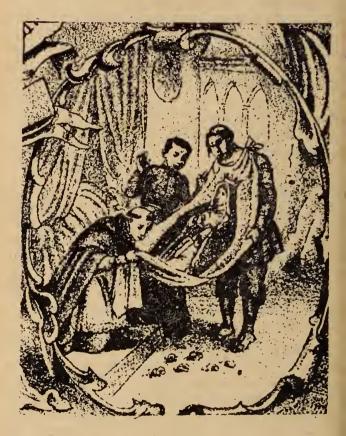
De este sitio más o menos inmediato al manantial —extinto ya por cierto— la Divina Señora y Juan Diego caminaron mano a mano —joh! encantadora, con-

movedora, arrobadora familiaridad santa de Madre hijo- hasta el lugar donde se alzaba un árbol. I afirman viejos documentos, aunque no está contenio sino sólo implicitamente y de un modo apenas supe nible, en el Relato de Valeriano. Ese árbol era u Quauzáhuatl, hoy día popularmente conocido com cazahuate; abunda en diversas regiones montañosas d centro del altiplano mexicano; es silvestre, tristón, ti ne flores blancas en su tiempo y su nombre azteca si nifica "árbol de telas de araña" o "árbol ayuno"; est porque no produce fruto y lo anterior porque sus flor son ligeras y deleznables, poco consistentes y con amontonadas o enracimadas. El P. Lauro López Be trán, de Cuernavaca, dedicadísimo al guadalupanism su estudio y propaganda, afirma, apoyándose en la a toridad de Cayetano de Cabrero en su obra "Escue de Armas", que la Virgen esperó a Juan Diego "ba un árbol, entonces, después tronco, y hoy, raiz apena cae a la parte oriente, frente al Pozo, y permane en la memoria de los ancianos del Pueblo, con el nor bre de Arbol de la Virgen, en que se mudó el (gen rico) de Quauzáhuatl". El mismo guadalupanista Cuernavaca nos da otra cita referente. Dice que P. Francisco de Florencia, en su Estrella del Nort anota que en el subterráneo de la vetusta sacristía la Parroquia Archiprestal de Santa María de Guad lupe otrora venerando lugar donde se levantaron l tres primeras ermitas, encontramos todavía un cer de tabiques fijando el sitio exacto donde estuvo e "cazaguate", paraje hollado por la virginea planta la Celestial Señora del Tepeyac.

La distancia entre el probable sitio del encuent de la Divina Madre y su humilde hijo indiano, y árbol desaparecido, es de unas 65 varas, en medid españolas de aquel tiempo, o sea aproximadamen unos 50 ó 54 metros, más o menos. Ese sendero bendito, no menos y quizá más que el antes mencionado, deberían haber sido conservados, embellecidos sin modificarlos y venerados, y hubiera sido hermoso caminar en piadosa procesión siguiendo exactamente los pasos de Nuestra Señora y de nuestro dulce y venturoso vidente. Por la última senda mencionada, cruza diagonalmente una asfaltada avenida y autos y camiones pasan raudos y prosaicos, casi profanadores, donde un 12 de diciembre de 1531, en la mañana, pasaron celestialmente tamaña Divina Señora y tan hermoso hijo y siervo suyo.

Los sitios santos, sagrados por excelencia del Tepeyac, aun perdidas estas dos sendas, son la cumbre del Tepeyac, lugar eminente donde por tres veces consecutivas la luz de la gloria eterna brilló sobre la tierra azteca, y el pie del cerrillo, donde la Señora acabó su breve recorrido con Juan Dieguito, le dió sus últimas órdenes y esperó a que el bienaventurado vidente subiera la colina a cortar y traer las flores. Media hora por lo menos de presencia física, corpórea de la Señora del cielo en ese pedazo bendito de suelo.

Sería interesante y bello escribir, por mano de quien tenga vocación y capacidades para ello, una obra de lo que yo llamaría "Topografía Mariana", fijando y describiendo los sitios exactos de todas las apariciones de la Virgen en los diversos lugares conocidos del mundo, como teatro de esas apariciones. Un trabajo tal tendría no poco interés histórico y topográfico y además, estableciendo analogías quizá insospechadas entre los diversos sitios, mostraría, en los diversos aspectos y detalles de las apariciones de la Virgen María, esa unidad en la variedad y variedad en la unidad de las obras divinas en favor de los hombres. ¡Hay tanto qué



Grabado de Principios del siglo XVIII.

decir sobre este tema y, bien tratado, sería tan instructivo y novedoso!

Discuten algunos si el milagro de la impresión de la imagen de la Reina del Cielo en la tilma de Juan Diego fue alli mismo, al pie del Tepeyac y bajo el cazahuate mencionado, o en el Obispado, en el acto preciso de la entrega de las rosas a Fray Juan de Zumárraga, El Relato de Valeriano parece dar a entender claramente lo segundo. Pero hay motivos para adherirse a la primera opinión. Si bien el cronista príncipe de las apariciones dice textualmente que "así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella (en la blanca manta) y apareció de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María", esto, que puede ser literal, puede también, sin llegar a una interpretación demasiado forzada, o acomodaticia a un criterio prejuzgante, entenderse como que de repente los circunstantes. que estaban atentos al primer portento que miraron sus ojos y que ya había sido vaga o genéricamente pedido por el Obispo, de repente fijaron sus ojos en la tilma, objeto aparentemente secundario y sin'importancia y vieron entonces de repente cómo estaba dibujada en el ayate la santa imagen. Sin porfiar en esta segunda creencia, aduzco dos razones, una de ellas de enorme peso. La primera es que ni Juan Diego mismo sabía que llevaba dibujada sobrenaturalmente la santa imagen; esto es lógico y casi seguro. El había sido, y en esto si hay que hacer el debido hincapié, el primer altar, humano y caminante, para la sagrada efigie; había sido su trono, y la figura visible, aunque no vista aún, de la Virgen María, había caminado como en una procesión altamente religiosa, desde el Tepeyac hasta el Obispado, santa y unciosamente acompañada v venerada por el admirando indito que, si no sabía que llevaba

la imagen pintada físicamente en el ayate, que quizá él mismo había tejido días antes, sí en cambio llevaba quardada en su retina y puesta vitalmente en su corazón, la figura fresca y viva de la Santísima Virgen que acababa de contemplar extasiado, al pie del Tepeyac. Juan Diego por tanto, no hizo él mismo el menor aprecio de su tilma, tanto más cuanto que ni su misma postura, portando la tilma a manera de delantal, era propicia a mirar la imagen dibujada en él; además, estaba atento a las milagrosas rosas y a espiar en las facciones y en la reacción del prelado, si éste se daba por convencido y satisfecho con la prueba de evidencia solicitada. Le iba en ello su veracidad y su palabra empeñada, palabra de la que la Santísima Virgen había explicitamente indicado que tenía que ser garante, como explicaré en el apéndice de Exégesis del Relato de Valeriano.

Hay una segunda razón de más peso. Cuando los criados del Obispo intentaron curiosear qué ocultaba el indio en su ayate y Juan Diego, por no verse forzado a desviarse de la orden de la Virgen les dejó entrever que sólo eran flores, ellos intrigados y burdos, intentaron cogerlas, y cada vez que lo pretendieron, que fueron tres ocasiones, no vieron ya rosas, sino sólo sus apariencias, como que estaban cosidas o labradas en la tilma. Esto fue un milagro, en el que poco se ha hecho hincapié por cierto. Pero parece apoyar la idea de que aun tal suceso inexplicable, tenía sólo por fin salvaguardar la sagrada imagen contra miradas profanas e insolentemente adelantadas. Si no hubiera habido ya la imagen, ¿a qué propiamente el tres veces repetido milagro? No se ve causa suficiente.

Pero hay un argumento más, ya de otro orden superior y más admirable aún. Cuando recientemente examinaba yo varias fotografías amplificadas de la sagrada tilma, en fotos transparentes sobre cristal, en una caja luminosa, o sea de luz proyectada por abajo, en la casa de ese estimabilisimo aunque modesto guadalupanista que es D. Alfonso Marcué González, le pregunté el por que de ciertas manchitas como de gotas de agua sobre una acuarela fresca, en la figura de la Guadalupana; dicho señor sonrió y me dijo: "esas manchitas son causadas, o más propiamente lo fueron, desde el momento de la impresión sobrenatural de la venerada imagen... por las gotas de rocio de las frescas rosas", gotas de rocío en las que por cierto bien hace hincapié el Relato de Valeriano, que dice: "Estaban muy fragantes y llenas de rocio de la noche, que semejaban perlas preciosas." Esas gotas de rocío acusan la temprana hora, como las 6 de la mañana, en que Juan Diego las cortó, corroboran el portento y perpetúan un ángulo más de su calidad sobrenatural. Y quizá no fueran explicables si la impresión hubiese sido en el Obispado, hora y media o acaso dos horas o poco más después de la impresión ultraterrena. De todo esto yo concluyo, con el Sr. Marcué, que ésta tuvo lugar en el sitio santo de las apariciones, el Tepeyac.

Cuando Juan Diego regresó de la cumbre adusta de ese Tepeyac, trayendo, todo lleno de santa euforia espiritual, las rosas de prodigio, milagro patente, aunque no tan grandioso como la presencia radiante de la Señora, las presentó a ésta, puestas dentro de su tilma, que para ello, para guardar y cargar objetos la había tejido, como la tejían todos sus compatriotas pobres; la Celestial Reina las cogió y las reacomodó en el pobre ayate, seguramente nuevo y recién tejido, por otra menuda providencia de lo alto; en ese acto, las manos purísimas de la Reina de los Angeles y los Querubines, rozaron físicamente la tilma de ixtle. Y fue entonces, al contacto de esas manos celestiales, las mismas que

sostuvieron y mecieron a Jesús Niño y tocaron ungiéndolo, el cadáver de Jesús ya muerto, cuando el milagro se produjo: el nuevo milagro asombroso y magnífico, el permanente, el que confirió a la santa imagen "dedicada" con amor de madre a nosotros todos, sus hijos, sus cualidades extranaturales que después la Iglesia Romana reconoció: "Non fecit taliter omni nationi", no hizo cosa igual con ninguna otra nación; exclamación admirativa de Benedicto Papa XIV, tomada del sagrado Libro de los Salmos.

Cuando Bernardita Soubirous regresaba de la gruta de Massabielle, la mañana del Día de la Anunciación, 25 de marzo de 1858, ella llevaba guardado un secreto, pero ni ella misma lo sabía. Llegó en derechura a la casa parroquial y sin saludar, dijo al enérgico y severo Cura María Domingo Peyramale: ¡"Qué soy éra Immaculado Conceptiou!" Acababa de preesnciar, ella sola, la décimaquinta aparición de la "damizélo". Bernardita ni siquiera sabía francés: hablaba su "patois bigourdain": el dialecto pueblerino de la región de Bigorre: "¡Qué soy éra Immaculado Conceptiou!"...

"Tengo miedo de olvidarlo, explica; la "damizelo" (la damita, la señorita) acaba de decirme eso" ¡Yo soy la inmaculala Concepción!

¡Pequeña orgullosa! exclama el rudo y enérgico Cura Peyramale; ¿Sabes tú lo que significa eso?

Bernardita, portadora de la revelación divina que, cuatro años más tarde venía a confirmar el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado en 1854 por Pío IX, no había siquiera oído jamás pronunciar tal nombre: llevaba apenas algunas semanas asistiendo al catecismo. ¡Llevaba la gran revelación y no lo sabía siquiera! Oh, misterios del cielo!

Juan Diego, caminando casi cinco kilómetros des-

de el Tepeyac hasta la casa del Obispo de México, llevaba también la revelación divina y tampoco él lo sabía. La Dama de la Gruta, que allá también, como acá, había pedido un templo, debe haberle ordenado a la pastorcilla que guardara el secreto; la Dama de los ásperos y pelones riscos del Tepeyac había mandado expresa y terminantemente a Juan Diego que a nadie mostrara lo que llevaba en su tilma. Juan Diego, al parecer -al parecer de acá abajo, del mundo terrestre- sabía más catecismo que Bernardita; sin embargo, la Señora le reiteró terminantemente su orden: "Rigurosamente te ordeno que sólo delante del Obispo despliegues tu manta", le había dicho. Ni Bernardita debia desplegar los labios ni nuestro indito su manta: ambos celaban un secreto del cielo. Y "el secreto del Rey debe ser quardado", dice un proloquio. Y... también el secreto de la Reina, que manda junto con el Rey. Muchas veces mensajeros, sobre todo militares tienen que llevar un mensaje secreto al través de tierras extrañas u hostiles: llevan su secreto en un sobre lacrado; saben que lo llevan, pero ignoran su naturaleza. Y jay de ellos si lo violan! Mas nadie puede revelar un secreto que ignora. Si Juan Diego no hubiera llevado escondido en los repliegues de su modesta tilma el secreto de la imagen de la Santísima Reina y Señora, ja qué tan rigurosamente le fue ordenado no develarlo? Ni en Lourdes ni acá el secreto debía de revelarse antes del momento preciso y ante la persona precisa: allá un cura respetable, acá un prelado; ¿entendemos ahora un poquitillo de la política del cielo?

Al menos entenderemos la admirable eficiencia del mensajero del Tepeyac, como de la mensajera de Lourdes; su perfecta obediencia, su docilidad, su fe ciega, que es la fe que vale, porque es la que place a la Divinidad, que no escoge para sus misiones a sabios, respetables o personajes, sino a almas candorosas, en las que la fe no sea empañada por conocimientos ni letras ni razonamientos humanos: la fe que cree porque tiene que creer, no porque le haya sido demostrada con razones la conveniencia o la sensatez de creer.

Si buscamos en todo este suceso el origen exacto, la causa eficiente, es decir, operante o actuante de la estampación en el ayate de nuestra admirable imagen, no lo podremos encontrar sino en un instante que bien claro nos fue referido en la historia de las apariciones: aquel en que las manos de la Celestial Señora entraron en contacto físico con el áspero ayate: no hay otro momento en qué situarlo razonada y verosimilmente: ese fue el instante preciso del milagro permanente. Yo no encuentro otro.

Y mediante esto, creo que se explican muy satisfactoriamente las características de miraculosidad, es decir, de sobrenaturalidad instantánea y fuerte, como un impacto de lo de allá arriba, grandioso e incomprensible, con lo que acá abajo, mezquino y rastrero, que encontramos en la tilma del milagro, como las encontramos también, de otro modo y bajo otras características, en el agua montañera de Lourdes. Allá, el milagro ha sido estudiado, observado científicamente, sometido al análisis del laboratorio, a los rayos X, al electrocardiograma y al endocardiograma y al encefalograma, etc., porque la naturaleza de las curas extraordinarias, no explicables por los medios naturales y científicos, impulsaba a los sabios a estudiar tan desconcertantes hechos, por lo menos en sus efectos visibles y tangibles y controlables ante cada cura extranatural. Acá, han pasado más de cuatro siglos y apenas comenzamos a darnos cuenta, en forma inicial, de

algunas de las asombrosas características de la santa tilma. Modernamente físicos, químicos, técnicos en pintura y fotografía, médicos y oftalmólogos, comienzan a aplicar su ciencia al milagro perenne y modestamente oculto en la indiana tilma. Y lo que han descubierto en ella, es, humanamente desconcertante. A su tiempo trataré de este aspecto maravilloso.

En el Tepeyac, fue el contacto físico o el acercamiento muy grande de las manos celestiales a la tilma terrenal, lo que debe haber déterminado el milagro; en Lourdes, sede del otro milagro permanente, parece que pasó algo semejante. Cuando la bella Dama ordenó a Bernardita ir a un rincón de la gruta, cuyo perímetro interior por cierto es reducido, y beber de aquella agua, no había agua ninguna que beber, sólo un poco de lodo. Bajo un ademán de insistencia de la Señora v bajo su mirada. Bernardita comenzó a rascar en aquella tierra medio lodosa. Ella le había dicho: "Ve a beber de aquella agua y a lavarte en ella". No había agua. Pero había fe. Y Bernardita fue y con sus dedos y sus uñas, dedos y uñas de una mano pobre de aldeana desnutrida y ruda, manos descuidadas hechas a recoger leña, a lavar ropitas y a rezar rosarios; pero bajo las miradas y la mano extendida de la Inmaculada, brotó el agua, lodosa al principio; agua que desde entonces mana sin cesar atrayendo a millones de creventes -no menos de tres millones por año- y a millaradas de enfermos de todas las dolencias imaginables: leprosos, cancerosos, tuberculosos, sifilíticos, ciegos, tullidos, hipertrofiados todas las miserias humanas.

En la gruta no había agua: en el Tepeyac no había flores; bien lo sabía Juan Diego, como expresamente lo declaró y como era completamente lógico. Pero ni el indito ni la pastora dudaron. Y por eso se hizo el

milagro. Los colores de las rosas milagreras pasaron a la tilma, al contacto de María; la virtud de Dios pasó al agua, ante el ademán y la mirada de María. El milagro, como tal, es sencillo, el milagro es modesto: peculiaridades de la manera de ser, permítaseme la expresión, de Dios.

Por cierto que en estas dos apariciones mariales, únicas de las que sé que haya quedado, como ya dije, un milagro en permanencia, la Señora caminó y la Señora bajó, "La vió bajar del cerrillo", dice el evangélico Antonio Valeriano. La Señora bajó de la oquedad algo elevada, en la pared pétrea de la gruta y caminó algunos pasos por el suelo de ésta. En ambas apariciones la Señora camina y la Señora baja. Simbólico acto que nos expresa físicamente el descenso de la celestial visión hacia la bajeza humana. Siempre las apariciones de la Santísima Virgen han sido en algún lugar un poco elevado, pero Ella ha bajado físicamente -ise puede aplicar correctamente la palabra fisico a lo que sustancialmente y por naturaleza es ya suprafisico? No lo sé. Pero el hecho, recalco, fue así en Massabielle lo mismo que en el Tepeyac. Y nada de lo que la divinidad hace deja de tener una profunda, misteriosa y trascendental significación, no importa que por ahora los mortales no alcancemos a percibirla. Ni menos a interpretarla. Dios siempre se excede en nuestras necesidades y en nuestras aspiraciones; siempre se excede, se muestra amplia y plenamente generoso. Por eso sus dones, como los regalos de un rey, son ricos y colmados. Así es El.

Dije que el milagro, como tal, es sencillo y es modesto: ahora insisto en estos dos términos. Sí, el milagro es sencillo: no es aparatoso, no es espectacular, no es complicado ni ruidoso; no se anuncia ni se proclama ni se grita a sí mismo, no se hace propaganda, no se difunde a todo el público, no se avisa con trompetas de fama, con campanas o clarines o altoparlantes: es característicamente sencillo y silencioso. Y cabalmente por eso, entre otras razones, es ejecutado al través de los sencillos y los silenciosos, como Bernardita, como Juan Diego. En su ejecución misma, en ese instante divino de su eclosión, el instante preciso en que se plasma, en que aflora, en que se hace realidad perceptible en la tierra, el milagro es realizado por métodos, por sistemas, por procedimientos de una sencillez, de una primitividad desconcertante. Agua, flores, tilma: cosas sencillas, llanas, comunes y corrientes. Hasta cosas pobres. ¿Podéis darme un objeto más pobre que el ayate de ixtle de un indito? ¿Que le sirve al mismo tiempo de manta, de cobija, de abrigo, de maleta para cargar no los pretenciosos objetos necesarios a la vanidad y a la soberbia, sino los simples objetos esenciales a la vida y sus necesidades; sus necesidades más primarias y elementales: elotes, leña, pollos, comida? Y las flores ino son en concepto humano y también -ahora caigo en la cuenta- en concepto Guadalupano, o sea de la misma Virgen María, objetos naturales y llanos? Y también objetos de entre los mejores de esta vida: son bellos, son aromáticos, simbolizan las virtudes: la rosa el amor, la violeta la modestia, el lirio la pureza, etc. Y el agua ;no es simbolo y elemento esencial de la limpieza, del aseo, de la salud y de la vida? "donde hay agua hay vida", suele decirse. ; Y el agua lustral del bautismo?

Estos son los instrumentos de Dios en sus milagros: los elementos materiales más humildes y llanos, como sus mensajeros son también los más pequeños y desdeñados de los hombres.

¿Y qué decir del instante supremo del milagro?

Ese instante también tiene particularidades semejantes: es modesto, Hasta cierto punto podríamos decir que se oculta. Y se oculta a tal grado, se recata de tan fina, de tan exquisita manera, que ni el portador del mismo, su siervo y factor humano, suelen saberlo. Bernardita no sabía ni de lejos las calidades milagrosas de la fuente que al rascar con sus deditos brotaba, ni menos su repercusión en una serie inacabable y no acabada de milagros. Juan Diego no sabía que en su tilma y sobre su mismo pecho palpitante, pecho humilde por dentro y aun por fuera, pecho de pobre macehual de carne morena india, se había ejecutado un milagro asombroso. Ambos eran vehículo del milagro, ambos debían ignorarlo en los primeros momentos. ¿Véis cómo el milagro es modesto?

En Lourdes se ha hablado, no con mala intención desde luego, de la "técnica del milagro", de la "mecánica del milagro", del sistema del milagro. El milagro no tiene técnica ni sistema ni mecánica; porque estas cosas son de pobre ciencia o de pobre ejecución humana. La técnica no es sino el conjunto de reglas para ejecutar correctamente una cosa. Pero la "técnica" de Dios, "el sistema" de Dios, "los procedimientos de Dios", de Dios son y no de este mundo. Ni se miden con centímetros o metros o kilómetros de este mundo, ni se aplican a ellos reglas ni fórmulas humanas, ni se analizan con microscopios o aparatos científicos ultraavanzados y perfectísimos. Estos medios nos sirven sin duda para su comprobación, para su constatación ante los ojos humanos, para poder decir: he aquí algo que la ciencia no explica, que la pura razón no comprende, no alcanza a captar. Certifican el milagro y lo muestran -esa cabal y sólamente es su misión- como fenómeno excedente al orden natural, habitual, humano, material, al juego de las fuerzas físicas, químicas, etc.

Pero nada más. Pero dentro de ese terreno y esa misión rigurosamente circunscrita y plenamente aceptable y hasta laudable, puesto que la Iglesia nunca la ha rechazado, antes admitido, únicamente nos dejan ver que el hecho o fenómeno es incompatible con las leves naturales o humanas de este mundo. Esta y nada más es su misión. Y la ciencia por sí sola, ni siguiera está autorizada a pronunciar la palabra milagro; no es ese su cometido porque no es ese su ámbito de acción. El "Bureau des Constatations de Lourdes", constituído por un respetable y numeroso cuerpo de médicos, al que por cierto tienen acceso pleno los de creencias no católicas: protestantes budistas, shintoístas, mahometanos o de cualquiera otra religión, jamás declara que tal cura es milagrosa: no es ese su terreno y no invade jamás el que le está vedado. Se limita a declarar que tal curación, dentro de las circunstancias en que se verificó v dados sus antecedentes, índole, etc., no se puede explicar por la ciencia: nada más.

Roger Mauge, en su bello libro "Lourdes, Son Pélerinage", dice con fino esprit francés: "Todos los análisis que han sido hechos del agua descubierta por la pastorcita, han mostrado simplemente que es una buena fuente de montaña, pura, sin ninguna propiedad curativa. Los laboratorios, no obstante sus análisis infinitamente precisos, no han podido evaluar la cantidad de sobrenatural que esa agua contiene, ni en milésimas de miligramos."

Tampoco en la tilma guadalupana han podido ni podrán en lo futuro los científicos que la estudien, aun muy rigurosamente, llegar a evaluar la cantidad de sobrenatural escondida entre la filatura y la trama de la pobre, tosca y vieja tilma del indio Juan Diego.

Llegarán —y aun van llegando ya— a atisbar que ahí hay algo que no se explica por los solos medios

naturales, como en Lourdes, pero nada más. Y esto será lo que nos ayude —y nos va ayudando ya— a dar con la explicación, con la certificación y comprobación del milagro, al excluir de él, de su plasmación y supervivencia, todo ingrediente natural y humano. Nada más. Y esto cabalmente, es lo que nos hace entrever la mano de Dios y exclamar: ¡Así son las obras del Omnipotente!

CAPITULO 5

LA SUBSISTENCIA FISICA DEL AYATE Y LA IMAGEN DURANTE 429 AÑOS ¿ES TAMBIEN UN MILAGRO?

"A las orillas del Lago de Texcoco floreció el milagro: en la tilma del pobrecito Juan Diego, pinceles que no eran de este mundo, dejaban pintada una imagen dulcísima que la labor corrosiva de los siglos maravillosamente respetaría."

PIO PAPA XII (Mensaje radiado el 12 de octubre de 1945).

El 12 de diciembre de 1531 la tilma de Juan Diego fue desatada del cuello del humilde vidente por las manos venerables del Obispo Fray Juan de Zumárraga y colocada reverentemente en lo alto del altar de su pequeño oratorio episcopal. Allí comenzaron la devoción, admiración y veneración de ese lienzo sin par. Pero allí también comenzaron las indelicadezas y las involuntarias y hasta piadosas imprudencias que, a lo largo de 429 años hasta hace poco, han atentado —con muy buena y santa intención casi siempre— contra la preservación de la milagrosa tilma.

Antes de describirlas; sin omitir crudezas, torpezas y hasta un atentado sacrílego, ya que todo esto sirve



Lámina que aparece en la segunda edición de la obra auc bajo el títule de «F DE MEXICO», publicó en 1675 el Br. D. Luis Becerra Tanco.

justamente para demostrar más y evidenciar irrefragablemente las cualidades extraterrenas de la sagrada imagen, mencionaré un detalle: el detalle de las rosas.

Ya sabemos el origen sobrenatural de esas rosas. El relato de Valeriano dice textualmente: "Y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla..."

El silencio sobre las rosas se hizo a partir de ese momento: nadie jamás, que yo sepa, volvió a hablar de esas rosas plenamente milagrosas. Ante la maravilla de la imagen, las rosas, consideradas solamente como un signo provisional, quedaron relegadas al olvido.

Un guadalupanista eximio, D. Alfonso Marcué González, de la Villa de Guadalupe, me dijo que hace años, sin determinación ninguna de fecha, había existido en un altar lateral de la Catedral de México, una gaveta donde, entre otras reliquias sagradas, se conservaban algunas cuantas flores (rosas) secas, que se afirmaba eran de las que Juan Diego había cortado por mandato de la Señora del cielo en el Tepeyac y entregado al obispo como señal de la voluntad divina.

Con buena lógica me explicó a continuación el paradero de dichas rosas, salvo las que se dice estuvieron guardadas en el sitio ya mencionado. Los frailes, las monjas, las personas piadosas de la ciudad de México, una vez sabido el milagro, iban a pedir al Obispo siquiera una rosita de aquellas que ningún jardinero del mundo cultivó. Y las rosas, una por una, fueron repartidas y... se perdieron. Quizá sea explicable que Zumárraga no pudo negarse a dar una rosa a una dama linajuda, a un prior o una superiora de convento de monjas, a un piadoso franciscano o a algún distinguido y pío capitán de Cortés y aun a este mismo y a la "señora Marquesa" y a los oidores de la Segunda Audiencia, cuya noticia de arribo a Veracruz llegó a Mé-

xico el 7 de diciembre de ese mismo año. En suma, las rosas desaparecieron. Aquellas rosas que la Celestial Virgen había cogido en sus manos y acomodado en la tilma de su "hijo el más pequeño". Lamentable si no criticable proceder humano, ante el exquisito y amable proceder divino. A la fecha no se sabe con certeza que exista una sola de esas rosas milagrosas, por seca y hecha polvo que estuviere.

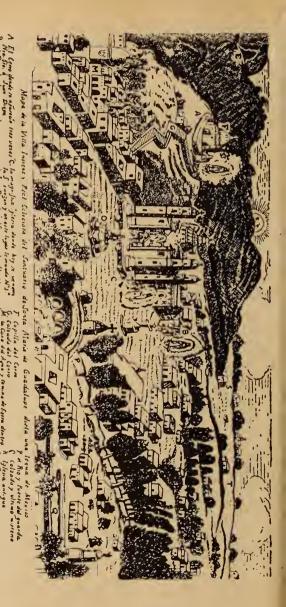
Es muy lógico suponer que, queriendo todos ver la sagrada imagen, ya que "la ciudad entera se conmovió", como afirma Valeriano, cronista sobre todos autorizado, fueran también innumerables los que quisieran, con impetuosa devoción humanamente explicable, mirarla de cerca, palparla, tocarla, certificar materialmente su verdad. Y empezaron probablemente entonces, a tocar a la sagrada tilma objetos devotos: medallas, rosarios, crucifijos, etc. Esta práctica duró ininterrumpida hasta tiempos relativamente recientes, pues la santa tilma estuvo sin cristal alguno protector, algo así como tres siglos.

Durante algunos días, la tilma estuvo en el oratorio episcopal. Luego, para que todo el mundo la viera, la admirara y venerara, la trasladó, sin duda solemnemente, a la Iglesia Mayor, o sea la antecesora de la Catedral de México. Estuvo alli expuesta a la veneración de los fieles, hasta el día de su solemnísima translación procesional a la ermita que a toda prisa había sido edificada al pie del Tepeyac, en el lugar justo que Juan Diego indicara. Esto acaeció, con la mayor probabilidad, el 26 del mismo mes de diciembre.

Durante esa procesión tuvo lugar el primer milagro de la Imagen de Santa María de Guadalupe, que todos los escritores han narrado ya: la curación o más probablemente resurrección del índio flechado por accidente durante los festejos procesionales, celebrados



El Tepeyac y sus alrededores en el. Siglo XVIII.



La Parroquia o Iglesia Vieja de los indios inmediata a la Ermita Guadalupana. Asi era la Villa de Guadalupe a fines del siglo XVIII

As aparocio quarravas o Juan Dingo fici alterno per las flores

a la manera de aquel tiempo y con gran euforia de muestras indígenas, de gozo, como era, entre otras cosas, el lanzamiento de flechas al cielo. El indio fue llevado, desangrándose, ante la sagrada imagen, en tanto que algún franciscano le extraía la flecha clavada en plena garganta y todos los asistentes rogaban a la Santa Virgen. Ella, ante su imagen, le devolvió la vida o al menos la salud en forma plenamente milagrosa.

Ved ahí ya la venerada tilma en su capillita. El nombre lo dice: una mera ermita, la "Ermita Zumárraga", como la llamaron posteriormente todos los his-

toriadores y cronistas hasta la fecha.

Esa Ermita levantada en doce días, o sea a toda prisa, y cuyos restos —los cimientos y algo de muro de adobe—, subsisten hasta la fecha bajo el piso de la sacristía de la Parroquia de la Villa de Guadalupe, era una muy pobre iglesia. Levantada apenas a flor del suelo sobre unos cimientos albañilados de acuerdo con su pequeñez, con muros de adobe —material tosco y permeable—, con techo de vigas, con un humilde altar sobre el que simplemente fue suspendida la maravillosa tilma, no reunía las condiciones de seguridad física encaminadas a su mejor conservación. Y Juan Diego, el encantador vidente que desde el principio la sirvió y custodió con un celo que ningún otro en toda Nueva España hubiera podido emular, nada podía hacer.

Es necesario tener en cuenta que la Villa no era entonces topográficamente lo que es ahora. Estaba rodeada por el oriente, por el sur y por gran parte del poniente, por el Lago de Texcoco. Esto hace que su clima fuese clima pantanoso, húmedo, y que el salitre invadiera toda cosa abajo del Tepeyac.

Sobre la cumbre de éste, el sitio exacto donde Juan Diego vió la celestial visión las primeras veces, fue

marcado con una tosca cruz de madera, sostenida erecta simplemente con piedras. Todas estas cosas y muchas subsiguientes, no pueden menos de darnos una impresión de descuido material, de indolencia física que, si aparentemente incompatible con la floración de la piedad guadalupana y el inmenso prestigio que comenzó desde luego a desarrollarse y crecer por toda la Nueva España y aun fuera de ella, se explica sin embargo por el atraso de aquellos siglos, por lo no estabilizado aún de la civilización europea, pues un pueblo no es sacado de su barbarie material en sólo diez años, por la inercia de la vencida raza azteca, por la brusquedad racial de un gran número de españoles y sobre todo, por la escasez de elementos materiales, sobre todo pecuniarios. Estas son las razones humanas. La razón divina, quizá haya sido la Providencia que en sus nunca escrutables y menos preescrutados fines, haya permitido todas esas vicisitudes materiales, para más recalçar el carácter sobrenatural de su obra en el Tepeyac, haciendo que la santa tilma subsistiera a pesar de todo, en circunstancias y bajo condiciones en que cualquier otro lienzo hubiera quedado totalmente destruído. Su Santidad Pío XII, en el epigrafe hecho con palabras de ese admirable y hermoso Pontífice que en el Año Santo de 1950 tuve el gozo de conocer muy de cerca, parece darlo a entender así y por eso he puesto su frase al comenzar este capítulo.

No fue por cierto sino hasta el año de 1666, cuando sobre "la mayor altura que tiene el cerro por la parte que mira al poniente", fue levantada una modesta capilla, debida a la piedad de un panadero de la Capital, Cristóbal de Aguirre y su esposa Teresa Peregrina. Esta capilla fue iniciada en la fecha dicha y terminada al año siguiente, o sea en 1667; en el

"Diario de Sucesos Notables", del Pbro. D. Antonio Robles, se dice: "Febrero (1667) miércoles 2. Día de la Purificación de Nuestra Señora, se abrió y dedicó la ermita que edificó sobre el Cerro de Guadalupe, Cristóbal de Aquirre, vecino de esta ciudad, panadero: en el lugar donde se fabricó, había estado una cruz desde el aparecimiento de la Señora". La actual fue levantada en el mismo sitio entre 1745 y 1750 por el sacerdote Juan José de Montúfar. Al fin y al cabo, primero con una cruz, después con una capilla y luego con la actual, la piedad cristiana perpetuó honrándolo, el sitio sagrado donde posó sus plantas la Señora del cielo. ¡Cuán hermoso hubiera sido que se hubiese indicado y conservado la roca o risco preciso donde la Madre de Dios se dignó posarse, roca o risco que Juan Diego no podía sin duda ignorar ni haber olvidado!

Mas la milagrosa tilma estuvo, como ya dije, largos decenios en su humilde ermita levantada "aquí en el llano", como pidió María. Allí la veneraron, oraron ante ella y recibieron favores mil, no pocas generaciones; la segunda ermita (Ermita Montúfar), construída hacía 1556, no fue tampoco un gran santuario ni la sagrada efigie se halló en condiciones más propicias para su perfecta conservación. Pero estas dos fechas, distantes entre sí escasos 25 años, nos dan una idea de lo provisional, inestable y pobre de la primera; la segunda no fue mucho mejor, aunque sí más amplia, debido al gran auge que iba tomando el conocimiento y amor a la Guadalupana y por tanto, la devoción y afluencia de peregrinos; sin embargo, resistió menos de un siglo.

A la humedad, salitre y emanaciones pantanosas del cercano lago, débese agregar otro factor que es seguro que nadie en aquellos tiempos tuvo en cuenta ni previó: las moscas, mosquitos, polilla, comején, cucarachas, arañas y quizá hasta ratones y ratas que en tal lugar y sin los modernos insecticidas, DDT, naftalina, etc., hubieran dañado la santa tilma y hasta causádole graves perjuicios materiales. Sabido de sobra es que bichos de esos han carcomido, roído y destrozado venerables pergaminos, papiros y viejos papeles en las bibliotecas y dañado igualmente en las pinacotecas, lienzos notables y cuadros de célebres artistas del pincel. Modernamente tan sólo, existen ya elementos y métodos de lucha contra esos animalejos, muchos de ellos microscópicos. Como existe también toda una técnica para la preservación y restauración de las obras maestras de los pintores de pasados siglos. Y sin embargo, la mano del tiempo, ayudada por los factores antedichos, no cesa de atentar contra la integridad física de esas valiosas piezas en todos los museos y pinacotecas del mundo.

Yo conozco algunas de esas obras maestras en Europa, algunas mucho menos antiguas que nuestra bendita tilma. Los grandes frescos de Miguel Angel Buonarroti, muerto en 1564, ostentan cuarteaduras, resquebrajaduras, descarapeladuras y otros signos de los siglos. Grandes y magnificas obras maestras en el Museo del Vaticano y en el de El Louvre, en París, y en muchos otros, exhiben también trazas de su antigüedad. Examinando con atención los frescos de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, del Vaticano, se observan claramente dichas huellas. Y además, numerosos lienzos se han ido lenta y casi insensiblemente oscureciendo o decolorando parcialmente; no tienen ya aquella lozanía y frescura de colores que debieron tener cuando los genios del arte los pintaron. Y téngase en cuenta que Miguel Angel, Leonardo da Vinci, Rafael. Murillo. Rubens. Vanuzzi el Perugino, Ghirlandaio, etc. no eran sólo maestros en pintar, sino en mezclar y preparar sus colores y que al ejecutar sus obras escogían los materiales más firmes y resistentes al tiempo y sus vicisitudes, pues pintaban para siempre y no para un breve tiempo y tenían un explicable y claro interés en que sus obras geniales se perpetuaran. Sin embargo, esas obras no tienen la frescura, la lozanía, la inalteración de nuestra tilma indiana, y eso que seguramente no sufrieron las duras condiciones bajo las cuales el ayate juandieguino ha logrado llegar incólume hasta nuestros días.

Simplemente: en la Basílica de San Pedro, en Roma, en la nave lateral de la Espístola, hay una estatua monumental de San Pedro, hecha en bronce. El apóstol está representado sedente en bella silla antigua y uno de sus pies asoma hacia adelante por debajo de su túnica en bronce macizo y antiguo toda la obra. Este pie del Pescador viene siendo objeto de la veneración de los fieles hace largo tiempo. Todos, -yo entre ellos- lo besan devotamente, tocan a él objetos piadosos, lo palpan pasando largamente sus dedos con devoción. Pues ese pie, como me consta ocularmente, está desgastado ya por el roce y casi han desaparecido los dedos y la parte última superior del pie. Por cierto que las estatuillas de souvenir hechas en bronce, que los romeros compran, muestran intencionadamente este detalle. Comparad ahora la resistencia y dureza física del bronce con la del ayate de ixtle: no hay comparación posible.

Cuando por fin, la sagrada tilma fue puesta en un marco, aún sin cristal, hubo que restirarla sobre un bastidor de madera, el mismo que aún tiene, y esta operación fue hecha sin las precauciones debidas: a los restirones, se reventaron los hilos del mismo material que unían desde siempre sus dos partes, como tosca

costura; las fotografías que han sido tomadas en tamaño grande, del sagrado original, muestran claramente las pequeñas aberturas causadas por ese indebido e imprudente manejo. Pero felizmente este accidente en nada perjudicó al lienzo ni a la figura virginal impresa en él. La costura pasa a un lado del rostro celestial de la Señora y no afecta para nada en esas pequeñas descosidas, a la perfección de la imagen.

Más tarde hubo otro accidente: Don Alfonso Marcué en su artículo que pongo en un apéndice al final de este trabajo, lo menciona. Un platero, al limpiar el marco de plata de la imagen, dejó volcarse por descuido, el frasco de ácido sulfúrico con que hacía su trabajo. El ácido sulfúrico come y destruye totalmente cualquier tela y hasta el cuero y araña y muerde los metales: en la santa tilma no hizo nada, dejando tan sólo una leve huella al lado izquierdo del rostro de la Virgen, como de una gotera: un milagro más de la Patrona de México.

Y de peripecia en peripecia, llegamos a varias causadas directa e intencionadamente por la mano humana. En tiempo ya·lejano, una mano piadosa, tan piadosa como imbécil, discurrió dorar los rayos de sol que rodean la figura de la Virgen, creyendo en su estupidez, que se verían más bonitos. Y lo hizo, no siendo lo raro tamaña profanación de ir a meter la torpe y brutal mano humana donde la Virgen y Dios mismo habían puesta la suya divina, sino que hubiese quien lo permitiera. Apenas es concebible tamaña imbecilidad casi sacrilega. Pues bien: la necia pintura humana, el tal dorado, se ha ido cayendo descascarado o desconchado, como se aprecia en una buena y grande fotografía directa de la venerable efigie. Así es de perecedero y frágil lo humano, así es de estable lo divino.

Pero hay algo más. Otras manos, execrables a todas luces, guiadas por quién sabe que mente brutal, decidieron un día, antes de los tiempos del daguerrotipo e impresión fotográfica, hacer una copia exacta de la santa imagen, igual en medidas, posición etc. Aplicaron, en aquellos tiempos en que no había celofanes ni papeles transparentes, un papel opaco, quizá de estraza, sobre la superficie del lienzo de Juan Diego; como la figura no se transparentaba, dieron al tal papel una mano de grasa o aceite, para hacerlo más translúcido; pero como ni así se transparentara la imagen, cogieron sacrilegamente un crayón y con él trazaron fuertes lineas negras sobre la venerable figura de Nuestra Señora, Merced a tan criminal arbitrio, pudieron tomar en calca sus dimensiones y figura general, para hacer algún cuadro semejante a la imagen auténtica. La mente se resiste a creer semejantes profanaciones, aun cuando no las quiara una mala intención.

Pero la mala intención aparece al fin. El 14 de noviembre de 1921, ya en nuestros tiempos, manos criminales, enviadas, se dice, por algún personaje de nota, antiguadalupano y antimexicano, colocaron un gran ramo de flores al pie de la bendita efigie, que estaba exactamente en el mismo sitio y forma en que está ahora. Dentro de ese gran ramo de flores iba escondida una bomba de dinamita. A eso del mediodía, hora en que entonces como hoy, había muchos fieles en la Basílica, la bomba explotó. El templo se llenó de humo y de polvo, cayeron en pedazos los floreros, los candeleros y cirios fueron arrojados al suelo y el gran crucifijo de bronce que siempre estaba al centro del altar, cayó también doblado y semiquebrado. Hoy se le conserva en una vitrina en la capilla lateral del Santísimo Sacramento. En el sitio donde la bomba estalló, a menos de un metro de la tilma santa, se hizo un boquete y el mármol, hecho astillas y hasta polvo en el sitio central o epifoco de la explosión, voló en todas direcciones. Mas el sagrado ayate no sufrió en lo más leve y ni siquiera su cristal se rompió ni se rajó. Atribuir esa preservación admirable a factores humanos. es ilógico y no hay quien lo haya creído así jamás.

Todo el mundo ha afirmado y también yo lo creo firmemente, que una particular providencia de lo alto, de la Virgen María misma, quiso entonces y ha querido en todos los siglos de existencia de su dulce retrato, preservarlo a un tiempo de la torpeza y la perversidad humanas, que nada han podido contra él, y de los elementos naturales adversos, pues "la labor corrosiva de los siglos maravillosamente respetaria", como dijo el admirable Papa Pío XII, esta imagen única en el mundo.

Y así la Guadalupana sique estando entre nosotros, pese a los tiempos, pese a las desfavorables condiciones de los primeros siglos, pese a las torpezas, pese a criminales intenciones.

Y sique estando no obstante nuestra indiferencia, nuestros desdenes, la incomprensión de muchos, la hostilidad de unos pocos y aun las irreverencias, desacatos, descortesías que a diario le hacen sus hijos, creyentes, sí, pero rudos e ineducados, como chiquillos malcriados ante una madre toda bondad y delicadeza.

Todos los días vemos, al par que fieles admirablemente respetuosos y filiales, al par que gentes que entran de rodillas a su templo tras haber hecho descalzas la peregrinación desde la Glorieta de Peralvillo, punto de reunión de las peregrinaciones y procesiones, tras haber venido a pie desde Toluca, Tulancingo, Puebla, Querétaro y hasta otras poblaciones más lejanas, a otras que, distraídas, irreverentes e ignaras crasamente del respeto al lugar santo, llegan a él sin devoción

como quien entra a un teatro, o bien con arreos y tambores militarescos que desdicen del respetuoso silencio debido al santuario donde no solamente residen en casa propia el retrato, la maravilla y las amabilidades de María Reina del cielo, sino la presencia misma, real y verdadera de Jesucristo, en el Sacramento del Altar.

Yo me he emocionado en Lourdes, en lo que allá se llama bellamente "le domaine de la Sainte Vierge", el dominio o solar de la Virgen Santa, del respeto y unción religiosa de los visitantes de las cuatro partes del mundo que allí acuden. He asistido a la célebre "procession des flambeaux" (la procesión de las antorchas) con cincuenta y sesenta mil almas cantando el Ave María entre una euforia de luz y con voces que masivamente retumban en los inmediatos Pirineos. como he asistido en grupos de ocho o diez personas cantando esa misma Ave María suavemente, bajo la nieve y ateridos de frío; he visto el respeto absoluto, la reverencia filial de todos cuantos allí acuden, chinos, turcos, pieles rojas, escandinavos, ingleses, senegaleses o australianos, lo mismo en la Gruta que en la Basílica del Rosario, que en la Cripta, que en las arcadas y en el grande parque de hipocastaños sombrosos y altos, que en el Calvario de bronce a un lado de la Basílica, subiendo la colina al lado opuesto del Río Gave de Pau: en todas partes silencio, respeto, piedad. Toda operación comercial, toda conversación, toda irreverencia están terminantemente prohibidas, aun en el parque, en el que está vedado hasta encender un cigarrillo o calarse el sombrero. En 1958, con motivo del Centenario de las Apariciones, esos santos lugares fueron mejorados y embellecidos, pero sin tocar un ápice de los sitios venerandos. Se proyectó una gran basilica para 20,000 personas y, para no ensomEn ese Lourdes que respira marianismo y fe y también dolor, hasta en los hoteles (son 450) y en las 500 tiendas de souvenirs, está el "Diorama": una rotonda donde en finas figuras de bulto y bajo una decoración casi exacta del Lourdes del tiempo de las apariciones, se ven todas las escenas de éstas y de la vida de Bernardita, para presentar gráficamente a todos los ojos creyentes, aquellos grandes hechos cuya perdurancia vive y vibra invisible e impalpable en las aguas de la fuente milagrosa.

Yo hablé personalmente con Madame Camp Soubirous, una ancianita sobrina de la santa y que me mostró cartas personales de Bernardita, retratos viejos de familia, prendas y objetos personales de la vidente, todo ello conservado con amor y mostrado con respeto al visitante comprensivo.

Así se cuidan, se conservan, se respetan los lugares y las cosas santas y se fomenta el culto marial que es la esperanza de salvación de este mundo distraído. Es consolador que en nuestro Tepeyac se ha hecho ya mucho y muy laudable; pero veamos con sinceridad lo que falta aún por hacer, no ya en lo material, sino en los otros órdenes. Ni siquiera sabemos del sepulcro de Juan Diego...

En Estados Unidos, en 1940 se comenzó a introducir el proceso de beatificación de una piadosa doncella piel roja: Catherine Tekakwitha, apellidada "el lirio de los mohawks" (una tribu piel roja) y muerta en 1680 cerca de Nueva York. Se alzó un templo y, no pudiendo dedicarlo a ella, pues aún no está canonizada, lo dedicaron a la Virgen. Esa piel roja virtuosa será quizás pronto orgullo de Estados Unidos y de su catolicidad creciente. Pero allá, como en Lourdes, obispos, clero, fieles, ricos y pobres se han unido y han cooperado a sus obras que bien entienden son gloria de su país no menos que de la cristiandad.

En nuestra misma América Latina, en Lima, Capital del Perú. Isabel Flores, monja dominica nacida en 1586, muerta en 1617, fue bien estimada, comprendida y admirada por sus compatriotas y gracias a ello, hoy se gozan con su Santa Rosa de Lima, gloria peruana y católica y patrona de su ciudad. Su fiesta solemnísima se celebra en esa Capital y en su vieja Catedral, cada 30 de agosto. Y yo pregunto: ¿Y nosotros, que hemos hecho con nuestro Juan Diego? Nosotros que tenemos no sólo el santo recuerdo del pío vidente, sino el testimonio mismo de su bondad y del favor especialisimo de la Virgen María en la portentosa imagen que está en el avate del indio, jestamos ya a la altura de los deberes que tan rico don nos impone como cualquiera lógicamente puede comprenderlo? ¿No nos falta aún mucho por hacer?

Y no digais que las comparaciones son odiosas: al contrario, son emulatorias y dan buen ejemplo, que nosotros tenemos tanta razón y tanto derecho como los otros de seguir.

"A orillas del Lago de Texcoco floreció el milagro: en la tilma del pobrecito Juan Diego, pinceles que no eran de este mundo, dejaban pintada una imagen dulcísima que la labor corrosiva de los siglos maravillosamente respetaría". Estas fueron palabras de ese encantador Papa Pío XII, de quien ya se dice que va a iniciarse el proceso de beatificación.

La Iglesia Católica pues, ha declarado milagro el aparecimiento guadalupano, luego, por consecuencia, la

imagen guadalupana. Las palabras papales ¿se refieren únicamente al caracter de la impresión de esa imagen en la tilma? Primariamente sí, Pero el Papa reconoce que la labor corrosiva de los siglos la respetó maravillosamente. ¿Esta calificación incluye también el carácter milagroso de la preservación del ayate hasta hoy? ¿En qué sentido, teológica o canónicamente hablando, debe entenderse la palabra maravillosamente? Si se trata de un mero fenómeno admirable. pero natural, ¿vale la pena de una afirmación pontificia, aunque sea admirativa? ¿El Vicario de Cristo es simple admirador de fenómenos naturales notables o raros? Yo creo que es también algo más. Puede admirar algo muy notable, como puede admirarlo todo el mundo. Pero él hablaba a la cristiandad, no a los turistas o a los observadores o sabios. Creo que la frase pontificia incluye llanamente el reconocimiento de la sobrenaturalidad en el hecho guadalupano todo, y no únicamente en el suceso, según la idea que expresé en el primer capítulo.

Y si ahora nuevas luces y los frutos de una paciente y cristiana observación, nos descubren ángulos extraordinarios, no nuevos en sí desde luego, sino conocidos o percibidos hasta ahora ¿esos aspectos recién observados o descubiertos quedan al margen de la calidad de milagroso de toda la divina obra guadalupana? No se me alcanza la razón de tal distingo.

Hemos aceptado —y todo fiel guadalupano lo admite simplistamente y sin necesidad de razonamientos o estudios especiales—, que la fe no necesita de las admirables ciencias modernas; hemos aceptado, repito, que el origen del bendito ayate, es decir, la estampación de la imagen de la Virgen en él es de naturaleza sobrenatural: la Santa Iglesia lo admitió y reconoció así terminantemente. Es absolutamente lógico entender que,

si fue de origen divino, tuvo calidades sobrenaturales lo mismo en el acto mismo de la producción del milagro, que en la obra producida por el mismo, o sea en la imagen que el milagro produjo y que quedó ahí producida por milagro. Siendo esto así, ¿tiene algo de extraño que esa imagen lleve características sobrenaturales intrínsecas, o sea en la realidad misma de la imagen? Como si dijéramos, ¿es difícil de aceptar que Dios, artista de ese cuadro, haya puesto en él su firma, al modo como el Señor suele firmar, o sea con hechos y realidades milagrosas, o sea superiores al orden natural y más bien de orden divino, como quien los hizo? No encuentro contradicción alguna en tal cosa, sino sólo congruencia y "naturalidad en lo sobrenatural", si se me permite hablar así.

Y en esta forma, procediendo de los orígenes hasta el presente, hemos tratado de aquilatar y hacer resaltar dos de los ángulos admirables, asombrosos, extraordinarios y por tanto extranaturales, de las verdades guadalupanas. Nos queda el tercero.

Este tercer aspecto no es menos maravilloso ni quizá más extraordinario que todo lo antérior. Milagro más impresionante que el de la venida a México de la Reina de los Cielos, no lo sé encontrar. Pero los milagros no se miden por su grandor externo, por su volumen, como los melones. No es la medida de lo externo, de lo perceptible ni de lo aparatoso, lo que nos da la medida o el grado de miraculosidad o de grandeza y sublimidad de una manifestación divina. Esa medida, ese grado, no es de nosotros evaluarlo ni medirlo, Sólo Dios sabe la inmensidad de sus milagros y sólo El tiene su grado y su medida.

Nosotros nos dejamos llevar por los efectos, por la fuerza del impacto emotivo que producen, por una especie de evaluación tamañística, si me toleráis el extra-

118 JESÚS DAVID JAQUEZ

ño neologismo; o bien de su trascendencia en lo histórico, en lo humano. Pero todo esto es lo externo, lo visible o lo palpable, es decir, lo extrínseco del hecho milagroso. Su esencia es lo intrínseco, el grado y la intensidad de la derogación de las leyes naturales físicas, químicas o de cualquier otro orden, con que Dios haya obrado. Y esto, cosa de Dios es y arcano suyo que no nos toca curiosamente investigar, entre otras razones, por la muy patente de que no nos darían conclusión alguna espiritual ni con mira a nuestra salud eterna ni a la gloria de Dios en el mundo: ambas cosas son del dominio del Omnipotente y nada más.

CAPITULO 6

EL AYATE JUANDIEGUINO, APICE DEL MILAGRO: EL MILAGRO PERMANENTE

"Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se transporta de gozo en el Dios salvador mío; porque ha puesto los ojos en la humildad de su sierva. Y he aquí por qué desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho cosas grandes en mí el que es Todopoderoso y su nombre es santo, y cuya misericordia se extiende de generación en generación a todos cuantos le temen..."

(Palabras de la Santisima Virgen María a Santa Isabel, su prima).

El culto marial crece y se exulta cada día más en todo el mundo católico, siendo motivo de admiración y aun atractivo hasta para los no creyentes. No hay en la actualidad un solo sitio de la civilización, donde no se alce un altar, un santuario, una ermita o una catedral dedicada a la Madre de Dios. Este culto arranca inmediatamente de los mismos tiempos apostólicos: San Ignacio de Antioquía, discípulo del Apóstol San Juan, el discípulo amado de Jesús y aquel a quien El desde la cruz encomendó a su Sagrada Madre, ya hablaba de Ella con palabras venerativas: las mismas que le habían sido transmitidas directamente por el Cuarto Evangelista. El culto a María, Virgen y Madre de



Grabado de principios del siglo XVIII.

Jesucristo, arraigó entre la cristiandad y se fue desenvolviendo en la vida cristiana y en la liturgia misma, desde aquellos lejanos tiempos: María, Reina de los Profetas, como la llama la Santa Iglesia, lo había profetizado así, plena de humildad y plena del Espíritu de Dios: "Beatam me dicent omnes generationes": Me llamarán bienaventurada todas las generaciones". Y así fue desde las primeras.

Créese que la Santísima Virgen murió a edad algo avanzada, quizás hacia los 63 o 65 años de edad y muy probablemente en Efeso. Unas revelaciones, por cierto tenidas en gran estima por uno de nuestros grandes Papas. Pío IX. las de Ana Catalina Emmerich, afirman que los Apóstoles, que se congregaron todos en torno al lecho de María moribunda, por una inspiración común y sin haber sido avisados ni puestos de acuerdo, la colocaron, una vez muerta, en un sitio a manera de sepulcro provisional y al tercer día, el sagrado cuerpo de la Señora había sido resucitado por Dios y elevado al cielo: de ahí arranca la idea cierta de la Asunción de María, en nuestros días hecha ya dogma. Estas afirmaciones de la iluminada de Flamske, Alemania, Ana Catalina Emmerich, coinciden sustancialmente con la tradición primitiva de la naciente Iglesia. La visionaria agrega que los Apóstoles cortaron con gran respeto los cabellos de la Santa Virgen y los guardaron como reliquia sacra, repartiéndolos en varias porciones.

El culto a María fue tomando incremento en toda la cristiandad y al correr de los siglos no ha variado de esencia, sino sólo acrecentádose y asumido nuevas advocaciones, a causa de nuevas apariciones de la Señora o nuevos favores suyos.

Cosa admirable y que corrobora la sublimidad y amplitud del cristianismo: el culto marial, por jocundo,

por entusiasta y tierno que haya sido siempre, jamás ha opacado o suplantado el culto a Dios ni a Jesucristo, Dios y Hombre y cabeza de la Iglesia y la cristiandad toda; antes bien lo ha ayudado: la Madre no suplanta ni opaca ni sustituye al Hijo, sino que colabora a su gloria.

Los títulos admirables que la Iglesia da a María, no son nuevos en la mariología; desde los primeros siglos no solamente se reconocieron sus prerrogativas esenciales implícita o, la mayor parte de las veces explicitamente, sino que los dictados de Madre de la Divina Gracia, Virgen Poderosa, Virgen Clemente, Rosa Mística, Sede de la Sabiduría, Causa de Nuestra Alegría, Puerta del Cielo, Salud de los Enfermos, Auxilio de los Cristianos, Refugio de los Pecadores, Consuelo de los Afligidos, Reina de los Angeles y de las Vírgenes, Mediadora de todas las Gracias y Reina de la Paz, son en lo sustancial tan antiguos como el mismo culto católico.

El culto marial tiene no sé qué de especial, de dulce, de bello, que siempre ha enamorado a'todas las almas. Igino Giordani, en su exquisito libro "María di Nazareth", al decir que "hablar de la Virgen es casi inevitable", rememora a los primeros Padres de la Iglesia que la admiraban y la alababan, diciendo que es "toda santa, templo santo de Dios, lirio inmaculado, gloria de la Iglesia, madre de la santidad, escala hacia el cielo, puente único entre Dios y los hombres", etc. Los mismos títulos, las mismas alabanzas que hoy día le tributamos. Y hace notar que aun los acatólicos, los protestantes mismos, no pueden sustraerse a su admiración y simpatía; narra cómo los más antiguos pueblos de Oriente y Occidente, apenas cristianizados, esplenden en el amor a María y cómo hombres como Milton, puritano anticatólico, Wordsworth, enemigo de la Iglesia, Longfellow, protestante, Hawthorne, protestante, Rudyard Kipling, el pagano que fue Goethe, el descreído Víctor Hugo y cien más, la alaban y le dedican bellas poesías. Giordani, al mencionar estos rasgos como "los cantos de los prófugos", hace notar cómo los teólogos, al hablar de María, insensiblemente se vuelven poetas.

¡Bien profetizó la humilde doncella de Nazaret toda poseída del Espíritu Santo: Me llamarán bienaventurada todas las generaciones!

Era y sigue siendo así el querer de Dios que, conociendo hasta el fondo la naturaleza del hombre, que El creara, le da un medio fácil, grato, tierno, harto accesible, para que se acerque a El: ese medio es María. "Ad Iesum per Mariam", dicen teólogos, ascetas y místicos: A Jesús por María. Ese ha sido siempre el sentir católico, apostólico y romano, como también el opinar que "el amor a la Virgen María es signo de predestinación", idea íntima bien arraigada en la cristiandad. ¡Y cuántas veces se ha visto que almas encallecidas en la maldad y en el vicio, guardan secretamente un resto o un detalle de amor a María y gracias a ello se convierten, siquiera sea en su último momento!

Pues bien: ese admirable culto marial, esa hiperdulia de los teólogos, de tiempo en tiempo es confirmado, autorizado, renovado por Dios mismo, por medio de nuevas apariciones de la Virgen Santa o nuevos milagros otorgados a los hombres por su intervención: el del Tepeyac es uno de los más salientes en nuestros siglos, como lo es el de Lourdes. Y uno y otro llevan ostensiblemente el carácter de perpetuidad, de perennidad. Veamos cómo, por lo que se refiere a la tilma sagrada de nuestro Juan Diego.

En las grandes obras geniales de Miguel Angel,

el Ticiano, Murillo o Da Vinci, no sólo (y no siempre) está la firma acreditadora del maestro: pero en todos sus lienzos auténticos, brilla a los ojos de cualquier conocedor la técnica del Ticiano o de Da Vinci, su estilo, su inspiración, su genio, en forma inconfundible para los críticos de arte. En el lienzo tosco del Tepeyac, obra de la divinidad, está igualmente impreso, radicado y residente intrinsecamente en la obra, inseparable de ella y plenamente reconocible a quien lo observe, la técnica, el estilo, la inspiración, el genio de su autor: Dios. No veo en ello nada que pugne a la razón ni a la fe y hasta he llegado a pensar que lo raro sería que no fuese así.

Ya lo dije antes: el sello de Dios es el milagro. Hablando de los de Lourdes Monseñor Théas, Obispo de Tarbes y Lourdes, dice: "¿Hay entonces intervención extraordinaria de Dios, hay milagro? Para responder a esta cuestión con una autoridad canónica, sólo la Iglesia está calificada. La Iglesia, por medio de sus obispos, estudia. La Iglesia, por medio de sus obispos, decide. Los milagros contradicen la experiencia. ¿Cuál es pues su razón de ser? Son signos: signos de Dios, signos de lo sobrenatural, "signos completamente seguros de la Revelación", como dice el Concilio Vaticano. Podríamos agregar: El milagro es un signo realizado por Dios, para remediar el adormecimiento de la conciencia religiosa, ante el orden habitual de las cosas".

Dado esto, el milagro viene a ser confirmatorio de ciertas obras divinas, como son, v. g. las apariciones de la Virgen María en este mundo. Las refrenda, las garantiza, les asegura vivencia, vigencia y permanencia para después de que el suceso milagroso de la aparición ha dejado de manifestarse. Si en Lourdes no hubiera subsistido la fuente de aguas sobrenaturalmente operadoras de curaciones ajenas al orden natural, el culto a María Inmaculada allí, o sea el culto a Nuestra Señora de Lourdes hubiese quizá languidecido pronto. Si en la tierra azteca no hubiese subsistido un retrato, una imagen extraterrena de la Virgen. sensibilizada y visible en la tilma juandiequina y con características que rebasan toda otra imagen, figura u objeto marial, el amor y el culto a Nuestra Señora de Guadalupe no se hubiera tampoco perpetuado, robusto y rozagante y cada día más extenso y más impresionante, hasta el presente. Tanto en uno como en otro caso, el milagro acredita la verdad. Esa verdad es sencillamente la visita de María al mundo. En Lourdes hay el milagro: luego la Señora se apareció a Bernadette, luego le dio un mensaje, luego la pastorcilla lotransmitió fielmente. En Guadalupe, Distrito Federal hay milagro, luego Juan Diego vió y habló a la Señora Celestial, luego Ella le entregó ciertísimamente su mensaje oral, luego Juan Diego lo transmitió a su vez fielmente a Zumárraga, luego toda la realidad guadalupana y todo el culto guadalupano están bien fundados, luego el guadalupanismo no viene a ser sino la respuesta de las almas a la voz de María, solicitadora de ese culto, de ese templo, de esos homenajes y de ese amor de sus hijos.

He aquí cómo se cumplen los deseos de la Reina y la voluntad del Padre que está en los cielos, y de su Hijo y del Espíritu, Santo, o sea la plenitud de la voluntad redentriz, salvadora, regeneradora y espiritualizadora, de la Divinidad, por medio de María: "Ad Iesum per Maríam".

Es muy de pensarse que allá en la economía divina, ignota para nosotros, ningún pueblo de América en aquel momento histórico necesitaba tan grandemente

de esa gracia; ninguno estaba tan urgido de iluminación celestial, de regeneración humana a base de cristianización -no existe otra base- de espiritualización y también de aliento, de fortaleza interior, de consuelo, de apoyo maternal.

Una parcial noción de ello tenemos si consideramos que la mayor concentración de indios en toda América. estaba en México-Tenoxtitlán, que la idolatría y los sacrificios humanos y toda la obra del diablo se encrudelecían aquí como en ninguna otra parte del mundo, que el indio de México era al mismo tiempo que el más esclavizado y aplastado, el más necesitado de una mano que lo levantara, a causa de sus calidades de sensibilidad intima, de espíritu de sufrimiento entre resignado y fatalista, de docilidad de corazón, de empequeñecimiento moral y de la propia personalidad: Juan Diego, prototipo del autóctono del pueblo en aquellos años de 1531, era la muestra de ello y dos sentimientos altamente humanos y predominantes, eran los únicos que de primer golpe de vista podían inspilar por su situación material, social y espiritual: simpatía y compasión: cabalmente los sentimientos que campearon desde el primer momento en los apóstolicos varones que trajeron el Evangelio al Anáhuac.

Esto en aquellos días. En los actuales, aún el pueblo mexicano, por idiosincracia, por sangre, por mentalidad, es decir, por su temperamentalismo, por su impetuosidad intima, por su racialidad mezclada de la fuerza y brusquedad hispanas y su idealismo, y de la mansedumbre melancólica, del fatalismo resignado, del romanticismo largo y hondo, del pobrismo y espíritu desamparado del indio, por lo bullente de la sangre y lo ardoroso de la mente del latino y lo meditativo. conformista y adolorido de la mente del autóctono, y también por otras razones más: suelo, latitud, clima, tropicalismo y necesidades físico-anímicas, tenía y sique teniendo una inmensa necesidad espiritual. Pese a criollismos, mesticismos y otras cruzas, el mexicano por definición nacional, siempre está sintiendo una necesidad cordial y espiritual: siendo intimamente espiritual y finamente sensitivo, necesita mantener ese dificilisimo equilibrio entre las solicitaciones de la carne y las atracciones del espíritu, entre su cuerpo que pide goce y su mente que lo anhela, porque poco le ha dado la vida, y su alma que pide amor, belleza, bondad, en una palabra, que pide maternidad espiritual, superior, suprema, la de mejor ley. Yo pienso a veces que en el fondo de todo mexicano suele haber un no se qué como de orfandad, como de desamparo, -herencia indiana- al propio tiempo que de altivez idealista y de ansia del azul -herencia latina- y estas dos solicitaciones y estas dos motivaciones anímicas y cordiales, mientras su cuerpo pide el goce sensual, son los factores divergentes que lo distienden y lo contraen a su turno y hacen de él esa criatura humana paradójica que llora un minuto después de haber reido y que se carcajea un instante después de haber llorado, que insulta y se irrita ante una humillación y acto continuo se compadece de un hermano más humillado, que tira a pedradas un nido de pajarillos y luego acaricia a las indefensas crias y trata de que no perezcan. Un ser paradójico, pero muy humano; por eso tiene una personalidad quizá única entre los pueblos y una difecenciación tan marcada entre sus hermanos latinos y aun latinoamericanos.

Ensayad a hacer la estimación histórico-psicológica de todos nuestros fastos y hallaréis sustancialmente estas cosas: el asombro y la subsiguiente admiración

malinchista hacia el conquistador montado a caballo. su coraje combativo contra el intruso, junto con los numerosos tompiates de tamales y tortillas enviados al español para que comiera antes de pelear y no dijera después que había perdido la batalla por falta de alimento; el grito libertario de "¡Viva la Virgen de Gua-Calupe y muera el mal gobierno!" junto con el anhelo de un soberano de sangre azul: el ideal independiente democrático vuxtapuesto al deseo de un Fernando VII: la insurgencia triunfante y el absolutismo del primer mandatario, las crueldades revolucionarias mezcladas con los ideales emancipatorios, la generosidad al lado de la rudeza cruda, el quijotismo del brazo de la ambición sórdida, la exquisitez de sentimientos amalgamada y hasta envuelta en "tono golpeado", la entrega noblota junto con la exigencia de reconocimiento del propio mérito: el bien y el mal hirviendo en la misma olla, pero dejando siempre una exhalación gallarda y un secreto fondo espiritualista.

Menos que un gracejo de mal gusto o que un rasgo personalista, era la frase de cierto nonagenario aún
erguido que decía: ¡Yo, todos los días, mi Ave María
y mi pecado mortal! Creía hablar por sí solo, pero hablaba por muchos de nosotros: por toda una colectivioad. Así es el hombre, pero sobre todo así es el mexicano. Por eso necesitábamos tan intimamente y tan
a perpetuidad una Madre. Y Dios nos las proveyó y
¡de qué altura, de qué belleza, de qué inmensidad!
Por eso hace 429 años que la tenemos y aún seguimos
probando sus favores y deletreando su mensaje y diciendo junto al Tepeyac o lejos de él, pero con el corazón abajito de la tilma: ¡Virgencita de Guadalupo!...

Hablé al principio de un aspecto del hecho o un re-

flejo o eco del hecho y lo personifiqué en el indito que ora y llora y mira hacia el ayate juandieguino: he aquí un poco silabeado ese aspecto del hecho, en rlena florescencia hoy mismo. Veamos ahora lo más humanamente perceptible del milagro permanente.

No fue sino hasta por 1929 cuando, tras mucha paciencia, mucha observación, una dedicación ejempiar, la colaboración de numerosas personas en una labor de gran mérito y de sencillo desinterés, se llegó a una meta años antes sospechada, quizá intuída: las características humanamente inexplicables que encerraba la santa tilma: características que contradecían la experiencia y la razón, que se presentaban a la observación y a la prueba, como derogaciones de leyes naturales muy bien conocidas de todo el mundo. Antecedentes de ello, los había a partir del 12 de diciembre de 1531: todo mundo admiró la efigie maravillosa y se persuadió espiritualmente que entrañaba algo inefable, un don extraordinario y único de la Reina del Cielo: Non fecit taliter omni nationi. Prueba de ese sentimiento intimo fue desde el primer día el amor y la veneración especialísimas a la imagen guadalupana: eso explica los millones incontables de labios posándose venerativamente sobre el tosco tejido, que hubieran sin quererlo acabado con él, el contacto de objetos píos que hacían de cada uno de ellos como una reliquia, como una cosa material puesta en contacto físico con algo a todas luces sobrenatural; prueba esa montaña inmaterial y ascendente de plegarias, votos, súplicas, lágrimas, consagraciones, penitencias y sacrificios ofrecidos en todo tiempo a la Madre Divina ante su imagen, en la que todo fiel veía un trasunto del cielo, de la gloria y el poder de María y del don milagroso traído por Ella a México. Muy lógico, muy na-

tural es que con el tiempo, se fuera poco a poco pasando de la imagen milagrosa, a lo milagroso de la imagen. Y así ha sido, por providencia divina en nuestro favor.

Siempre, es decir, desde antaño y desde siempre, se ha admirado el hecho desconcertante de que la tilma. por su textura física, no es tela apropiada para pintar en ella, con ninguna clase o procedimiento de colores: no hay asiento para ellos, a causa de lo ralo y burdo de los hilos y mucho menos con una pintura que de sí misma no tiene cuerpo alguno. La pintura no es óleo, no es acuarela, no es crayón, no es ninguno de los sistemas conocidos: don Miguel Cabrera, eminente pintor mexicano lo reconoció. Exámenes y observaciones de personas capacitadas técnicamente han arrojado la conclusión de que se trata de una técnica desconocida hasta la fecha; los colores, por cierto vivos y fuertes, parecen ser de origen vegetal, como de los zumos pigmentarios de flores y ni la burdeza ni lo ralo del tejido obstan para la parejura, claridad y fineza inexplicable de los trazos. Resulta difícil de explicarse cómo sobre tal tela existen y persisten a lo largo de los siglos detalles casi microscópicos que a la simple vista son inapreciables y que poderosas lentes descubren muy por encima de las posibilidades de la más fina pluma litográfica: detalles que creo que podrían llamarse de microlitografía imposibles de compaginar en un ayate, v.g. la cara humana pintada y existente realmente en las pupilas de la Virgen, que apenas tienen el tamaño físico y real de una letra "O" de dos o tres milímetros de diámetro; ¿cómo se explica esto?

Sé que hace años que se ejecutan miniaturas asombrosas: afírmase, v.g., que alguien logró escribir toda una frase, creo que del Padre Nuestro, sobre la pequeña superficie de un grano de arroz: el grano al menos ofrece una superficie lisa y pintable; pero de esto, a pintar los detalles de una cara humana en lo pequeño de las pupilas de Nuestra Señora en el burdo tejido de ixtle, hay una gran distancia.

Vienen luego las artes modernas: la fotografía y la tricromía, o impresión litográfica a base de fotografías y filtros extrayendo o, mejor dicho, captando los tres colores básicos: amarillo, rojo, azul. Se piensa entonces sacar copias directas de la sagrada imagen, para satisfacción de los fieles, en sus colores originales. Un experto mexicano, don José Cataño, muerto hace una decena de años a edad avanzada, va a hacer las copias en tricromía. Al efecto, se toman sucesivas placas fotográficas mediante filtros en el objetivo o lente de la cámara, para captar y grabar en la placa sensible. cada uno de los tres colores clásicos: primero exclusivamente el amarillo, luego lo mismo el rojo, por último solamente el azul: esas placas fotográficas, al pasar de su negativo o inversión de luces y sombras, al positivo de la piedra litográfica o la lámina actual de litografía, darán, mediante las respectivas tintas amarilla, roja, azul, los colores que, combinándose, dan la gama cromática de toda tricromía. Pero a la hora de las manipulaciones, los colores captados no se comportaron como de ordinario: están confundidos, mezclados, como si hubieran sido confundidas las placas: se tomó el azul de la tilma y no dio azul, se tomó el rojo y no dio rojo, etc.

El Sr. Alfonso Marcué González, ya mencionado, me refirió personalmente estos experimentos: los colores, aparecían confundidos y un halo amarillento dominaba todo. El fenómeno no se explicaba. Y de paso me refirió el caso de un barón alemán, protestante que in-

tervino como técnico colorista y fotógrafo de alta escuela, en estos experimentos: lo dejaron tan asombrado como convencido de la miraculosidad existente en la tilma santa y se convirtió al catolicismo y al quadalupanismo ferviente

Y los estudios y observaciones hechos con ciencia, con conciencia y con amor y fe, siguieron adelante. Ante ciertas observaciones inexplicables en los apacibles y dulces ojos de la Señora de Guadalupe, se recurrió a médicos especialistas, a oculistas y oftalmólogos. En el artículo firmado por el citado Sr. Marcué y que incluyo como Apéndice número 4 al final de este libro, aparecen las declaraciones textuales de dos médicos reconocidos y capacitados, bajo su firma. Invitados para certificar o negar, en su caso, la existencia de un rostro humano en las pupilas de la imagen milagrosa, en sucesivas ocasiones comprobaron visualmente el hecho. No contentos con ello, recurrieron al oftalmoscopio, aparato bien conocido y que se usa para explorar el interior del ojo humano. Y vino ahí algo más desconcertante aún.

El ojo humano vivo refleja la imagen de la cosa que mira, primero en la córnea, luego en la parte anterior del cristalino, que es como la lente de nuestro ojo, y por fin en la cara posterior del cristalino, siendo esta última imagen invertida, a causa del cruzamiento de los rayos de luz en dicho cristalino, semejante a como acontece en una cámara fotográfica y en su lente. Y, ¡hecho asombroso! En la superficie tosca y nada tersa del ayate, en las pupilas de la Señora, hallaron reflejadas las tres imágenes con todas las características científicas, fisiológicas, puede decirse, que se comprueban en el ojo humano. Imágenes, impresión de oquedad, emisión de rayos luminosos o visuales, halo o claridad difusa en torno a la pupila, reflexión del haz de luz proyectado por el oftalmoscopio en todas las direcciones en que éste era dirigido a las pupilas al ser movido o paseado ante ellas: todo lo que se registra en un ojo vivo. ¿Qué se puede pensar rectamente sobre esto? Me rindo ante la evidencia de tales hechos, reconociendo, como los oftalmólogos, que ahí hay algo que no se puede explicar naturalmente. Por consiguiente, tampoco lógica ni científicamente: testimonio, el de los médicos cuya declaración científica, lacónica y meramente técnica, va incluída en el Apéndice número 4 de este volumen. ¿Milagro?

Las autoridades eclesiásticas no han dado su fallo aún, que yo sepa: la razón indica sólo una cosa: inexplicabilidad según las leyes y las realidades naturales y experienciales: los médicos citados así lo han testimoniado. Ahora bien; si una cosa no aparece normal, natural, explicable según el orden de la vida, del mundo, de la física, la química, la medicina, la oftalmología, las ciencias de lo conocido. ¿cómo se podrá explicar? Una vez constatado que no hay ilusión, engaño, falsa apreciación, dolo o fraude ni menos cosa diábólica -esto último resulta inconcebible- ¡qué es lo que hay? Y tratándose de una cosa de origen ultraterreno, de conservación ultraterrena, de efectos ultraterrenos, de finalidades divinas, de procedencia tan divina como fueron la aparición de la Virgen, su voluntad maternal y misericordiosa, su relación directa con la tilma en que se pintó su propia imagen tal como Juan Diego la veía, su contacto físico con las flores brotadas por milagro y enviadas como evidencia del milagro aparicional, y aun quizá y es altamente creible, el contacto material o físico, en cuan-

to esta palabra sea apropiada, de las manos celestiales de la Señora con el objeto material, la tilma del indio, que aún conservamos entre nosotros ; qué otra cosa puede ser todo esto que en la santa efigie se ve, sino una maravilla, antes sospechada, luego buscada por la industria humana al servicio de la fe y amor mariales y por último encontrada? Encontrada porque ahí estaba, no porque últimamente haya aparecido, sino porque antes no habíamos podido estar en condiciones materiales de echarla de ver.

¡Si esto no es de carácter milagroso, si no es el milagro perdurante, permanente, perennemente radicante en la imagen misma, qué otra cosa puede ser?

La posición humana y sobre todo la posición cristiana ante esta realidad insólita, posiblemente deba ser la misma que la cristiandad de todos los siglos anteriores a 1854, desde la Asunción a los Cielos de la Madre de Dios, adoptó y sostuvo ininterrumpidamente: María fue concebida sin pecado original, es decir, no tuvo, por providencia de Dios hacia la que había destinado para ser Madre de su Hijo, Jesús, el Dios hecho Hombre para salvar a la humanidad, rastro de pecado original; la Inmaculada Concepción, como desde siempre creyó la catolicidad y como los franciscanos sostuvieron desde el Pobrecito de Asís su fundador y como predicaron en la Nueva España y como festejaron el 8 de diciembre anterior a las apariciones guadalupanas.

¡Una imagen milagrosa! Milagrosa en su origen, en su procedencia, en su estampación; también en su preservación y también en forma no menos asombrosa, no menos superhumana y supernatural en cuanto a las calidades intrínsecas del bendito lienzo: es decir: un milagro permanente, perenne, radicante en la tilma, domiciliado, por decirlo así en ella asombrosamente, como asombroso es todo milagro.

Sólo el hecho de que la autoridad suprema en estas cosas, o sea la Iglesia, por sus prelados, no ha pronunciado aún su palabra siempre prudente, sièmpre meditada y fundamentada y pesada, no sólo ante los hechos y pruebas y documentos, sino con el peso del santuario, o sea a la luz de la verdad divina, es lo que nos detiene para clamar a toda voz y con pleno convencimiento externado en palabras y afirmaciones: ¡milagro!

La Iglesia, de ser así, no dudo que lo proclamará a su tiempo, revigorizando o puntualizando la calificación de milagroso que ya rodea en gran manera a la tilma guadalupana. Y ello será en el momento oportuno, en la hora exacta en que Dios, guía y cabeza de la Iglesia, lo estime conveniente para su gloria y la de María y para nuestra necesidad espiritual. Esta necesidad es cada día más grande al parecer. Porque cada día es mayor el embate del mal: de la indiferencia, del embotamiento de la fe en muchos espíritus, de la materialización y del perverso y desorientador espíritu del modernismo, que no es malo por ser moderno ni aun por ser modernista o modernizador, sino por ser acreyente, descatolizador, positivista, materialista y ateo.

Hoy que el frivolismo, el sensacionalismo y el afán de placer con la creencia sin cesar infiltrada a las masas por todos los medios de publicidad moderna, de que "la vida es para gozar", es más urgente que nunca antes para México, la reespiritualización, la remoralización, la recristianización.

Un puñado de varones apostólicos que vinieron a Nueva España en 1522, poco podían hacer, a pesar de sus evangélicas jornadas, de sus esfuerzos abnegados, para cristianizar a ese pueblo de entonces. Antes de la aparición guadalupana, hasta junio de 1531, según Zumárraga y Fray Martín de Valencia, un millón escaso de indios habían sido bautizados y la mayoría eran niños. "Anduvieron los mexicanos muy fríos al principio en pedir el bautismo, principalmente por la antigua costumbre carnal de la multitud de mujeres", atestiguan los escritos de ambos varones apostólicos.

En un decenio, después de los sucesos del Tepeyac, la masa de los indígenas se convirtió y fueron bautizados cerca de diez millones de ellos. Motolinía afirma que en un solo día hubo un millar de casamientos eclesiásticos en la casa franciscana de Tlaxcala. Y otra cosa admirable: la poligamia se fue borrando, la catolicidad se hizo patrimonio espiritual de la gran masa de los indios y la idolatría fue barrida como por un impetuoso viento y no hubo más un solo acto ni culto ni deidad de piedra en toda la Nueva España. ¿A quién se debe atribuir semejante renovación espiritual, verdaderamente única en los asendereados anales de la catolicidad?

¿Y de dónde surgió y se cimentó la civilización cristiana y el espíritu cristiano en América? ¿Si no del Tepeyac, de qué otro foco irradió la luz para todo el mundo nuevo de Colón? Hechos son estos plenamente históricos que no es posible desconocer ni torcer ni menos negar: la Virgen de Guadalupe, evangelizadora suprema de nuestras tierras.

Ahora bien: razonemos un poco a la luz y a la altura de nuestros tiempos actuales: estos mismos tiempos en los que la ciencia, la fe y la fidelidad a la Señora Virginal de Guadalupe nos han permitido ver lo que acaso sean los primeros destellos de una nue-

va luz que ahora alcanza a herir nuestras pupilas —las del alma— con un destello probablemente providencial. Demasiado sabemos, al menos genéricamente, que todo cuanto acontece en el mundo es querido o al menos permitido por una Providencia omnisciente y omniprevisora y que todo lo encamina al bien de los hombres.

Bien sé que no estoy escribiendo un libro sobre apologética, o sea la defensa de la verdad y la doctrina cristiana contra los ataques de sus adversarios: no es esa mi mira ni menos esas mis capacidades; pero sí estoy haciendo, no ya la apología del gran hecho guadalupano, sino una simple exposición del mismo en todos sus aspectos hasta donde alcanzan mis pobres y pocas luces. Séame al menos permitido en este punto, hacer lo más y no lo menos: ese más, para mí es mínimo, pero puede ser algo siquiera para el lector: su mente y su buena voluntad, ya lo dije desde el principio, harán lo mayor, que es hacer que la idea cobre vuelo.

¿Será por ventura extraño o inadmisible que en los tiempos presentes hayamos llegado, por permisión providencial de lo alto, al ápice del milagro en el ayate tepeyacense, mediante nuevas revelaciones que el mismo nos proporcione; indudablemente para bien espiritual nuestro? Nada parece haber de irrazonable en tal suposición, tan fundamentada como parece estarlo.

De la misma manera como dimos un vistazo general y panorámico al México preguadalupano, hagamos ahora otro tanto con el actual: el panorama de nuestro México 1961. Vistazo espiritual, desde luego, no material, sino en cuanto la materia nos suministra

datos y signos de lo que hay en lo recóndito moral. ¡Qué vemos?

Tinieblas y signos que por momentos casi parecen apocalípticos. No se trata de hacer augurios negros; no es constructivo ni optimista pretender sentar plaza de agorero y gratuito vaticinador de cosas negras. Ciñámosnos al más estricto realismo, pero un realismo sereno y valiente; sin titubeos ni condescen dencias con el mal, pero sin recargar las tintas; bastante es con las que en la realidad se ven.

Hace más de cuatro siglos que las idolatrías quedaron derruídas; bien luego, la planta sagrada de la Virgen María aplastó formalmente la cabeza de la serpiente. Pero ahora los aires modernos nos han traído una nueva y más sutil forma idolátrica, tanto más dañina y peligrosa, cuando que ya no se adora a un burdo monigote de piedra, sin poder ni utilidad, sino a todo un modo de ser y de vivir convergente a un dios material sí, pero más utilitario y práctico y servicial que los derruídos ídolos precortesianos: el dios dinero, el dios \$.

La vida moderna no consiste ciertamente en la adoración expresa y externa, real, a este moderno dios, pero toda ella converge a él, ya que en ese signo mira la satisfacción de todo cuanto hoy parece amable y apetecible en la vida: el dinero da placer, da poder, da posición, da fama, da nombre, da goce, da todo bien material. Luego, al dinero, confluyen todos los intentos, todos los esfuerzos, toda la lucha de la vida. A él se supeditan las demás cosas: conciencia, honor, lealtad, amor honesto, tiempo, ocupaciones; todo queda sujeto a él y avasallado por él; es un dios a la medida de la mentalidad de los hombres modernos: un dios muy siglo XX.

¿Quienes escapan a este espíritu? Sólo los muy espirituales, los muy desasidos de las cosas terrenas, los muy amadores de algo entrañablemente idealístico; muy pocos. Unos cuantos verdaderos sabios, unos cuantos verdaderos artistas, unos pocos verdaderos soñadores o mentes superiores amantes de la espiritualidad. Y desde luego y a la cabeza de todos estos, los verdaderos hombres de fe. Estos en lo alto de las escalas sociales, son bien raros, los hay en mayor número en el medio, abundan aún, no importa bajo que formas o apariencias más rudas, en las capas humildes del pueblo.

Florecen mejor en el campo, en la aldea, en la ciudad provinciana y recoleta, en los medios aún chapados a la antigua, en las familias donde el cristianismo de nuestros abuelos aún vive bajo menos agobio y embate exterior y en ambientes antañones y piadosos en lo interior.

La gran cosmópolis, las urbes metropolizadas, los centros industriales, todos los lugares donde la vida moderna ha penetrado con su materialismo, su sordidez, su sentido utilitario de la vida y sus normas prácticas de placer, se desespiritualizan a gran prisa, lo que equivale a decir que se descristianizan, porque el cristianismo es la única forma espiritual válida, en este o en cualquier otro siglo.

El catolicismo, —a diario lo constatamos— cada día esplende más en los templos, pero cada día se manifiesta menos en las conciencias y cada día vibra menos en la conducta. No me refiero a esa manera de catolicismo de prácticas externas, de formalismos v aparato, como en los llamados "actos sociales": bodas, bautizos, bendiciones y otras celebraciones de lujo; no aludo a ese catolicismo epidérmico, es decir su-

perficial, intrascendente, 'algo romántico, algo dulzón, algo de buen tono o de ocasión: eso no es religión: aludo al catolicismo verdadero, el de fondo, el de espíritu y verdad, tal como se exhala inalterable, de las vivas páginas del Evangelio; el que se siente en el alma, se cree con el corazón y se practica las veinticuatro horas del día en la conducta; ese que informa y preside todo pensamiento, toda palabra, todo deseo y toda acción, conformándola con Cristo, siguiera sea en la medida de la flaqueza humana que El bien sabía cuando vivió esencialmente ese cristianismo y ese Evangelio que no nos hubiera exigido observar, si El mismo no hubiera sido su primer observador v cumplidor.

De ese cristianismo cada día parecemos alejarnos más. El tumulto de la vida moderna con sus formas y manifestaciones desorbitadas, está haciendo que a gran prisa los hombres se deshumanicen, las mujeres se desfeminicen y los niños se adulticen; ese es el mayor peligro para la humanidad de la venidera generación, pero también, obligadamente, para el espíritu cristiano y para el espíritu de la verdadera mexicanidad

Al hablar de mexicanidad, no me refiero en modo alguno a esa que demagógica o espectacularistamente pregonan los políticos o los altos personajes, ni a la de líderes, pseudosociólogos y pseudemexicanistas: la que se grita, la que se exhibe en la plaza pública, la que se hace ostentosa pero superficial y sospechosa de mistificación: esa no es la mexicanidad, como el catolicismo externo de que hablé, no es tampoco el auténtico, el del Evangelio.

Yo apelo a una mexicanidad intima, consistente en la quintaesencia de todas las cualidades colectivas de un pueblo, que están muy por encima y muy por lo hondo de las manifestaciones patrioteriles o de las interpretaciones prefabricadas y caprichosas; una mexicanidad hecha a base de lo trascendente de la raza, en cuanto es posible en una raza cuya fusión plena, cuya homogeneización es aún muy relativa, pues no ha pasado por el crisol de los siglos, como pueblo nuevo que aún es; una mexicanidad hecha a base de todo lo mejor que nos legaron las anteriores generaciones como herencia espiritual distintiva, una mexicanidad que reconoce desde sus orígenes mismos, el cristianismo, como primer promotor, como primer aliento de vida, lo mismo en el autóctono que en el criollo. De ahí arrancan sus bases y allí se encuentran sus esencias más genuinas: vano es desconocerlo.

Y en los principos mismos de esa cristianización de la Nueva España, ¿no vemos acaso, cómo la luz más clara y el exponente más firme y más orientador, la efigie misma de nuestra Guadalupana?

El modernismo disolvente, como dije, amenaza barrer con toda esta herencia espiritual que, siendo nuestro pasado, no podrá vivificar más nuestro presente si abdicamos de nuestros mejores legados. Ya de hecho se observa que, si entre nuestra generación y la que nos antecede había una zanja, entre nuestra generación y la que está ya en puerta, hay un abismo; y es en ese abismo donde van cayendo inevitablemente la vieja moral, las viejas costumbres y las viejas tradiciones que fueron, durante todo el pasado, el sostén espiritual de nuestra nacionalidad.

Ahora bien: si el símbolo por excelencia de todo eso espiritual, de todo eso nuestro que aún trabajosamente guardamos, es justamente la fe y el amor a la Guadalupana, es quizá una coincidencia providencial

que en estos arduos tiempos que vivimos. Ella nos esté proporcionando nuevas oportunidades revigorizadoras de nuestro espíritu: esas oportunidades no son otras que las que emanan del milagro mismo que es la existencia perseverante del sagrado lienzo con nosotros, entre nosotros, muy junto a nosotros.

Es decir: lo que superficialmente podríamos llamar descubrimientos nuevos en la tilma juandiequina, no son nuevos sino en cuanto antes no los habíamos sabido advertir. El milagro ha vivido, si es lícito decir así, en el ayate a lo largo de sus 429 años de existencia sobrenatural: Dios aguardaba la hora, su hora providencial para hacer que los hombres lo echaran de ver. Y esa hora ha llegado.

Si el milagro es la obra de Dios y tiene, consiguientemente el sello de lo divino, ese sello también tiene sus características sobrenaturales, clásicas, diríamos del espíritu de Dios: evidencia, claridad, sencillez, modestia. El milagro es modesto, como es claro y recio en sus manifestaciones. ¡Siendo evidente y fuerte como es, no necesita ostentarse. Modesta es la tilma, modesta la figura de la Real Señora celeste, modesto el modo de su presentación en la tierra azteca, modesta la forma en que se recata hasta en sus últimas manifestaciones. Cuando apareció, sólo se dejó ver de una persona: un indio personificación de la pobreza, la humildad y la candidez espiritual; si ahora nos muestra otro más de los aspectos milagrosos de su imagen, ese mostramiento también es modesto: un pequeño grupo de hombres fieles y leales lo perciben, no toda una multitud ni a la plena luz de la Plaza Monumental de su Basílica. Bastan esos pocos hombres que nos lo han evidenciado con su observación y su ciencia, para engendrar el ascenso en nuestro espíritu: no nos consta-ocularmente, pero nos consta que les consta a ellos. ¡Veís cómo el milagro es modesto?

Así debe haberlo considerado el Abad de la Nacional Basílica, pues no quiso que se divulgara al momento ni que se anunciara a son de trompeta: desde antes de 1929 fueron descubiertas las calidades inexplicables que comprobaron los oculistas en las pupilas de la Virgen Guadalupana y sólo hasta nuestros días lo van sabiendo algunos; el pueblo, la muchedumbre, aun crevente, aún no sabe de esto. Las transmisiones de televisión y los artículos de prensa son flor de un día; por su mismo sensacionalismo emocional, fueron pasajeros; pocos al día siguiente lo recordaban. El milagro es modesto, rehuye la popularidad sensiblera, se recata, se vela discretamente. Y entretanto y precisamente por tal medio. Dios hace su trabajo. El no tiene prisa, ni la Virgen Santa tampoco. La prisa es de nosotros, es humana, porque nosotros estamos dentro del tiempo; pero ese tiempo es medido y contado por el Eterno; Dios sabe cómo obra.

Pero de todos modos, resulta impresionante saber que en la santa tilma que ha siglos veneramos, hay una maravilla escondida y mansa, como mansas y todas modestia son las miradas de la Divina Reina pintadas en el pobre ixtle juandieguino.

Dos consideraciones se imponen a la mente sobre la naturaleza de esta última maravilla inexplicable en las, niñas de los ojos de la Madre Virginal del Tepeyac. Una versa sobre la naturaleza misma del milagro, de todos los milagros.

Si el milagro en sí es un hecho fulgurante de Dios que deroga momentáneamente las leyes naturales que El mismo creara, si es un impacto reciamente impresionante para el espíritu y si por lo mismo solicita nuestra voluntad y se insinúa en ella, sin embargo, el milagro, por relampagueante que sea, no es forzatorio de nuestra voluntad humana: se nos ofrece a la aceptación, pero no es constrictivo. No vulnera el libre albedrío del hombre. Dios, que puede derogar todas las leyes a su placer, respeta sin embargo sus propias obras: creó al hombre a imagen y semejanza suya, dándole por tanto la inteligencia para comprender y la voluntad libre para aceptar: no pasa por encima de nuestra naturaleza, mínimamente semejante a la divina: deja intacta en nuestra alma la capacidad para optar por el asentimiento o la negación: he ahí otra razón de por qué el milagro se cela y se hace modesto: Dios no trata de deslumbrarnos: solamente de alumbrarnos.

En Lourdes hay con frecuencia milagros patentisimos: se puede creer en ellos o no: Dios obra así para dejarnos nuestro innato sentido de responsabilidad y para no anular el mérito que podamos tener ante El si creemos. Esos milagros de Lourdes han provocado mucho ruido: mucha renovación de fe en las almas de buena voluntad, muchas discusiones de toda indole entre los de voluntad enferma o maleada, mucha hostilidad entre los increyentes y enemigos de la luz. Alex's Carrel, el gran hombre de ciencia, el célebre médico parisino, vió un milagro ante sus ojos: asombrado y curioso, se inclinó lupa en mano para comprobar científicamente la curación instantánea de María Baily, ante la Gruta de Massabielle el 28 de mayo de 1902; esta joven había llegado a Lourdes casi en agonía, por una hidropesía tuberculosa declarada incurable. El gran sabio Alexis Carrel controló médicamente la enfermedad y la curación instantánea ante sus propios ojos acaecida. Alexis era viejo acrevente: ccdió ante la evidencia y se convirtió, como lo relata él mismo en su famoso libro: "Le Voyage de Lourdes". El milagro no lo obligó, meramente se le insinuó y él honradamente le dió aquiescencia.

Emilio Zolá, el célebre y popular novelista francés, también vió un milagro: la curación, instantánea también de María Lebranchu, de París. Cuando Zolá la vio transportada a Lourdes desde la Ciudad Luz el 19 de agosto de 1892, en uno de los famosos trenes blancos cargados de enfermos graves y deshauciados, el escritor dijo: "Si ésta es curada, yo creeré." La joven es inmergida agonizante a las piscinas del milagro: sale sana: Zolá tiene ante sus ojos el milagro patente, llora un momento, luego rie y se burla. He aquí como ni el milagro mismo fuerza la voluntad humana. Zolá, -testigo M. Joseph Belleney en su libro "Guérisons de Lourdes" - rechazó rotundamente el hecho milagroso patente, regresó a París y escribió su fraudulento libro insincero "Lourdes" y trató de alejar la evidencia viviente que era María Lebranchu, queriendo pagarle un viaje para que se radicara fuera de Francia: le molestaba. El milagro que curó a la agonizante de tuberculosis pulmonar de último grado, nada pudo sobre la reacia y soberbia voluntad del célebre novelista.

En México pasa igual: no todos se dejan vencer por la evidencia. Y a lo largo de los siglos hemos tenido impugnadores formales del milagro de Guadalupe. Son las sombras que, lo mismo allá que entre nosotros, contribuyen a hacer resaltar la estrella celeste.

Por esto, si el milagro es la obra patente y fuerte de Dios para convencer al hombre, no cancela jamás las potencias del espíritu ni atenta contra la voluntad; el milagro es persuasivo, pero no constrictivo y el hombre sigue siendo el hombre. Acaso esta sea la razón por la que Dios no multiplica a cada paso sus milagros: no creeríamos en ellos. Y cuanto más se nos presentaran con frecuencia, más entraríamos en familiaridad con ellos y, o los juzgaríamos del orden natural, desvirtuando así su poder influencial, lo que sería anularlos nosotros mismos en nuestra mente; o suscitarían tales discusiones, divergencias, hostilidades y animadversiones, que resultarían contraproducentes. Por eso el milagro sigue siendo raro al mismo tiempo que modesto: bien sabe Dios cómo habérselas con la liumanidad, como un padre prudente y sabio con sus hijos rebeldes y mal inclinados.

El milagro guadalupano queda pues guardado divinamente en la sagrada tilma. Pero sigue abierto, desde hace más de cuatro siglos, el camino de la fe que lleva a él. Andado ese camino, la evidencia se hará lo mismo en Guadalupe que en Lourdes; sin fe, no habrá nada. Y mientras el milagro objetivo sigue siendo real y permanente, también la indiferencia de los hombres lo sigue haciendo nugatorio: ¡qué paradoja de los espíritus sin buena voluntad! Pero el milagro no es porque creamos o no; independientemente de nuestro asenso, "es" y nada más. Toca al hombre aprovecharlo o desdeñarlo, tomar el partido de Alexis Carrel, sabio, o el de Zola, superficial y perverso:

La otra consideración que surge de la perennidad del milagro guadalupano, parece también lógica y natural, como toda obra genuina de Dios. Consiste sencillamente en la gran lección divina que, después de la de la fe y la del amor, nos ofrece el milagro: la humildad.

Para nuestra mente humana resulta difícil y se antoja casi paradójico, pero Dios es humilde. El Ser

Supremo por excelencia, Aquel por quien todo ser existe y llena con su grandeza infinita toda una eternidad, dentro de la cual nuestro tiempo, todo el tiempo de la humanidad terrena no es sino un punto, como llena también lo inconmensurable, lo abismal de todos los espacios cósmicos y más allá, si un "más allá físico existiese, es el Ser purísimo, sencillo y humilde, si cabe la expresión. Esta no tiene el pobre sentido humano de empequeñecimiento o autonegación, sino el sentido divino de ausencia de toda aparatosidad, de toda soberbia, de todo lo que solemos llamar "bluff" u ostentación. Santa Teresa, gran sabia y gran santa y muy versada en lo divino, decía que "la humildad es la verdad". Si Dios es la verdad por excelencia, la verdad única y de quien dimanan todas las verdades secundarias y a El subordinadas. Dios también es la humildad por excelencia, porque la humildad es una virtud engrandecedora y jamás acomplejadora, como pasa a veces en el hombre.

¡Yo no sé cómo explicar estas cosas tan profundas, pero al menos se me alcanza que todas las manifestaciones de Dios hacia los hombres han llevado el sello característico y peculiar de una humildad a lo divino, aunque de alcance humano en lo perceptible! Dadme un acto más sublime de Dios para con el hombre que la Encarnación. Pues la Encarnación es la humildad por excelencia. Dadme un Sacramento más divino que la Eucaristía: tan divino que consiste en que Dios se hace pan para ser comido por los hombres, por las bocas y las almas de los hombres. Y el Sacramento de la Eucaristía es el Sacramento por excelencia de la humildad. ¡Dios oculto en la tenue y diminuta hostiecita guardada en un copón apenas de-

coroso y dentro de un tabernáculo tan pequeño como un pobre palomar! ¿Queréis más humildad?

Yo no sé cómo explicar, pero pienso que la humildad de Dios es la grandeza de Dios. Tanto es más grande aquella, cuanto máxima es ésta. Entre hombre, si un rey, un emperador, un prócer de primera magnitud es humilde, aparece más grande ante la consideración de la mente humana; la humildad, si es verdadera, lo enaltece, no lo rebaja. Pues creo que en Dios este misterio se agiganta a proporciones de infinito. Así se explica la Encarnación del Verbo en un pequeño cuerpo de niño, así la Presencia real de Dios —Jesucristo es Dios— en la hostiecita. ¡La humildad, grandeza máxima del máximo por excelencia!

La humildad es la verdad. La falsa humildad es la hipocresía, corrupción de la verdad en su grado peor: moneda falsa que tratamos de hacer pasar como buena. El pecado mayor de la humanidad es la soberbia, falsedad sin los vergonzosos velos de la hipocresía, pero con descaro y envalentonamiento que insultan a Dios como insultan a los hombres. La soberbia derrumbó a Adán y Eva del glorioso imperio del paraíso terrenal, al merecimiento de un infierno eterno: Dios venció esa soberbia del gusanillo humano, con la sublime, infinita y grandiosa humildad divina. Por eso lesús nació entre los rastrojos de un pesebre, entre un asno y una vaca, animales humildes. Sólo así era posible restablecer el equilibrio de la verdad, roto por Eva y luego por Adán, cómplice de la mujer. Siempre la mujer al comienzo de todo lo bueno, o en el inicio de todo lo malo. Por eso María estuvo, en su máxima humildad, única en el mundo después de la de Jesús, que fue humildad de Dios al par que humildad de hombre.

al principio de la máxima gesta de la humildad, como del amor: la Encarnación.

Ahora comenzaremos a comprender cómo el milagro es modesto, puesto que emana del Dios de la humildad: de la humildad glorificadora e infinita en el Ser Sumo. El milagro tiene que ser humilde en sí y modesto en su presentación. Por qué entonces Dios escoge siempre al más humilde para ser el vehículo de sus milagros? Hallad en la Nueva España otro más humilde que Juan Diego: por eso fue glorificado. Lo mismo veréis en Lourdes, lo mismo en Fátima, lo mismo en todas las grandes apariciones celestiales. He ahí cómo la humildad es la verdad.

Y hasta los lugares de esas apariciones son humildes; sí, hasta los escenarios mismos. Yo no he sabido de una aparición grandiosa en un palacio de gran lujo, con cientos de cortesanos y pajes en gran gala: tal cosa parece repugnar a la política de Dios y a su mismo modo de ser, si se me da permiso de hablar así. Humilde y desdeñado era el Tepeyac, al igual que Lourdes —la cueva de Massabielle era casi un tiradero de basuras—, lo mismo Cova de Leiría, lo mismo La Salette.

Y ahora hallad un santo soberbio: es inconcebible. Y los más notables santos fueron justamente los más humildes: por eso hubieron tan alta gloria celestial. Pedro era humilde, Andrés era humilde, Santiago era humilde, Juan el Evangelista era humilde, José de Nazareth era humildísimo: tanto que ni siquiera aparece, como no sea para servir de fondo a Jesús y a María; tanto que ni siquiera el Evangelio nos ha guardado una sola palabra suya: era el santo del silencio, el santo de la autodenegación: todo para Jesús y María, nada para él: eso es la humildad. ¡Y qué decir de

Francisco de Asís, de Juan María Vianney, de Bernardita Soubirous! Juan Diego también fue muy humilde. Ahora la Iglesia, que sabe de sus humildes, repite cada año en el oficio del 12 de Diciembre: "Joanni Didaco, pio rudique neofito": "... (se apareció) a Juan Diego, neófito, piadoso y rudo...

Y es admirable que mientras todos en México, hoy como ayer y hoy más que ayer, olvidamos a Juan Diego, lo damos de baja, lo desdeñamos por humilde y sencillo y pobre, una silueta de Juan Diego es de seguro la que se perfila, apenas atisbada por nosotros, en las mansas y humildes pupilas de la Virgen del Tepeyac: el humilde está en las mismas niñas de los ojos de la más humilde de todas las mujeres: ecce ancilla Domini: he aquí la esclava del Señor. ¡Oh misterios de la divina grandeza humilde!

Hay el consuelo de que si Juan Diego está en las pupilas de la Señora pintada celestialmente en el ayate, en él y con él estamos todos nosotros; "a tí, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra", como la Reina del cielo misma dijo en el humilde idioma náhuatl a su elegido.

Y por cierto que este intrigante busto humano en las niñas de los ojos de la Señora de Guadalupe parece confirmar una vez más la estampación milagrosa de su imagen en el punto mismo de la entrega y toma de las rosas al pie del pobre y viejo cazahuate indiano: se estampó tal como Ella misma estaba en aquel momento: mirando a Juan Diego y pintándose en las pupilas de la Señora el humilde rostro moreno, pobre y vulgar del indito, a quien estaba mirando pues lo tenía enfrente de sus ojos. ¡Qué maravilla en este diminuto detalle guadalupano!

¡Y qué riqueza y qué profundidad y qué delicade-

za y qué asombro en todo esto, hasta la última cosa de apariencia tan menuda y pequeña! Quiera Ella en su amabilidad bondadosa de Madre, conservarnos así, en símbolo y en silueta microscópica en las niñas de sus ojos por todos los siglos.

CAPITULO 7

LOS TIEMPOS POSTERIORES A LAS APARI-CIONES HASTA NUESTROS DIAS. LOS IMPUGNADORES

"Puesto que María opera una incesante neutralización de las potencias del mal, Satanás se venga còmo puede: infamando a la Virgen en su virginidad, negando a la Madre su maternidad. Por eso, si María es la criatura más amada, es también la más fácilmente ultrajada. Cuando bajo la estupefaciente sugestión del Maligno, el hombre medita o consuma un acto innoble y especialmente una violación de la castidad, advierte la necesidad de suprimir preventivamente en su corazón el pensamiento de la Señora; y como esto le quema, impreca contra Ella. Cuando se buscan las tinieblas, se hace necesario apagar la luz."

IGINO GIORDANI
"María di Nazareth."

Es cosa indiscutible que México ha recibido de la Virgen María un don único en la historia de la cristiandad: "Non fecit taliter omni nationi", no ha hecho otra cosa igual a ninguna otra nación.

La medida de la necesidad, da la medida del remedio, según el plan general del Eterno en cuanto a la vocación divina de todos los hombres, que es su felicidad eterna según la hayan ganado en la jornada

de prueba que es la vida temporal. Por eso siendo tan universal de todo este mundo y tan sustancial y grave la necesidad del género humano a causa del pecado primero y sus inevitables consecuencias para todos los siglos y hasta la última generación, el remedio fue puesto por Dios de un modo sustancial e inmenso: tan inmenso, que toda la humanidad junta acaso no l'eque jamás a comprender la infinita condescendencia y el infinito amor del Padre de los Cielos, al acordar la obra de la Redención humana. Hacerse hombre todo un Dios, es mucho más, que si por amor a los gusanillos un sabio se convirtiera en gusanillo: sabio y gusano son criaturas: la distancia, por grande que sea, es mensurable. Pero la distancia entre una criatura, sea la que fuere y Dios, es inconmensurable, porque es específicamente diferente, diversa, distante toda una eternidad y toda una inmensidad entre los dos puntos: es infinita.

Pues bien: por modo algo semejante, la medida o el grado del remedio, debería dar la medida o grado de la aceptación y de la gratitud. Cuanto más grande e insólito es el favor, mayor debe ser el agradecimiento del beneficiado. ¿Hemos correspondido al don insólito de la aparición guadalupana, al obsequio exquisito y único de su retrato; un retrato divino y que se antoja como viviente, dadas las extraordinarias características de que ya hablé —dado y dedicado de una manera tan delicada a todos nosotros, "los moradores de esta tierra"?

Ya vimos que desde los primeros días posteriores a la estampación milagrosa, comenzaron el amor y la fe renovada, pero también comenzaron la indelicadezas y las malcriadeces, las negligencias y las hostilidades.

Estas últimas han sido frecuentemente sordas y públicamente bastante escasas: los antiquadalupanistas de nota no son muchos; más enemigos e impugnadores tienen otros aspectos religiosos y otras apariciones, v.g. las de Lourdes. Como allá se multiplican más y son más patentes los milagros, hay mas hostilidad contra ellos y con la Inmaculada Concepción. Así solemos pagar los humanos las finezas.

.De todos modos, creo que si lo que hemos hecho en el terreno de la gratitud y la lealtad a la Virgen Guadalupana es bastante, sin embargo no basta ni debería bastar para dos fines: el de la satisfactoria gratitud a Nuestra Madre y el de la cooperación a los fines que Ella venía buscando cuando vino hasta el T'epevac buscando a Juan Diego, que es como decir, buscando a todos los mexicanos.

Esos fines son muy claros; más aún, son sumamente impresionantes: "Deseo vivamente que aquí en el llano se me edifique un templo para en él dar y mostrar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a tí, a todos vosotros..." ¿Es posible hablar más claro?, ¿expresar más plena y bondadosamente los fines de la Virgen María? ¿qué madre puede decir más con su corazón amoroso y compasivo, al hijo pequeño, enfermo o necesitado? Esos son los fines de María. Correlativos de los fines de Dios para con los hombres: dar, darse. Hecha la completa donación de la voluntad y del beneficio ¿qué más se puede pedir?

La Virgen de Guadalupe vino a remediar todas nuestras necesidades. Si no lo ha hecho, culpa es de nosotros y no de Ella: no le hemos querido pedir, o no le hemos sabido pedir: se pide con fe, con amor y confianza, o no se pide. Desconfiar es dudar y la duda anula la fe. O bien pedimos males en vez de bienes, porque así somos los hombres. Si yo pido bienes materiales, si pido riquezas, autos, casas, dinero, una bella posición, un amor inconveniente, creo pedir bienes; en realidad pido quizá males; esos que para mí y para mi miopía de espíritu son bienes, en el fondo pueden ser males; pueden perjudicar a mi alma y a mi mismo vivir terreno. Hay niños que piden a su padre su pistola para jugar, o a la madre un dulce indigesto; la madre y el padre niegan tales cosas, porque saben que harían un mal al hijo. Lo mismo nos pasa muchas veces con el Padre y con la Madre del Cielo. Por eso ellos, prudentes y sabios, no nos otorgan tales peticiones.

La obligación filial nuestra es inmensa; la gratitud debe ser inmensa también y la fe y confianza ilimitadas; por falta de esas cosas no recibimos cada día un socorro para el alma en la Basílica de Guadalupe. Por eso acaso ese gran templo no es teatro cotidiano de exquisitas maravillas íntimas, no deslumbrantes para la muchedumbre, pero sí remediadoras para el alma. A causa de la falta de fe, el milagro no se prodiga más. Cristo lo dijo: "Si tuviereis fe como un granito de mostaza (es decir, siquiera una fe pequeña pero efectiva), diríais a ese monte: ¡quítate! y se quitaría."

La fe no produce el milagro, pero lo atrae, al hacernos merecedores de él. Por eso estos tiempos sin te son también tiempos sin milagros. He ahí otra razón para que el milagro sea modesto, para que se recate, para que se cele. Los judíos contemporáneos de Jesús le pedían un milagro en el cielo, como condicionando a eso su creencia en El, que le regateaban y aun le negaban. ¿Jesús hizo ese milagro ostentoso so-

licitado por sus compatriotas terrenales? No. Al contrario, dijo que ese pueblo pedía un milagro, pero que no le sería dado otro que el de Jonás en el vientre de la ballena; porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de una ballena, así el Hijo del Hombre estaría tres días en el seno de la tierra y luego resucitaría. Y su palabra se cumplió, el milagro se hizo y... no por eso creyeron los judíos. ¿A qué entonces multiplicar Dios los milagros? Creo a veces que sería contraoperante.

Pero los milagros abundaron en el seno de la pequeña comunidad que creia en El; los discipulos, las santas mujeres. ¿Por qué no abundan hoy en el seno de la comunidad dispersa materialmente, pero enlazada espiritualmente por la fe, esa comunidad que formamos todos cuantos reverenciamos a la Virgen Guadalupana? Por nuestra falta de fe; ;y ésta por qué? Porque vivimos en un siglo sin fe y su espíritu ateo y disolvente nos ha contagiado; creemos, pero itan tibiamente!...

Y aquellos que no creen en la Guadalupana o creen tibiamente y a su modo, tampoco creerían en los milagros o los tomarían a su modo; un mal modo, Esto hace recordar la parábola o ejemplo del Evangelio, sobre el rico Epulón y el mendigo Lázaro. El rico condenado pedía al padre Abraham, el padre de todos los creyentes, como suele llamársele, que ya que él estaba condenado, enviara al menos a uno de los suyos difunto también, a advertir a sus parientes vivos aún, para que no se condenaran. Y el padre Abraham le contestó: Tienen a Moisés y a los profetas; si no creyeron en ellos, tampoco creerían en el que se les apareciera. He ahí una plena explicación.

No obstante todo esto, en todos los tiempos poste-

riores a las apariciones, la fe cristiana y la fe guadalupana han florecido y perseverado en el suelo de María de Guadalupe. Es la fe que ella trajo y consolidó, no por obra humana, sino por obra divina; después de que los apostólicos franciscanos admirables habían hecho su esfuerzo y ese esfuerzo daba escaso aunque consolador fruto. Dios envió entonces a su mies a la operaria por excelencia de la cristianización.

Esa fe y ese quadalupanismo tienen dos rasgos notables: su perpetuación ininterrumpida hasta nuestros días, en medio de vicisitudes de toda indole y su persistencia en la inmensa mayoría de los mexicanos, pese a la tremenda ignorancia religiosa y al escasísimo volumen de noticias sobre la misma Virgen de Guadalupe. La gran masa de nuestro pueblo ¿qué sabe de sobrenaturalidad, de milagro permanente, de subsistencia asombrosa del ayate, de maravillas en las pupilas de la Virgen? Nada. Sabe sin embargo, en su forma simplista y primitiva, lo esencial: La Virgen de Guadalupe, la Morenita del Tepeyac, se apareció a un indio y dejó su imagen pintada; Virgencita de Guadalupe, ¡sálvame! Esto es todo. Y la Virgencita de Guadalupe salva a ese pueblo que mal sabe siquiera en infinitos casos, lo más rudimentario de la historia de las apariciones o cómo sea el ayate. Porque es la fe y no la instrucción, lo que hace sobrevivir la espiritualidad, como es la que hace salvarse a las almas. Y es admirable en verdad cómo sobre tan parco y rudimentario y hasta infantil conocimiento quadalupano, se mantenga viva y bullente una fe tan extensa, tan recia y tan duradera, como la que nacionalmente el pueblo mexicano ha mantenido a lo largo de ya casi cuatro y medio siglos, entre miserias de toda clase, entre hambres, entre persecucio-



Vírgen de Guadalupe hecha en matatena, piedra de rio durísima, por un artista indio anónimo. Es una verdadera estílización indigena de la Guadalupana y data del siglo-XVI o XVII.-Museo Guadalupano de la Basílica.

nes, entre revoluciones y esclavizaciones y zarandeos sociales y morales de toda índole. Esto sin duda no es obra humana, sino paternal providencia divina. Y también maternal providencia guadalupana; no creo que tal hecho sea fácilmente contradecible.

En los primeros años post apariciones, se habló mucho de milagros. De ninguno de ellos hay un testimonio fehaciente, histórico, canónico hoy en día. Ni siquiera del primero de ellos, el representado en el primer gran mural derecho de la Basílica, la resurrección del indio flechado durante la procesión de translado a su ermita, de la imagen milagrosa, ha sido canónicamente sancionado y afirmado. Después, con hechos milagrosos subsiguientes, mucho menos. Y aunque las paredes de muchos locales advacentes a la Basílica estén tapizadas de lápidas conmemorativas de un favor y de pinturas de impresionante infantilismo popular testimoniando una intervención maravillosa de la Señora y de miles incontables de "milagritos", o sea pequeños exvotos de plata, oro o estaño -un corazón, una cruz, un brazo, un cuerpecito de pequeño niño -y millones de cirios hayan ardido cabe las bóvedas de nuestro gran templo en gratitud por una merced, la Iglesià no ha dicho su palabra sobre los sucesos más notorios de este orden. Muchos favores habrán sido milagrosos en sí mismos, otros habrán sido favores de un grado inferior; los beneficios espirituales son muy difíciles de comprender, valorizar ni analizar. Entre ellos debe haber milagros y acaso en gran número; ¿podemos saberlo? Tampoco en Lourdes se comprueban canónicamente los milagros espirituales. ¡Si hasta de los físicos o corporales, se descartan sistemáticamente y con gran sentido de prudencia los hechos inexplicables que por su indole son susceptibles de duda, dolo o falsa interpretación, como las curaciones de enfermedades nerviosas, cerebrales, cerebroespinales, etc.!

Yo creo intimamente que en la Villa de Guadalupe hay milagros; pero creo también (no aludo al milagro de la tilma) que esos milagros son con mayor frecuencia morales o espirituales y que casi siempre son recatados, ya por providencia divina, ya por discreción humana, y que por todo ello no salen a la luz pública. ¿Quién puede, en el común de los casos, declarar que la conversión de un pecador, el retorno a la fe de un impio, el restablecimiento de la paz en un alma o en una familia, hayan sido un milagro o simplemente un bello y buen favor de orden natural, de parte de la Virgen de Guadalupe? Sobre estas cosas, por su naturaleza misma, es muy dificil dictaminar y la Iglesia se muestra muy sabiamente prudente en tales terrenos. De estas cosas buenas y abundantes, nuestro secular guadalupanismo está lleno, en lo íntimo. ¡Anales de las almas que nunca nadie podrá escudriñar ni publicar en letras de imprenta a la luz pública! Pero aún hay otras cosas.

Retrocedamos un poco en nuestro pasado, pasemos concienzudamente, si bien con brevedad, al escudriño y valoración de muchas cosas históricas y hallaremos por todas partes y en todos los siglos, el esplendor tepeyacense iluminando y dando la clave verdadera a no pocos de nuestros fastos y nuestras crónicas.

Hemos visto ya cómo la labor civilizadora y evangelizadora de los abnegados misioneros de Francisco de Asís cobró impensado ímpetu a partir del más memorable 12 de diciembre que haya alumbrado el sol. Bien luego, en 1544, la fiebre llamada cocolixtli, que

era una especie de tifo, asoló a la capital mexicana; una de sus víctimas fue el anciano Juan Bernardino, el covidente guadalupano. Los franciscanos, angustiados ante tantas muertes, organizaron una gran procesión sobre todo con niños de seis o siete años, hasta la ermita guadalupana del Tepeyac; trataban de interponer ante la Madre de Dios, la inocencia infantil, atraedora de misericordias -los niños de seis y siete años, entonces eran inocentes: acudieron fieles de todos los barrios de México, orando y haciendo penitencia: era una inmensa procesión penitencial para pedir clemencia al cielo. Muy luego la peste cesó y al cabo de menos de una semana, ya no hubo muerto alguno de fiebre qué enterrar. La Virgen del Tepeyac cumplia visiblemente su promesa hecha a su siervo el manso indio de Cuautitlán.

Y el culto a la Guadalupana crece y se difunde, si bien parece que hubo, como es humano, ciertas altibajas, épocas de gran fe y temporadas de entibiamiento, fervores crecientes y aparentes olvidos en que el quadalupanismo, si bien seguía vivo en todos los corazones, estaba latente y no tenía públicas demostraciones. Pero estas altibajas no significaban gran cosa, dado el hecho cierto de que el amor a la Virgen de Guadalupe, una vez encendido en las almas de aquella época y de todas las subsiguientes y hasta la nuestra inclusive, no se apagará jamás.

Reavivase en 1556, cuando el escándalo causado por un sermón antiguadalupanista del Provincial Bustamante; muéstrase con un rasgo de la batalla de Lepanto, ganada contra los turcos anticristianos, cuando en la nave capitana de don Juan de Austria, mandada por el almirante Juan Andrés Doria, es tremolada en lo alto una imagen de la Señora de Guadalupe, tocada por cierto a la tilma original y los cristiano ganan rotundamente el combate contra los infieles, e 7 de octubre de 1571, día en que todos los combatien tes de aquella gesta histórica y benéfica para la cristiandad, aclaman a la Inmaculada del Tepeyac y la atribuyen el triunfo. No sin razón la Iglesia la ha lla mado siempre Reina y dice de Ella que es "terribilis u castrorum acies ordinata", terrible como un ejército es orden de batalla.

Vienen las inundaciones de la ciudad de México en 1629, año en que se registra la mayor de las nueve que, por su gravedad dejaron vivo e histórico recuer do. La de 1629 fue tal, que se perdieron 27,000 per sonas, según afirman los historiadores, además de in contables muertos sepultados en los derrumbes de cientos de casas de adobe. El agua llegó a subir hasta dos varas de altura cuando desde la víspera del 21 d septiembre, que fue el día peor, llovió con gran fuerza durante 36 horas continuas. Llantos, desolación, lute y emigración de miles de vecinos a Puebla y otra ciudades, fueron algunas de las consecuencias y se re fiere que desde Santiago Tlaltelolco hasta La Piedad no se podía ir sino en canoa, quedando sólo indemne la Catedral. Una procesión doliente de más de 200 canoas llenas de toda clase de gentes pidiendo piedas al cielo, fue organizada hasta el Tepeyac y se trajo la sagrada imagen hasta la Iglesia Catedral, donde fu dejada mucho tiempo; esto fue el 26 de dicho mes

La terrible inundación sólo cesó el 14 de mayo de 1634 y los cinco años que permaneció en la Catedra la imagen guadalupana, fueron cinco años de des agravios, oraciones públicas y penitencias; el cielo a fin se dejó aplacar; el apiadamiento divino tras toda la acumulación de los pecados de entonces, mucho

menor que los de ahora, fue atribuido justamente a la Virgen de Guadalupe.

De nuevo en agosto de 1736, vino otra prueba; los impios juzgan estas cosas como fenómenos naturales o meras calamidades inexplicables, los católicos de corazón, miran en ellas castigos de lo alto y saludables advertencias. Los segundos están más en razón que los primeros. La terrible epidemia llamada entonces matlazáhuatl se cebó sobre la capital, cundiendo a otras poblaciones: los muertos llegaron a millares y se asegura que a los ocho meses de epidemia, pasaban ya de 58,000. El dolor es el único que en tales casos hace mirar hacia arriba y los capitalinos angustiados se acordaron de María. Mientras la peste se extendía hasta Toluca, Puebla, Tlaxcala, Querétaro y aun más allá, dejando un saldo trágico que se estimó en unos 700,000 muertos en todo el Altiplano, los creyentes se volvieron hacia la Santa Madre del Tepeyac. La impetración nacional a la Virgen de Guadalupe, el renacimiento general de la fe en la Virgen, las oraciones. penitencias y retorno a la vida cristiana y la Jura del Patronato, o sea la designación eclesiástica de la Virgen de Guadalupe como Patrona de México y su territorio, salvaron una vez más a este pueblo. La peste. que se mostraba casi siempre mortal, cedió y extinguióse prontamente.

Viene el espíritu libertario y el Cura Hidalgo, resuelto a encaminar al pueblo hacia la insurgencia para obtener la libertad, no halla símbolo de mayor arrastre moral, que la Guadalupana y la toma como lábaro al grito célebre de ¡Viva la Virgen de Guadalupe y muera el mal gobierno! Y ante tal símbolo el pueblo se conmueve y se lanza a la insurgencia.

Otro insurgente de especial bravura y tino militar,

el Cura Morelos, llama a la Virgen de Guadalupe "Patrona, Defensora y Distinguida Emperatriz de este Reino" en un decreto insurgente del 11 de marzo de 1813, mismo en el que el famoso estratego libertador manda que "continúe la devoción de celebrar una misa el día 12 de cada mes en honor y gloria de la Santísima Virgen de Guadalupe"; esta orden es para todos los pueblos del territorio y al mismo tiempo dispone que todos los vecinos "expongan la Santa Imagen en las puertas y balcones de sus casas sobre ur lienzo decente" y que "todo varón de diez años arriba, ostente una divisa de listón, cinta, lienzo o papel en que declarará ser devoto de la Santísima Virgen de Guadalupe, soldado y defensor de su culto y al mismo tiempo defensor de la religión y de su patria".

Triunfa la insurgencia con la entrada a México del Ejército de las Tres Garantías, con Agustín de Iturbide al frente, el 27 de septiembre de 1821 y el 12 de octubre siguiente rinde solemnes honores ante la Virgen de Guadalupe, rodeado el Libertador de todos los generales y caudillos de la Independencia. Funda luego la Orden caballeresca y religiosa de Guadalu pe y en 1822 la imagen de la Guadalupana es colocada solemnemente en el recinto de la Cámara de Diputa dos, donde es conservada durante largos años, como también durante ellos se guardó como fiesta naciona el 12 de diciembre, de acuerdo con un decreto de Congreso de la Unión.

Y Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero. Ignacio Comonfort y otros presidentes van en peregrinación al Santuario de Guadalupe y en esos tiempos, Ignacio Comonfort, uno de los Constituyentes de 1857, siendo Presidente de la República, hace celebrar solemnes funciones religiosas en el Santuario de la Guadalupana y asiste personalmente, cosa que también hacía el general Juan Alvarez.

Y viene Juárez con sus Leyes de Reforma y su irreligiosidad en diversos aspectos y respeta a la Guadalupana y hace devolver las joyas venerables robadas de su templo y expide el siguiente decreto:

"El C. Benito Juárez, Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes sabed: Artículo 10. — Se declara día festivo para efecto de que se cierren los tribunales, Oficinas y Comercio, el día Doce de Diciembre. — Incluyendo el día de Navidad, los domingos, el día 10. del Año, Jueves y Viernes Santos, 16 de Septiembre y Jueves de Corpus. Orden para que se cumpla, al C. Melchor Ocampo, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación. — Dios y Libertad. — Lic. Benito Juárez. — (Rúbrica Veracruz, a 11 de agosto de 1859."

Y finalmente en plenos tiempos nuestros, el Presidente de la República, Lic. Don Adolfo López Mateos, interrogado durante su visita oficial al Brasil. por un grupo de periodistas en Río de Janeiro, sobre la pintura mexicana y sus rumbos y sobre si la imagen de la Virgen de Guadalupe de México es realmente una pintura artística valiosa -noticia de su celebridad, aunque equivocada debe haberles llegado-, respondió que, si bien la imagen guadalupana es sin duda la más valiosa reliquia del género religioso que tenemos en México, no se la puede considerar como una obra pictórica verdadera, pues la leyenda afirma que se apareció en la tilma de un pobre indio llamado Juan Diego en una población cercana al Distrito Federal y que no fueron manos humanas las que la pintaron

Todo esto demuestra que la Guadalupana presidió todos los fastos patrios desde mucho antes de la integración de México como nación independiente y que su veneración y culto han sido continuados hasta nuestros días, desde sus principios.

Pero también desde nuestros primeros días de guadalupanismo hubo otras cosas: las que no se dijeron y las que no se debieron haber dicho. Veamos unas y otras.

Que Zumárraga fue el primer convencido de la sobrenaturalidad de las apariciones y de la estampación milagrosa de la Imagen, nadie lo puede siguiera discutir, pues consta sobradamente. Sin embargo, una vez que la santa tilma fue instalada en su pobre ermitilla inicial, se hizo un extraño silencio. Zumárraga envió muy a raíz del grandioso suceso, un volante o recado a Hernán Cortés, documento hoy histórico y que muchos guadalupanógrafos han querido interpretar como plenamente guadalupano y corroborador de las apariciones. Ese volante o recado, que tiene todo él un tono de prisa o emergencia del momento, no tiene a mi ver absolutamente nada que diga relación, ni remota, con las apariciones ni con la santa tilma ni con hecho alguno guadalupano. La fiesta y farsa -festejo popular- a que alude, dan a entender la vispera del 8 de diciembre, en que México celebró la Concepción Inmaculada de María (como ya dije), o bien el 24 del mismo mes, Día de Navidad. El "gozo de todos", según el contexto todo, parece aludir a la llegada a México de Cristóbal de Salamanca, portador de la noticia del arribo a Veracruz de los personajes de la nueva Audiencia, de la que se esperaba aligerara la opresión de su antecesora; suceso político o a lo sumo social, que nada tenía que ver con el guadalupano. La famosa carta no lleva fecha, pero parece aludir a la víspera del 8 de diciembre, fecha anterior a las apariciones. En esta misma opinión abunda el P. José Bravo Ugarte, S. J., en su bien escrito libro "Cuestiones Históricas Guadalupanas" (edic. 1946), en donde fija un criterio sano sobre el tal volante y prueba que nada tuvo que ver con la supuesta idea del guadalupanismo que otros, más superficiales le atribuyen con exceso de buena voluntad. Quienes esto último han hecho, han olvidado sin duda el axioma de la lógica: "Quod nimis probat, nihil probat", lo que prueba demasiado, no prueba nada.

Se ha hablado, por otra parte, de cierta "Relación Guadalupana de Zumárraga", escrita por ese Obispo de su puño y letra y enviada a un convento franciscano de Vitoria, España, a donde en realidad, nada o casi nada tenía que hacer. Se afirma que alguien vio tal documento allá, hubo promesa de traerlo a México, pero parece que desapareció en Vitoria y en el convento mismo y jamás vino acá ni hay noticia fehaciente sobre su existencia pretérita.

En cambio bien pudo y quizá debió el venerable Obispo haber levantado toda una información canónica sobre las apariciones, de las que estaba plenamente cierto, y haber hecho o mandado hacer el relato oficial eclesiástico sobre el caso, con los testimonios de muchas personas vivientes y dignas de crédito, como los frailes y servidumbre del palacio episcopal y con Juan Diego y Juan Bernardino mismos, que eran testigos irrefutables. ¿Por qué no hizo esto? Nada se sabe sobre el particular, sino sólo que quedó, quién sabe por qué causas, una laguna irrellenable.

Y Motolinía y Gante y Valencia y Mendieta, frailes y cronistas del tiempo, guardan un extraño silen-

cio sobre un hecho de primera magnitud. Que lo hayan ignorado, es absolutamente increíble. Basta pensar que Juan Diego fue feligrés, doctrinado y asiduo de la iglesia de Santiago Tlaltelolco y que el suceso guadalupano tuvo como teatro un sitio poco lejano del convento franciscano de dicho lugar y basta la actitud del primer Obispo de México en el caso y el hecho de "toda la ciudad se conmovió", para descartar toda posible ignorancia sobre el mismo. El ya citado P. José Bravo Ugarte, en su libro que mencioné, asienta un buen criterio; lo supieron, lo sospecharon sabrenatural, pero... tuvieron sus dudas y... prefirieron callar. Este silencio, que era por temor a contradecir al sentir general de la sociedad católica y ya guadalupanista, es interpretado por este autor como confirmatorio del gran hecho, con muy buena razón. Fray Bernardino de Sahagún, por cierto el maestro de Antonio Valeriano, a quien no regatea elogios muy justos, por lo demás, rompe ese silencio; pero lo rompe diciendo: "De dónde haya nacido esta fundación de esta Tonántzin, no se sabe de cierto." No lo supo Sahagun porque no lo quiso saber. Bravo Ugarte opina así: "Su ignorancia no procedía de la falta de datos, sino de la oscuridad de ellos por referirse a un hecho milagroso, ocurrido entre los indios y en un lugar y tiempo sospechosos.".

No parece sino que aquellos frailes argumentaron así: La aparición guadalupana fue hecha a un indio: luego es cosa de indios. No acaeció en un convento o templo franciscano o al menos en un lugar sagrado; luego no es cosa cristiana; luego, debe ser rechazada o al menos desentendida. ¡Pésima y muy miope manera de argumentar!

El fantasma de la idolatría, cierto es, obsedía en-

tonces a los ministros católicos: estaba demasiado fresca y ello les originaba prevenciones mentales explicables, aunque no justificantes en el caso guadalupano. ¿Por qué no consultaron a Zumárraga? ¿Por qué no interrogaron a Juan Diego viviente aún? ¿Por qué, en fin, no supieron mirar la sagrada tilma, con los ojos de la fe cristiana y guiados por las luminosas e ineludibles verdades del Evangelio?

Se antoja por momentos una especie de vago resquemor porque la aparición no fue a un fraile o en un convento. Por todo esto, callaron. Pero Sahagún osó decir que "de dónde haya nacido... no se sabe de cierto". Se sabía de cierto, absolutamente de cierto, pero él no quiso saberlo: no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y está claro que fray Bernardino de Sahagún no quiso ver. ¿No tenía a su sabio y aventajado discípulo Antonio Valeriano que sí supo ver y se dispuso a escribir su encantador y plenamente verídico relato? Valeriano era suficientemente cristiano y suficientemente formal como para tomarlo como guía y orientador en sus oscuridades sobre el caso. La ligereza de Sahagún al decir que "no se sabe de cierto" resulta imperdonable.

Esos varones, tan apreciables por todos conceptos, en éste aparecen ignaros o indebidamente temerosos. Mejor que callar —recuérdese la afirmación del Evangelio sobre el demonio mudo— o mejor que negar a priori y sin base, como Sahagún, debieron ir a contemplar la santa tilma en su "ermitilla", estudiarla a la luz de la fe —esa fe que sí supieron tener los tres famosos Juanes de las apariciones— y Evangelio en mano, considerar todo el hecho bajo plena convicción cristiana y sobrenaturalista —cosa posible para tan apostólicos e ilustrados religiosos— y hacer lo que hi-

zo la cabeza de la Iglesia de Nueva España: pedir perdón a la Virgen por no haber creido, llorar, orar y obrar en consecuencia. Hubieran reflexionado en que la aparición fue a un cristiano, bautizado, modesto, serio, fiel cumplidor de la ley católica; que nada entrañaba que oliese a idolatría o superchería india y menos a una poco verosimil resurrección del viejo culto idolátrico a la tonántzin hacia años derruida y olvidada, de la que la aparición tepeyacense mostraba una absoluta solución de continuidad imposible de reenlazar ni aun solapadamente; que la imagen era, como es hoy, perfectamente católica, si vale la expresión, y hasta que representa a la Virgen en su más glorioso misterio, precisamente el que los franciscanos desde siempre sostuvieron: el misterio de la Inmaculada Concepción, como Antonio Valeriano lo da a entender y como después lo reconoció el pintor Cabrera.

¡Y los milagros? Los milagros obrados desde el día de su translación a su ermita, milagro que fue público, patente e indiscutible, no explicable en lo humano ¿no pesaron nada en la consideración de los silenciadores ni del negador dubitativo?

También en Lourdes el Cura Peyramale dijo rudamente a Bernardita: -Ve a decir a tu hermosa Damita que diga su nombre, porque el Cura de Lourdes no acostumbra tratar con desconocidos de su parroquia. Al menos allá había por el momento mayor disculpa.

Y en cambio, un soldado rudo, aunque de singular sensatez y veracidad, Bernal Díaz del Castillo, que también vivió aquellos tiempos escribió en Guatemala en su "Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España", lo siguiente: "...y miren las santas Iglesias y Catedrales y los monasterios... y la Santa Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla (Tepeaquilla parece ser una corrupción de "Tepeyaquillo")... y miren los santos milagros que hace cada día..."

Don Juan Suárez de Peralta, cronista, refiriendo la llegada a México del Virrey Enríquez (noviembre de 1568), dice: "Y así llegó (el virrey) a Nuestra Señora de Guadalupe, que es una imagen devotísima que está de México como dos leguechuelas, la cual ha hecho muchos milagros. Aparecióse entre unos riscos y a esta devoción acude toda la tierra".

Y llegamos ya a los impugnadores, que no son sino "la sombra que hace resaltar la "estrella". La primera sombra que hizo resaltar en gran manera la dulce estrella quadalupana, fue un provincial franciscano llamado Francisco de Bustamante, quien en un malhadado sermón predicado el 8 de septiembre de 1556 en la Capilla de los Naturales del Convento de San Francisco de México, dijo que la santa imagen "la había hecho Marcos, indio pintor". Esta aseveración gratuita no fue sino una necedad, para no calificar más duramente. Parece haber aludido a cierto pintor indígena llamado Marcos y quizá apellidado Pacheco, que nada por cierto tiene que ver con Marcos Pacheco, indio de Cuautitlán, uno de los testigos de las informaciones canónicas de 1666, fecha más de un siglo posterior. Pero el hecho de que la afirmación irrazonada y gravemente ligera, haya escandalizado a toda la sociedad que la escuchó, estando presente inclusive el Virrey Don Luis de Velasco y toda la Real Audiencia, prueba que el provincial no sólo había errado imperdonablemente, sino que había ofendido la creencia guadalupana arraigada y general, mereciendo de paso una nada honrosa investigación del Arzobispo Don Alonso de Montúfar, por cierto también atacado por el malhadado predicador. Y la reacción producida en la sociedad por dicho sermón fue: Seguiremos yendo al Tepeyac, aunque le pese a Bustamante. Si antes íbamos una vez, ahora iremos cuatro. Con lo cual queda dicho todo.

Y viene ahora un historiador muy significado: Don Joaquín García Icazbalceta, quien en su juventud, como él mismo confiesa, creyó como todos los mexicanos, en la verdad del milagro, pero que a la postre lo negó con muy mala suerte por cierto, tanto en su lógica, indigna de un gran escritor, como en la mala suerte que le acarreó. El erudito P. Bravo Ugarte lo refuta muy inteligentemente en su citado libro. Sólo diré que su rechazo del milagro consiste en que no admite testimonio alguno histórico guadalupano, anterior: a la publicación del libro del P Miguel Sánchez, libro impreso en México en 1648. Todo lo anterior: Antonio Valeriano, Fernando Alva Ixtlixóchitl, Suárez de Peralta, etc., para él no vale. ¿Por qué? Por su prejuicio antiguadalupanista, que tantos disgustos le acarreó en sus últimos años, invalidando su gran labor de erudito y escritor de sus postreros días. Todos los documentos afirmativos, a la luz de su prejuicio, los convirtió en negativos. Pero nunca pudo probar, como nadie ha podido nunca hacerlo, que las apariciones no hayan existido o que hayan sido falsas.

El último antiaparicionista de nota, parece ser el Obispo de Tamaulipas, Mons. Sánchez Camacho, ya en los tiempos porfirianos. Después de haber sido guadalupanista, como todos, no se sabe por qué comenzó a ser lo contrario. Escribió contra la Virgen de Guadalupe, publicó documentos y artículos de prensa en

"El Imparcial" y llegó a llamarla "la mona del Tepeyac". Es muy de creerse que su cerebro no andaba del todo bien, pues tuvo actitudes incoherentes. Cuando el Episcopado Mexicano le llamó la atención, no hizo caso. La queja fue a Roma y se le retiró de su sede, pero desde su "Quinta del Olvido", siguió escribiendo contra nuestra Guadalupana, hasta que, bajo alguna gestión oficiosa ante D. Porfirio Díaz, este sutil hombre de Estado le mandó decir la famosa frase: "Díganle a Camacho que si no cree en las apariciones, que crea en las desapariciones". Con cuya velada amenaza, el pobre Obispo, acaso mentalmente trastornado, tuvo que callar.

La mejor manera de cerrar este aspecto de nuestro tema, es transcribiendo la siguiente frase del P. Bravo Ugarte, en su libro antes citado: "La Aparición del Tepeyac, como hecho milagroso, tenía que tropezar con la incredulidad de muchos. Absurdo y antihistórico sería que todos al principio hubiesen creído en ella. Lo natural era que algunos dudaran, muchos no la creyeran y otros quedaran convencidos de su realidad. Aparicionistas y antiaparicionistas exageraron: aquellos pretendiendo que hubo desde el principio una fe universal y sin contradicciones en las Apariciones, éstos suponiendo que una verdadera Aparición no podía dejar lugar a dudas." Palabras y criterio por cierto muy mesurados y sensatos.

Pero los caminos de Dios no son los de los hombres: lo que los letrados y cultos no supieron creer — creer es ver con los ojos de la fe— lo creyeron y vieron los humildes: el pueblo mexicano humilde y llano, que creyó, cree y seguirá creyendo. Y esto es lo que la Virgen se proponía. Lo demás, sustancialmente, tiene poca importancia.

Poca importancia también podría concederse a numerosos rumores y versiones que corren entre el vulgo—sobre todo entre el vulgo elegante y que se cree muy culto e instruído— y que todos ellos reconocen un simple y común denominador: la ignorancia.

Si los sabios y letrados marginaron más o menos despectivamente la gran cuestión guadalupana o bien la negaron en su sabia ignorancia, produciendo dos efectos contrarios a los que se proponían: dar ocasión a que esta cuestión se discutiera, dilucidara y afianzara más fundamentalmente y a que el amor a Nuestra Señora de Guadalupe se acrecentara, como pasó con el predicador Bustamante; en cambio las ignaras versiones descabelladas de los dos vulgos, sólo producen un efecto: desorientar. Porque, si por su misma estulticia no merecen el menor caso de parte de los estudiosos y los eruditos y propagadores, en cambio la plebe, esa plebe moral y espiritual que cada día abunda más por todas partes, toma las tales versiones como moneda buena y las adopta, falta de toda capacidad para examinarlas o formular el menor triterio sobre ellas.

Entre esas versiones descabelladas, suele ser aducida por quienes ostentan un barniz pseudoculto, la de que el culto a la Guadalupana no es sino la continuación, bajo una versión católica, del viejo culto idolátrico a la Tonantzin, ese ídolo azteca precortesiano que los primeros conquistadores demolieron en muy buena hora.

Los ídolos aztecas fueron demolidos en México a medida que los españoles, al mismo tiempo que conquistadores y depredadores, civilizadores y creyentes, iban ganando regiones y asentándose inicialmente en ellas. En Tenoxtítlan los ídolos fueron derribados y

rotos apenas la ciudad fue ganada a sus defensores aztecas, a fines de 1521. La destrucción de ídolos en Cuautitlán en cambio, no se hizo, según Motolinía, sino hasta el 10. de enero de 1525. ¿Cuándo fue derribada la Tonántzin adorada en el Tepeyac? Posiblemente entre estas dos fechas. No sé que historiador alguno lo haya averiguado con exactitud y aun parece que poco se ocuparon de la cuestión. Por lo menos, consta que en 1531 el Tepeyac era un sitio solitario donde no había ni habitación humana alguna, ni huella siguiera de construcciones, pues parece que desde 1245 el pequeño poblado de su falda había decaído y sus pobladores lo abandonaron. Derrumbada la famosa Tonántzin, su culto se extinguió como se extinguió el de Huitzilopóxtli; el culto a los ídolos es material, sensual y sensitivo, nunca espiritual; por eso, no bien un ídolo desaparece o es derrocado, su culto inespiritual desaparece casi automáticamente. Hay un lapso de lo menos 6 años o acaso más, entre la destrucción de la Tonántzin y las apariciones guadalupanas. Y esos años son muchos y muy decisivos en el momento histórico en que todo un mundo, una cultura y un modo de vivir y pensar se vienen por tierra y son férreamente sustituídos por todo un mundo completamente nuevo. Los españoles además, no solamente fueron iconoclastas por necesidad política e ideológica sino por esa intransigencia y agresividad que en aquellos tiempos caracterizaba al catolicismo español. Prueba de tal espíritu fue la misma Inquisición.

Sobre estas realidades de orden material e histórico se agregan otras no menos reales. La imagen guadalupana pintada en la tilma no exhibe en ninguno de sus detalles, figura general, aspecto o simbolismo, la menor semejanza ni la más mínima evocación del gro-

sero monigote adorado antaño como una diosa secundaria. Existe una bien definida y marcada solución de continuidad entre una y otra figura y entre uno y otro culto. La Guadalupana, si bien perfectamente mexicana en cuanto a su tipo general, como apunta D. Alfonso Junco, es al mismo tiempo perfectamente católica, absolutamente ortodoxa. De haber sido de otro modo ni Zumárraga la hubiese aceptado como celestial y divina, ni el pueblo ya católico la hubiera venerado ni la Iglesia la hubiera aprobado. Esto es indiscutible.

Hay otra objeción más necia aún: que Juan Diego no existió en realidad, sino que es un mito o leyenda destinado a dar base a toda una historia de apariciones. Dejemos por un momento a un lado toda fe y toda creencia sobrenatural, para concentrarnos sólo en lo histórico. La afirmación negatoria de la existencia real de Juan Diego no acusa sino ignorancia, superficialidad y estulticia; siguiendo el axioma filosóficojurídico, se podría contestar con él: quod gratis affirmatur, gratis negatur; lo que gratuitamente se afirma, gratuitamente se niega y viceversa también. A quien sin fundamento afirma que Juan Diego no existió, sin fundamento se le respondería que sí existió. Sin embargo, fundamentos históricos sobre la existencia real del indio vidente, los hay más que suficientes. Bien sé que hasta en artículos de prensa se ha llegado a hacer la proposición en forma interrogativa: ¿Existió Juan Diego? Esta forma interrogativa, en el caso, linda muy juntamente con una negación; esta actitud por lo demás, es muy característica del superficialismo, sensacionalismo y ausencia de fondo de la prensa en general, en la que todo se discute, se juzga, se afirma o se niega a la luz de un oportunismo intrascendente. Si negamos a Juan Diego, ¿porqué no negamos también a Moctezuma, a Cuauhtémoc, a Hernán Cortés, a Morelos, a Iturbide y a Maximiliano y la historia entera de México? Esos que niegan a Juan Diego simplemente porque sí, probablemente pretenden que los católicos, para contestarles, les mostremos la copia fotostática o autorizada notarialmente, de su partida de registro civil, con sus huellas digitales y su retrato de frente y de perfil en "tamaño credencial" y con un sello oficial. Pero si tales documentos les fuesen mostrados... ellos seguirian negando...

Pero para el guadalupanista pensador, esa estulta negación debería hacerle considerar que son la negligencia y el desdén, lo que ha hecho que se dude del venerable vidente. Interrogando a un notable propagandista y estudioso guadalupano sobre si creía que el sepulcro de Juan Diego será encontrado alguna vez, me contestó en forma tajante: —No lo han encontrado, porque no lo han buscado. Por discreción no estampo el nombre de esa persona, para no ocasionarle algún disgusto. Pero esta es la verdad. Y yo agrego: No lo han buscado porque no han querido buscarlo.

En este libro doy una foto tomada en mi presencia, del viejo óvalo de madera existente a la vista de quien quiera verlo, en el Museo Guadalupano de la Basílica y que dice: "En este lugar se apareció N. S. de Guadalupe a un indio llamado Juan Diego, que está enterrado en esta Iglesia". En el reverso del marco con cristal donde se guarda esa pieza histórica que al mismo tiempo es epitafio del vidente, existe, también bajo cristal, un viejo documento —cuyo texto y foto doy también en este libro— que afirma que dicho

Il morde Sit me entrese de Sacerstan Hateria Frames state que very a de un de tres desinher, von et ingen de de virte Empirementar on of of Francisco per in a intersposer to la inim de i vira coma le che ratere que somme de la trans The secretainence for his bound fel Birerie, decenne in application Their flicht spline, I for part morner to monores het the the Holling Hole Similary in excurrence we would while In the Court is controver, worn is inferred per at history of the one offer que en soure or the Buters de a mistra facilità son "marte la marsh the communion of apone you come the other religion entiles Jours de Somes de Mexico, of die. D. Cantana Cabrera en el S 3. Carothe 3. 324 nort 633. La Meside ton leine de crasse To not burn "be ore lover to spencio de In de Gulden have in the damide from Diego, que o pa entrer rade en men for The World for there is now he will this in your and that min orionie one ora en la Pala de Cabilla de ener Sie Terra and ringe idention, del continuo from Diegration aprairies qua Bearing and of with a war muches Bounners. So proceeds have To in dertania, y per la retirion at este tiene con al responsabile Tomana in off to unitain in cierca the har Stravicion of the the 300 à lesse filicience Produc. I para en conversamon sultarant de la the and I Stood a calledo de una Colimana pilline, in de jour e de the chain in it remained the reimbache, in al lucar to g in a di reingo survividore inandor es of far up of in there is wide and the web, 4 to reagriffe, in of Mills to Mounday point for some handid mid from the said to the first of the Bill & Court when the said

Este fehaciente documento corrobora la fuerza probatoria de óvalo que indicaba el sitio exacto de la última aparición guada lupana. Para facilitar su lectura, damos en este libro el texto de mismo. Museo Guadalupano de la Basílica.



Ovalo de madera que data del siglo XVI, probablemente de tiempos poco posteriores a las apariciones y a la muerte de Juan Diego, según se relata en el manuscrito que también se reproduce en esta edición y que está colocado bajo cristal en el reverso de esta lápida-epitafio, en el Museo Guadalupano de la Basilica.

TEXTO DE LA INSCRIPCION QUE SE HALLA AL REVERSO DE LA LAPIDA DE JUÁN DIEGO

En el año de 1797 me entregó el sacristán Antonio Romo, el óbalo que coloqué dentro de este bastidor, con el resquardo de vidriera para conservar en él, el documento precioso e interezante de la aparición de Ntra. Señora de Guadalupe, pues consta que es la Inscripción que seguramente con aprobación del Ordinario. colocaron los primeros fieles guadalupanos, y fue para conservar la memoria del Venerable Felicisimo Yndio Juan Diego, su existencia y sepulcro, ubicado en la Capilla antigua, según se infiere por el hallazgo de este obalo que encontré en la bodega de la misma Capilla hoy llamada la Parroquia y esta convinación se apova por lo que de ella refiere en su Escudo de Armas de México, el Lic. D. Cavetano Cabrera, en el Libo, 3o. Cap. 15, fox. 344 numº. 681. La Ynscripcⁿ. con letra de oro en campo azul, dice así: "En Este Lugar se Apareció N. S. de Guadalupe a un Indio Llamado Juan Diego que está enterrado en esta Iglesia". No obsta por ahora á vista de esta. Ynscripción y del retrato original que está en la Sala del Cabildo de esta Sta. Yglesia Nacional Colegiata, del Venturoso Juan Diego g. no aparezca su cadaver, pues pr. estos y otros muchos Documents, se prueba bastante su Existencia. y por la relación qe. este tiene con el milagro guadalupano, prueba la constancia cierta de las Apariciones de Nuestra Sa, a Este Felicisimo Yndio. Y para su conservación suplique al M. Y. v Ve. Sr. Presidte, v Cabildo de esta Colegiata pr. oficio, se colocase dicho obalo con el resquardo ge, le acompaña, en el lugar que sea de su agrado, sirviéndose mandar el ge, jamás salga fuera, y quede razón de eso, y lo acaecido en el Libro de Acuerdos para perpetua memoria. Febrero 12 de 1828. José María Pérez.

óvalo fue hallado en la bodega de la vieja iglesia —probablemente la antigua Iglesia de los indios, hoy Parroquia en reparación— y que se entrega al Cabildo Guadalupano para que tome nota y lo conserve, sin dejarlo salir jamás de su debido lugar. Esa inscripción, cuyo valor histórico bien pueden estudiar los negadores, acusa la negligencia: hallaron dicha plancha en la bodega del templo y ahora ni siquiera saben ya de qué sitio preciso fue tomada. Es muy probable que haya sido colocada en el siglo XVI, el siglo de las apariciones y el de la muerte de Juan Diego y poco tiempo después de la muerte de éste, sobre o frente a su sepultura.

Otra peregrina versión; que la imagen guadalupana fue pintada por un tal indio llamado Marcos (que nada tiene que ver con el indio de Cuautitlán, Marcos Pacheco, uno de los declarantes de las Informaciones de 1666), quizá por encargo de algún fraile o devoto de la Virgen. La insostenible versión nació del malaventurado sermón bustamantino que ya antes refuté. En qué se basó Bustamante para lanzar al aire tal proposición descabellada y que escandalizó a toda la sociedad? Si afirmó, debió probar, como ya apunté. Dijo simplemente que la hizo el indio Marcos, pintor. Mintió en lo absoluto. ¿Por qué no dió noticia completa de su indio Marcos, su nombre entero, su lugar de origen o residencia, su taller, la fecha en que pintó y las otras maravillosas y geniales obras salidas de su pincel? Además, si el tal Marcos pintó, lo lógico hubiese sido que pintara una imagen al estilo de las traídas por los españoles, la Pilarica, la de Covadonga o la que Cortés trajo a esta tierra o las que deben haber traído los frailes. Una imagen nueva, diferente y de cierto aspecto indiano, hubiera corrido el riesgo, da-

dos aquellos tiempos y aquel espíritu, de haber sido sospechosa, v. g. de heterodoxa y hubiera originado dificultades al indio Marcos ¡de Bustamante! Y por último, ¿quién fue ese portentoso y supergenial indio Marcos, que hizo en un ayate lo que ni Murillo, Rafael o Leonardo da Vinci, con todo su genio, hubieran alcanzado a hacer? ¡Sobre todo si se tienen en cuenta las maravillas reales y visibles en todo el sagrado ayate y especialmente las últimas descubiertas en las divinas pupilas de la Señora y que ya desde entonces existian realmente?

Otra versión más: Que el auténtico ayate de Juan Diego, por obra de los siglos se desintegró, se desbarató y fue secretamente sustituido por otro semejante. Parece increíble, pero entre el vulgo imbécil corre a veces este rumor, tan torpe como los anteriores. ¿Cuándo tuvo lugar la sustitución fraudulenta? ¿Quién la llevó a cabo? ¿Cómo se descubrió? ¿Qué pruebas hay de semejante hecho? ;Quién pintó el ayate falso o sustituto y cómo hizo para que saliera idéntico al original? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta de tan escandaloso hecho? Este rumor, digno de un cretino, ni siquiera merece ser desmentido ni menos tomando en cuenta. Existen pruebas de sobra de la autenticidad de la tilma original y de su subsistencia continua y constante a lo largo de los siglos hasta nuestros días. ¡Serán capaces los que dan crédito a la estúpida afirmación gratuita, siguiera de decirnos qué requisitos hay que llenar, qué formalidades y qué precauciones para tocar siquiera en la actualidad y hace muchos decenios la tilma de Juan Diego, guardada bajo llave que no se presta a cualquiera y custodiada como es debido?

Otro rumor muy digno del anterior: Que la tilma

auténtica está bien guardada y que la que se ostenta en el Altar Mayor de la Basílica es una falsa, sustitutiva. Quien tal afirma denuncia su completo retraso mental. ¿Quién exhibe lo falso y esconde lo genuino? ¿No es de pensar, con un elementalísimo sentido común, que semejante fraude puede en el momento menos pensado ser descubierto y arrojado vergonzosamente a la cara de sus autores? Además, ¿qué objeto tendría esa sustitución, como no fuera comprobar la absoluta estupidez de quienes la llevaran a cabo?

Otro rumor, esta vez perfectamente idiota, pero que, no obstante, hay quienes propalen. Esta vez no se trata sino de la más risible patriotería, sustitutiva frecuentísima del verdadero patriotismo; que sólo un mexicano de nacimiento es capaz de pintar una copia de la sagrada imagen guadalupana; si la copia un turco o un danés, no le sale. ¡Es para reír! Para copiar la imagen guadalupana no se necesita ser chichimeca, azteca o zapoteca; lo que se necesita es ser pintor, tener lienzo, pinceles, colores y un poco de sentido del arte pictórico. ¿En qué se funda la risible opinión? En el cerebro asnal de quien es capaz de prohijarla. Sin embargo yo la he oído más de una vez. Pero en fin...; si hay en esta ciudad de todos los lujos y todos los abusos y todas las necedades quien ni siquiera sabe que exista la Virgen de Guadalupe, cosa que he comprobado inclusive entre gentes cultas, elegantes y que presumen de su mexicanismo y hasta se declaran católicos!

En cuanto a los que dicen que los católicos adoramos las imágenes, cosa que a veces se dice a propósito de la Virgen de Guadalupe, no merecen sino el desdén. No adoramos —ellos no son capaces siquiera de darnos una definición de lo que es adorar— las

imágenes, la veneramos como representaciones sensibles que nos recuerdan al santo y nos lo permiten tener presente en nuestra frágil y terrenal memoria. La imágen de la Guadalupana nos merece mucha mayor veneración que otra cualquiera hecha por mano de hombre, porque es de origen sobrenatural y porque procedió directamente de la Virgen María. Nada más.

Y llegamos esta vez a algo más digno de ser tenido en cuenta por su naturaleza misma: el nombre de Guadalupe bajo el cual veneramos a la Virgen Inmaculada del Tepeyac.

Este nombre ha sido piedra de escándalo y disensiones entre muchos, y aun ciertos guadalupanos serios lo discuten. Realmente existe un motivo importante para buscar aclaraciones. Descartando a los que aducen el nombre de Guadalupe a modo de argumento antiguadalupanista, alegando su origen hispano, tratemos de hallar el camino más sensato y adecuado a la verdad.

El nombre de Guadalupe es ciertamente hispano. Se le halla en la península ibérica; Guadalupe es el nombre de una población española en la provincia de Cáceres, y en ella hay, en un monasterio de frailes jerónimos, una venerada imagen de la Virgen Santísima. La Sierra de Guadalupe, parte de la cordillera Oretana, en Extremadura, también lleva dicho nombre. La palabra Guadalupe, según los lingüistas, es de origen árabe y significa río de luz. Palabras con la misma raiz "guada" o "guadal", entran en la composición de otros nombres hispanos, reconociendo igualmente un origen arábigo, como Guadalquivir, Guadalete, Guadalcanal, Guadalcázar, Guadalajara, Guadalaviar, y también Guadiana, Guadiela, Guadarrama, Guadix, etc. Hay la coincidencia de que el conquistador Hernán Cortés era nativo de Extremadura, donde se halla la Sierra de Guadalupe.

¿Ese nombre vino en alguna forma a México, traído por los conquistadores? ¿Tomó carta de naturaleza o arraigo aquí? Hasta la fecha, no se sabe que el nombre de Guadalupe haya sido aplicado a lugar geográfico ninguno de las tierras ganadas por los iberos, antes de las apariciones. Nada ni nadie se llamaba Guadalupe ni tampoco se tiene noticia alguna de que jamás ninguna imagen de Nuestra Señora, que haya sido traída de España en los primeros tiempos, haya sido llamada con esta denominación.

Ahora bien: hay dos versiones: el nombre de Guadalupe sonó por la primera vez, al parecer, en tierra azteca, cuando la Virgen María, al aparecerse a Juan Bernardino y curarlo, corroborando con ello sus apariciones a Juan Diego, pronunció este nombre. Juan Bernardino —ni siquiera el propio vidente principal, Juan Diego—, fue el depositario de este nombre, fue el primero que lo oyó y lo transmitió al Obispo cuando, según la orden de la Señora, le informó confirmatoriamente del milagro y le dijo, como la Señora se lo había mandado, "que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre Virgen Santa María de Guadalupe." Estas son las palabras textuales de la relación de Valeriano.

Detalle interesante; el nombre de Guadalupe parece haber sido escrito, no solamente en las traducciones al español del Relato de Valeriano, sino en el original mismo; no habiendo sido encontrado hasta la fecha ese original escrito de puño y letra de Valeriano en persona, sino sólo sus transcripciones, muy autorizadas y exactas, al decir de nahuatlacas, paleógrafos y eruditos, no hay certeza absoluta. En las co-

pias modernas que conozco y en la que, escrita a máquina en idioma nahuatl, tengo a la vista, está escrito "Santa María de Guadalupe", en español, como está también escrito "obizpo" con esa ortografía.

¿Valeriano escribió así? La otra versión es que la Señora del cielo no dijo "Guadalupe", sino una palabra nahuatl, que fue el idioma en que habló a ambos videntes; esa palabra, según unos, fue "coatlayópeuh", según otros, "tecuatlaxúpeuh". Afirman los expertos en la lengua mexicana o nahuatl, que "cóatl" significa serpiente, como es palabra ya conocida en su significado, y que "yópeuh" o bien "xúpeuh" es un verbo que significa pisar con el pie, pisotear; con lo que, según el sistema aglutinante o sintetizante propio del nahuatl, la palabra vendría a traducirse como "la que pisotea la serpiente", o "la que aplasta con el pie a la serpiente". En tal caso, el nombre náhuatl tendría una clara significación corroboratoria del gran dogma católico de la Inmaculada Concepción y se relacionaría legítima y lógicamente con la profecía biblica, llamada por algunos exégetas "el protoevangelio" o primer anuncio de la buena nueva de la redención del linaje humano: "Ipsa conteret caput tuum", ella quebrantará tu cabeza: Génesis, Cap. 3, vers. 15. Por cierto que el original hebreo del sagrado libro del Génesis, no dice "ipsa", en femenino, sino "ipse" en masculino; el femenino se lee en la Vulgata Latina. En el primer caso se refiere a la mujer, de cuya descendencia habria de brotar Jesucristo, destructor de la maldad del demonio; en el segundo, o sea el masculino, a Cristo mismo. De todos modos, dicen los expositores sagrados, el sentido es el mismo, y la Santa Iglesia, única autorizada para interpretar las Sagradas Escrituras, ve en esta sentencia genesíaca, el anuncio de la reden-

ción de Jesús, redención obrada por conducto de María, la siempre sin mancha. Así pues, "la que pisotea la serpiente" no es ni puede ser sino María Inmaculada, triunfadora del demonio y preservada, en tanto que futura Madre del Salvador del mundo, del pecado original del paraíso de nuestros primeros padres. Es de notarse que la palabra "Inmaculada" aparece una vez en el Relato de Valeriano, puesta en boca de Juan Diego cuando dio al obispo por segunda vez el recado de la Virgen María; "que ojalá creyera su mensaje y la voluntad de la Inmaculada". Es claro que los franciscanos de Tlaltelolco, doctrinadores de Juan Diego, le habían inculcado ya la fe en que la Virgen María era la Inmaculada, pues esta creencia. anterior a la promulgación del dogma por Pío Nono, era muy cara a todos los franciscanos, como antes dije.

Ahora bien; si la misma Virgen María pidió ser llamada "de Guadalupe", aún inventan algunos un escollo: ¿cómo, dicen, podía un indio rudo y viejo como Juan Bernardino, más alejado sin duda del trato con los españoles y por tanto de su extraño y casi recién oído idioma, que el mismo Juan Diego, pronunciar un nombre como Guadalupe, que no sólo no era español, sino hasta de origen árabe? Yo respondo: ¿Pudo la Virgen María hacerse ver de Juan Bernardino? ¿Pudo hacerse reconocer de éste como la siempre Virgen Santa María? ¿Pudo Ella curarlo milagrosamente? Pues con mucha mayor facilidad pudo hacer que su buen indio pronunciara aquel nombre exótico, si tal era su voluntad.

Sin embargo ¿por qué razón ordenó la Celestial Señora que se la llamara aquí con ese nombre de procedencia hispánica y desconocido en tierra azteca y que por tanto nada significaba ni nada decía a la inteligencia de los indios, sus futuros fieles del Tepeyac? Hay en esto un misterio, no explicado aún.

Pero queda la otra explicación; Que la Virgen Santa no dijo "Guadalupe", sino que pronunció una palabra de pleno significado para Juan Bernardino y. por su conducto, para todos los demás; una palabra del mismo idioma en que ella hablaba con sus videntes, el mexicano o náhuatl. Esa palabra, dentro de la hipótesis, debe haber sido "coatlayópeuh", o bien "tecuatlaxúpeuh"; y de "coatlayópeuh" es muy fácil fonéticamente, hacer "guadalupe", como de "tecutlaxúpeuh", es igualmente natural, fonéticamente hablando, hacer "de guadalupe". No de otro modo los españoles hicieron de Cuautemótzin, "Guatimuza", de Cuauhnâhuac, Cuernavaca, de Atlacuhuáyan, Tacubaya, etc. ¡Tecoualaxúpeuh! ¡De Guadalupe! Parece completamente obvio, fácil, flúido y natural.

Y entonces tenemos una plena y altísima explicación de este nombre. Agréguese que, no sabiendo los españoles pronunciar correctamente la palabra nahuatl, pudieron muy bien, recordando el "Guadalupe" español, hacerla sonar en semejanza o identidad fónica a este nombre conocido para ellos y he aquí sin violencias ni distorsiones ¡Guadalupe! Nombre rico en significado cristiano para indios y españoles.

Esta me parece la explicación más llana, sencilla, natural y significativa.

CAPITULO 8

LA FIGURA DEL VIDENTE Y DEL COVIDEN-TE Y LA PERSPECTIVA DEL FUTURO

"Yo soy como la escoba: una vez que uno se ha servido de ella, la deja en un rincón. La Santísima Virgen se ha servido de mí y después me ha puesto en este lugar. Aquí estoy muy feliz v aqui debo permanecer.

SANTA BERNADETTE SOUBIROUS (Poco antes de morir en su Convento de Nevers, en Francia.)

No bien Juan Diego indica al Obispo Zumárraga el sitio en que la Virgen María desea que se le edifique un templo, que es el sitio donde, en su última aparición, lo envió por las rosas al cerrillo y donde lo despidió dándole su postrera orden, sitio que es el mismo donde se alzaba el famoso cazahuate desaparecido y donde estuvo muy luego la primera ermita, Juan Diego pide licencia para irse. Su misión ha terminado totalmente; no le toca ya sino retirarse.

Esta actitud pinta intensamente el modo de ser interior, espiritual del vidente. Era ocasión propicia para permanecer ahi, sea para que su pobre figura recibiera el honor merecido, sea por lo menos y piadosamente suponiendo, para continuar dando testimonio vivo de las apariciones celestiales en las que él había sido el unico actor humano: esto hubiera sido muy provechoso; nadie mejor que el vidente para informar a cuantos fueran llegando y a cuantos quisieran oírlo, sobre las maravillas vistas y oídas, para certificar largamente el prodigio de la estampación de la bendita imagen en su propia tilma. ¿Qué mejor testigo, qué autoridad mayor acerca de las apariciones, qué mejor ni más celoso propagandista del culto a la Imagen que ni nombre tenía por entonces con qué mencionarla que él mismo?

Nada de eso, sin embargo. El vidente comprende con esa comprensión diáfana y sin complicaciones de las almas buenas y puras, que nada le toca ya hacer; la Señora, como Ella misma se lo dijo, tiene muchos servidores; él ya hizo su parte, toca a otros hacer la suya. Por tanto expresa simplemente su deseo; regresar a su pueblo y a su casa, para ir a ver a su tío Juan Bernardino, a quien había dejado en agonía, cuando se puso en marcha a Tlaltelolco a buscarle un confesor. No es de creerse, ni humanamente, que hubiera desconfianza en el ánimo de Juan Diego, sobre la curación de Juan Bernardino, al que él veneraba, según parece, como a un segundo padre y a quien amaba entrañablemente. No se sabe si Bernardino era tío por parte del padre o de la madre de Juan Diego. Pero es explicable que nuestro indito deseara ver a su anciano tío, para gozarse de visu en su milagrosa curación, para palpar de cerca ese nuevo favor de la Inmaculada Virgen, para acompañar al tio que había quedado solo y que acaso necesitaba del sobrino, inclusive para las atenciones de su convalescencia, que Juan Diego humanamente podía figurarse.

Quizá hubiese también otro motivo, pero de orden espiritual; poder al fin conferir con uno tan similar a él por mil razones, acerca de las maravillas mariales del Tepeyac, de las que había guardado reserva, pues, a lo que parece, sólo habló de ellas al Obispo, en cuanto era necesario para su misión. Y por mucho que con el prelado hablara el indio, había una distancia moral, a causa del diferente nivel en todos los órdenes humanos. Cierto que el indio es introspectivo y callado, pero es humano y como humano, siente la necesidad de comunicar con sus semejantes sus cosas. incluso las más intimas. Es de pensarse que el alma de Juan Diego estaba entonces como un acumulador que necesita un poco de descarga, como un vaso o cuero de pulque demasiado lleno y que necesita ser vaciado un poco.

En el fondo, debe haber existido principalmente, aquel recóndito sentimiento de las almas muy espiritualizadas y que instintivamente buscan la soledad y el silencio, en todas las etapas de su santificación. Juan Diego, muy poco acostumbrado a bullicios y gentíos, aunque fuesen en la casa del obispo, debe haber experimentado muy pronto el ansia de recogerse en su soledad; ahora ésta, ya no lo era espiritualmente, pues la iluminación divina en su alma, brillaba como una dulce luz confortadora, ya que el que tiene a María en su corazón, no está solo jamás.

Es bajo ese brillo, bajo ese claror suave y fuerte al mismo tiempo, bajo la luz refleja del milagro aparicional, como de hoy más debemos considerar a Juan Diego, alma santificada por la presencia de la Virgen Madre de Dios: cosa grandiosa para cualquier ser humano. El debe haber ansiado el alejamiento y el retiro, para dedicarse, ya imperturbado, a la contemplación interna de aquellos momentos los más bellos de su vida. Mientras estuvo en la casa del obispo,

bien debe haberse sentido observado, espiado, comentado por la curiosidad humana y aun por la misma piedad cristiana; esto le molestaba, como molestó a Bernadette hasta que se retiró al convento de las Hermanas de la Caridad y la Instrucción Cristiana en Nevers. Todos los santos, cada uno en su grado y según sus circunstancias, deben haber sentido esta molestia humana y espiritual; Juan Diego mucho más, por su idiosincracia de indígena humilde, modesto. solitario y retraído. Todo esto no son suposiciones vanacidas del deseo de dar post mortem una carta de santidad en blanco a favor del vidente. En su libro "Quién fué Juan Diego". Mons. José de Jesús Manríquez y Zárate, más autorizado desde luego que yo, no opina de otro modo; ese libro es, todo él, un sustancial panegírico de las virtudes eminentes del admirable vidente del Tepeyac, panegírico perfectamente fundamentado en la teología, la ascética y la mística, y expuesto con la autoridad de un Obispo. Allí habla de su fe, su esperanza, su caridad y sus demás virtudes netamente cristianas, como su humildad, su abnegación, su modestia, su sacrificio, su paciencia y su sencillez: y sus respetables opiniones no son elogios vanos ni infundados.

Mas Juan Diego no esperaba los nuevos acontecimientos. No lo dejaron ir, sino que lo acompañaron hasta su pueblo y a la casa de su tío. El anciano lo vió llegar, extrañándose de ver que lo traían muy honrado y respetado, pero sin saber el motivo, aunque al momento debe haberlo sospechado en una sencilla ilación de ideas. Esta ilación era extrahumana; la Virgen se le había aparecido, lo había curado y -rasgo inefable de la fineza y cortesía de la Señora,- lo había tranquilizado sobre la prolongada ausencia de su sobrino, diciéndole que Ella misma lo había enviado al palacio del Obispo. ¡Con razón Dante Alighieri llama a Dios "Señor de la Cortesía"!

Pero es evidente que si Juan Bernardino, el covidente guadalupano apenas por subconsciente inducción supo entonces de la aparición de la Señora a su sobrino, el sobrino nada sabía de la coaparición a su tío; la Virgen sólo le dijo que ya estaba curado y que no se preocupara, cosa que debe haberlo tranquilizado por completo.

Y es entonces, cuando el viejo tío es llevado a la presencia del Obispo, para declarar, cómo la Señora le había a su turno mandado, cuando surge el nunca pensado nombre; la siempre Virgen Santa María de Guadalupe. Ni siquiera Juan Diego, el vidente principal y embajador exclusivo de la Reina del cielo, había sido el depositario de ese nombre, de entonces acá trillones de veces repetido; modos admirables y misteriosos de obrar de lo alto.

Y ahora, tanto Juan Diego como Juan Bernardino son de nuevo alojados en el palacio episcopal, mientras se construye el templo pedido por la Madre de Dios, para sede y recinto de sus misericordias, bondades y consuelos que tan expresamente nos prometiera por conducto del virtuoso mandadero de la Señora.

Y aquí se esfuman de la historia ambos varones. Y nos llega tan sólo, como esos pecios o botellas de náufragos que la marea arroja a solitarias playas, como antes hice notar, unas cuantas noticias, también náufragas de la tradición, pero suficientes no obstante, para reconstruir la vida entera del vidente. Al fin y al cabo, toda ella, hasta su último momento iba ya a ser igual; la vida de un pobre ermitaño —¿hay ermi-

taños ricos?—, de un sacristancillo de una alejada ermita, de un simple criado del modesto santuario. La historia no alcanzó tampoco ahora a captar esas cosas demasiado sutiles y modestas para ella. No importa.

Juan Bernardino, que por primera vez vió con sus cansados ojos viejos, la maravilla de la tilma transfigurada, debe haber sentido que su anciano y fatigado corazón saltaba de gozo celeste ante tal belleza que nada tiene que ver con las bellezas terrenales, y ha de haber reconocido la imagen de la Señora como idéntica a como él mismo la viera en su petate de moribundo, cabe el mínimo techo pajizo de su choza cuautitlanense.

Ambos videntes deben haber asistido al traslado de la santa imagen a la Iglesia Mayor de entonces, la antecesora de nuestra gran Catedral y a la gran procesión del traslado definitivo del celestial ayate a la ermitilla.

Juan Bernardino, se dice, quiso quedarse alli; en ese pedazo de paraíso celestial que para tío y sobrino era la ermitilla, pero Juan Diego prudentemente le hizo ver que debía regresar a su pueblo y velar por su pobre casa, sus pobres bienes, sus pobres tierritas que entrambos muy probablemente tenían. Afirmase que Juan Diego obedeció la voluntad secreta de la Virgen María, de que él solo se quedara en la ermita como su único y celosísimo guardián. El viejo tío partió para su pueblo, sin duda contento y satisfecho de cumplir la voluntad del cielo y con el alma feliz por el secreto tesoro de luz y gracia que la visita de la Divina Virgen debe haberle dejado.

Y he ahí a Dieguito solo en la ermita solitaria alzando sus modestas cuatro paredes en medio del solitario y desolado llano. ¿Solo? Juan Diego no volvió

a estar solo ya más. Estaba a todas horas en compañía espiritual de la Virgen, por el medio físico de su retrato y nadie en este mundo ha mirado de seguro con tan penetrantes ojos, tanto del cuerpo como del alma, esa preciosa imagen, como el propio vidente.

Y así pasan 17 años. Recuerdo una breve e impresionante anécdota de un viajero sudamericano que visitaba el convento de cartujos de Burgos, España. El viajero preguntó al fraile que le mostraba ese viejo convento todo austeridad: —¿Qué se necesita para hacerse cartujo? El hermano le contestó: —No tener compromiso alguno temporal y venir ante el superior y decirle: —Padre, quiero entrarme cartujo. Ese fraile llevaba 30 años de serlo. El visitante, admirado, le interrogó: —¿Y luego? —¿Luego?, contestó el hermano como trasoñado por su largo alejamiento de los cuidados de este siglo: —¡luego, pasan 30 años que parecen un día!...

Los 17 años que, hasta su último instante pasó Juan Diego en la ermitilla, deben haberle parecido un día.

Dicen viejas tradiciones que bien pronto pidió al Obispo que le permitiera morar día y noche en cualquier lugar próximo a la ermita, sin duda para estar mejor y más constantemente a su cuidado. El lugar no le importaba: bastaba un jacalito.

No es razonable creer que al indio se le hacían pesadas las cotidianas caminatas desde su nativo pueblo hasta el Tepeyac. Secularmente nos hemos acostumbrado a ver en el glorioso indio a un simple mandaderillo de la Virgen, a un pobre macehual mugroso y rudo y no le hemos querido hacer el menor aprecio. Con Juan Bernardino hemos hecho peor y esas dos injusticias combinadas y relacionadas, deberían pesar sobre nuestra conciencia nacional y católica.

Juan Diego, con todo y sus bien cumplidos 57 años, pobres, rudos, trabajosos, era capaz de andar eso y más por amor a María Santísima. Pero nada tenía que hacer ya en su pueblo, a donde su tío cuidaba de su humilde heredad, y en cambio tenía mucho que hacer, de día y de noche, cabe la ermita. Cuidarla, asearla, barrerla, atender al fraile o clérigo que solía—no creo que a diario en los primeros años— ir a decir misa en ella, y sobre todo, contemplar día y noche la imagen de su Reina y Señora; este era su principal motivo y esta su más valiosa y preciada ocupación.

El Obispo accedió y se cree que fueron sus paisanos pueblerinos quienes le construyeron un cuartito de adobes adosado a la ermitilla, también de adobe.

Y pasaron 17 años que parecieron un día a Juan Diego... Se dice presto, pero 17 años de contemplación, de olvido de sí mismo, de fiel compañía a la sagrada imagen, de oración y penitencia y ayuno y hasta de intercesión ante la Virgen de Guadalupe en favor de innúmeras gentes, indios, sobre todo, que le encomendaban pidiera a Ella el remedio de sus penas y necesidades, deben haber valido mucho en la vida eterna, ya que acá abajo no nos han merecido siquiera atención.

No se sabe que milagro alguno haya sido logrado en aquellos tiempos por la intercesión del contemplativo, y si algunos fueron realizados, no hay noticia ni memoria de ellos y acaso fueron milagros callados y guardados humildemente por los beneficiarios. Pero pensemos un momento: treinta años Jesús de Nazareth estuvo calladamente en casa de José y María y ¿qué milagro se sabe que haya hecho, El, todo un

Dios humanado? Corren por ahí leyendas y consejas sobre este tema; que hacía palomitas de barro y las echaba a volar vivientes y aleteantes, que hacía brotar flores bajo sus pisadas, etc. Esos son cuentos bcllos para niños, hijos de la fantasía creyente, pero sin apoyo en ninguna verdad histórica, ni siquiera en la teología y el verdadero y genuino concepto de Jesús. su vida y su misión sobrenatural en grado absoluto. Los milagros no son "chistecitos", actos graciosos, espectacularidades frívolas y momentáneas, hechas a capricho: son intervenciones serias y respetables de Dios, siempre con un fin muy elevado; el de atraer a los hombres a su creencia y a su amor, o el de remediar alguna necesidad ingente que El en sus altos fines estima que merece ser remediada. Lo demás, son bellas ficciones y el Evangelio se limita a encerrar aquellos 30 años de Dios en una pobre casa de artesano, en una brevisima, discretisima frase; "erat subditus illis", estaba sujeto a ellos, es decir, a sus padres. En cambio nos cuentan los cuatro evangelistas los milagros grandiosos de Jesús durante su vida pública de sólo tres años. Es que estos milagros eran para comprobar que era el Mesías, que era Dios y que era Dios de misericordia que sabe apiadarse de los ciegos y de los paralíticos y los leprosos: "pertransit bene faciendo", pasó haciendo el bien, pues para eso había venido.

¿Y qué milagro se sabe ni se supo jamás de José? Yo encuentro sin embargo un pequeño parentesco o afinidad espiritual delicada pero clara, entre el santo del silencio de Nazareth y el varón santificado por María en el Tepeyac, como la encuentro también entre éste y Bernardita la de Lourdes. Almas introspectivas, entregadas totalmente a Dios, almas que pasan

casi como sombras por el mundo, pero como sombras luminosas y bienhechoras.

Juan Diego fue así. Humildad, silencio, abnegación, oración y contemplación. Y además, un viviente testimonio de María de Guadalupe. El, que lo primero que quiso, apenas vio cumplido su cometido, fue retirarse a su soledad y a su vida oscura, él que no tuvo siguiera la idea de pregonar a las multitudes las grandezas de la Virgen ni la excelsitud de su divina belleza, que no hizo jiras, que no misionó, que no buscó colaboradores ni cronistas para que perpetuaran, directamente del vidente los prodigios del Tepeyac, que no fue siquiera a referir prolijamente a los franciscanos de Tlaltelolco las asombrosas apariciones, para que ellos las predicaran por toda la tierra azteca; sino que optó por ocultarse en la misma pequeña ermita, puesta al margen de los engentados caminos del México que se rehacía y que se repoblaba; instintivamente se acogió a la "senda estrecha" de que habla el Divino Maestro al través de sus Evangelistas.

Dicese que muchas veces, cuando el dulce indito santificado se creía solo en su ermita, los que en algunas ocasiones lo espiaron por la abertura de la modesta puerta, llegaron a verlo acurrucado en un rincón de ella, contemplando extático la gloriosa tilma -su propia tilma- y hablando a la Señora ante su imagen, con las más fervorosas y dulces palabras. Podemos, ya que somos tan sensibleros y materialistas, imaginar esos largos monólogos místicos expresados de la más simple y rústica de las maneras, pero con un espíritu y un corazón como posiblemente no se haya vuelto a escuchar jamás en el Tepeyac.

Acaso le diria por la mañana, al abrir la ermita, cuya gruesa y tosca llave debe haberle sido encomen-

dada; -: Señora y niña mía, la más pequeña de mis hijas! ¿cómo amaneciste? ¿estás bien de salud? ¿estás contenta? Ya sé que tú estás allá en el cielo, de donde bajaste las veces que te vi alli en ese Tepeyácac que desde aquí diviso, y que la que ahora tengo ante mis ojos es sólo tu figura, tu retrato que nos dejaste a todos como recuerdo... No olvido un instante cuando tocaste mi tilma, con tus manitas, las que arrullaron al Niño Jesús, cuando lo tenías, apenas un chilpayatito en Belén, como nos han enseñado los sacerdotes... Tú tocaste mi tilma con tus manos cuando recibias las flores que me mandaste bajar del cerrillo... Ya viste que yo no dudé, aunque bien sabía yo que en el Tepeyácac no se dan flores, ni menos esas rosas de Castilla tan frescas y hermosas, sino sólo espinas y nopales y mezquites de los de nuestra tierra... pero ya viste que yo fui y subí con presteza, porque Tú me lo habías mandado y tus palabras son de oro... Y cuando vo iba llevando al Obispo tus rosas, ya viste que ni yo mismo quise abrir mi tilma, que llevaba bien doblada, como un itacate muy santo, para que nadie viera nada, como Tú me ordenaste... Y yo no sabía que a lo mejor ya llevaba sobre mi pecho tu santa imagen... Pero qué linda es tu imagen... Virgencita santa... No, siempre eras más linda y pura Tú en persona, como yo te vi las cuatro veces... Yo nunca olvidaré esto; ¡si parecía que yo estaba en el paraíso no más de estar arrodillado en tu presencia allá arriba... y luego aquí en el llano, aquí mismo donde te han puesto tu altar y colgado encima tu imagen! Perdóname, Santa Virgen María Inmaculada, que esté así tan embobado con ver tu figura, que ya hasta se me olvida tu servicio. Ya voy, Señora y Niña mía, a coger la escoba, que ahí la tengo delante de la puerta, para barrerte tu ermita muy bien barridita; te prometo no dejar polvo ni basura... y luego, si viene alguno de tus devotos y te trae flores, ¡ah! que no serán como las que Tú me mandaste que subiera a cortar, al momento iré por agua clara para ponértelas en esos jarros que te sirven de floreros, para que te perfumen y se te vea más bonito tu altar... Ya voy, Señora y Niña mía, a hacer estos quehaceres...

Y en todas estas oraciones juandieguinas y en todos sus actos de devoción y contemplación extática que nos es legitimamente lícito imaginar, en toda la actitud del piadoso iluminado, todo era con espíritu perfectamente cristiano, sencillamente devoto y filial, altísimamente marial, prístina y fresca y santamente guadalupano. Dice A. M. Quiralte, guadalupanista, desde los Estados Unidos: "Todos los actos de devoción y virtud cristiana de Juan Diego no están mezciados con aquellas supersticiones propias de los indios paganos ni rodeados de aquellas vaguedades sentimentales que eran en aquel entonces, como ahora, la plaga de las devociones cristianas, mezcladas muchas veces con algo de romanticismo de la Edad Media". Este jesuíta, muy amante de la Guadalupana y de Juan Diego, tiene un libro lleno de datos y de hechos sobre estas cosas, editado en Los Angeles de California.

Diecisiete años así dedicados impecable y modestamente al servicio de la Virgen de Guadalupe y lo menos siete años anteriores de vida auténticamente cristiana y cincuenta años o poco menos de humilde vida de virtud natural, cumplen el ciclo mortal de los 74 años que vivió Juan Diego en esta vida humilde, llena de privaciones, salpicada de dolor y empapada en soledad, en la que sólo los espléndidos días 9, 10 y 12 de diciembre de 1531, fueron para él de dicha plena, de arrobo celestial y de atisbo de la gloria celeste.

En 1548, probablemente el 10. o el 2 de junio, o sea dos días antes que el venerable Obispo Fray Juan de Zumárraga, que murió el 3 de ese mes. Juan Diego muere en su aposentillo junto a la ermita. Dice una tradición que no hay por qué desmentir, que un poco antes de su muerte, la Virgen Santísima, la Guadalupana se le apareció, esta vez en una aparición personal y privada, podríase decir, para anunciarle su próximo fin terreno y hacerle saber que ya estaba muy cercano el momento en que Ella y su Hijo Divino, lo premiaran cumplidamente en la gloria eterna, haciéndole así efectiva la Señora su promesa de pagarle todos los trabajos que para su servicio se había tomado.

Muere Juan Diego a pocos metros de su santo ayate y la noticia cunde, y viene al momento el señor de Cuautitlán y muchos de sus compatriotas y otras gentes y se congregan todos en derredor de su pobre petate, que era todo lo que había dejado; pobre como José de Nazareth; como Jesús mismo, que no tuvo dónde reclinar su cabeza; y lloran a la vera del venerable cuerpo y encienden piadosos cirios a los lados del cadáver del que para ellos había sido un santo, y Juan Diego, como cuatro años antes su tío Juan Bernardino, baja a la madre tierra en la ermita misma del Tepeyac; esa tierra santificada por las plantas de María Celestial y, al cerrarse su humilde tumba venerable,... se abre el secular silencio en que, incomprensivos e ingratos, lo tenemos hace siglos...

Los que fusilamos al que nos diera Patria y libertad, en Padilla, tenemos también bien muerto el re-



cuerdo del más puro, el más humilde y el más favorecido de la Virgen, de todos los de nuestra raza.

No fue, parece, sino hasta el 10. de noviembre de 1895, cuando un francés piadoso y guadalupanista, el farmacéutico de Puebla, M. Santiago Beguerisse, en carta de esa fecha dirigida a Mons. Hipólito Vera, primer Obispo de Cuernavaca, le expone y propone la idea de que se comience a trabajar en pro de la canonización del vidente del Tepeyac. El Prelado le contesta el 4 del mismo mes y año, declarando que él también alienta la misma idea, pero que "es necesario el acuerdo favorable de todo el Episcopado de la República". Y todo queda en olvido, hasta que Mons. José de Jesús Manríquez y Zárate, Obispo de Huejutla, lanza una carta pastoral haciendo vibrar de nuevo la idea y luego escribe su tantas veces mencionado libro sobre Juan Diego y... nada se hace efectivo y de fuerza, en favor de la noble idea. Otro guadalupanista contemporáneo, el P. Lauro López Beltrán, hace campaña en el mismo sentido, pero aún no se ve nada decisivo

Y vienen los tiempos actuales, con su plétora de ruido, de agitaciones de los pigmeos, con sus inquietudes y sus luchas armadas y del espíritu, con sus bombas atómicas y de hidrógeno, con sus marejadas ideológicas y sus doctrinarismos vacuos y todo el alboroto humano, minúsculo y transitorio, y todo el estruendo mental que cada hombre de este tiempo, dentro de esta que llamamos civilización, lleva dentro y con sus gritos y pujas por una paz que el mundo no puede dar, y el más pacífico de los hombres de esta tierra, el que apenas habló, como no fuera cuando debia hacerlo, el piadoso, el modesto, el heroico, el sin duda santo, es olvidado totalmente. Hoy el mundo no

IN YUN CHEMICULA JULY DIRECTION manier still state the sevent 12:17:CINCS augus the mentalest this police of the calina - Brantier Inch Proceed Soughbrast Print Artic Assertings intooks

1940

quiere santos; quiere dinero, placeres bulliciosos, radios, televisiones, autos, paseos, diversiones, honores, agitación gusaneril, aparato y bluff y mareo de vida brillante pero rastrera, como fruto natural y bastardo de un modernismo más brutal si cabe, que las locas idolatrías de los antiguos tiempos.

Si la Virgen de Guadalupe es venerada y amada, si vemos con afecto su santa imagen milagrosa, si el guadalupanismo prospera y crece, no por eso podemos darnos por satisfechos. Hay mucho olvido y mucha ingratitud del pasado y del presente, que debemos reparar.

Ella nos regaló rosas y las perdimos, nos regaló a su "embajador muy digno de confianza" en su siervo Juan Diego, y ni siquiera sabemos ya de su sepulcro, nos regaló su retrato a todo color y dedicado y con firma, y apenas ahora comenzamos a deletrear el mensaje de sobrenaturalidad que lleva escondido pero reconocible entre la tosca urdidumbre de sus hilos de ixtle de maguey...

Cierto, le tenemos ya una gran Basílica venerable para su culto; cierto, le tenemos un trono de mármol y oro para ese retrato divino; cierto, ha sido embellecido y dignificado su Tepeyac; cierto, hemos levantado un atrio monumental frente a su Santuario; cierto, está siendo reparada la Parroquia Archiprestal, lugar justo de la última y más cara aparición suya y sitio del milagro de la tilma; todo esto es muy cierto, pero ¿nada queda ya por hacer?- ¿Hemos cumplido hasta lo último su voluntad maternal?

Yo no osaría pensar que podemos darnos por satisfechos y sentarnos plácidamente a descansar. Lo que humanamente se ha hecho, siempre con la ayuda divina, mucho es; pero lo que falta por hacer y que sin

esa ayuda jamás podremos realizar, es acaso más aún. Si el Señor no edifica la ciudad, en vano trabajan quienes la construyen, que dice el salmista regio.

La tarea pendiente es de doble aspecto: el material y el espiritual, aquel subordinado a éste y como ayudador: somos cuerpo y alma al par. En lo material, términar las obras de reparación en la Villa de Guadalupe; dignificar totalmente, no sólo los aledaños de la Basílica y el Cerrito y la Parroquia, sino la Villa entera; hacer de toda ella una ciudad mariana y guadalupana, como en Lourdes -ya lo dije- se ha hecho. no solamente el "Dominio de la Santa Virgen", como allá se le llama, sino que la pequeña ciudad entera es devota y recogida y la llaman los Obispos, especialmente el de Tarbes y Lourdes, "La Ciudad de María". Desterrar irreverencias, acallar merolicos impertinente que asordan y perturban la oración de peregrinos y orantes, circunscribir el comercio para que no invada materialmente ni con su espíritu, los lugares santos; hacer que la Villa entera sea la "Ciudad Guadalupana", única en México, en América toda.

Educar, instruír: la Villa no es lugar para ir a comer fritangas o taquitos o a beber pulque: es para orar ante todo; las necesidades corporales pueden y aun deben ser satisfechas, pero discretamente y sólo en función de su necesidad, no de placer, gula o disipación.

Podría en la Villa ser construído o adaptado un local, una casa, para Museo y Academia de Guadalupe: una biblioteca popular, con libros asequibles y comprensibles para el pueblo; con un departamento de obras especiales, para estudio guadalupano formal, con una sala de museo, con otra para exhibir gráficamente, a fin de que el pueblo mire y en esta forma se

impresione y se le graben las escenas en figuras de bulto con toda la historia aparicional y la vida de Juan Diego, con exhibición de tres películas buenas que existen, la "Virgen Morena", "La Virgen que Forjó una Patria"y "Las Rosas del Milagro", basada la segunda en el buen libro de don René Capistrán Garza, con conferencias populares y eruditas sobre el tema guadalupano, para difundirlo e ilustrarlo, con cursillos de guadalupanismo, etc. Allí podrían venderse al pueblo folletos ilustrados, libritos sencillos; hacer una edición gigante, siquiera de dos o tres millones, del Relato de Valeriano, barato y popular, pero atractivo mediante letra gruesa e ilustraciones a colores; los emolumentos que estas cosas produjeran, sostendrían esa casa o academia, etc.

Difundir el conocimiento de la Virgen de Guadalupe: hay muchos miles de personas, aun en el Distrito Federal que no tienen la primera noticia de ello.
Pugnar por que al fin oficialmente la Villa recupere
su nombre: Villa de Guadalupe o Villa de la Virgen
de Guadalupe, trabajar por que su Imagen, que es
nacional y patriótica, vuelva a ser colocada en el recinto del Poder Legislativo, como lo fue tantos años
en el pasado. Hacer campaña y presión moral inteligente y sensata para que en las escuelas, sean oficiales o no, se enseñe la historia guadalupana, tan intimamente vinculada a la historia patria y que en los
libros de texto elementales de historia patria, se incorpore el capítulo glorioso de las apariciones.

Y finalmente, laborar con fe y entusiasmo por introducir la causa de beatificación en Roma del dulce vidente. Hay muchos, hasta guadalupanos que parecen tener miedo a esto; no es tal el pensar de la Iglesia, la cual no ha canonizado a nuestro vidente, porque no se le han presentado los documentos, peticiones y requisitos para ello. Juan Diego declarado santo, no haría mal a nadie ni menos al culto quadalupano, antes lo renovaría y vigorizaría. Es una gloria católica y una gloria nacional y una alegría para los indígenas. Todo esto y mucho más se puede hacer con pureza de intención, con amor a la Virgen de Guadalupe y con fe en Dios y una poca de iniciativa y de generosidad. Lo reclama el amor a la Virgen, nuestra catolicidad cada día más amenazada y entibiada y nuestra mexicanidad también cada día más mistificada y en disolución.

No creo poder dar mejor fin a este trabajo cerrándolo como con broche de oro, ya que oro no puse en él, por su exigüedad, que transcribiendo un párrafo de un notable escritor y quadalupanista eximio, don Alfonso Junco, quien dice:

"Quiso María con insistencia maternal, que fuese un indio pobre, desvalido minúsculo, quien llevase la embajada y en su tilma acogiera las flores y perpetuara la visión celeste. Propia política divina escoger lo menor para lo mayor. Y debe recalcarse cómo el prodigio guadalupano sobrepuja y abraza en superior unidad las fronteras raciales: porque el rostro de la Virgen no es indio, ni español, sino mexicano; y el culto avasallador para la Virgen fue siempre y sique siendo, no sólo de los indios, sino también de españoles y criollos y mestizos: de la totalidad de la nación que entonces alboreaba, y que en el decurso de los siglos ha confirmado y engrandecido el culto inicial, levantando a la Virgen por unitivo símbolo de la Nacionalidad y de la Patria".

México, D. F., a 2 de marzo (miércoles de ceniza) de 1960.

BREVE EXPLICACION SOBRE LOS APENDICES

Para amparar en algún modo la pobreza de este trabajo y también para ampliar más algunos aspectos del inagotable tema guadalupano, ensanchando y profundizando en su conocimiento, he agregado varios apéndices que considero de gran importancia para el mayor y mejor estudio de este tema; estos apéndices son los más medulares y contienen datos, apreciaciones y observaciones de legítimo valor.

El primer apéndice es el Relato de Antonio Valeriano, llamado a justo título "el relato príncipe" y también "el evangelio de las apariciones guadalupanas". Habiendo sido el primer cronista del gran suceso guadalupano en el Tepeyac, siendo, como sin duda es, un relato de primera mano, o sea tomado de los informes orales de Fray Juan de-Zumárraga, de Juan Diego y probablemente también de Juan Bernardino, y siendo su autor un indio culto, sensato, honesto y calificado por todos conceptos, viene a ser la fuente pristina de todos los cronistas e historiadores que después de él han escrito sobre las apariciones.

Este relato es digno de ser leído y releído con toda atención y espíritu recogido y cristiano; su redacción es de una simplicidad no solamente franciscana, sino de una diafanidad y profundidad evangé-

licas: pocas palabras, mucha sustancia; carencia total de artificio o adorno literario, pero claridad plena, autenticidad manifiesta, genuinidad admirable. La traslación de los diálogos entre la Virgen María y Juan Diego, evidencia en forma segura que el autor se documentó concienzudamente en conversaciones con el vidente, no menos que con Fray Juan de Zumárraga. El original de Valeriano fue escrito por este ilustrado nativo en su lengua materna, el náhuatl, idioma exquisito y admirable en sus formas gramaticales, locuciones y estilo sustancial; todos sus traductores y nahuatlacas entendidos afirman que su redacción es de gran pureza y de sencilla pero exquisita elegancia. La traducción que aquí doy, es del licenciado don Primo Feliciano Velázquez y es la más autorizada y considerada como más fiel. Todo este relato admirable exhala un olor bueno, a fe, amor, sinceridad resaltante y una diafanidad y pureza verdaderamente liliales.

El siguiente apéndice es mi Exégesis del Relato de Valeriano. En ella explico textos y locuciones, hago consideraciones breves y trato de aportar todas las luces que me fue dable, para la mejor comprensión y valorización de dicho Relato. Hasta donde mis noticias alcanzan, no sé que exista en la actualidad, ni menos al alcance del público, una exégesis o explicación completa de todo el Relato, si bien abundan comentarios parciales e históricos sobre algunos de sus más importantes pasajes. Creo de todos modos, que mi exégesis contribuya a esclarecer el texto y a valorarlo convenientemente.

Como apéndice tercero, he incluído un artículo de crítica histórica del "Relato de Valeriano", debida al P. Marcos Gordoa, S. J. que sintetiza todo lo dicho por diversos escritores sobre el "evangelio de las Apariciones", ofreciendo un panorama correcto sobre el mismo, así como valiosos datos correlativos, todos ellos convergentes a la probación histórica de la autenticidad de las Apariciones y de su relator cumbre, Valeriano, así como otros testimonios.

El apéndice cuarto es un artículo de un prominente aunque modesto guadalupanista: don Alfonso Marcué González. Este señor nació en la Villa de Guadalupe el 26 de junio de 1903, siendo hijo de un dedicadisimo quadalupanista, muerto a muy avanzada edad, tras una vida de estudio y propaganda guadalupanas. El señor Alfonso Marcué es una autoridad en muchos aspectos guadalupanos y lleva cerca de cuarenta años dedicado a esta clase de trabajos, por lo que merece crédito pleno. Su artículo aquí adjunto, fue recibido textual y con gran beneplácito por el Papa Pío XII, de santa memoria, quien se interesó grandemente por este escrito y envió una especial bendición a su autor, pocos años antes del fallecimiento de ese gran Papa. Contiene los textos de los doctores Javier Torroella Bueno y Rafael Torija Lavoignet, oculistas connotados que, tras un minucioso estudio de las pupilas de la sagrada imagen guadalupana en su tilma original, rindieron declaraciones expresas sobre las realidades que cientificamente comprobaron en el propio ayate milagroso.

Por último, presento una breve Cronología Guadalupana que agrupa a lo largo de los siglos, los más salientes hechos y datos sobre la historia guadalupana, ofreciendo así una panorámica general, debidamente situada en el tiempo, sobre estos sucesos.

Estos apéndices, espero, darán a mi presente trabajo el valor de que, por la parte personal del autor, carece seguramente, pero todo ello forma un conjunto

212 JESÚS DAVID JAQUEZ

de guadalupanología en sus variados aspectos que menos, y dada la escasez de libros sobre tan noble mexicano tema, ofrece una oportunidad más para en sanchar el conocimiento del Milagro Guadalupano.

APENDICE NUMERO 1

HISTORIA DE LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE (Nican Mopohua).

escrito en náhuatl por ANTONIO VALERIANO.

y traducida al castellano por el Lic. Primo Feliciano Velázquez.

En orden y concierto se refiere aquí de qué manera apareció poco ha (1) maravillosamente, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, nuestra Reina, en el Tepeyácac, que se nombra Guadalupe.

Primero se dejó ver de un pobre indío llamado Juan Diego; y después se apareció su preciosa imagen delante del nuevo Obispo don Fray Juan de Zumárraga. También (se cuentan) todos los milagros que ha hecho (2).

Diez años después de tomada la ciudad de México, se suspendió la guerra y hubo paz en los pueblos así como empezó a brotar la fe, el conocimiento del verdadero Dios, por quien se vive (3). A la sazón, en el año de mil quinientos treinta y uno, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre





Juez anton vare lia no

indio, de nombre Juan Diego, según se dice, natural de Cuautitlán (4). Tocante a las cosas espirituales, aún todo pertenecía a Tlaltilolco. Era sábado, muy de madrugada, y venía en pos del culto divino y de sus mandados. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyácac, amanecía (5); y oyó cantar arriba del cerrillo; semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos las voces de los cantores, y parecía que el monte les respondía. Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del coyoltótotl y del tzinizcan y de otros pájaros lindos que cantan (6). Se paró Juan Diego a ver y dijo para si: "¿Por ventura soy digno de lo que oigo? ;quizás sueño? ;me levanto de dormir? ;dónde estoy? ¿acaso en el paraíso terrenal que dejaron dicho los viejos, nuestros mayores? (7) ¿acaso ya en el cielo?" Estaba viendo hacia el oriente, arriba del cerrillo (8), de donde procedía el precioso canto celestial y así que cesó repentinamente y se hizo el silencio, oyó que le llamaban de arriba del cerrillo y le decían: "Juanito, Juan Diequito" (9).

Luego se atrevió a ir a donde le llamaban; no se sobresaltó un punto; al contrario, muy contento, fue subiendo el cerrillo, a ver de dónde le llamaban (10). Cuando llegó a la cumbre, vió a una señora que estaba allí de pie (11) y que le dijo que se acercara. Llegado a su presencia, se maravilló mucho de su-sobrehumana grandeza; su vestidura era radiante como el sol; el risco en que posaba su planta, flechado por los resplandores, semejaba una ajorca de piedras preciosas, y relumbraba la tierra como el arco iris. Los mezquites, nopales y otras diferentes hierbecillas que allí se suelen dar, parecían de esmeralda; su follaje; finas turquesas; y sus ramas y espinas brillaban como el oro (12). Se inclinó delante de ella y oyó su palabra, muy

blanda y cortés, cual de quien atrae y estima mucho. Ella le dijo: "Juanito el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde vas? (13). El respondió "Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de México Tlaltilolco, a sequir las cosas divinas que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor". (14) Ella luego le habló y le descubrió su santa voluntad; le dijo: "Sabe y ten entendido, tú, el más pequeño de mis hijos, que yo soy la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive; del Creador cabe quien todo está; Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo (15), para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a tí, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mi confien (16); oir alli sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Y para realizar lo que mi clemencia pretende ve al palacio del Obispo de México y le dirás cómo yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo, que aquí en el llano (17) me edifique un templo; le contarás puntualmente cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Ten por seguro que te lo agradeceré bien y lo pagaré (18), porque te haré feliz y merecerás mucho que yo te recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato, hijo mío el más pequeño; anda y pon todo tu esfuerzo". Al punto se inclinó delante de ella y le dijo: "Señora mía, ya voy a cumplir tu mandado; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo". Luego bajó para ir a hacer su mandado; y salió a la calzada que viene en línea recta a México. (19)

Habiendo entrado en la ciudad, sin dilación se fue

en derechura al palacio del Obispo (20), que era el prelado que muy poco antes había venido y se llamaba don Fray Juan de Zumárraga, religioso de San Francisco. Apenas llegó, trató de verle; rogó a sus criados que fueran a anunciarle, y pasado un buen rato, vinieron a llamarle, que había mandado el señor Obispo que entrara. Luego que entró, se inclinó y arrodilló delante de él (21); en seguida le dió el recado de la Señora del cielo y también le dijo cuanto admiró, vió y oyó. Después de oír toda su plática y su recado, pareció no darle crédito, y le respondió: "Otra vez vendrás, hijo mío y te oiré más despacio, lo veré muy desde el principio y pensaré en la voluntad y deseo con que has venido. (22) El salió y se vino triste, porque de ninguna manera se realizó su mensaje. (23)

En el mismo día se volvió: se vino derecho a la cumbre del cerrillo y acertó con la Señora del cielo, que le estaba aguardando allí mismo donde la vió la vez primera. (24) Al verla, se postró delante de ella y le dijo: "Señora, la más pequeña de mis hijas (25), Niña mía, fuí a donde me enviaste a cumplir tu mandado: aunque con dificultad entré a donde es el asiento del prelado; le ví y expuse tu mensaje, como me advertiste; me recibió benignamente y me oyó con atención; pero en cuanto me respondió, pareció que no lo tuvo por cierto, me dijo: "Otra vez vendrás; te oiré más despacio: veré muy desde el principio el deseo y la voluntad con que has venido..." (26) Comprendí perfectamente en la manera como me respondió, que piensa que es quizás invención mía que tú quieres que aqui te hagan un templo y que acaso no es de orden tuya; por lo cual te ruego encarecidamente, Señora y Niña mía que a alguno de los principales, conocido, respetado y estimado. (27) le encarques que lleve tu mensaje, para que le crean; porque yo soy un hombrecillo, soy un cordel, soy una escalerilla de tablas, soy cola, soy hoja soy gente menuda y tú, (28) Niña mía, la más pequeña de mis hijas (29), Señora, me envías a un lugar por donde no ando y donde no paro. (30) Perdóname que te cause gran pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y Dueña mía''. (31)

Le respondió la Santísima Virgen: "Oye, hijo mío, el más pequeño: ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros, a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad; pero es de todo punto preciso (32) que tú mismo solicites y avudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, hijo mío, el más pequeño, y con rigor te mando (33), que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero mi voluntad; que tiene que poner por obra el templo que le pido. Y otra vez dile que yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía." Respondió Juan Diego: "Señora y Niña mía, no te cause yo aflicción; de muy buena gana iré (34) a cumplir tu mandado; de ninguna manera dejaré de hacerlo ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu voluntad; pero acaso no seré oído con agrado; o si fuere oído, quizás no se me creerá. (35 Mañana en la tarde, cuando se ponga el sol, (36) vendré a dar razón de tu mensaje con lo que responda el prelado. Ya de ti me despido, Hija mía la más pequeña, mi Niña y Señora. Descansa entretanto". (37) Luego se fue él a descansar en su casa.

Al día siguiente, domingo muy de madrugada, salió de su casa y se vino derecho a Tlaltilolco a instruirse en las cosas divinas (38) y estar presente en la cuenta (39), para ver en seguida al Prelado. Casi a la diez se aprestó, después de que se oyó Misa y se hizo la cuenta y se dispersó el gentío. (40) Al punto se fue Juan Diego al palacio del señor obispo. Apenas llegó, hizo todo empeño por verle; otra vez, con mucha dificultad, le vió, (41) se arrodilló a sus pies; se entristeció y lloró (42) al exponerle el mandato de la Señora del cielo; que ojalá que creyera su mensaje, y la voluntad de la Inmaculada (43), de erigirle su templo donde manifestó que lo quería. El señor obispo, para cerciorarse, le preguntó muchas cosas, dónde la vió y cómo era (44); y él refirió todo perfectamente al señor obispo. Mas aunque explicó con precisión la figura de ella y cuanto había visto y admirado que en todo se descubría ser ella la siempre Virgen María, Santísima Madre del Salvador Nuestro Señor Jesucristo; sin embargo, no le dió crédito y dijo que no solamente por su plática y solicitud se había de hacer lo que pedía (45); que, además, era muy necesaria alguna señal (46) para que se le pudiera creer que le enviaba la misma Señora del cielo. Así que lo oyó, dijo Juan Diego al obispo: "Señor, mira cual ha de ser la señal que pides (47), que luego iré a pedírsela a la Señora del cielo que me envió acá". (48)

Viendo el obispo que ratificaba todo sin dudar ni retractar nada, le despidió. (49) Mandó inmediatamente a unas gentes de su casa, en quienes podía confiar, que le vinieran siguiendo y vigilando mucho a dónde iba y a quién veía y hablaba. (50) Así se hizo. Juan Diego se vino derecho y caminó por la calzada; los que venían tras él donde pasa la barranca, cerca del puente del Tepeyácac, le perdieron, (51) y aunque más buscaron por todas partes, en ninguna le vieron. Así es que regresaron, no solamente porque se fastidiaron, sino porque también les estorbó su in-

tento y les dió enojo. (52) Eso fueron a informar al señor obispo, inclinándole a que no le creyera; le dijeron que nomás le engañaba, (53) que nomás forjaba lo que venía a decir o que únicamente soñaba lo que decía y pedía, y en suma, discurrieron que si otra vez volvía, le habían de coger y castigar con dureza (54) para que nunca más mintiera y engañara.

Entre tanto Juan Diego estaba con la Santísima Virgen, (55) diciéndole la respuesta que traía del señor obispo; la que oída por la Señora, le dijo: "Bien está, hijito mío; volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te he pedido; (56) con eso te creerá y acerca de ésto ya no dudará ni de ti sospechará; (57) y sábete, hijo mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido; ea vete ahora: que mañana aquí te aguardo". (58)

Al día siguiente, lunes, cuando tenía que llevar Juan Diego alguna señal para ser creído, ya no volvió. (59) Porque cuando llegó a su casa, a un tío que tenía, llamado Juan Bernardino, le había dado la enfermedad (60) y estaba muy grave. Primero fue a llamar a un médico y le auxilió; (61) pero ya no era tiempo, ya estaba muy grave. Por la noche, le rogó su tío que de madrugada saliera y viniera a Tlaltilolco a llamar un sacerdote que fuera a confesarle y disponerle, porque estaba muy cierto de que era tiempo de morir y que ya no se levantaría ni sanaría. (62)

El martes, muy de madrugada, se vino Juan Diego de su casa a Tlaltilolco, (63) a llamar al sacerdote, y cuando venía llegando al camino que sale junto a la ladera del cerrillo del Tepeyácac, hacia el poniente, (64) por donde tenía costumbre de pasar, dijo: "Si me voy derecho, no sea que me vaya a ver la Señora (65) y en todo caso me detenga, para que lleve

la señal al prelado según me previno; que primero nuestra aflicción nos deje y primero llame yo de prisa al sacerdote; el pobre de mi tio lo estará ciertamente aquardando". (66) Luego dió vuelta al cerro; subió por entre él y pasó al otro lado, hacia el oriente, (67) para llegar pronto a México y que no lo detuviera la Señora del Cielo. Pensó que por donde dió la vuelta no podía verle la que está mirando bien a todas partes. (68) La vió bajar de la cumbre del cerrillo y que estuvo mirando hacia donde antes él la veía. (69) Salió a su encuentro a un lado del cerro y le dijo: "¿Qué hay, hijo mío, el más pequeño? ¿a dónde vas?" ¿Se apenó él un poco, o tuvo vergüenza, o se asustó? (70) Se inclinó delante de ella, y le saludó, diciendo: "Niña mía, la más pequeña de mis hijas. Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud, Señora y Niña mía? (71) Voy a causarte aflicción: sabe. Niña mía, que está muy malo un pobre siervo tuyo, (72) mi tío; le ha dado la peste, y está para morir. Ahora voy presuroso a tu casa de México a llamar a uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor, (73) que vaya a confesarle y disponerle; porque desde que nacimos venimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte. (74) Pero si voy a hacerlo, volveré luego otra vez aquí, para ir a llevar tu mensaje, (75) Señora y Niña mía, perdóname; ténme por ahora paciencia; no te engaño, (76) Hija mía la más pequeña; mañana vendré a toda prisa.

Después de oír la plática de Juan Diego, (77) respondió la piadosísima Virgen: "Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflije, (78) no se turbe tu corazón, no temas esa enfermedad, ni otra alguna enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi

sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has menester? (79) No te apene nīl te inquiete otra cosa; no te aflija la enfermedad de tu tío; que no morirá ahora de ella; está seguro de que ya sanó. (80) (Y entonces sanó su tío, según después se supo). Cuando Juan Diego oyó estas palabras de la Señora del Cielo, se consoló mucho; quedó contento. (81) Le rogó que cuanto antes le despachara a ver al señor obispo, a llevarle alguna señal y prueba, a fin de que le creyera. (82)

La Señora del Cielo le ordenó luego que subiera a la cumbre del cerrillo donde antes la veía. Le dijo: "Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo, allí donde antes me viste y te dí órdenes, hallarás que hay diferentes flores; (83) córtalas, júntalas, recógelas; en seguida baja y tráelas a mi presencia". (84) Al punto subió Juan Diego al cerrillo, y cuando llegó a la cumbre, se asombró mucho (85) de que hubieran brotado tantas, variadas y exquisitas rosas de Castilla antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo; (86) estaban muy fragantes y llenas del rocio de la noche, que semejaba perlas preciosas. Luego empezó a cortarlas; las juntó todas y las echó en su regazo. La cumbre del cerrillo no era lugar en que se dieran ningunas flores, porque tenía muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites, y si se solían dar hierbecillas, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come y echa a perder el hielo. (87) Bajó inmediatamente y trajo a la Señora del Cielo las diferentes rosas que fue a cortar; la que, así como las vió, las cogió en su mano y otra vez se las echó en el regazo (88) diciéndole: "Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nom-

bre, que vea en ellas mi voluntad y que él tiene que cumplirla. (89) Tú eres mi embajador muy digno de confianza. (90) Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. (91) Contarás bien todo: dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo, que fueras a cortar flores, y todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido." (92) Después que la Señora del Cielo le dió su consejo, se puso en camino por la calzada que viene derecho a México; ya contento y seguro de salir bien, trayendo con mucho cuidado lo que portaba en su regazo, no fuera que algo se le soltase de las manos (93) y gozándose en la fragancia de las variadas hermosas flores. (94)

Al llegar al palacio del obispo, salieron a su encuentro el mayordomo y otros criados del prelado. Les rogó que le dijeran que deseaba verle; pero ninguno de ellos quiso, (95) haciendo como que no le oían, (96) sea porque era muy temprano, sea porque ya le conocían que sólo los molestaba, porque les era importuno; y además, ya les habían informado sus compañeros que le perdieron de vista cuando habían ido en su seguimiento. (97) Largo rato estuvo esperando. Ya que vieron que hacía mucho que estaba allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada por si acaso era llamado, (98) y que al parecer traía algo que portaba en su regazo, se acercaron a él para ver lo que traía y satisfacerse. (99) Viendo Juan Diego que no les podía ocultar lo que traía y que por eso le habían de molestar, empujar o aporrear, descubrió un poco (100) que eran flores, y al ver que todas eran diferentes rosas de Castilla, y que no era entonces el tiempo en que se daban, se asombraron muchísimo de ello, (101) lo mismo que de que estuvieran muy frescas, tan abiertas tan fragantes y tan preciosas. Quisieron coger y sacarle algunas, (102) pero no tuvieron suerte, porque cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o labradas o cosidas en la manta. (103)

Fueron luego a decir al obispo lo que habían visto y que pretendia verle el indito que tantas veces había venido, el cual hacía mucho que por eso aguardaba, queriendo verle. Cayó al oírlo el señor Obispo en la cuenta (104) de que aquello era la prueba, para que se certificara y cumpliera lo que solicitaba el indito, En seguida mandó que entrara a verle. Luego que entrá se humilló delante de él (105) así como antes lo hiciera, y contô de nuevo todo lo que había visto y admirado y también su mensaje. Dijo: "Señor, hice lo que me ordenaste, (106) que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios que pedias una señal para poder creerme que le has de hacer el templo donde ella te pide que lo erifas, y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba (107) que me encargaste, de su voluntad. Condescendió a tu recado (108) y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría, y al punto lo cumplió: (109) me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes yo la viera, a que fuera a cortar varias rosas de Castilla. Después que fuí a cortarlas las traje abajo, las cogió en sus manos y de nuevo las echó en mi regazo, (110) para que te las trajera y a ti en persona te las diera. (111) Aunque yo sabía bien (112) que la cumbre del cerrillo no es

lugar en que se den flores, porque sólo hay muchos riscos, abrojos, espinas, nopales y mezquites, no por eso dudé; (113) cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo miré que estaba en el paraiso, donde había juntas todas las varias y exquisitas rosas de Castilla, brillantes de rocio, que luego fui a cortar. (114) Ella me dijo, por qué te las había de entregar; y así lo hago para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad: v también para que aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. (115) Helas aqui, recíbelas". (116) Desenvolvió luego su blanca manta, pues tenía en su regazo las flores, y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla se dibujó en ella y apareció de repente (117) la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se quarda hoy en su templo del Tepeyácac, que se nombra Guadalupe. (118) Luego que la vió el señor Obispo, él v todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron; se levantaron, se entristecieron y acongojaron, (119) mostrando que la contemplaban con el corazón y el pensamiento. (120)

El señor obispo, con lágrimas de tristeza, oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato. (121) Cuando se puso en pie, desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. (122) Un día más permaneció Juan Diego en la casa del obispo que aún le detuvo. (123) Al día siguiente, le dijo: "¡Ea! a mostrar donde es la voluntad de la Señora del cielo que le erijan su templo". (124) Inmediatamente se convidó a todos para hacerlo. (125)

No bien Juan Diego señaló dónde había mandado

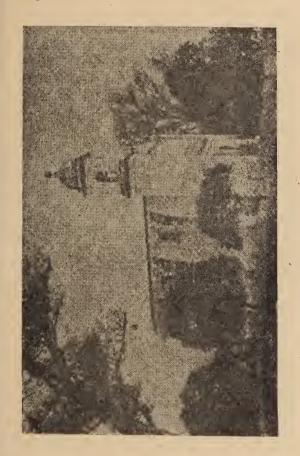


Esta estatua de Juan Diego, entregando al Obispo Zumárraga las flores milagrosas, es una de las que con más aproximación representan el tipo racial y la indumentaria del santo vidente. Se halla en la sacristía de la Basílica y sírvió de modelo para la que fué erigida en los jardines del Vaticano en Roma, y que es de gran tamaño.

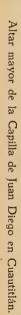
la Señora del cielo que se le levantara su templo pidió licencia de irse. (126) Quería ahora ir á su casa a ver a su tío Juan Bernardino, el cual estaba muy grave, cuando le dejó y vino a Tlaltilolco a llamar un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del cielo que ya había sanado. (127) Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa. (128) Al llegar, vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía. Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino. (129) a quien preguntó la causa de que así lo hicieran y que le honraran mucho. (130) Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar al sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el Tepeyácac la Señora del cielo, (131) la que, diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con lo que mucho se consoló, le despachó a México, a ver al señor obispo para que le edificara una casa en el Tepeyácac. Manifestó su tío ser cierto que entonces le sanó (132) y que la vió del mismo modo en que se aparecía a su sobrino, (133) sabiendo por ella que le había enviado a México a ver al obispo. (134) También entonces le dijo la Señora que, cuando él fuera a ver al obispo, le revelara lo que vió (135) y de qué manera milagrosa le había ella sanado y que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre Virgen Santa María de Guadalupe. (136) Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo, a que viniera a informarle y atestiguar delante de él. (137) A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días (138) hasta que se erigió el templo (139) de la Reina en el Tepeyácac, donde la vió Juan Diego. El señor obispo trasladó a la Iglesia Mayor (140) la santa imagen de la

amada Señora del Cielo; la sacó del oratorio de su palacio; donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió; (141) venía a ver y admirar su devota imagen, y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino, porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen. (142)

La manta en que milagrosamente se apareció la imagen de la Señora del cielo, era el abrigo de Juan Diego; ayate un poco tieso y bien tejido. Porque en este tiempo era de avate la ropa y abrigo de todos los pobres indios; sólo los nobles, los principales y los valientes guerreros, se vestían y ataviaban con manta blanca de algodón. (143) El ayate, ya se sabe, se hace de ichtli que sale del maguey. (144) Este precioso ayate en que se apareció la siempre Virgen nuestra Reina, es de dos piezas, pegadas y cosidas con hilo blando. Es tan alta la bendita imagen, que empezando en la planta del pie, hasta llegar a la coronilla tiene seis jemes y uno de mujer. (145) Su hermoso rostro es muy grave y noble, un poco moreno. (146) Su precioso busto aparece humilde; están sus manos juntas sobre el pecho, hacia donde empieza la cintura. Es morado su cinto. Solamente su pie derecho descubre un poco la punta de su calzado color de ceniza. Su ropaje, en cuanto se ve por fuera, es de color rosado, que en las sombras parece bermejo, y está bordado con diferentes flores, todas en botón y de bordes dorados. Prendido de su cuello está un anillo dorado, con rayas negras al derredor de las orillas y en medio una cruz. Además, de adentro asoma otro vestido blanco y blando, que ajusta bien en las muñecas y tiene deshilado el extremo. Su velo, por fuera es azul celeste; sienta bien en su cabeza; para nada cubre su rostro, y cae hasta sus pies,



Capilla de Guadalupe de Juan Diego en Cuautitlán.





ciñéndose un poco por enmedio; tiene toda su franja dorada, que es algo ancha, y estrellas de oro por dondequiera, las cuales son cuarenta y seis. (147)

Su cabeza se inclina hacia la derecha, y encima, sobre su velo, está una corona de oro, (148) de figuras ahusadas hacia arriba y anchas abajo. A sus pies está la luna, cuyos cuernos ven hacia arriba. Se yerque exactamente en medio de ellos y de igual manera aparece en medio del sol cuyos rayos la siguen y rodean por todas partes. Son cien los resplandores de oro, unos muy largos, otros pequeñitos y con figuras de llamas; doce circundan su rostro y cabeza, y son por todos cincuenta los que salen de cada lado. Al par de ellos, al final una nube blanca rodea los bordes de su vestidura. Esta preciosa imagen, con todo lo demás, va corriendo sobre un ángel, que medianamente acaba en la cintura, en cuanto descubre, y nada aparece de. él hacia sus pies como que está metido en la nube. (149) Acabándose los extremos del ropaje y del velo de la Señora del cielo, que caen muy bien en sus pies, por ambos lados los coge con sus manos el ángel, cuya ropa es de color bermejo, a la que se adhiere un cuello dorado, y cuyas alas desplegadas son de plumas ricas, largas y verdes, y de otras' diferentes. La van llevando las manos del ángel, que, al parecer está muy contento de conducir así a la Reina del Cielo. (150)

(Fin del Relato de Valeriano).

APENDICE NUM. 2

EXEGESIS DEL RELATO DE ANTONIO VALERIANO

- (1) "Apareció poco ha". La mayoría de los críticos y cronologistas opinan que el Relato de Valeriano fue escrito entre 1540 y 1544 o 45. Esto da una distancia de 9 a 14 años entre la fecha de las apariciones y la redacción de este escrito, a justo título llamado "el evangelio de las apariciones". Pero 9 ó 14 años no se compaginan con el "poco ha" textual del autor. Valeriano desde luego, debe haber tomado su tiempo para redactar su documento. Este tiempo era el cómodamente necesario para informarse detenidamente y conferir con Fray Juan de Zumárraga y con el mismo Juan Diego y con Juan Bernardino, sobre el maravilloso suceso, asegurarse bien de todo lo que iba a escribir y formarse como relator, el más justo criterio posible sobre un suceso tan importante. El escrito no lleva fecha ninguna. Es creible que el "poco ha" no se extienda en realidad más allá de unos cuantos meses, ya que de lo contrario, no se le hallaría sentido.
- (2) Las palabras "se cuentan" parecen haber sido escritas entre paréntesis, aunque se cree que son originales del autor. En el Nican Mopohua no se cuentan "todos los milagros que ha hecho". ¿Qué se dedu-

ce entonces? Hay varias suposiciones verosímiles: pensó contarlos y no lo hizo: ;por qué no lo hizo? Puede el Obispo haberle sugerido que no era oportuno aún, por no haber sido certificados los milagros, por no tenerse datos suficientes sobre ellos, por no existir declaraciones de la autoridad eclesiástica sobre su autenticidad: tales motivos pueden haber inducido a Valeriano, varón prudente, a no contar milagro alguno. Sin embargo, desde el día de la translación a la Ermita, de la santa imagen, hubo desde luego un milagro manifiesto y público: Valeriano no lo refiere. ¿Escribió el relato de los milagros en documento o escrito aparte, y éste se perdió? No se tiene noticia de que tal documento haya existido, pero ésta es sólo una razón de orden negativo. Don Fernando Alva Ixtlixóchitl hizo al calce del relato de Valeriano, varios agregados, ponderando y contando milagros, pero de puño y letra suyos, no de Valeriano (versión parafrásica).

- (3) Valeriano toma su relato desde el principio de una nueva etapa histórica; se vale de las mismas palabras de la Virgen María "el verdadero Dios por quien se vive"; como para hacer que su documento sea también evangelizador y para afianzar más, fresco aún el recuerdo del paganismo, esta verdad primaria de la fe.
- (4) El "según se dice" se refiere lógicamente al lugar de donde Juan Diego era nativo: Cuautitlán. Este "según se dice" ¿corrobora el origen cuautitlanense de Juan Diego o lo pone en duda? Parece remitirse al decir general de que era de Cuautitlán y en tal caso resulta corroboratorio del aserto. Se ha discutido mucho si Juan Diego era de Cuautitlán o de Tulpetlac; parece estar fuera de duda que era natural de Cuautitlán, y Valeriano da a entender su inclinación por ello; lo único discutible más bien parece

ser si Juan Diego habitaba en Cuautitlán o en Tulpetlac. Ambos pueblos se lo han disputado, lo que es explicable. La distancia mucho menor que hay de Tulpetlac al Tepeyac, que de Cuautitlán al mismo cerrillo, aparentemente favorece a Tulpetlac; pero esto no puede tomarse absolutamente; intervienen la topografía de entonces, el lago de Texcoco etc. 28 kilómetros entre Cuautitlán y México (Tlaltelolco) y el regreso, no son una distancia excesiva para el indio, buen caminador, sobre todo en aquellos tiempos. Con su "trote de indio", un poco como el del coyote, cualquier nativo hace 56 kilómetros de ida y regreso, con toda normalidad.

- (5) "Amanecía". Luego Juan Diego debe haberse levantado a eso de las 4 ó 4 y media para pasar por el Tepeyac a la hora de amanecer que, siendo invierno, debe haber sido hacia las 6 de la mañana. Juan Diego era ya un ferviente cristiano e iba camino de su santificación; la Historia Sagrada nos habla frecuentemente de la santa costumbre de madrugar, sana por cierto para el cuerpo y para el alma. Consurgens mane, consurgit mane diluculo, levantándose temprano, se levantó muy de madrugada, son expresiones frecuentes en los relatos bíblicos.
- (6) En el Valle de México de aquellos tiempos abundaban los pájaros cantores más que ahora, que el ruido de los hombres y aun las mudanzas naturales y artificiales los han alejado. Los aztecas eran muy sensibles al dulce canto de las aves: su mismo idioma guarda aún algo de cantarino, de dulce y cadencioso. La Virgen María atrajo la atención de su siervo por un medio inicial muy adecuado a su naturaleza y su idiosincracia, pero los cantos que oyó el indio eran más dulces aún que los que estaba acostumbrado a escu-

char naturalmente. Desde sus preludios, la aparición de la Virgen María se anuncia de la manera más dulce y suave y en perfecta adecuación a la naturaleza humana y a la naturaleza indiana.

- (7) La noción del paraíso terrenal parece desconcertante: Juan Diego no tuvo "mayores" ni "viejos" cristianos, pues provenía del paganismo. ¿A cuáles "viejos nuestros mayores" pudo haberse mentalmente referido? ¿Algún resabio de paganismo respondiendo a alguna noción de un paraíso soñado por sus mayores, indicio universal de los anhelos naturales de inmortalidad del alma humana, salvaje o cristiana? Pero luego piensa si estará ya en el cielo; el cielo según le habían enseñado los franciscanos sus doctrinadores en Tlaltelolco.
- (8) "Estaba viendo hacia el oriente, arriba del cerrillo": luego se había parado en alguna vieja vereda que pasaba por el occidente; luego es muy claro que venía de Cuautitlán. Si hubiese venido de Tulpetlac nada habría tenido que hacer en la falda occidental del Tepeyac. Esto confirma su provenencia de Cuautitlán: para venir de esa población hacia Tlaltelolco, en aquellos tiempos, había que bordear los cerros, de los que el Tepeyac es el último, pues más al occidente se hallaban entonces las extensiones del viejo Lago, hoy desecadas. El antiguo acueducto que terminaba en la Caja de Agua de la Villa, cabalmente tenía un desarrollo paralelo: bordeaba los cerros para evitar el lago. Así se explica perfectamente por qué Juan Diego miraba hacia el oriente y veía ante sí el Tepeyac.
- (9) El original náhuatl, lengua en la que Valeriano escribió su relato y del que poseo una copia moderna, dice textualmente: "Juántzin, Juan Diegotzin". La Virgen María confirma el nombre cristiano de Juan

Diego y por ende, el hecho de su bautizo. La forma en que la Señora lo llamó indica mucha estimación y simpatía, y aun una manera muy cariñosa de llamarlo. Así habla toda madre buena cuando se dirige a un hijo muy amado.

- (10) Valeriano hace hincapié en que Juan Diego no se sobresaltó. Un corazón sencillo y un alma pura, son menos propensos al temor ante cosas extraordinarias; y, todo lo contrario, "muy contento, fue subiendo el cerrillo". El primer indicio o prenuncio de la celestial aparición era dulce y atractivo y deleitoso: Juan Diego sintió esa belleza dulce en sus oídos y también en su alma; es lógico que la presencia inicial de la Señora hiciera llegar efluvios de dulzura y alegría celestial a su predestinado, por eso fue que muy contento fue subiendo el cerrillo. También se nota el espíritu de docilidad y disposición genérica para obedecer y ser útil donde lo llamaron. Apenas se oyó llamado, sencilla y cándidamente fue a donde le llamaban y a ver quién lo requería.
- (11) Vió a una señora que estaba ahí de pie. Ya antes hice notar que las apariciones de la Virgen María suelen ser en esta digna postura. María estaba de pie, como quien acaba de llegar y aguarda a alguien. También como quien espera a un sirviente a quien va a dar una orden. El sitio exacto donde la Señora se apareció de pie la primera vez, fue una peña o risco de lo alto del Tepeyac, mismo donde después pusieron, para marcar el sitio, un montón de piedras, luego una cruz de madera y por fin una capilla, antecesora de la actual Iglesia del Cerrito.
- (12) El esplendor y la gloria sobrenaturales que necesariamente llevaba consigo la Virgen, como cuerpo glorioso y resucitado, como criatura especialmente

glorificada por Dios, transmitía como naturalmente su belleza y·luz a todo cuanto la rodeaba. La descripción de este fenómeno completamente lógico, que hace Valeriano,-no puede ser más bella, en medio de su sencillez.

- (13) La Señora llama cariñosamente a Juan Diego. El original náhuatl pone textualmente estas palabras: "Juántzin, Juan Diegótzin", o sea el reverencial de la lengua mexicana, que también denota ferviente afecto. Es interesante que la Virgen se valió de una lengua india que a partir de la conquista, comenzaba a ser eclipsada por el idioma dominante, el español de los conquistadores y personajes directivos de toda la vida de la Nueva España. El azteca o náhuatl comenzaba ya a ser, no obstante su belleza y gran calidad lingüística, un idioma decadente. También en Lourdes, la Señora habló a Bernardita, no en francés, que la pastorcilla casi ignoraba por completo, sino en "patois", nombre genérico que en el caso, designa el dialecto local "bigourdain" usual entre el pueblo modesto de la región. La Virgen preguntó a Juan Diego a dónde iba, no porque lo ignorara quien sabe bien de todas las cosas, sino para invitar al indio a que hablara, para trabar conversación con él y para provocar su respuesta de que iba a cosas de Dios.
- (14) Juan Diego, que no sabía mentir ni tenía para qué hacerlo, respondió con la verdad: iba a seguir las cosas divinas en Tlaltelolco. Hay en su respuesta dos rasgos notables. El primero, realmente impresionante, es que, según se deduce de sus propias palabras, él bien supo desde el primer instante con quién hablaba: la que se le aparecía era la Señora del cielo, la misma que él veneraba en la imagen que estaba en el altar de la iglesia de Tlaltelolco: "su casa". Juan Diego no dudó un instante, sino que le dijo:

Señora y Niña mía, o sea Señora de todo mi respeto y Niña de todo mi afecto religioso. Todavía a la fecha, en provincia los sirvientes suelen apellidar "niña" a la señora de la casa, aunque no sea una niña, sino toda una dama; niña es palabra de afecto respetuoso; en el caso de Juan Diego, de afecto religioso. Tengo que llegar a tu casa de México Tlaltilolco. La casa de México Tlaltilolco, o sea el templo de Santiago Tlaltelolco, en el que el vidente fue adoctrinado y bautizado, era casa de Dios y casa de la Virgen, máxime que los franciscanos eran muy adictos a la Purísima Concepción. El otro rasgo es la clara distinción implicita que Juan Diego hace: las cosas que nos dan y enseñan. Efectivamente, los sacerdotes, delegados de Nuestro Señor, nos enseñan la verdad, la doctrina, y nos dan los Sacramentos, la Misa, el culto.

- (15) La Virgen María confirma el pensar de Juan Diego, revelándole que ella es esa misma Virgen María a quien él rinde culto como Madre de Dios y siempre Virgen. Y le dice que desea vivamente, es decir, con un deseo muy grande e intenso. Providencia maternal que desea vivamente remediar las graves y urgentes necesidades de sus hijos.
- (16) La Virgen ofrece todo su amor, compasión, auxilio y defensa, como piadosa madre, a todos, mas condiciona tales dones a algo obligado y que es condición sine qua non de toda oración o petición que a Ella se dirija: la confianza. No es lógico otorgar favores a quien no cree en el benefactor y en su voluntad bienhechora. La fe, la confianza, que nace de la fe, son esenciales. María obra igual que Cristo, su Hijo; "tu fe te ha salvado", solía decir a aquellos a quienes curaba.
 - (17) La Señora centraliza en un lugar material

y expreso, la fuente de sus bondades que viene a ofrecer: un templo. El templo es el lugar por excelencia del culto a Dios y la veneración a Ella misma. Además, los humanos somos materiales: necesitamos por tanto ayuda material: el recinto sagrado, el templo que invita a elevar el espíritu a Dios. También pidió el templo porque Ella había resuelto dejar su imagen y esta imagen físicamente necesitaba un resguardo y un lugar de honor. Por todo ello pidió un templo. Y lo pidió "aquí en el llano": como si dijéramos, en lo llano y accesible a nuestra flaqueza. La Basílica de Guadalupe, si bien no está en el lugar señalado por Juan Diego a Zumárraga, a causa de las condiciones del mal subsuelo, sí está genéricamente en el lugar pedido por la Señora; está "aquí en el llano".

- (18) La Virgen es agradecida: promete al indito pagarle por su esfuerzo y diligencia; ese pago no había de ser en moneda terrenal, ya que nuestras monedas nada valen en el reino de las almas; el pago ofrecido era espiritual: nada menos que la gloria eterna y aun la temporal, pues Juan Diego es una figura gloriosa en la historia mexicana. Y le pagó con todo el amor que le dió, con la estima otorgada por Ella misma, al través de todos los guadalupanos de entonces y de después, con la inefable felicidad del indito vidente y con los 17 años que lo admitió a su servicio santo en su ermita y luego, con el feliz anuncio que, según la tradición, le hizo Ella misma a la hora de su muerte, de llevarlo a que gozara de Dios y de su Madre en el cielo.
- (19) Juan Diego, cristiano diligente, ofreció con plena y simple cortesía ir a cumplir su comisión e inmediatamente se puso en camino por la calzada recta

a la ciudad. El vidente toma el camino recto en lo topográfico y en lo espiritual.

- (20) Fue sin dilación al palacio del Obispo. Este se hallaba al costado norte del actual Palacio Nacional. No se entretuvo por el camino ni dejó el negocio para el día siguiente. Era pues un fiel sirviente y el más digno de cumplir aquella celestial misión.
- (21) El indio se arrodilló ante el prelado. La actitud indicada, tanto por respeto al primer jefe de la Iglesia en Nueva España, como porque iba a pedir, haciendo suya la petición de la Señora del cielo. El mensaje divino no lo ensoberbeció ni lo infló: asumió la actitud debida y no perdió por un momento su humildad.
- (22) El Obispo escuchó, más no creyó por el momento. Actitud prudente de un jefe de la Iglesia. No le constaba en modo alguno de la veracidad de las palabras del indio, a quien sin duda veía por vez primera. Ofreció considerar el asunto para más adelante, teniendo en cuenta la buena voluntad manifiesta en el dador del recado.
- (23) Juan Diego experimentó el amargor del fracaso: se vino triste y convencido de su frustración. Esta frustración, él en su humildad la cargó sobre sítoda, achacando a su miseria o a su torpeza en exponer su misión, el poco éxito de la misma.
 - (24) De regreso, se fue derecho a la cumbre del cerrillo, o sea el lugar de la cita con la Virgen: tenía que rendirle su desconsolador informe, misión penosa y hasta humillante, pero fue. Acertó con la Señora del cielo. ¿La encontró como por casualidad o la buscó por la cumbre hasta dar con ella? Lo segundo es más verosímil.
 - (25) Juan Diego rinde su informe con toda exac-

titud. Dirige a la Virgen un calificativo que al vulgo le parece ridículo: Señora, la más pequeña de mis hijas... Cuando fue exhibida hace años la excelente película cinematográfica "La Virgen Morena", transcribiendo sonorizados todos los diálogos guadalupanos, el público rió tontamente ante la frase: "la más pequeña de mis hijas", que no entendió. Juan Diego no tenía hijos ni los tuvo nunca. La locución es plenamente azteca: quiere decir "la más mimada, la más tiernamente amada". Los aztecas tenían especial predilección por el hijo o hija menor, al que llamaban ordinariamente el "xocoyotzin" -he aquí el tzin reverencial y afectivo. Las mismas leyes aztecas daban al "xocoyotzin" la preferencia: era él quien tenía los mayores derechos a la herencia, como en Europa el primogénito; esto era razonable, pues se supone que, a la muerte del padre, el hijo menor es el que queda más desvalido. Aún en la actualidad, es frecuente que el esposo diga a su esposa: -Mira, hijita...

- (26) El Obispo, prudentemente, no da crédito de buenas a primeras a la petición de un pobre indio desconocido, mayormente cuando relata algo nada usual: una comunicación con la Virgen María. Lo trata sin embargo con bondad y escucha todo su relato, pero le da largas para otra ocasión. Siempre los mensajes de lo alto han inspirado desconfianza por lo desusados y es providencia de Dios que sea así, para que haya oportunidad de que se acrediten plenamente.
- (27) Juan Diego reconoce sinceramente que su pobreza y pequeñez lo hace humanamente inadecuado para tal embajada. Por eso, con llaneza sugiere a la Virgen que envíe a alguien que por su significación misma, social o personal, merezca crédito, a alguien de los

principales, conocido y respetado. Esta es la verdadera humildad.

- (28) Juan Diego, con sencilla elocuencia nacida del corazón, mira su insignificancia y la exterioriza con comparaciones llanas y ordinarias: soy gente menuda, soy cola, soy hoja; también dice que él no es sino un cordel (mecate probablemente debe haber dicho), una escalerilla de tablas. El no sabía en su santa simplicidad que realmente era un cordel: una cuerda de salvación tendida desde el cielo hasta la tierra, que de ese cordel, el extremo superior lo tenía la Virgen, pero el inferior, el que tocaba al suelo, lo tenía él mismo. Tampoco sabía que, considerándose como una simple escalerilla de tablas, como las que usaban los indios y usan aún muchos, era efectivamente la escalera por donde la Virgen celestial bajaba y por donde todos los creyentes tenían que subir, para llegar hasta ella espiritualmente. Tal parece que hay algo profético inconscientemente, en estas dos expresiones y comparaciones de "escalerilla de tablas y cuerda". Hoy día infinitos no quieren aceptar a Juan Diego ni siquiera como esa escalerilla para subir hacia la Señora; aunque muchos en su tiempo y durando aún su vida mortal, lo tomaban por intercesor, a justo título, ante la Santa Virgen quadalupana.
- (29) No se queja de que la Señora le dé tales órdenes, simplemente le hace ver su nulidad con relación a tal misión y lo hace con delicadeza, suavizando su propio concepto respetuosamente, y por eso repite sus calificativos de Niña mía, la más pequeña de mis hijas.
- (30) Juan Diego es un pueblerino simple. Sus lugares habituales son sus callejas cuautitlanenses, pobres y primitivas, su solar, su tecorral, su jacal; gran

cosa es para él ir varias veces por semana al templo de Tlaltelolco. La ciudad de México, ya con muchos miles de habitantes y plétora de españoles, capitales y señores, debe haberle inspirado cierto pueblerino temor, acaso hasta repulsión: no era su ambiente. De sus palabras se deduce que no la frecuentaba ni paraba en ella; menos aún el palacio del obispo, que debe haberle sonado a gran casa lujosa y muy respetable, que sus pobres huaraches no eran dignos de pisar.

- (31) Teme causar pesadumbre a la Señora y caer en su enojo, no porque no tenga voluntad de ser su mensajero, sino porque ya se vió que no era apto para el mensaje: frustró los deseos de la Señora con su involuntaria pobreza y pequeñez. Vienen a la memoria aquellas palabras de la Sagrada Escritura: "Y después de que hubiereis hecho todo lo que se os hubiere mandado, direis: Siervos inútiles somos." Juan Diego ignora las Sagradas Escrituras, pero tiene su espíritu y las cumple. Así han hecho siempre todos los santos de condición humilde.
- (32) La Virgen, humilde entre las humildes, que en la Anunciación dijo al Arcángel Gabriel: "ecce ancilla Domini", he aquí la esclava del Señor, muestra al instante cuan grata le es la humildad de Juan Diego. Posiblemente con asombro del vidente venturoso, ésta produce el efecto contrario al que él modestamente se proponía. "Es de todo punto preciso que tú mismo..."

 Y la Señora le dice esto después de haberle hecho comprender que Ella tenía muchos servidores y mensajeros con quiénes contar. Juan Diego no podía saber los fines arcanos de lo alto: los santos, o lo son sin saberlo, o no lo son; no puede ser de otró modo. Y acaso no vería la Virgen del Tepeyac en toda la tierra azteca otro más humilde y más adecuado para su men-

saje. Por eso dice al indito: "Es de todo punto preciso que tú mismo". Y hasta le pide su ayuda para que "con tu mediación, se cumpla mi voluntad". ¡Qué gloria para el manso contemplativo del Tepeyac!

- (33) No sólo le ruega, sino que con rigor le manda. La terminante orden de la Virgen María confirma su voluntad de que él y no otro, sea el mensajero. Esta orden hace que Juan Diego contraiga un compromiso moral con la Señora y se dé cabal cuenta de que tiene que cumplir su misión, pese al primer fracaso.
- (34) No podía ser de otro modo en un alma santa y que veía la gloria celeste. Juan Diego, siempre dócil y bien dispuesto, se pliega gustoso al mandato divino y dice su motivo íntimo: no quiere causar aflicción a su Señora y Niña: de muy buena gana irá, y al decirlo, borra la leve mala impresión que creyó haber causado a la Señora con sus razonamientos de hace un momento. Por eso se esmera en reiterar su voluntad de obedecer, y declara que el camino no se le hará penoso. Es como si dijera que lo único que quiere ya, es partir a cumplir su comisión.
- (35) Pero nuestro hombre es sensato y previsor y ya tiene una experiencia en la forma como la primera vez fue desoído. Humanamente, prevé la posibilidad de un segundo fracaso, que ya no será por su culpa, pues él no hace sino obedecer.
- (36) No era ya hora de volver a hacer su gestión ante el obispo. Pero mañana por la tarde, cuando se ponga el sol, vendrá al Tepeyac ya con la razón de su embajada. Dice sencillamente a la Virgen lo que va a hacer, indicando la hora razonable para una nueva cita con Ella.
 - (37) Se despide de la Virgen Santisima con toda

cortesía. Supone acaso en su simplicidad impresionantemente infantil, que Ella lo estuvo esperando de pie en el Tepeyac, lugar incómodo y poco grato, mientras él regresaba con su informe y le dice que descanse entretanto. Es un detalle conmovedor y que explica la pureza sencilla y cándida de aquella alma escogida.

- (38) Es domingo, día de Misa obligatoria. Juan Diego da a cada cosa su lugar y su tiempo. Primero va a cumplir un deber sagrado; luego, le resta el tiempo para su misión, a hora adecuada.
- (39) Además, tiene que estar presente en la cuenta. Los frailes vigilaban que todo el mundo, principalmente los indios, cumplieran con el precepto divino de santificar las fiestas y con el eclesiástico de oír Misa los domingos y fiestas de guardar. Para ello, llevaban estrecha cuenta a los indios: no los querían remisos ni malos cristianos. Y es histórico que los mismos frailes, en su celo, azotaban a los indios que habían faltado al cumplimiento de este deber: así eran los tiempos y así lo juzgaban ellos necesario para inculcar bien la catolicidad entre aquellos miles de neófitos, tiernos aún en su fe, o mejor quizá para que se dieran cuenta de que faltando, habían cometido un pecado grave.
- (40) Juan Diego espera a que se disperse el gentío. Puede haber dos razones que justifiquen ese proceder: la de cumplir el deber social de saludar a amigos y conocidos —él era bien notorio en Cuautitlán, por ser nativo y viejo residente y su pobreza no obstaba para que fuese conocido de miles de otros indios pobres como él—, ya de dar ocasión para irse sólo sin que nadie lo interrogara y lo siguiera cuando iba a un mandado insólito y en el que se le alcanzaba bien que debía guardar discreción.
 - (41) La dificultad del mensajero, en esta vez, de-

bió haber sido mayor que en la anterior; todo el que insiste se expone a caer mal, a aparecer impertinente. Sin embargo, logró ver al prelado.

- (42) Juan Diego se entristece y llora. Le afecta en su corazón sencillo y sensible, que el deseo de la Señora tropiece con tantas dificultades; su actitud como contrita podía también impresionar al Obispo para que viera cuán a pecho tomaba el mensajero su misión. Era un recurso humano que le salió de lo íntimo, del gran deseo de que la voluntad divina se realizara. El había aprendido en su Padre Nuestro, "hágase tu voluntad", "venga a nos tu reino" y deseaba estas dos cosas que no vienen a ser sino una. Además, el indio tras su aparente impasibilidad, es sensible en su corazón. No hay nada ficticio ni de dramatismo inoportuno en la actitud descrita.
 - (43) El nombre de la Inmaculada suena por primera vez en toda la historia aparicional. ¿Valeriano lo escribió de por sí o transmitió las palabras mismas de Juan Diego? Es común creencia muy justificada, que el evangelista de las apariciones confirió ampliamente con el Obispo y con Juan Diego y tomó la debida nota, mental al menos, de todos los detalles de estos sucesos. Sólo quien está así informado, puede relatar los hechos con el verismo y genuinidad con que Valeriano lo hace. Además ya hice notar antes que los franciscanos eran sostenedores de la creencia en el misterio de la Inmaculada, siglos antes de que la Iglesia la elevara a la categoría de dogma. Si Juan Diego pronunció este nombre ante el Obispo, era porque así había sido doctrinado en Tlaltelolco.
 - (44) El Obispo hace preguntas al indito y le pide una descripción de la Señora. Es completamente lógico ese proceder. Podía temerse que se tratara de algo re-

lacionado con el pretérito paganismo, cuyo recuerdo no se podía haber borrado del todo en sólo diez años. Buscaba de seguro Zumárraga signos de catolicidad en la aparición y en la forma misma bajo la cual decía mirarla el indio.

- (45) Sin embargo, Zumárraga no dió crédito aún, como era de esperarse. Para aceptar una cosa sobrenatural, se necesita tener plena fe en su calidad ultraterrena y esta fe no viene siempre por infusión de la gracia divina, sino que se necesita una prueba irrefutable, por objetiva y real, de esa voluntad. No basta el ruego de un humilde cristiano, rudo y sin cosa alguna que lo autorizara para acceder a su petición; Juan Diego podía haberse engañado, podía soñar despierto. Siempre la Iglesia es muy cauta en estas cosas para no caer en error y no dejarse llevar de ilusiones humanas.
- (46) Era muy necesaria una señal, es decir, una prueba tangible y real de que el relato del indio era verídico. Si había verdad, Dios daría esa prueba, si la señal no se obtenía ¿cómo creer a la ligera?
- (47) Juan Diego que estaba absolutamente seguro de que no era juguete de ilusión, se mostró práctico: dijo al prelado que pensara cuál era la señal que debía pedir, para que fuese convincente.
- (48) Tan cierto está de su verdad, que ofrece ir al momento a pedir la señal, no bien el Obispo haya dicho específicamente cual deba ser. La naturalidad de la conducta de Juan Diego es clarísima y su buen sentido suple a su falta de ejercicio o práctica en las cosas sublimes del cielo, nuevas para él en su objetividad de las apariciones.
- (49) El Obispo vaciló y no osó especificar señal alguna concreta. Acaso pensó que si todo aquello era

cosa de Dios, Dios proveería a una señal particular que en sus altos y ocultos fines se reservara. Hay un aspecto de aparente incongruencia humana, pero de abandono en las manos de Dios en el asunto, en esta actitud del Obispo.

- (50) Hay aquí una aparente reacción del Prelado: manda a gente de confianza —no se sabe si frailes (hermanos legos) o simples criados—, para que sigan al indio y averiguen con quién habla o hacia dónde se dirige. Es una medida práctica y prudente, pero ha de ser ejecutada con discreción: si el indio se da cuenta, puede frustrar sus fines.
- (51) Juan Diego nada tiene que ocultar, pero Dios sí, Mientras él va sencillamente por el camino que debe seguir ignorando que es vigilado, Dios frustra la medida de prudencia humana, tan indicada, con una sencilla y fácil medida de prudencia divina: los seguidores lo pierden inexplicablemente de vista. El puente aludido estaba hacia el frente de la actual Basílica y se le señala aún en los croquis o dibujos de los siglos XVII y XVIII.
- (52) La reacción humana ante lo desconocido divino: la desaparición de Juan Diego enojó a los sirvientes, porque echó a perder su misión. La frase "porque se fastidiaron" parece denotar que lo buscaron afanosamente y por largo rato.
- (53) Era natural que los sirvientes achacaran a hechicería de indio la desaparición, y natural también que inclinaran al Obispo a no creer más en el para ellos supuesto mensajero. La única explicación admisible humanamente, era la de engaño y así lo tomaron los criados.
- (54) ¿Venganza o escarmiento de la servidumbre? Posiblemente ambas cosas. Los indios eran considera-

dos —aún lo son en ocasiones y muchas veces no sin fundamento— como niños grandes. Y para estos, dada su escasa capacidad y su parco sentido de responsabilidad, el único remedio es el castigo material. Por eso determinaron propinárselo.

- (55) Mientras estas pequeñas cosas humanas y rastreras se efectuaban, Juan Diego estaba con la Santísima Virgen. Es impresionante este detalle y digno de meditación: los criados enojados, discutiendo y proyectando alguna represalia: el objeto de aquel chisme, Juan Diego hablando con la Reina del cielo.
- (56) Las cosas de Dios son extrahumanas, pero nunca inhumanas: la solicitud del Obispo es completamente sensata y aun necesaria. Los hombres en carne mortal no tenemos la visión de las cosas divinas ni podemos atinar, por medio de simples palabras humanas, con el querer de lo alto. Por eso necesitamos los signos, las señales, que nos den la evidencia de lo que, por su naturaleza misma está más allá de nuestra escasa, limitada comprensión. Por ello la Virgen accede benigna a la petición del Obispo de México. Va dar la señal. Nadie sabe que esa señal va a ser, no solamente lo que el prelado representante de Nuestro Señor necesita, sino algo más: algo mucho más grandioso y estable que un simple signo momentáneo y de alcance humano.
- (57) La Virgen sale garante de la sinceridad de su embajador. El signo pedido y que ya Ella prometió, no será tan sólo útil para respaldar la verdad de la aparición y la voluntad de la Virgen, sino que también servirá para que Juan Diego quede sincerado ante el Obispo. Con esto, Ella cubre el honor de su mensajero, haciendo que ya nadie dude de él ni de él sospeche. Siendo Madre, ama a su hijito "el más pequeño";

siendo Reina, protege a su súbdito, hasta contra el descrédito humano de que lo tengan por falsario o impostor. ¡Así obra el cielo!

- (58) La Virgen despide por el momento al fiel sirviente, no sin advertirle que su misión apenas está en los comienzos. Le da al mismo tiempo la reiteración de su próxima visita y el aviso de que al día siguiente lo aguarda.
- (59) Hay un episodio momentáneamente desconsolador: Cuando Juan Diego debía ir al Tepeyac por la señal divina ya no volvió... Parece una esfumación, una frustración, un abandonar todo lo comenzado por la Señora del cielo y colaborado por su servidor.
- (60) Pero todo se explica perfectamente: la repentina enfermedad del tío y su agravamiento parecen interferir en los proyectos de lo alto. Así a los hombres nos parece que las vicisitudes de esta vida interfieren en nuestra verdadera felicidad y en nuestra vocación sobrenatural. No interfieren en el fondo, antes cooperan. Pero ésto los hombres solemos comprenderlo hasta después.
- (61) El vidente fue a llamar a un médico; bajo tal nombre probablemente debe entenderse nada más lo que los indígenas llamaban médico, al no tenerlos como nosotros concebimos a un médico; debe haber sido un curandero indígena, mitad administrador de pócimas y hierbas, mitad hechicero. Si la idolatría había cesado, la hechicería subsistía, como subsiste hasta la fecha y no sólo en México.
- (62) Bernardino, buen cristiano y Juan Diego no menos, sino seguramente más, acuden al último auxilio: el de la religión. Se ha visto que el enfermo está en sus últimas horas: hay que llamar al confesor porque

ya no es el cuerpo el que cuenta, sino el alma: el enfermo va a morir.

- (63) Muy'de madrugada, Juan Diego corre, no ya al Tepeyac a gozarse en la celestial visión, sino al prosaico y penoso cumplimiento de un deber: llevar confesor a su tio.
- (64) Una vez más se confirma la ruta habitual del indito: el lado poniente del cerrillo, que indica su procedencia del noroeste, o sea de Cuautitlán.
- (65) Juan Diego es sencillo como un niño. Sabe de Dios y de la Virgen a la que ya ha visto y oído, pero ignora aún muchas cosas; no alcanza a pensar de lo divino, aunque ya lo haya visto, sino en términos humanos. Y hace su lógica a su manera. Nada hay de malo en esto; ¿cómo puede él pensar como pensaría un teólogo? Nadie pide nunca los imposibles, ni aquí abajo ni allá arriba.
- (66) Se hace su breve y práctica reflexión: lo primero es lo que por el momento urge más: no dejar morir sin auxilios religiosos a su moribundo tío y piensa caritativamente en que éste está aguardándolo con el ansia de quien ve ya venir su postrer instante. Juan Diego tuvo la virtud y la hombría para anteponer el gran deber cristiano, no importa que no fuera dulce ni grato, al bello placer divino de ver otra vez a la Virgen: primero es la obligación que hasta la misma contemplación y los ascetas y místicos apoyan esta actitud que es la debida en toda alma cristiana. ¿Pasó acaso por su mente la idea de que si no sería mejor ver a la Señora del cielo y contarle su cuidado, pidiéndole salvara a su tío? Quizá, pero el servidor fiel y abnegado antes piensa en dar que en pedir. El deber es el deber
 - (67) Contra su costumbre, abandona su habitual

vereda y pasa al otro lado del cerrillo, hacia el oriente. Camino más áspero y que le imponía un rodeo retardador. Pero él apresura el paso con la idea fija de la urgencia que llevaba.

- (68) Este es uno de los muchos párrafos que se explican por sí solos, dada la suprema sencillez evangélica de todo este relato. Digamos sin embargo, que dominaba en el vidente la misma ideología cándida e infantil. ¿Quién puede exigirle que entendiera de las cualidades de los cuerpos resucitados y gloriosos, su agilidad, sutileza, ubicuidad, impasibilidad, etc.? Juan Diego no había estudiado la "Summa Teologica" de Santo Tomás de Aquino. Toda esta actitud es comprensible humanamente y dentro de la sencilla manera de pensar del cándido y rudo pueblerino indio.
- (69) Pero, María supera estas flaquezas e imperfecciones humanas: "la vió bajar de la cumbre del cerrillo y que estuvo mirando hacia donde antes él la veía". Parece que hay un discretísimo reproche de la Virgen en esta su actitud. Le da a entender, sin necesidad de palabras, que Ella lo estaba esperando, según lo convenido y que era él y no Ella, quien había faltado a la cita; pero no lo reprende, porque su pequeña falla reconoce un motivo importante y hasta digno de ser tomado como virtud: él deber antes que el placer. así fuese el placer supremo de gozar de la divína aparición. ¡Hubo una leve falta de confianza en la Señora, de parte del siervo? Ya dije que el buen servidor antes piensa en dar que en pedir, y Juan Diego iba a dar a un prójimo suyo lo más urgente, que era el auxilio de un confesor. No es humanamente posible pedir más en un pobre indio, así fuese ya casi un santo.
- (70) La Virgen le pregunta como con extrañeza: ¿Qué hay? ¿a dónde vas? Juan Diego no debe ya andar

en todo el resto de su vida, sino por los caminos de la Virgen María, que son los caminos que llevan en derechura a Dios, término supremo de la vida humana. Una circunstancia emergencial lo desvió momentáneamente, pero era una circunstancia de necesidad espiritual y caritativa: no dejar irse a la otra vida al agonizante, sin sacramentos reconciliadores con Dios. Por eso la Virgen no lo reprende ni en lo más leve. Valeriano se pregunta si el indito se apenó o tuvo vergüenza y si hasta se asustó. Se lo pregunta, con una suposición humana muy comprensible, pero no afirma nada. Es de creerse que Juan Diego se apenara y avergonzara ante la Señora, más por humildad y escrúpulo, que por tener conciencia de una falta.

- (71) Las palabras del indito dan a entender su deseo íntimo de desenfadar a la Virgen, de hacerla comprender que él es siempre su amigo leal. Son por lo demás, de una inocencia encantadora, pese a su aparente torpeza o impropiedad. Es el lenguaje, son las preguntas a que él está acostumbrado, denotadoras de simpatía, de interés, de deseo de que esté buena y contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud? Ojalá estés contenta... ¿Quién se atreverá a reírse de tan santo candor infantil? Estas preguntas son las mismas que Juan Diego, amigable y bondadoso, hubiera dirigido a un vecino, amigo o pariente y encierran una inocencia y simplicidad admirables.
- (72) Juan Diego con toda naturalidad da una explicación a su conducta, plenamente justificatoria, pero anticipando delicadamente que va, a su pesar, a causar aflicción a la Virgen. Probablemente quiere decir que va forzadamente a contrariar sus deseos y sus planes, pero interviene una causa de fuerza mayor, que no es-

taba en su mano evitar: la enfermedad de otro siervo de la Virgen Santisima, su tío.

- (73) Juan Diego le explica que va a llevarle a "uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor". Siempre el indito considera así a los buenos frailes: "amados de Nuestro Señor". Los ve únicamente como representantes de El y conductos para sus beneficios espirituales. El indito es más lógico en esto, que miles de cristianos modernos que no saben distinguir entre el hombre con sus humanas flaquezas, y el delegado de Dios y ministro suyo, lógicamente amado de El.
- (74) Hay un leve tono de melancolía resignada en la expresión de nuestro héroe: "Desde que nacimos venimos a aguardar el trabajo de nuestra muerte". La melancolia, dice el gran Lacordaire, es compañera inseparable de las almas de largo alcance y de los corazones que sienten hondamente. Juan Diego no era ni genio ni sabio: era simplemente un pobre hombre de sano sentido común. Sus palabras parecen casi tomadas del Libro de Job, en el que abunda aquella bíblica melancolía sobre la fugacidad de la vida terrena y la perspectiva trabajosa de la muerte.
- (75) Este párrafo apenas necesita comento amplificador: se explica por sí solo. Juan Diego entiende que sólo hubo un contratiempo demorador en la impensada enfermedad del tío. Pasado ese contratiempo, del que él personalmente no espera sino nueva soledad, nueva tristeza y otro luto renovador del de la muerte, dos años atrás, de su compañera María Lucía, él da su palabra de volver y reanudar la empezada obra que la Virgen le ha encomendado y que, en sustancia, sólo sufre una pequeña interrupción, de ningún modo esencial a los fines.
 - (76) Se disculpa ante la Señora, él, que no tenía

culpa alguna en el contratiempo, le pide paciencia y le reitera que en modo alguno trata de engañarla. El ignora que la Virgen Santa sabe que su siervo no es capaz de engañar a nadie y por eso cabalmente lo ha elegido. Y la prisa con que ofrece venir al día siguiente, es indicativa de su deseo de subsanar la involuntaria demora.

- (77) María oye mansamente todas las sencillas explicaciones de su servidor, lo deja explayar con Ella su cuita. ¿Para qué entonces viene al Tepeyac, sino para oír penas humanas y dejar que los hombres tengan el consuelo de referírselas, como a su Madre?
- (78) Pero Ella no escucha con indiferencia ni es desdeñosa ni incapaz de dar consuelo y alivio. Bien luego, el indito aprende una lección ignorada de él. Que todo eso que le aflije es nada, dado el hecho de la protección divina, bajo la cual él mismo especialísimamente se halla cobijado por medio de Ella. ¿Qué mejor protectora ni valedora que la Madre de Dios? Juan Diego obró como obramos todos: buscamos la solución humana a nuestros problemas y dejamos para lo último la divina. El no lo hacía llevado del espíritu materialista y mal creyente que nosotros tenemos. Pero era rudo y no entrenado aún en los caminos de Dios, sino en forma elemental. Tenía grande fe y grande amor a Dios y a María, pero no veía todavía, como nosotros, que sí somos culpables de ello, que nada acontece sino bajo la voluntad o la permisión divina y de acuerdo con sus planes ignotos para los hombres. Dios, dice un sabio adagio antaño popular, sabe escribir derecho con renglones torcidos. Y en el suceso del Tepeyac y la gravedad de Juan Bernardino, el Señor lo demostró una vez más. Por otra parte, Juan Diego no obraba mal afligiéndose por la desventura y buscando

lo único que había qué buscar: una cristiana muerte para su tío. Esos son los caminos ordinarios y todo esto se comprende considerando que Juan Diego era llevado por la Virgen Santa, por los extraordinarios.

- (79) Las palabras de la Virgen no tienen nada de reconvención, sino que son claramente avivadoras de la confianza en su rudo pero fiel servidor.
- (80) Le da lo que ningún hombre del mundo podía darle: la noticia segura y cierta de que su tío ya sanó.
- (81) La fe es todo, como en mil formas lo dijo siempre Nuestro Señor Jesucristo: la fe es la que salva y es la que resuelve, por modo divino, que no humano, todos los problemas y da remedio o consuelo a todas las penas. Por eso los santos todos y también todas las almas buenas, aun no santas oficialmente, en medio de sus penalidades, frecuentemente mayores que las nuestras, son secretamente felices. Se acomodan y conforman con la voluntad de Dios que sólo la fe les hace entrever, ya genéricamente ya con individuación. Juan Diego, poseedor de esa fe, se consoló mucho y quedó contento. Esto es lo que hace la gracia, atraída por la fe y que ningún hombre puede de sí hacer.
- (82) Ida la pena, sigue el deber, ahora ya más dulce y más grato, y el vidente sólo quiere hacer la voluntad divina, ya expresada a él por la celestial aparición. Quiere al instante, ya sin perder momento, hacer esa voluntad y pide ser despachado al Obispo llevándole la señal pedida por el prelado. Y aquí, en modo realmente santo, se conjuga la voluntad humana con la voluntad divina, ese "venga a nos tu reino" que con frecuencia repetimos, pero que aún no sabemos entender. Juan Diego necesita ser creído, no sólo como por-

tador de un mensaje celeste, sino en fe de hombre veraz y que no ha inventado nada de sí mismo.

- (83) La Virgen le deja entrever un nuevo prodigio: allí donde antes él la veía, entre las desnudas rocas rodeadas sólo de espinas y tristes hierbecillas agostadas por el invierno, hallará flores. Todo un símbolo de la vida espiritual: hallar flores de gracias divinas, donde en lo humano sólo encontramos espinas y desolación.
- (84) Esas flores de milagrería, debe el vidente traerlas a la presencia de la Virgen, ¿Por qué la Virgen pide a Juan Diego que le lleve a su presencia las rosas? Sencillamente, porque así tiene que ser en lo natural: el sirviente tiene que mostrar que ha cumplido. Pero hay otra razón, que sólo se comprende después: la Virgen va a hacer un nuevo milagro: quiere tener esas rosas, tocarlas con sus manos celestiales; ese contacto probablemente, sea el que opere el milagro próximo, o sea el de la estampación. Dios puede hacer todos los milagros que quiera, sin mediación de agentes físicos: no los necesita; pero sus milagros son para los hombres y estos sí necesitan verlos, palparlos y hasta explicárselos en lo que a humanos es posible. Por eso el contacto de las celestiales manos con las rosas y con la tilma: ésta, porque va a ser el objeto físico donde se estampe su imagen, aquellas, porque con sus colores mismos, va a ser pintada, teñida esa imagen milagrosa.
- (85) "Se asombró mucho". En nada obsta la fe para el asombro. Juan Diego no dudaba, sino que creía firmemente; pero al ver la maravilla de un jardín celestial en tan árido lugar es natural que se asombre: las obras de Dios son asombrosas desde todos los puntos de vista.
 - (86) Hay que recordar que era diciembre, mes de

hielos y fríos. No se sabe si aquel año el invierno haya sido especialmente crudo; pero basta el clima normal, sobre la cumbre expuesta a toda intemperie, de un cerro pelón y seco, para que no hubiera probabilidad de que hubiera rosas, máxime que entonces no había invernaderos ni cultivo alguno como ahora artificialmente han sido puestos bellos jardines en el Tepeyac. El hecho pues, era admirable y extraordinario.

- (87) Este pasaje es clarísimo. Valeriano hace la descripción justa del Tepeyac de entonces. Aun en nuestros días, los lados norte y parte del oriente y occidente, que permanecen abruptos, son sitios áridos y sin vegetación lozana de ninguna clase.
- (88) La Señora tomó en sus manos las flores: este era el agente físico-sobrenatural, si vale decir así, para el adveniente milagro inesperado de nadie.
- (89) La Virgen ahora, una vez dado el fragante y milagroso signo pedido por el Obispo, envía ya una orden terminante a éste, con su plena autoridad de Madre de Dios y Reina del cielo.
- (90) La Santa Virgen otorga a Juan Diego todo un título para su misión; él es su embajador muy digno de confianza. Juan Diego se ha hecho ya merecedor de esta alabanza celestial, él que nunca tuvo ni en vida ni ahora tras de tantos siglos, casi ningún elogio. Un hombre muy digno de la confianza de la Señora, como si dijéramos, "el hombre de sus confianzas", debía ser mirado con un respeto y devoción que secularmente le hemos venido regateando. Casi se piensa que la misma Virgen lo declara varón santo. Falta que logremos que la Iglesia lo ratifique para los fines del reino de Dios, gloria de María y honra de la catolicidad y de México.
 - (91) La rigurosa orden de la Reina del cielo hace

pensar que Juan Diego desde ese momento llevaba ya en la tilma, sobre su pobre pecho moreno, la sacrosanta imagen; el "rigurosamente" no se justificaría si nuestro hombre llevara únicamente flores.

- (92) El prelado, dice la Virgen, debe dar toda su ayuda a fin de que se erija el templo. La Virgen María es cuidadosa, meticulosa, se podría decir, en lograr los fines de su bondad maternal que ansía darnos, más de lo que nosotros ansiamos recibirlos. Así es María, así es una Madre Celestial.
- (93) Juan Diego cumple rigurosamente, tal como la Señora le ordenó; no quiere que ni una sola de esas rosas se le vaya a soltar: bien se le alcanza que son flores de milagro y las cuida como un tesoro celestial.
- (94) Los indios siempre han sido sensibles al encanto de las flores, su aroma, sus colores su fragancia. Natural y sobrenaturalmente, el embajador de la Virgen va gozándose en este bello don de la Señora y este gozo debe haber sido más místico, que sensual y olfativo.
- (95) Los conserjes, sirvientes y segundones de los personajes, siempre han sido los mismos y lo serán: más duros, desdeñosos y altaneros que sus amos, que son gentes más finas.
- (96) Se hacían disimulados, como que no lo oían: lo mismo hacen en nuestros tiempos y en todos, los empleados, conserjes ayudantes de funcionarios y personalidades. No quieren molestarse ni hacer honor a sus jefes, pues su rudeza y lo pagados que están de sus puestecillos, los hacen inhumanos.
- (97) Además, estaban enterados de lo que ellos deben haber calificado como una "jugarreta", cuando desapareció de la vista de sus compañeros. Sólo que ellos no sabían que era una "jugarreta" providencial.

- (98) Juan Diego hizo lo que cualquiera otro hubiese hecho: esperar. No se sabe si una hora o dos o más, pero Juan Diego esperó. De pie, porque nadie fue capaz de ofrecer una silla a aquel a quien el cielo había ofrecido regalos únicos. Estaba cabizbajo y sin hacer nada. Eso era lo visible; lo invisible era muy otra cosa. Estaba cabizbajo, porque estaba reconcentrado en la meditación casi contemplativa de las maravillas que la Reina del Cielo acababa de hacer con él. Parecía que no hacía nada, pero hacía algo muy santo: orar, adorar el poder de Dios, considerar las bondades de la Virgen María; todo esto es hacer mucho espiritualmente.
- (99) La eterna curiosidad importuna de los criados y mozos. No quieren cumplir con su deber de atender al visitante, que algún negocio lleva que ellos no tienen por qué conocer, pero si quieren satisfacer curiosidades con una gula mental que poco los honra.
- (100) Esa curiosidad grosera amenazaba pasar a mayores. Juan Diego decide sacrificar lo menos por lo más: trata de calmarlos para que no le abran su tilma, cosa que la Virgen no quería y les deja entrever que sólo son flores. ¡Temía ser aporreado y molestado físicamente? Es posible, pero lo que principalmente le importaba, era preservar el tesoro celestial de las miradas de los impertinentes; por eso obró así.
- (101) Los groseros criados se asombraron mucho: luego la existencia de aquellas rosas, en esos tiempos de muy rudimentaria y parca jardinería, era, por sí sola.. motivo de asombro.
- (102) La codicia y curiosidad de los insolentes servidores del obispo llega a un grado abusivo: quieren coger unas flores que no les están destinadas.
 - (103) He aqui un milagro en el que poco se ha

parado la atención, quizá porque fue sólo un milagro momentáneo y emergencial: las rosas desaparecían bajo los indignos dedos de los tales criados: siempre lo sobrenatural y divino se retrae y se oculta ante lo sensual y grosero.

- (104) La luz se hace en la mente del prelado: ahora comprende la razón de todo lo anterior y la santa insistencia del indito y recuerda que él mismo había pedido una señal.
- (105) Juan Diego viene ya triunfante pero no por ello se enorgullece. Su actitud es la de siempre, de respeto al prelado; también él es uno de los "sacerdotes amados de Nuestro Señor", le debe acatamiento y se lo rinde tan humilde como siempre.
- (106) Juan Diego hizo lo que le ordenó el obispo. Las palabras del obispo no habían sido una orden precisamente, sino casi una mera sugestión o salida; pero Juan Diego las considera como una orden, por dos razones: porque salieron de la boca de un obispo, sacerdote de primera calidad y rango, y porque se relacionan con una voluntad de la Madre de Dios y ésta sí es una orden y orden divina. Además, el indito tiene pleno y legítimo derecho a demostrar que cumplió tanto con los hombres, como con Dios.
- (107) Es de notarse que Juan Diego llama a la Virgen "su Ama"; lo es y de una manera muy especial; ¿no está él a su servicio en todo este negocio y aun para siempre? Juan Diego es buen informador: dice y trae a la actualidad toda su actuación en el asunto y natural y sencillamente elocuente, como quien tiene un gran fundamento interior, antes de entregar la señal pedida, da las justas razones que explican y anteceden necesariamente a esa entrega, realzándola como es debido.

- (108) Marca la condescendencia de la Virgen y el buen caso que Ella hizo de un recado del Jefe de la Iglesia, representante de su Hijo Divino. Juan Diego sabe interpretar con sencillez estas cosas altas pero claras
- (109) Exalta la bondad solicita de la Señora que al punto cumplió con la petición episcopal, aunque había sido genérica tan sólo.
- (110) Explica, como era conveniente, la forma en que la Virgen hizo su obra.
- (111) Especifica que esas flores celestes eran sólo para el Obispo y que sólo a él en persona debía entregarlas y que así lo hizo.
- (112) Esta explicación es completamente humana: Juan Diego bien sabía que se iba a tratar de un hecho insólito, pero él pasó sobre esta consideración, pues bien se le alcanzaba que estaba durante esos momentos situado en un plano de sobrenaturalidad y que se trataba de cosas milagrosas.
- (113) Al referir que él no dudó, no presume de su fe, sino que simplemente expone al mismo tiempo todo el sencillo panorama real del cerrillo y su aridez y el de su estado de ánimo: cosas ambas convergentes a la gran calidad milagrosa de los hechos.
- (114) Termina de describir este panorama y refiere que no hizo otra cosa que obedecer a los mandatos de lo alto.
- (115) Después de las dudas y sospechas, Juan Diego, el hombre leal y que no es capaz de engañar, demuestra ostensiblemente con los hechos, que ha sido veraz. Se conjugan aquí como ya las conjugó su Ama Divina la veracidad celestial y la veracidad humana, portadora y conductora de la primera.
 - (116) Ante hechos, no caben argumentos: ¡Aquí

están, recibelas! Queda pues patente toda la veracidad del suceso. Palabras breves pero de una elocuencia contundente.

- (117) Quieren algunos con estas palabras deducir que en aquel instante se hizo la estampación milagrosa en la tilma del indio. Ya antes expuse mis razones en contrario. El buen criterio se inclina a entender en estas frases que fue entonces cuando por primera vez se vió dibujada y apareció patente a los ojos de todos, la celestial imagen: antes, era un secreto que no debía ser develado sino hasta el momento conveniente.
- (118) Valeriano certifica que la tilma guadalupana es genuinamente la misma que se guarda en la ermita, o sea la misma físicamente que todos hoy veneramos.
- (119) El Obispo y todos los de la casa episcopal, atraídos estos últimos por la novedad y por los antecedentes, muestran su contrición y pena por no haber creído en un principio. Admiran la belleza sin par de la bellísima imagen al mismo tiempo que el gran favor del cielo.
- (120) La milagrosa efigie de la Virgen, en toda su hermosura, les arrebató el corazón. Ahí comenzó, robusto y cordial todo ese culto guadalupano perdurante hasta ahora.
- (121) El Obispo Zumárraga eleva su corazón al cielo y pide a la Madre de Dios perdón por sus dudas y vacilaciones de un principio. Es una actitud plena de sinceridad y de piedad de parte del venerable varón, primer jefe de la cristiandad en Nueva España.
- (122) La santa imagen es colocada provisionalmente en su trono primero, el altar del oratorio episcopal. La burda tilma, sobrenaturalizada, recibe el ho-

nor debido y la manta de Juan Diego, al mismo tiempo, es dignificada, dignificando al virtuosísimo embajador.

- (123) El Obispo detiene al indito en su palacio, tanto para agasajarlo un poco, por su calidad de enviado de la Virgen del Cielo, como conducto de una gran gracia de lo alto, como para tener tiempo de hacerlo relatar con toda calma y atención, las maravillas de que sólo él había sido testigo y que confirman, no solamente aquellos pristinos hechos mariales, sino toda la verdad de nuestra fe.
- (124) El Obispo no pierde el tiempo. Quiere al momento debido, que Juan Diego le muestre el lugar donde se ha de cumplir por mano de sus demás servidores y fieles, la voluntad de la Virgen María y Juan Diego es el guía obligado y único.
- (125) Da la conveniente solemnidad al caso, convidando a todos, es decir, a todos los del palacio episcopal y demás personas que quieran y puedan ir, a ponerse en marcha en aquella primera peregrinación guadalupana.
- (126) Juan Diego, apenas ve terminada su misión, modestamente quiere irse. Ya expliqué esta actitud del héroe guadalupano. Es pueblerino y quiere regresar a su pueblo; es pobre y quiere regresar a su vida de siempre, que es vida de pobreza; es modesto y recogido y busca la modestia y el recogimiento. Ahora tiene en qué emplear todo ello: en la meditación y admiración largamente rumiada y contemplada, de los prodigios del cielo que se abrieron en el lapso de breves días, ante sus viejos ojos de melancólico indio de 57 años. Ahora que ya él no tenía ilusiones ni alegrías en esta vida —casi nunca las tuvo— tiene la impensada felicidad de lo alto, anticipo de la eterna.
 - (127) Aunque Juan Diego tenía fe absoluta en

la Virgen, como siempre lo demostró, había motivos para querer ir a reunirse con su tío. Acaso ello le daba decoroso pretexto para inhibirse y huir de alabanzas y admiraciones humanas. Una actitud plenamente cristiana y recta.

- (128) Probablemente Juan Diego no dijo a nadie una palabra sobre la curación de Juan Bernardino que la Virgen le comunicara, pues este hecho era personal y privado y no se relacionaba sustancialmente con la tilma sagrada. Pero no lo dejaron ir solo, quizá por cortesía para con el indito, conducto de aquellas maravillas.
- (129) Es natural el asombro del anciano Juan Bernardino, dado que él no sabía gran cosa sobre los insólitos hechos del Tepeyac, sino únicamente lo que la Virgen le dijo cuando se le apareció a su vez.
- (130) La pregunta del covidente es completamente natural; además, es seguro que el tío sospechaba, desde la aparición de la Virgen en su choza y lo que Ella le dijo, cosas maravillosas con su sobrino.
- (131) La aparición en casa de Bernardino es confirmatoria de la del Tepeyac, fue una aparición personal, puede casi decirse que privada a Juan Bernardino y obrada para una cura milagrosa.
- (132) El relato del tío corrobora todos lo sucesos relacionados. Su aparición y cura milagrosa fueron el 12 de diciembre, poco más o menos a la misma hora de la última aparición tepeyacense, acaso unos breves minutos antes. La Virgen María, como persona plenamente resucitada y altísimamente gloriosa, goza en inmenso grado, inferior sólo a Cristo su Hijo, de los dones de la vida eterna; puede por tanto estar en dos sitios a la vez, simultáneamente y en completa perso-

nalidad, como puede trasladarse con la velocidad del pensamiento a cualquier lugar de la Creación.

- (133) La confrontación de las sendas apariciones. mediante la plática de tío y sobrino, demuestran que la Virgen se les apareció a ambos bajo un aspecto idéntico: unidad y armonía de los planes de Dios, de los que Ella es perfectísima colaboradora.
- (134) Exquisita cortesía de la Virgen: dar razón al tío sobre la tardanza del sobrino.
- (135) Juan Bernardino tenía que ser a su vez testigo y declarante de la aparición, para dar a ésta mayor crédito humano y garantizar más la fe de todos los futuros fieles.
- (136) Fue Juan Bernardino el depositario único del nombre de Guadalupe. Recuérdese la exposición que sobre ésto hice anteriormente.
- (137) Juan Bernardino, llevado ante la primera autoridad religiosa del país, atestigua plenamente todos los maravillosos hechos. Su ancianidad es un motivo más de respeto y de fidedignidad.
- (138) Un rasgo de bondad paternal de ese padre de los indios, como adecuadamente se le ha llamado. Si la Reina del Cielo los agasajó sobrenaturalmente, él quiere hacer lo mismo humanamente. Además, no todos los días encuentra un obispo a dos hombres que hayan visto y oído a la Virgen María. Conversa largamente con ellos y se hace referir una vez más y con los nuevos datos que el anciano aporta, la más deliciosa historia marial del Nuevo Mundo.
- (139) "Unos días... hasta que se erigió el templo". Esto corrobora en gran modo que la primera ermita fue abierta al culto, con la sagrada imagen sobre su pobre altar, el 26 de diciembre, si bien otros opinan que lo fue hasta principios del siguiente año. Si

Fray Juan de Zumárraga tenía prisa por localizar el sitio elegido por la Virgen, es creíble que también la tuviera por levantarle su templo. Esta fue una de las razones para que sólo fuese erigida una modesta ermitilla.

- (140) La Iglesia Mayor era la principal y episcopal de la Capital de la Nueva España y antecesora de la Catedral posterior. El traslado debe haber sido solemne y muy concurrido y se hizo todo ello para que el pueblo pudiera verla y venerarla, que eran los fines de la Virgen de Guadalupe.
- (141) Un suceso que era único en el Nuevo Mundo, no podía menos de conmover a toda la ciudad. La sociedad y el pueblo entonces eran bien cristianos y los indios moradores de la Capital habían sido de los primeros en la catequización tanto por estar más a mano de los frailes, como por ver el ejemplo de los españoles, reciamente fieles a su fe. La conmoción de los habitantes de la ciudad es alentadora y en esta actitud debemos ver el principio de todo el guadalupanismo multisecular que México heredó de aquellos que aquel día se conmovieron. Aun ahora, debíamos de conmovernos, por lo menos cada vez que vamos al Tepeyac.
- (142) Valeriano expone llanamente que el mayor motivo de maravilla para los creyentes del México de entonces, era que la imagen fuese de origen divino y que nadie de este mundo la hubiese pintado. Esto hace más incongruente e incomprensible la actitud de los silenciadores, como los frailes de entonces y como Sahagún que no supo de dónde nació esta devoción, simplemente porque no se cuidó de saber lo que todos los habitantes de la ciudad sabían perfectamente.
 - (143) El algodón, en la pobreza de aquellos tiem-

pos y dada la tan rudimentaria agricultura de los aztecas, era para los mexicanos lo que después fue la seda y lo que hoy son el lino o el nylon fino: un artículo de lujo. Esto explica por qué un indio pobre sólo usaba ropas de ixtle de maguey, fibra tosca y que estaba al alcance de todos.

- (144) Valeriano o quizá sus transcriptores, escriben ichtli; la escritura del náhuatl en letras europeas. apenas comenzaba. Además, es muy probable que esta grafía responda mejor a la pronunciación que los mexicanos daban entonces a aquella palabra.
- (145) Modo convencional de medir, cuando aún se desconocía nuestro actual sistema métrico decimal. El señor Marcué en su artículo (apéndice 4 de este libro), nos da las medidas exactas y la descripción muy justa de la santa imagen.
- (146) Bien dice don Alfonso Junco en el párrafo con que termino mi Capítulo 8: la Guadalupana es ante todo, en su aspecto exterior según la imagen que nos dejó, "mexicana", y el mexicano, sobre todo el del centro del país, es moreno por su descendencia etnográfica y por el suelo y clima: el hombre, se ha dicho es un producto geográfico. Una fineza más de la Virgen Guadalupana, al tomar el aspecto de semejanza al pueblo a quien se vino a dar como Madre.
- (147) Una descripción sencilla y exacta de la santa imagen hecha con su peculiar sencillez y claridad, por el cronista príncipe.
- (148) Esta corona de oro no es muy visible a la simple vista ni menos de lejos. Véase de nuevo el artículo del señor Marcué sobre este detalle.
- (149) El ángel de la Guadalupana es sólo un pedestal para la Reina de los Angeles.

(150) Termina el Relato de Valeriano con una observación muy adecuada.

Esta es Nuestra Señora de Guadalupe Madre de los mexicanos, pueblo tan necesitado por todos conceptos, del socorro maternal de la Bendita Virgen, Refugio de los Pecadores, Consuelo de los Afligidos y Auxilio de los Cristianos. El mexicano, hambriento siempre de bien, de felicidad, de paz, de amor, tiene acaso mayor necesidad espiritual que otros pueblos, más dotados de bienandanza material o menos sensitivos que el nuestro.

El pueblo mexicano por innúmeras razones ancestrales y por múltiples factores determinantes de su idiosincracia, es el hijito desvalido que ha menester más especialmente el socorro, la protección y el consuelo y hasta las caricias espirituales de una Madre llena de bondad. Por eso "flores apparuerunt in terra nostra": flores de alegría y de saudad para nuestras espinas, por eso la Virgen de Guadalupe —Dios aprobante y apoyante—, "non fecit taliter omni nationi", no hizo nunca favor tan dulce y tan materno a ningún otro pueblo.

APENDICE NUM. 3

CRITICA HISTORICA DEL EVANGELIO DE LAS APARICIONES, POR DON ANTONIO VALERIANO

El Cronista Príncipe de

LAS APARICIONES

(De un artículo del R. P. Marcos Gordoa, S. J.)

Jamás vio la historia transformación social y religiosa más estupenda, ni tan claro, risueño y esplendoroso alborecer de un pueblo.

El cual lleva ventaja a todos los demás de la tierra por haberle distinguido la Providencia, en la cuna misma, con peregrina intervención y raro privilegio, dándole una Imagen de María Santísima que tiene por origen remoto varias apariciones de la misma Virgen al indio Juan Diego y por causa próxima, un acto preternatural en cuya virtud sin que artista humano interviniera, quedó pintada en la tilma del indiezuelo una simbólica representación de la Inmaculada Madre de Dios, como prenda de celestiales

dones para los nacidos en este suelo, y para cuantos veneren, en este prodigioso trasunto, a la serenísima Reina del Cielo.

El hecho mismo de las apariciones, si bien en su causa excede las energias naturales (al menos en cuanto al modo), puede percibirse por los sentidos, y por consiguiente cae bajo el contraste de la reflexión y entra en la jurisdicción de la crítica histórica para investigar si real y verdaderamente aconteció como se dice. Porque quien lo vio pudo con pleno señorío de sus actos cerciorarse de que no padecía ilusión ni alucinación, y aquellos a quienes él refirió el hecho tuvieron medios sobrados para aclarar la realidad y darlo o no por verdadero e indubitable.

La relación contemporánea del suceso corre impresa y anda en manos de todo el mundo; pero conviene corroborarla demostrando que es auténtica y fidedigna.

La crítica histórica se reduce a acrisolar el testimonio humano, cuya fe, instintiva en el niño, se hace refleja en el adulto y científica en el historiador de verdad, que cuenta con métodos idóneos para depurar y certificar la objetividad de un testimonio.

Pues empecemos por el autor de la dicha relación, Antonio Valeriano, indio, emparentado con Moctecuzoma II, criado desde mozuelo en la escuela del convento de San Francisco, de México, y fundador, con otros muchos de sus iguales, del primer Colegio que hubo en América, establecido en Tlaltelolco en 1536 por los franciscanos. Florecía allí la espléndida cultura renacentista y el discípulo más aventajado del plantel fue Antonio Valeriano. De él dice Sahagún hablando de los gramáticos colegiales que le ayudaban en su escritorio: "el principal y más sabio fue Antonio Valeriano". Francisco Cervantes Salazar, humanista contemporáneo que trató con él, escribe: "no cede un punto a nuestros gramáticos; es muy versado en el conocimiento de la ley cristiana y por extremo aficionado a la elocuencia". Gobernó a los indios de la ciudad de México más de treinta y cinco años con gran aceptación y edificación de los españoles. Felipe II le honró con una carta laudatoria.

Nacido en 1516 (otros ponen 1524 ó 1526), en Azcapotzalco, habitó en Tenochtitlán desde 1526. El año de la Aparición (1531), contaba más de quince años, Alumno (1536) y más tarde maestro (1577) en Tlaltelolco, vivió a una legua escasa de la ermita del Tepeyac; amante de su nación, industriado en la historiografía por el propio Sahagún, hubo de averiguar muy de raíz las apariciones; él, indio y cristiano, filósofo y literato, hombre práctico y de gobierno, cuya cordura y discreción hacía fe en el Consejo de Indias, y cuya acuciosa diligencia se muestra en la descripción de la imagen hecha tan a menudo, que da el número cabal de las estrellas que tachonan el manto.

Esta primorosa relación sacó de molde en su lengua original el bachiller Luis Lasso de la Vega el año de 1649. La censura eclesiástica de la obra nos presenta al segundo testigo, el P. Baltasar González, de la Compañía de Jesús, rector del Colegio de Indios de San Gregorio. Mexicanista de nota, recopilador de anales y antiguallas indígenas, diestro entendedor de jeroglíficos y escrituras, amantísimo de los indios, juicioso y recto, que desempeñó en su orden cargos de gran peso y responsabilidad; requerido por la autoridad eclesiástica para dar su fallo acerca de un libro histórico, dice textualmente: "Hallo ésta -la relación— ajustada a lo que por tradición y anales se sabe del hecho". El testimonio es fehaciente y apodíctico; corría tradición del hecho; obraban en poder del testigo muchas y varias fuentes históricas, y tradición y anales confirmaban lo que Valeriano había escrito.

¡Y quién vio el original? En casa de su poseedor don Fernando Alva Ixtlixóchitl, lo vió y copió don Luis Becerra Tanco, sacerdote del Oratorio, tercer testigo de nuestra causa. El dueño del manuscrito era nieto, por parte de padre, de los reyes texcocanos y, por parte de la madre, lo era de Cuitláhuac, el penúltimo Emperador de México. Fue don Fernando historiador del reino de Texcoco y opulento allegador de mapas ideográficos, anales y poemas de la antigüedad. Volviendo al tercer testigo, de su probidad sin tacha responden los contemporáneos. De su competencia, podemos sentenciar por lo que él dijo de sí en documento, presentado en 1666 a jueces eclesiásticos que no se hubieran en modo alguno dejado echar dado falso: "Desde mi niñez entendí y hablé con propiedad la lengua mexicana, por haberme criado fuera de México, entre los naturales. Me perfeccioné en su inteligencia con el arte. En mi juventud fui señalado por lector de lengua mexicana en la Real Universidad, antes que hubiese cátedra, a pedimento de muchos estudiantes... Me perfeccioné en la inteligencia de la lengua mexicana con el ejercicio de ministro de doctrina por treinta y dos años, con el título de cura beneficiado, por La Majestad, de diversos partidos; he comunicado con indios hábiles y provectos. He conferido con ministros antiguos las cosas del gentilismo. Con muchos desvelos llegué a entender el cómputo de los siglos que usaban los indios en su antigüedad, con sus ruedas, números y pinturas en que se contenían sus historias". Testigo tan abonado afirma que sacó traslado de la relación de Valeriano, y a mayor abundamiento, que estaba respaldada con tradición unánime y documentación copiosa de mapas y anales. A rechazar testimonios como este, habría de recusarse también toda la historia.

Becerra Tanco fue el primero que puso en lengua castellana la narración de Valeriano, cuya traducción es la más conocida y divulgada.

El cuarto testigo es don Carlos de Sigüenza y Góngora, sacerdote, jesuíta un tiempo, admitido de nuevo en la orden al hallarse en paso de muerte. Merece el dictado de polígrafo; desde poesías archigongorinas hasta macizos tratados de matemáticas, en todo probó su ingenio con brillantísima fortuna. Pasma encontrar en las Indias Occidentales de Carlos II, hombre tan erudito y de tan buen juicio. Distinguióse particularmente en paleografía, pericia en antigüedades mexicanas y crítica tan certera y razonable -en estos asuntos- que puede ser tenido por el mejor. Su tesoro de antiguallas está encuadernado en veintiocho tomos. En muchas de sus obras refiere el prodigio de las Apariciones y de la Imagen como hecho cierto y averiguado, de todos conocido y comprobado por buen golpe de documentos irrecusables. Quiso nuestra fortuna que Sigüenza facilitase al P. Francisco de Florencia una traducción parafrásica de la relación de Valeriano, hecha por don Fernando Alva Ixtlixóchitl y que Florencia, además de confundirla con el original de Valeriano, asentase, al imprimir su obra, que el autor de la dicha relación fue Fray Jerónimo de Mendieta, Sigüenza rectificó el doble error y colmó las exigencias del crítico más avinagrado, confirmando su testimonio con juramento, "Digo y juro que esta relación hallé entre los papeles de don Fernando Alva que tengo todos, y que es la misma que afirma el licenciado Luis de Becerra en su libro haber visto en su poder. El original mexicano está de letra de don Antonio Valeríano, indio, que es su verdadero autor y al fin añadidos algunos milagros de letra de don Fernando, también en mexicano. Lo que yo presté al Rmo. P. Francisco de Florencia, fue una traducción parafrásica que de uno y otro hizo don Fernando y está también de su letra".

Así habla un edificante sacerdote, eruditísimo, profesor de la Universidad de México, encarnizado investigador de papeles viejos y conservador amoroso de archivos; que por entonces era el primum movens de la vida intelectual de la Nueva España y cuya fama trascendió hasta la corte de Luis XIV.

El quinto testigo sale del fondo de los valles alpinos, de la Valtelina, un hidalgo, caballero del Sacro Romano Imperio. Después de estudiar en Milán, milita en la guerra de sucesión de Polonia, reside en Viena, de Austria llega a Madrid y pasa a Portugal con letras comendaticias tan altas, que la Reina quiere nombrarle ayo de los infantes. Prefiere volver a Madrid y allí acepta un encargo de la condesa de Santibáñez, doña Manuela de Oca Silva y Moctecuzoma, para la Nueva España, y helo en México desde el año de 1736. En el siglo XVIII, el concepto de la Historia se desenvolvía de bien en mejor y toda persona instruida creía imposible la historiografía, a no reunirse las fuentes y discutirse de antemano la autenticidad de ellas. Era nuestro hidalgo don Lorenzo Boturini Benaduci graduado en achaques de heurística y de crítica, más los asuntos en que entendía le desterraban muy lejos de los encantados y fragosos domi-

nios de Clío. A pesar de lo cual, al ver la Imagen de Santa María Virgen de Guadalupe, oir su celestial origen y quedar preso de ardentísima devoción, fue todo uno. Decidió a entregarse con alma y vida a la investigación histórica del caso. Dióse al trato con indios y, pasados siete años de arduos viajes, de reñidos asedios o poseedores de mal componer, hizo una recopilación de manuscritos en veinte volúmenes y de pinturas, a granel, la mejor que de asunto guadalupano se haya hecho nunca, si bien recogia el investigador toda clase de piezas que la suerte le deparase. Hallándole el Virrey falto de expedientes oficiales para ejecutar la coronación de la Imagen de Guadalupe, que le había otorgado el Cabildo de San Pedro, de Roma, la real mano le confiscó el fondo de archivos: le encarceló durante ocho meses: le deportó a España en tan aciaga coyuntura, que cayó en garras de corsarios ingleses, de las cuales escapó apenas con vida. Fernando VI le rehabilitó nombrándole Historiógrafo de las Indias. Mas no logró recuperar sus tesoros. De tamaña opulencia sólo quedan algunas reliquias desparramadas por México, España y Francia; en el Archivo de Indias de Sevilla... el flamante inventario de aquellas preciosas joyas, no catalogadas de una en una, sino por docenas de rollos de mapas. A despecho de tal estrago, nos resta un fragmento del ensayo en que Boturini expone treinta y un fundamentos de la Aparición. Sólo se lee el primero que, por dicha, versa sobre la fehacencia de la relación de Valeriano. El mismo Boturini compuso en latín de la época, tornátil y remilgado, una relación que reproduce, en substancia, el Nican Mopohua. Deduzcamos. La actividad tan intensa, ilustrada y bien dirigida de un historiógrafo de primer orden, vino a condensarse

y reducirse a este categórico dictamen: la relación de don Antonio Valeriano es auténtica.

Merced a esta no interrumpida cadena de testimonios, podemos reconstruir la historia de la relación original. Escrita de puño y letra de Valeriano, vino por herencia a manos de don Fernando Alva (h. 1568-1648); de él hubo el manuscrito su hijo don Juan Alva Ixtlixóchitl, quien se lo regaló a don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), el cual, al morir, legó este y otros documentos encuadernados en veintiocho tomos, al Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en México. Expulsados los jesuítas de los dominios españoles por Carlos III, en 1767, los papeles de Sigüenza pasaron a la Universidad de México. de donde se los llevó el general Scott, en 1847, a Wáshington. Allí los vio, en el Ministerio de Estado, don Luis de la Rosa, embaiador de México.

De entonces acá, los investigadores no han podido hallar el codiciado manuscrito.

Pero esta razón no vale para negar la existencia de la obra. Los cuatro testigos que la abonan, hacen fe; recusarlos, sería torcer y quebrantar los principios de la crítica. El testimonio de todos cuatro asegura irrefragablemente la verdad de las apariciones que tenían conocida además por otras fuentes; pero ahora nos ceñimos a la testificación de la existencia del documento: hubo una relación de las Apariciones escrita por un contemporáneo digno de crédito. Al P. Baltasar González se le debe creer que poseía y leyó anales y mapas donde se narraba lo contenido en el libro de Lasso. Por infantil y cándido que fuese Becerra Tanco, se le debe creer que copió el autógrafo de Valeriano y que lo mismo hizo Lasso. Por endeble que se juzgue la crítica de Sigüenza y Góngora, se le

debe creer su testimonio jurado; que estaba en su poder el escrito hológrafo de Valeriano porque el insigne Paleógrafo no jura que se apareció la Virgen ni que ello se demuestre históricamente; jura que poseía el escrito auténtico de Valeriano. A Boturini le señalan todos por tan feliz y aventajado en la ciencia diplomática, cuanto menos hábil y sin ventura en la síntesis y composición de la historia; se le debe creer que conoció el documento príncipe de la historia guadalupana.

Hoy día está probado que todas las historias impresas de 1648 acá, provienen de la relación de Valeriano, la cual, según afirma Sigüenza y Góngora, llevaba añadida la de muchos milagros atribuidos a la Virgen del Tepeyac, compuesta quizá por Alva Ixtlixóchitl. Sigüenza sólo dice que están escritos de mano del noble Anticuario. Del hológrafo de Valeriano se sacaron cuatro copias en lo substancial contestes, la que imprimió Lasso de la Vega en 1649, la de Becerra Tanco, la cual publicó añadiendo algunas glosas en 1672; de la tercera queda rastro de cierto fragmento vuelto en castellano por Tapia y Zenteno en 1776; de la cuarta da noticia otro fragmento más largo que el susodicho, puesto en romance por don Joséph Julián Ramírez hacia (1765-72). De la versión parafrásica ya mencionada, de Ixtlixóchitl, proviene el libro del Dr. Miguel Sánchez dado a las prensas en 1648, y la Estrella del Norte, del P. Florencia, estampadas en 1688. Boturini mandó hacer una traducción de las Apariciones, según el texto náhuatl de Lasso, de la cual traducción podemos leer dos copias: la una se guarda en la Basílica del Tepevac y se imprimió en 1894; la otra se halla en la colección llamada de Aubin. Finalmente, en 1931 el Lic.

Primo Feliciano Velázquez publicó, traducida, con abundantes notas filológicas, toda la obra de Lasso, la cual consta: 1, de la relación de Valeriano; 2. de la de varios milagros; 3 y 4, de prólogo y epilogo escritos en lengua mexicana por Lasso, a quien hoy llamaríamos simplemente editor.

Quien leyere la relación auténtica de Valeriano, la juzgará por obra histórica; da por sucedidos los hechos que narra; puntualiza las fechas y los días de las apariciones; el 12 de diciembre de 1531 fue martes; se refiere a un personaje histórico, el entonces Obispo Electo de México; está exenta de anacronismos y, en resolución provoca en el leyente espontáneo y seguro convencimiento de que el autor intenta comunicarle una realidad histórica. Si leyendo, leyendo, alguien le soplase al oído; lees un coloquio, un auto o misterio, obrillas dramáticas a que los indios eran aficionadísimos, replicaría el lector, amigo, o no lees lo que leo, o desatinas.

Como buena parte de los papeles escritos en aquellas edades, el de Valeriano, que sepamos, no lleva fecha; por tanto, no consta cuándo se escribió. Mas, en tales contingencias, la crítica histórica se aventura a conjeturarlo y llega a las veces a averiguarlo con certeza moral, a las veces alcanza grados de probabilidad más o menos firmes. Para ello escudriña el crítico el contenido y las cualidades, lo intrínseco, de la obra. Pues en ésta de que tratamos, suena una tal casticidad de la lengua náhuatl, que no pudo sino aprenderse en hogar indígena, cuando apenas llegaban, quizá antes de que llegaran los españoles. Vocablos, frases y construcciones son de habla no contaminada con la de los conquistadores; la misma en que van escritos la Leyenda de los Soles (1558) y los

Anales de Cuautitlán (1570), ambas obras compuestas por los primeros colegiales de Santa Cruz. Cotejada la relación de las Aparaciones con el relato de los milagros, resalta ya la diferencia y salen al paso hispanismos lexicográficos, fraseológicos y sintáxicos. Mucho más sobresale la exquisita pureza de la lengua, si viene a parangón con la que usa en su Relación Mercurina, fechada en 1713, don Joseph Antonio Pérez de la Fuente.

El primor de la composición y estilo manifiestan un ingenio educado en aquel primero y no bastardeado humanismo que ennoblecía las universidades de la Península al empezar el siglo XVI. Por cierto, que el renacentismo de los Nebrijas y Pincianos se concertó con la filial ternura y devoción de la Madre de Dios y con el amor patrio más fino, para cincelar en la dulcísima lengua náhuatl la obra maestra del clasicismo azteca, la Rosa de Oro con que el alma indígena correspondió a los amores y caricias de la Reina del Cielo.

Suele decirse que esta relación se compuso por los años de 1550, fecha, a nuestro ver, demasiado tardía. Atreviéndonos a rastrearla y particularizarla por nuestra cuenta y por los indicios del texto mismo, primero, hallamos que el autor la expresa no en guarismos, sino en aquella afirmación contenida en el título Nican Mopohua, "se apareció poco ha" y luego en el primer renglón dice que la aparición fue diez años después de tomada la ciudad de México, o sea en 1531. Todo el punto está en estimar por años el valor de ese "poco ha", los cuales, añadidos a 1531, nos darían la fecha deseada. Ahora bien, la obrita se escribió cuando ya había en Cuautitlán convento de franciscanos y cura de almas. En 1538 los indios de

esta ciudad, muy populosa entonces, lograron del provincial, con grandes demostraciones de dolor, no les quitasen los frailes que vivían allí de asiento; luego se habían establecido algún tiempo antes, pongamos el año de 1535. Cuautitlán (junto con Tepotzotlán), fue la primera población evangelizada por el convento de México. Si, pues, Valeriano escribió alrededor del dicho año, el "poco ha" equivale a cuatro años; si después de 1538, a siete años, lo cual quizá es excesivo para el "poco ha". Porque más abajo dice de Zumárraga: "el prelado que muy poco antes (de la Aparición), había venido". Como esto sucedió el 6 de diciembre de 1528, para el autor, "muy poco ha", equivale a tres años menos tres días; por consiguiente, el año de 1538 no justifica el "poco ha". Segundo: la obra se escribió cuando va había mudanza en la indumentaria de los macehuales; no porque la capa de Juan Diego no haya sido de algodón, sino porque, al describir el ayate de ixtli (filamento de maguey), el autor hace recuerdos de lo pasado. Tal mudanza fue muy rápida; en el códice de Tlaltelolco, anotado por Barlon, los caciques acompañantes del Virrey de Mendoza a la guerra del Mixtón (1541), visten ya en parte a la española. Tercero: tiene su dificultad aquella cláusula; "y se llamaba don Fray Juan de Zumárraga", la cual, a primera faz, supone que escribió Valeriano después de 1548, en que murió el Arzobispo; y si es así habían corrido diecisiete años desde 1531, lo cual es de todo en todo incompatible con el "poco ha". Siendo Valeriano excelente escritor y egregio humanista (latino), antes de ahijarle tal incoherencia o distracción, es de considerar si el pretérito imperfecto "se llamaba", vale por un presente. En las lenguas helenística y latina de la misma época es común la

equivalencia: el escritor, abstrayendo del tiempo presente, sólo piensa en los futuros lectores y usa de la forma verbal (imperfecto), con que ellos expresarían lo que para el escritor es presente. Valeriano, pulido autor de cartas latinas, había leído en las de Cicerón, por lo menos, el imperfecto llamado epistolar cuyo valor gramatical harto se le alcanzaba. Quizá añadió al relato ya escrito, la susodicha cláusula, después de muerto Zumárraga; pero tal conjetura carece de fundamento mientras el original no se compulse. Parece que Valeriano conservó la lucidez de su ingenio hasta la edad caduca; pero la relación de las Apariciones trasciende a primavera. Como quiera que sea, la obrita se compuso en la primera mitad del siglo XVI más probablemente que en la segunda, por autor contemporáneo y apto sobremanera, que deslindó, a no dudarlo, el asunto consultándolo tal vez con Zumárraga y sentándose a cuentas con Juan Diego y con Juan Bernardino.

Si la gloriosa Madre de Dios se dignó escoger al macehual humilde y sencillo para manifestarse al Nuevo Mundo, también hizo elección de un indio noble cuyas letras, sabiduría y autoridad asegurasen a las generaciones venideras la certidumbre del prodigio Guadalupano.

Montezuma, N. México, abril 10. de 1945.

M. Gordoa, S. I.

APENDICE NUM. 4

COMO ES NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MEXICO

Por Alfonso MARCUE GONZALEZ

Al iniciar estos breves apuntes sobre el sagrado lienzo donde originalmente quedó estampada MARA-VILLOSAMENTE la venerada Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, en México, cuya descripción está basada en las observaciones realizadas a través de la fotografía, es conveniente el fijar nuestra atención en las notables características de la Tilma o "Ayate" donde está el celestial retrato de la Patrona de América e Islas Filipinas.

Es un detalle básico que, unido a la descripción de indole artística del portento guadalupano, estoy completamente seguro de que concentrará el interés de todos los guadalupanos de nuestra Patria y, también, el de los pueblos hermanos del Continente, y aun del mundo entero.

La tilma de Juan Diego es un pobre ayate, en la apariencia, algo tieso y bien tejido a mano, con fibras de una de las plantas clasificadas con el nombre de Agave, vocablo que en griego significa "admirable",

originario del altiplano de México, donde es conocido

por maguey.

El ayate donde quedó estampada milagrosamente la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, mide: considerando la superficie plana, pero sin tomar en cuenta las partes dobladas en los cuatro extremos del bastidor, donde está restirada la tela; 105 centímetros de ancho, por 168 centímetros de largo o altura.

El bastidor donde está restirado el AYATE o manta, prenda que le sirvió a Juan Diego como capa y conocida como tilma, es de madera de cedro, y consta el marco que lo forma de cuatro tiras y dos más horizontaltes que sirven para que el cuadro se mantenga sin flexionarse.

Las huellas que se observan en todas las fieles reproducciones fotográficas, son una prueba de la existencia en nuestros días, de esas tiras, que yo mismo he tocado con mis manos varias veces.

El rostro de la celestial Imagen de María Santisima, mide: considerando una linea ligeramente inclinada hacia la izquierda, desde el cabello que termina a la derecha, en determinado punto de la barbilla, 16 centimetros

Otra línea recta, pero en dirección horizontal que, atravesando por la nariz toma a la izquierda del carillo y que termina la dicha línea del dibujo en la parte baja, a la altura de la oreja izquierda del rostro de la Imagen, es de: 11 centímetros.

El cuello mide 9 centimetros en linea recta horizontal, trazo inmediato a la túnica rosada, bajo la barbilla a la izquierda desde el pelo, terminando en el galón dorado del manto.

Las manos, medidas desde la punta de las uñas a las muñecas, en linea recta, son de: 14 centimetcos.

Otra línea horizontal, bajo la felpa rosada de los puños, abarcando los extremos del manto, es de 55 centímetros.

Los extremos de los cuernos de la luna, en línea recta horizontal son de: 62 centímetros.

El rostro del ángel que está a las plantas de la celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe es, desde su oreja derecha en línea recta al extremo izquierdo, de 8 centímetros.

Las alas, en la parte visible, las más largas, de color púrpura, en ambas puntas, son de: 60 centímetros. Y las ocultas miden, hasta sus extremos, 72 centímetros.

Considerando otra línea horizontal, medida de des do a dedo del ángel, es de: 37 centímetros.

La corona, que en realidad existe sonte la parte superior de la cabeza de la Imagen Guadalupana, sobre el manto azul, es de: 16 centímetros; y de 6 centímetros es la medida de altura de los picos.

Nuestra Señora de Guadalupe, tiene de altura, medida escrupulosamente, desde la parte superior de la cabeza, sobre el manto azul-verde mar, a 14 punta de la sandalia, 143 centímetros.

Estas medidas fueron sucesivamente rectificadas en tres ocasiones, y estando la Imagen libre del cristal que siempre la protege; la última vez ratifiqué estas mismas medidas la noche del jueves 21 de marzo de 1946, en ocasión de haberse sacado una fotografía que más tarde sirvió para imprimir los cromos más fieles en colorido que se han hecho de la Sagrada Imagen Original, en ocasión de haberse celebrado el 250. Aniversario como Abad, del Ilustrísimo Monseñor Feliciano Cortés y Mora al frente de la Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, en

el Tepeyac. Conservo, con intención de no usarlo para otra cosa que no sea el medir nuevamente el Ayate de Juan Diego, la cinta metálica (metro) que esas ocasiones sirvió para tal objeto.

La tela, como he dicho antes, mide: 105 centímetros de ancho por 168 centímetros de largo, y está
completamente cerrada, sin abertura al centro, como
"Jorongo o Ruana" —formando una sola pieza, y cuya trama y color crudo, semeja al cotense, de ahí el
nombre que se le ha dado de AYATE.

Nuestros ancestros consideraban esta prenda como parte de su vestimenta. Las dos piezas que la componen, están cosidas con hilo delgado del mismo material, que no sólo ha resistido el peso y tirantez de las dos piezas, sino el embate de innumerables pinturas, medallas y rosarios, con que los devotos solían tocar la Santa Imagen.

Toda la obra está ejecutada con una técnica especialísima desconocida hasta hoy, pero tiene alguna semejanza a las pinturas tratadas al temple. No tiene aparejo ninguno, ni imprimación más que el cuerpo que los mismos colores le dieron, tupidos e incorporados con los hilos toscos por naturaleza que, debido a su misma "grosedá y aspereza", de ninguna manera es capaz para poder pintar en él; no obstante, en nada daña el asiento de los colores que parecen provenir del zumo de las flores, dando viveza y realce a los matices, que no se han alterado a través de más de cuatro centurias.

Evidentemente, durante el transcurso de los siglos, el Sagrado Original, que se conserva en la Basílica de Guadalupe, ha sido objeto de leves retoques, hechos seguramente con un sentido equivocado de piedad, los que por fortuna no han afectado, en lo fundamental, a la estampa original, aunque sí pueden haber dado lugar a que el notable pintor don Miguel Cabrera, confundiera los retoques y "otros modos o estilos" de pintura aplicados después, calificándolos como primitivos. Artísticamente la figura de la Soberana Señora es de una perfección admirable. Nos representa a la Santísima Virgen María en el Misterio de su Inmaculada Concepción.

El conjunto es hermosísimo, de originalidad única en el mundo. Como antes anoté, mide la Sagrada Imagen, 143 centímetros desde la cabeza a la punta de la sandalia. El rostro, de óvalo perfecto, es de una tonalidad rosada en fondo gris, combinación que produce, vista la Imagen a lo lejos, la impresión de un color grisáceo rosado.

Los ojos, de rasgos perfectísimos, tienen tal expresión de pureza y dulzura que arrebatan y encantan. La nariz es perfecta. Y la boca, de labios delgados que parecen sonreir, es inimitable. Al bellísimo rostro lo enmarca negra cabellera que a la distancia parece mancha; pero, si se ve de cerca y al través de un cristal de aumento, aparecen hasta los sedosos cabellos.

La túnica caudal que la viste y que en graciosos pliegues desciende hasta los pies, es de color rosa acarminado, que no han podido nunca copiar; es así como color rosa seca, pero brillante. Raras flores de oro finísimo bordan su túnica, sombreadas sus delgadísimas líneas doradas por otras aún más finas, de color rosa quemado, que dejan asomar el pie izquierdo, por debajo de la punta de la cauda que sostiene el ángel que está a sus plantas.

El manto es de un color azul verdoso, tal como se ve a ciertas horas el agua del mar; y la cubre modesta-

mente desde la cabeza, bajando en caprichosos pliegues que dejan ver el revés del manto, de un color azul más pálido. Está orlado el manto de un galón de oro y salpicado de estrellas, también de oro, en número de cuarenta v seis.

Como escabel de sus plantas tiene la Soberana Señora, una media luna de color oscuro; y todo el conjunto está sostenido por un ángel de alas desplegadas y de bellísimo rostro que revela la inocencia de un niño, y hace pensar en la felicidad de la gloria.

Las plumas superiores de las alas del ángel, son de un azul plomizo y un azul pavo engrisado; las plumas del centro son: las superiores que son grandes, de un gris claro, con tendencias ligeramente verdosas: las plumas centrales inferiores son gris claro con tendencia amarillenta; y las plumas inferiores son de una tonalidad roja de tendencia púrpura engrisada.

Un sol de variados tonos que van desde el rojo indigo y que decoran blancas nubes, pasando por el anaranjado y el amarillo hasta el blanco reverberante, que toca la figura de la Virgen, formándole magnífico fondo sobre el que brillan rayos dorados que en múmero de ciento veintinueve, la circundan. Las nubes que enmarcan tan celestial conjunto, son de un blanco pastoso desleído en colores grises y azulados.

Al lado izquierdo del cuadro se nota, en la parte superior, una mancha semejante al rastro que deja una gotera al caer sobre el muro; y gotera fue, pero no de agua, sino de ácido sulfúrico que por un descuido del platero, que antes de que estuviera protegida la pintura por el cristal, limpiando el marco de oro, que ya desde entonces tenía el cuadro, se derramó, dejando sólo la mancha que patentiza un verdadero milagro; pues el ácido sulfúrico, que destruye hasta el cuero más resistente y que muerde el cobre y el acero, perdió la fuerza corrosiva al tocar la frágil tilma de Juan Diego.

La Sacrosanta Imagen Original de Santa María de Guadalupe, en la actualidad, presenta características muy notables que permiten realizar estudios comparativos.

Los resultados obtenidos por medio de la refracción de la luz sobre placas fotográficas, han sido altamente satisfactorias; y gracias a este procedimiento, se ha descubierto, que bajo la capa de pintura blanca que rodea el contorno de la Imagen, aparecen huellas originales, como ya son visibles a la simple vista, en las alas del ángel.

También se ha logrado el máximo detalle y equilibrio en reproducción fotográfica a color y también en la valorización correcta en la escala de grises.

Se ha copiado la Imagen usando placas especiales de rayos X resultando lo que se esperaba. El trazo del dibujo aparece intensamente bajo líneas muy negras, como si se hubiera proyectado en la manta. Al amplificar fotográficamente esas líneas, los trazos aparecen difusos, distintos a otras líneas trazadas posteriormente sobre el original.

La fotografía ha logrado copiar los colores originales con toda fidelidad y nitidez, y opaco en las zonas retocadas.

Ultimamente la potente cámara fotográfica que se utilizó para la toma de ciertas placas, al revelarlas se descubrió entre lo ennegrecido del lienzo y precisamente en el lugar de la corona, los lineamientos de unos rayos y una faja de oro, que no se aprecia a simple vista; pero que, fijándose bien, esa faja de oro evidentemente une los rayos que forman la diadema

que se ve en casi todas las reproducciones pictóricas antiquas.

¡Con cuánta razón llamó la Santidad del Papa León XIII "admirable Imagen" al celestial retrato de Santa María de Guadalupe estampada maravillosamente en la tilma de Juan Diego! Porque a la verdad no hay en él nada que no sea digno de admiración, y a medida que se le observa y se le estudia, materialmente hablando, algo nuevo y sorprendente se descubre en él. Y ya no digamos nada de la impresión espiritual que se recibe al contemplarlo de cerca o de lejos, bajo tal o cual luz. Poetas, músicos, pintores, escultores, gente de exquisito y acendrado temple intelectual, han sentido ese no sé qué emanado de lo que está más allá de las fronteras del espacio y del tiempo.

En cada línea finísima, en cada pliegue de la rosada túnica o del manto sembrado de estrellas: en el colorido inimitable, en la regia postura y sobre todo en la inefable expresión del rostro de esta Imagen del Cielo, que se sintetiza en una mirada de dulzura y en una sonrisa de amor, hay siempre algo para nuestra admiración y nuestro éxtasis. Es, en verdad, una inefable hermosura siempre antigua y siempre nueva.

Por eso no me he sorprendido por lo que se afirma ahora, acerca de la visión de un busto humano que se refleja en la córnea de los apacibles ojos de la Virgen Inmaculada del Tepeyac.

Quienes, por su profesión de pintores, dibujantes, fotógrafos, etc.; y por su dedicación a determinados trabajos de carácter guadalupano habían venido escrutando, investigando, estudiando a base de observaciones progresivas sobre originales fotográficos sin retoque, tomados directamente del Sagrado Original, pudieron llegar, a base de paciencia. a la meta de ese descubrimiento.

En el proceso de observación y revelación de ese detalle que viene a dar nuevo valor de convicción sobre su origen sobrehumano a la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, han participado meritoriamente varias personas.

Sobre este particular, en el que caben las deducciones naturales o lógicas, no puede entrar aún la evidencia, pues afirmo que la superficie de la tela donde está impresa la milagrosa Imagen, impide una reproducción fotográfica nítida y detallada de la figura que en realidad se mira en los ojos de la Virgen.

Se recordará que en una transmisión electrónica efectuada el 11 de diciembre de 1955 se dió a conocer al teleauditorio de la ciudad de México esta maravilla de la visión del busto en los ojos de la Santísima Señora del Tepeyac.

Me he permitido transcribir la siguiente opinión especializada del Dr. Javier Torroella Bueno, oculista y médico cirujano, que da fuerza a estas afirmaciones y aproxima una explicación científica sobre las mismas. El documento dice así:

"Si tomamos una fuente luminosa y la ponemos frente a un ojo, veremos que es reflejada por él; el lugar a donde se refleja y que nosotros vemos, en la córnea, ya que en el ojo sólo se pueden reflejar las imágenes en tres lugares (imágenes de Samson Purkinje) o sean la cara anterior de la córnea, la cara anterior del cristalino y la cara posterior del mismo.

"Los caracteres de estas imágenes son los siguientes: la imagen de la cara anterior de la córnea es más brillante, es derecha. La segunda imagen, es decir de la cara anterior del cristalino, también es derecha, pe-

ro menos brillante, y la tercera es invertida y poco luminosa. Para poder observar estas dos últimas imágenes es necesario que la pupila esté en midriasis, ya que se encuentran atrás del iris.

"La imagen de la Virgen de Guadalupe que se me ha dado para su estudio, se encuentran en la córnea los reflejos.

"Si tomamos un pedazo de papel de forma cuadrada y lo ponemos frente a un ojo, nos daremos cuenta de que la córnea no es plana (ni esférica tampoco), ya que se produce una distorsión de la imagen de acuerdo con el lugar donde está reflejada.

"Si alejamos ese papel notaremos que aparecen en el lugar contralateral del otro ojo; es decir, si una imagen se está reflejando en la región temporal del ojo derecho, se reflejará en la región nasal del ojo izquierdo.

"En las imágenes en cuestión están perfectamente colocadas de acuerdo con esto; la distorsión de las figuras también concuerda con la curvatura de la córnea".

Este interesante documento fechado el 26 de mayo de 1956, corrobora aún más todo lo dicho sobre lo sorprendente, maravilloso y magnificente del descubrimiento del busto reflejado en los ojos de la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Es más, desde el año de 1929 personalmente yo lo venía observando a través de negativos fotográficos pero, por indicación del Ilustrísimo Sr. Abad Feliciano Cortés, tuve que guardar reserva, esperando seguramente mayores oportunidades para darlas a conocer posteriormente, como ahora lo afirmo categóricamente sin lugar a duda. Naturalmente que todo lo dicho queda sujeto, sin prevención de ninguna especie, al juicio y mandato

de las Autoridades Eclesiásticas, encargadas de pronunciar la última palabra sobre este apasionante asunto.

Finalmente, para que conste, copio a la letra un nuevo y valioso testimonio relacionado con el mismo asunto:

"Invitado que fui por el Sr. Alfonso Marcué González, a observar en el original de la Imagen de Santa María de Guadalupe las características de una figura de contornos humanos en los ojos de la Virgen, doy a conocer por propia voluntad, lo que captaron mis sentidos al respecto:

"Por observación ocular del hecho, comprobé lo antes dicho por el Sr. Dr. Javier Torroella, que en la córnea del ojo existen los reflejos y que la imagen aparece distorsionada y en el mismo sitio que en el ojo normal humano. Pero al hacer dicha observación percibí que la pupila del ojo emite los reflejos de la luz que la baña.

"No conforme con la simple apreciación ocular, el día 23 de julio del presente año hice una segunda observación provisto de Oftalmoscopio.

"Cuando se dirige la luz de este aparato a la pupila de un ojo humano, se ve un reflejo luminoso brillante en el círculo externo de la misma; siguiendo ese reflejo y cambiando los lentes del oftalmoscopio en forma adecuada, se obtiene la imagen del fondo del ojo.

"Al dirigir la luz del oftalmoscopio a la pupila del ojo de la Imagen de la Virgen, aparece el mismo reflejo luminoso, y siguiéndolo la pupila se ilumina en forma difusa dando la impresión de oquedad.

"Este reflejo se aprecia en todos los sentidos en que se dirija la luz, es brillante, viéndose en todas las distancias que alcanza la luz del aparato, y con los distintos lentes del mismo

"Este reflejo es imposible de obtener de una superficie plana y además opaca como es dicha pintura. Pero el fenómeno se efectuó.

"Pongo lo antes dicho a la disposición del Sr. Alfonso Marcué González, para los fines que juzque convenientes.

"En la Ciudad de México el día veintiséis de julio de mil novecientos cincuenta y seis. Dr. Rafael Torija Lavoignet, Médico Cirujano". Rúbrica.

La Imagen de la Virgen Santisima de Guadalupe que se venera en la Basilica del Tepeyac, en México, es sobrenatural en su origen, milagrosa en su admirable conservación, y que forma la prenda más grande de amor que haya dado al mundo la Madre de Dios.

"Bien se pueden repetir las dulces palabras de nuestro amantísimo Padre el Papa Pío XII que dijo: "...A las orillas del lago de Texcoco floreció el milagro: en la tilma del pobrecito Juan Diego, pinceles que no eran de acá abajo, dejaban pintada una imagen dulcísima "que la labor corrosiva de los siglos maravillosamente respetaría. ¡Salve oh Virgen de Guadalupe, Emperatriz de América y Reina de México! Nos, colocamos hoy de nuevo sobre tus sienes la corona que pone para siempre bajo tu poderoso patrocinio la pureza y la integridad de la santa fe en México y en todo el Continente Americano; porque estamos ciertos de que mientras tú seas reconocida como Reina y como Madre, América y México se han salvado" (Pío XII, 12 Octubre 1945). De su mensaje radiado a todo el mundo y escuchado en el interior

de la Basílica, en el Cincuentenario de la Coronación del sagrado original.

Y pregonar, ante la faz de todos los pueblos de la tierra, con todo el entusiasmo de nuestros corazones, lo que pronunció el inmortal Pontífice Benedicto XIV "No ha hecho cosa igual con ninguna otra nación".

APENDICE NUMERO 5 CRONOLOGIA GUADALUPANA

Año de 1474 (Día y mes inciertos)

Nace Juan Diego (Cuautlatóhuac) en Cuautitlán, estado de México, 18 años antes del descubrimiento de América por Colón; 1492. Reinaba en México-Tenoxtitlán el emperador Ahuízotl, tío de Moctezuma II.

Año de 1523.

Llegan a México los doce primeros frailes franciscanos, evangelizadores de la Nueva España. Ellos fueron Fray Martín de Valencia, Fray Francisco de Soto, Fray Martín de la Coruña, Fray Antonio de Ciudad Rodríguez, Fray Toribio de Benavente (Motolinía), Fray García de Cisneros, Fray Luis de Fuensalida, Fray Juan de Rivas, Fray Francisco Jiménez, Fray Andrés de Córdoba, Fray Juan de Palos y Fray Pedro de Gante. Fundan la iglesia y convento de Santiago Tlaltelolco.

Año de 1524; día y mes ignorados.

Es bautizado Cuautlatóhuac junto con su mujer y

se les imponen los nombres cristianos de Juan Diego y María Lucía, por Fray Toribio de Benavente (Motolinía, como los indígenas lo llamaban). Juan Diego tenía 50 años de edad. No existe su acta de bautizo, pero el sitio debe haber sido el templo de Tlaltelolco.

Año de 1529.

Muere María Lucía, esposa de Juan Diego, en Cuautitlán. Juan Diego queda viudo a la edad de 55 años.

9 de diciembre de 1531, sábado, hacia las 5 de la mañana.

Primera aparición de la Virgen a Juan Diego en la cumbre del cerrillo de Tepeyac o Tepeyácac (que significa "en la nariz o extremo de la sierra"). Juan Diego tiene 57 años. El mismo día por la mañana, Juan Diego transmite el recado de la Virgen al Obispo Fray Juan de Zumárraga, en el Palacio Episcopal de México.

9 de diciembre de 1531, hacia las 5 de la tarde.

Segunda aparición de la Virgen a Juan Diego en el mismo sitio del Tepeyac. Juan Diego le refiere el fracaso de su misión ante el Obispo.

10 diciembre 1531, domingo, hacia las 12 del día.

Tercera aparición de la Virgen a Juan Diego, casi seguramente en el mismo sitio del Tepeyac. El mismo día en el curso de la mañana y antes de esta aparición, Juan Diego había entrevistado al Obispo Zumárraga en el Obispado, por segunda vez; el Obispo le había pedido una señal convincente de parte de la Virgen.

11 diciembre 1531, lunes.

Ausencia de Juan Diego del Tepeyac, por la enfermedad de su tío Juan Bernardino. No hubo aparición.

12 diciembre 1531, martes, hacia las 6 de la mañana.

Cuarta aparición de la Virgen a Juan Diego, cerca del manantial (el Pocito). Camina con él unas 65 varas (como 50 metros) hasta donde estaba un árbol: "Quauzahuatl", hoy dia llamado cazahuate. Junto al árbol espera a Juan Diego que sube a la cumbre del Tepeyac donde antes la había visto, a recoger las roas. El árbol estaba donde hoy se halla la sacristía Parroquia Arciprestal de la Villa de Guadalupe.

'531, hacia la misma hora, 6 de la ma-

re a Juan Bernardino en dándole al mismo ` por ella a la ese instante aparece la imagen de la Virgen de Guadalupe en la tilma del indígena. Primera manifestación de la sagrada Imagen.

14 diciembre 1531.

Juan Diego va con el Obispo y le muestra el sitio donde la Virgen María desea que se le edifique un templo.

26 diciembre 1531, (o menos probable), 7 febrero 1532.

Translación de la Imagen milagrosa a su primera ermita (Ermita Zumárraga), construída en el preciso lugar que señaló Juan Diego, según indicación de la Virgen María. Este lugar es donde la Virgen aguardó a Juan Diego que subía por las rosas a la cumbre del Tepeyac. Los cimientos de esa primera ermita están bajo el piso de la sacristía de la Parroquia de la Villa de Guadalupe. El mismo día, durante la procesión de traslado de la Sagrada Imagen, primer milagro guadalupano al resucitar la Sma. Virgen ante su imagen a un indio flechado durante el festejo procesional.

Año entre 1540 y 1545.

El indio letrado Antonio Valeriano, nacido hacia 1520 o poco antes, escribe el relato de las apariciones guadalupanas por primera vez, Contemporáneo y amigo de Juan Diego y del Obispo Zumárraga; discípulo y después profesor (1577) en Santiago Tlaltelolco y posteriormente por largos años Gobernador (de In-

dios) en la Ciudad de México. Escribió de puño y letra el relato de las apariciones, oído sin duda del vidente y el Obispo, en idioma nahuatl o mexicano.

15 mayo 1544.

Muere Juan Bernardino, tío de Juan Diego, en Cuautitlán y es traído a la ermita guadalupana por orden del Obispo y sepultado allí.

3 junio 1548.

Muere el Obispo Don Fray Juan de Zumárraga en México, a la edad de más de 80 años.

Año de 1548, (día y mes ignorados).

Muere el santo indio Juan Diego en su aposentillo contiguo a la Ermita de Guadalupe, a la edad de 74 años y habiendo vivido los 17 transcurridos desde las apariciones, al cuidado de la Ermita y al servicio de la Sma. Virgen. Seguramente está sepultado en la primitiva ermita. Murió según unos, dos días antes que el Obispo Zumárraga, según otros, pocos días después.

Año de 1556, (fecha aproximada).

Construcción de la segunda ermita (Ermita Montúfar), atrás de la primera, pero ocupando el área de la primera ermita.

Año de 1556.

Primera información o investigación sobre las apa-

riciones, hecha por el Arzobispo de México, Don Fray Alonso de Montúfar.

Año de 1571.

Batalla naval de Lepanto, Grecia, y victoria de los cristianos capitaneados por Don Juan de Austria, contra los turcos. Una imagen de la Guadalupana fue el lábaro del triunfo.

Año de 1647. Según otros, el de 1622.

Construcción de la tercera iglesia o Ermita de los Indios, en el mismo sitio y solemne estreno.

26 de septiembre de 1629.

Translado de la sagrada Imagen de su altar en la ermita, a la Catedral de México, a causa de las inundaciones de la Capital Mexicana. La imagen permanece 5 años en dicha Catedral.

14 mayo de 1634.

La imagen de la Guadalupana es devuelta a su Santuario del Tepeyac.

Año de 1666.

Informaciones recogidas de tradición oral a 21 testigos ancianos y respetables, tanto indios como españoles, de México y de Cuautitlán. Se llevaron a cabo por el Cabildo Catedral de México, "sede vacante".

12 marzo de 1695.

Colocación de la primera piedra de la actual Basílica con asistencia del Arzobispo de México y el Virrey de Nueva España, autoridades y pueblo.

Año de 1706.

Se erige en parroquia la Iglesia de los Indios de la Villa de Guadalupe.

27 abril 1709.

Dedicación solemnísima de la actual Basílica. Tres días después, la sagrada Imagen es colocada con gran celebración en su sitio en dicho nuevo gran templo.

9 'febrero 1725.

Es erigida en Colegiata la gran Iglesia de la Virgen de Guadalupe.

18 diciembre de 1747.

La Virgen de Guadalupe es declarada Patrona de todo el Reino de la Nueva España.

Año de 1754.

El Romano Pontífice concede a la Iglesia Mexicana la Misa y Oficio de Nuestra Sra. de Guadalupe, para cada día 12 de Diciembre.

24 junio de 1757.

El pueblo de Guadalupe, donde se halla la imagen

milagrosa, es declarado Villa por Real Cédula de España.

16 septiembre de 1810.

El Cura don Miguel Hidalgo y Costilla toma en Dolores una imagen de la Guadalupana y la constituye en pendón de la lucha insurgente para la independencia de la Nación Mexicana.

12 octubre 1821.

El Libertador de México, Don Agustín de Iturbide da gracias solemnemente a la Virgen de Guadalupe, en la Colegiata de la Villa, por la independencia de México.

Año de 1822.

Es fundada por el Emperador Iturbide la Orden de Guadalupe.

12 febrero 1828.

La Villa de Guadalupe es declarada Ciudad por el Gobierno de la República de México.

Año de 1828.

El Congreso de México declara "día de fiesta Nacional" el 12 de Diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe.

11 agosto 1859.

El Lic. Benito Juárez. Presidente Interino de México, declara de nuevo fiesta nacional y oficial el 12 de Diciembre, festividad aniversaria de la Virgen de Guadalupe. La imagen de la Guadalupana permanece durante muchos años en sitio de honor, presidiendo las sesiones del Congreso de la Unión.

4 marzo de 1861.

El Gobierno del Distrito ordena a un militar liberal que saquée la Colegiata de Guadalupe. Entre otros objetos sagrados es robado el marco de plata de la sagrada imagen. El Presidente Juárez, al tener conocimiento del hecho, ordena se investigue, se castigue a sus autores y se devuelvan todos los objetos robados al Santuario Guadalupano.

12 de octubre de 1895.

Coronación solemne de la imagen de la Virgen de Guadalupe en su Colegiata (hoy Basílica), declarándola Reina y Patrona de América.

23 junio de 1908.

Es conferida pontificiamente la dignidad de Basílica a la hasta entonces Colegiata de Sta. María de Guadalupe.

25 diciembre 1914.

Es fundada en la Villa de Guadalupe la Congregación de Misioneros del Espíritu Santo, por el P. Félix Rougier, siervo de Dios.

14 noviembre 1921.

Es colocada una bomba de dinamita por manos criminales al pie de la Imagen de la Virgen de Guadalupe, poco antes de mediodía. El mármol del altar se hace añicos, el templo sufre desperfectos ligeros, caen candeleros y se hacen añicos los floreros; y el crucifijo de bronce puesto al pie de la sagrada tilma se dobla y es lanzado al suelo. Ni la tilma milagrosa ni su cristal ni marco sufren el más leve daño.

Año de 1935.

La Virgen de Guadalupe es declarada en Roma patrona de las Islas Filipinas, por la calidad latino-española de sus habitantes.

Año de 1939.

Es inaugurado en el Vaticano, en Roma, un monumento a la Virgen de Guadalupe, copia del que existe en la sacristía de la Basílica Nacional Guadalupana.

Año de 1941.

Los diplomáticos representantes de las naciones latinoamericanas colocan las banderas de sus respectivos países en astabanderas en el atrio de la Basílica de Guadalupe.

25 noviembre 1952.

El Presidente de México, Lic. Miguel Alemán

inaugura la estatua de Juan Diego (Cuautlatóhuac) en los jardines del moderno atrio monumental de la-Basílica de Guadalupe.

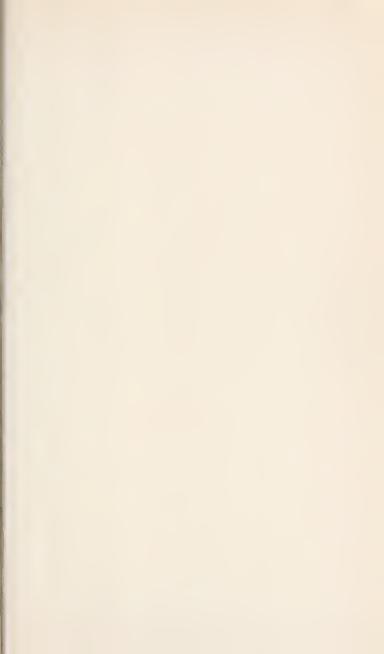
20 enero de 1960.

El Presidente de México, Lic. Adolfo López Mateos declara en Río de Janeiro, Brasil, ante numerosos periodistas, que la imagen de la Guadalupana no puede ser considerada como una obra de arte pictórico, "porque no fue pintada por manos humanas" según la leyenda.

INDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| Invocación. Dedicatoria | 5 |
| Motivación | 7 |
| Introducción | 9 |
| CAPITULO I. Lo perenne del hecho y lo inaprehensible por la historia | 12 |
| CAPITULO II. Panorama cultural y religioso de la era preguadalupana y sus proyecciones | 25 |
| CAPITULO III. Conato de reconstrucción de la fisono- mía espiritual del Juan Diego preguadalupano | 39 |
| CAPITULO IV. Ultimos preparativos divinos para el | |
| milagro y su eclosión | 75 |
| CAPITULO V. La subsistencia física del ayate y la imagen durante 429 años. ¿Es también un milagro | 99 |
| CAPITULO VI. El ayate Juandieguino, ápice del milagro: el milagro permanente | 119 |
| CAPITULO VII. Los tiempos posteriores a las apariciones hasta nuestros días, los impugnadores | 152 |
| CAPITULO VIII. La figura del vidente y del covidente y la perspectiva del futuro | 189 |
| Breve explicación sobre los apéndices | 209 |
| APENDICE NUMERO 1. Historia de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe. (Nican Mopohua), es- crito en náhuatl por Antonio Valeriano y traducida al | |
| castellano por el Lic. Primo Feliciano Velázquez | 213 |
| APENDICE NUMERO 2. Exégesis del relato de Antonio Valeriano | 222 |
| APENDICE NUMERO 3. Crítica histórica del evange- lio de las apariciones por Don Antonio Valeriano. El | |
| Cronista principe de las apariciones. (De un artículo del R. P. Marcos Gordoa, S. J.) | 270 |
| APENDICE NUMERO 4. Cómo es Nuestra Señora de | *** |
| Guadalupe de México. Por Alfonso Marcué González | 283 |
| APENDICE NUMERO 5. Cronología Guadalupana | 296 |

Este libro se acabó de imprimir el día 15 de julio de 1961, en la imprenta Manuel León Sánchez, S. C. L., Mariana R. del Toro de Lazarín 7, México 1, D. F.







DATE DUE

| processing the same of the sam | - | |
|--|---|--|
| | | |
| _ | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |
| | | |

DEMCO 38-297



